



Lady Catherine

SABINA ROGADO



Ediciones



Lady Catherine

SABINA ROGADO



Ediciones

Lady Catherine

Sabina Rogado

©*Autora: Sabina Rogado*

©*Portada: ediciones AL*

©*Fecha de publicación: 01/03/2019*

©*Email: sabinarogado@gmail.com*

©*Facebook: Sabina Rogado*

©*Instagram: Sabinarogado*

©*Twitter: @RogadoSabina*

La novela LADY CATHERINE es una historia inventada, cualquier parecido con los personajes, los lugares que se citan o cualquier otro tipo de coincidencia es fruto de la casualidad.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de la autora, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier tipo de procedimiento.

*A dos de las personas más importantes de mi vida, mis queridos padres.
Nunca podré agradecerlos todo lo que hacéis por mí, vuestro amor es
infinito y soy una persona muy afortunada por ello. OS QUIERO*

AGRADECIMIENTOS.

Una vez más no sería justa si no me acordara de tod@s vosotr@s, vuestro apoyo incondicional es importantísimo para mí y por eso debo daros una y mil veces las gracias.

Gracias a mi familia por estar siempre ahí...

Gracias a mis amig@s por quererme como soy...

Gracias a mi querida Laura Duque por seguir ayudándome en esta apasionante aventura y por convertirse en alguien muy muy especial...

Gracias a mis QUERID@S LECTOR@S porque sin vosotr@s Sabina Rogado ni siquiera existiría, vuestro apoyo y vuestros comentarios llenan de luz mi día a día y eso es algo tan especial... os estaré eternamente agradecida.

Y gracias por contribuir a que llegue a más gente gracias a vuestras recomendaciones, sois lo más...

Para terminar me gustaría deciros que con Lady Catherine vuelvo a conseguir que este maravilloso sueño se agrande, ¿y sabéis qué? Lo más bonito de todo es que lo vuelvo a vivir con la misma intensidad que la primera vez, y esto para mí no tiene precio. Me parece tan increíble todo lo que me está pasando...

Mil gracias a tod@s por seguir dándole una oportunidad a lo que escribo con, y desde el corazón.

ÍNDICE

[CAPÍTULO I](#)

[CAPÍTULO II](#)

[CAPÍTULO III](#)

[CAPÍTULO IV](#)

[CAPÍTULO V](#)

[CAPÍTULO VI](#)

[CAPÍTULO VII](#)

[CAPÍTULO VIII](#)

[CAPÍTULO IX](#)

[CAPÍTULO X](#)

[CAPÍTULO XI](#)

[CAPÍTULO XII](#)

[CAPÍTULO XIII](#)

[CAPÍTULO XIV](#)

[CAPÍTULO XV](#)

[CAPÍTULO XVI](#)

[CAPÍTULO XVII](#)

[CAPÍTULO XVIII](#)

[CAPÍTULO XIX](#)

[CAPÍTULO XX](#)

[CAPÍTULO XXI](#)

[CAPÍTULO XXII](#)

[CAPÍTULO XXIII](#)

[CAPÍTULO XXIV](#)

[CAPÍTULO XXV](#)

[CAPÍTULO XXVI](#)

[EPÍLOGO](#)

[OTROS TÍTULOS](#)

CAPÍTULO I

Norte de Escocia 1860...

Catherine avanzaba sigilosamente por el pasillo del palacio en el que habitaba con sus padres para no ser oída. Se paró frente a la puerta de la biblioteca y pegó la oreja con el único propósito de averiguar la conversación que allí dentro se estaba produciendo. No sabía muy bien el porqué, pero lo cierto es que cuando vio al duque de Herwood bajar de su fastuoso carruaje para ver a su padre, algo dentro de ella hizo que pensara que lo que fuese a lo que había venido estaba relacionado con su persona.

Apenas si lograba entender nada de lo que decían. Y así, con el corazón latiendo deprisa, por si la sorprendían en actitud tan comprometida, se agachó en un intento desesperado para al menos ver algo. Miró a través del agujero de la cerradura y sonrió ante el golpe de suerte que acababa de tener, viendo a su padre sentado en el sillón de enfrente fumando un puro con cara de placer.

Así, a primera vista, lo que parecía era que estaba cerrando un trato y, por lo que ella veía, muy satisfactoriamente, por cierto.

«Diablos, ¿de qué estarán hablando?», pensaba una muchacha abatida sin lograr entender nada.

Una idea se le pasó entonces por la cabeza, recordando lo que su doncella le dijera en cierta ocasión, cuando en una de las charlas tan escandalosas, que a veces tenían, le confesó la manera de escuchar a través de las puertas.

Con decisión se recogió el vestido, para no tropezar, y con paso apresurado se marchó hasta la planta de abajo, el lugar donde estaba la cocina. A esas horas la única que estaba era Alice, lo que provocó en la muchacha una gran nostalgia ante el vacío a su alrededor.

Cuantas cosas habían cambiado en tan poco tiempo. El secreto a voces de la ruina de la casa los envolvía cada vez más. Algo del todo inevitable por la debilidad que sentía su padre hacia el juego.

—Buenos días lady Catherine, si la ve su madre por aquí se va a llevar una buena reprimenda. —La advirtió, limpiándose las manos de harina con una sonrisa de bienvenida. Y es que cada vez que bajaba a la cocina la iluminaba por completo—. ¿Quiere algo?

—Tengo sed —mintió.

La criada llenó una copa, sin hacerla esperar, y se la tendió.

—La prefiero en un vaso —dijo con naturalidad para no delatarse—, no te preocupes, lo cojo yo.

Sin levantar la más mínima sospecha se alejó con el vaso de la mano, mientras que Alice siguió amasando el pan que hornearía para la comida.

De vuelta a la biblioteca tiró el agua sobre una de las plantas, que se encontró, y lo puso con cuidado sobre la puerta a la vez que acercaba su oído.

—Está bien milord —logró finalmente escuchar a su padre—, se dispondrá como vos digáis. No todos los días tiene uno la oportunidad que se nos ofrece. Formar parte de un ducado con tanta riqueza y arengo. ¿Dónde he de firmar?

Fuese lo que fuese, de lo que estaban hablando, al parecer ya estaba hecho.

Se apartó de la puerta, para no ser descubierta en actitud tan comprometida, y subió las escaleras deprisa, refugiándose en su alcoba.

No tardó mucho en descubrir los verdaderos motivos de tan inesperada visita.

—Querida, tus padres reclaman tu presencia en la biblioteca.

Catherine dejó el libro que estaba leyendo, sobre la mesa, y levantó la mirada hacia su doncella personal de manera compenetrada. Si había alguien que la conocía a la perfección, sin ninguna duda, se trataba de su adorada Anna.

—Tranquila Kate —dijo la doncella utilizando el diminutivo que siempre usaba tras descubrir su mirada angustiada—. Todo saldrá bien, ya lo verás.

—Ojalá tengas razón, solo que hay algo que no me termina de gustar. Ese hombre es uno de los más poderosos después del rey entonces, ¿por qué ha venido aquí? La decadencia en lo que nos rodea es cada vez mayor y dudo que a alguien tan influyente le convenga mostrarse en compañía de mi padre.

—¡Anda! Aparta eso que sea que tengas en la cabeza y ve a la biblioteca, no querrás hacer esperar a tu padre, ¿verdad?

—Tienes razón Anna, ¡allá voy!

Cerró la puerta tras de sí y dejó a su doncella con un amargo sabor en la

boca. Ella ya tenía muchos años y por lo tanto era plenamente consciente de lo que ocurriría allí abajo...

Aunque no tuvo el valor ni el ánimo de contárselo.

«Por favor Dios, haz que una vieja como yo esté equivocada, sólo te pido eso...»

Una Catherine nerviosa cogió aire en un vano deseo de calmarse antes de entrar. Una vez en el interior pudo ver a su padre sentado en el mismo sillón y con la misma expresión en el rostro.

Su madre en cambio permanecía de pie frente a uno de los ventanales.

—¿Me han mandado llamar?

—¡Ah! —exclamó el padre mirándola—. Catherine querida, pasa, hay algo de lo que tenemos que conversar contigo. Siéntate.

La hermosa joven obedeció sin rechistar, al hacerlo observó cómo su padre sostenía un sobre lacado con el sello del ducado de Herwood en la mano.

—¿Te acuerdas de Edward, el duque de Herwood? —preguntó sin más.

—Sí, lo he visto en alguno de los bailes de temporada —contestó un poco perpleja ante la familiaridad mostrada hacia alguien tan importante.

—Bien, como sabrás esta mañana ha tenido el gran honor de venir a visitarnos, y hemos mantenido una charla bastante interesante además de productiva.

Catherine lo miró inquieta. No entendía nada, y de repente se frotó las manos en un estado de nervios que la atenazó.

Entonces se decidió a hablar con claridad.

—Me alegro padre, solo que no creo que me interese mucho su visita. —Se sinceró al tiempo que trataba de mirar a su madre para averiguar algo que se le parecía estar escapando.

Pero se quedó helada en cuanto descubrió que ésta desviaba la mirada hacia el gran ventanal. Parecía rehuirla a propósito. Un detalle que no le gustó nada de nada.

«¿Tan grave es lo que tienen que decirme?»

Aunque si lo pensaba bien aquella situación no encajaba del todo. Su madre mantenía las distancias, en cambio su padre...

¡Su padre estaba pletórico!

—Te interesará querida, ¡vaya si lo hará! —dijo su padre antes de

dirigirse a su esposa—: ¿verdad Isabel?

Su madre no contestó. Ni siquiera se movió del sitio en el que seguía tesa como una vara. Lo que hizo que la muchacha sintiese un temblor que la recorrió por todo el cuerpo.

Su intuición le gritaba que no le iba a gustar, nada, lo que tuvieran que decirle.

¡No se equivocó!

—Verás hija, esto que ves aquí... —continuó su padre agitando el sobre mostrando un gran orgullo— es el contrato que hemos firmado Edward y yo hace unas horas.

—¿Edward? —preguntó con una perplejidad absoluta.

No entendía nada de nada.

—Para nosotros ha pasado a ser simplemente Edward, él mismo nos lo ha pedido así. ¿Y quiénes somos nosotros para no obedecer a tan ilustre persona?

—Pero no comprendo...

—Es muy sencillo, no merecemos menos después de que haya accedido a que tú seas la nueva duquesa de Herwood. —Terminó diciendo con la satisfacción reflejada en su cara tras saberse salvado de todas y cada una de sus deudas de juego.

Aquella revelación cayó sobre ella como una traición, y una humillación, ante lo que parecía significar.

¡Acababa de ser comprada como si de una yegua se tratase!

—¿Qué?! —Fue lo primero que salió de su boca con verdadero horror a medida que se levantaba—, no puede ser cierto. Por favor padre, dígame que es mentira. Se lo suplico.

La joven dama avanzó hasta él intentando mantener la calma, y en un acto de completa impotencia, terminó cayendo arrodillada a sus pies.

—Por favor padre, por favor... —suplicaba una y otra vez con la cara llena de lágrimas de desesperación—, no puede haberme vendido a cambio de un ducado. No, no...

—¡Basta! —gritó el hombre apartándola con la mano—, ¿sabes acaso lo que estás diciendo? Menos mal que él no está. ¿Qué impresión se podría llevar de una muchacha caprichosa que no sabe guardar la compostura? Deberías alegrarte por nosotros y en cambio tienes la desfachatez de comportarte como una cría —rugió colérico, sin llegar a aceptar el comportamiento de su hija.

—Pero padre... —volvió a suplicar con la voz desgarrada por el dolor tan profundo que sentía dentro de su alma—, ese hombre debe tener los mismos años que vos, ¿qué clase de vida me espera a partir de ahora?

—Ese hombre, como tú dices, será tu esposo en un futuro inmediato —anunció de forma cruel sin importarle nada sus súplicas— aunque tenga que llevarte a rastras hasta el altar.

Desde luego que la decisión estaba tomada.

Al darse cuenta de la envergadura de los acontecimientos se sorbió la nariz, con la poca dignidad que le quedaba, y se limpió las lágrimas amargas como la hiel.

Alzó la mirada con valentía y soltó:

—Debe sentirse muy orgulloso padre.

—¿Por qué dices eso? —preguntó sorprendido.

—Por la forma que tiene de pagar sus deudas de juego. Debo de importarle bien poco para venderme así por su poca cabeza —finalizó mirándole con desdén.

La reacción del padre no se hizo esperar, alzó la mano, ido por la locura después de escuchar tal verdad, y le cruzó la cara de manera violenta.

¡Era la primera vez que la abofeteaba!

El deplorable estado de ánimo de la pobre muchacha actuó seguidamente, se recogió las faldas y echó a correr, para refugiarse en su alcoba, pero antes de hacerlo lo miró con un odio tan grande que le dejó bien claro que para ella él había muerto.

—¿Qué voy a hacer ahora Anna?

La pobre doncella la apretaba en un abrazo de consuelo, deseando por todos los medios que su Kate dejase de llorar. Algo que resultaba imposible debido a la angustia que sentía en su interior.

Una angustia tan grande que apenas si la dejaba respirar.

—No tienes otra opción mi pequeña.

—Huiré...

—No sabes lo que dices. Tu futuro esposo te encontraría en un abrir y cerrar de ojos. ¿Conoces a alguien más poderoso que él aparte del rey? Además, el castigo por dejarlo en entredicho sería demasiado cruel para ti, y eso no lo soportaría. Por mucho que me cueste decirte esto deberás obedecer a tus padres. El único consuelo que yo puedo ofrecerte es que allá donde vayas

iré contigo querida, ¡no te dejaré nunca!

—¡Oh Anna! A menos te tengo a ti.

Ambas sonrieron durante un segundo, olvidándose por un maravilloso instante del horror en la que estaban inmersas.

—Tengo que empezar a empacar tus vestidos, la orden de la señora ha sido clara. Mañana tiene que estar todo dispuesto en los baúles. La boda se celebrará pronto.

—Te ayudaré, así tendré las manos ocupadas.

Durante la comida y la cena no intercambiaron ni una sola palabra. Permanecieron fríos, y distantes, aún a pesar de saber que muy probablemente serían los últimos días de su hija en palacio. Un palacio que no tardaría en volver a la opulencia y a la riqueza gracias a la muchacha allí sentada, sintiendo sobre su espalda la vergüenza de saberse vendida a cambio del mal hacer y de la avaricia de unos padres dispuestos a lo que fuese con tal de no renunciar al lujo y a las apariencias.

A la mañana siguiente Anna entró en la alcoba de su ama antes de lo habitual. Corrió las cortinas, para que entrara la luz, y se acercó a la cama.

Antes de despertarla la miró con un amor infinito.

—Kate, Kate, despierta.

Abrió los ojos y sonrió.

—Buenos días querida, ¿has dormido bien?

—Sí —contestó de manera natural. Lo poco que había dormido consiguió que se olvidara, por unos instantes, de la tragedia que le esperaba.

Anna pudo ver las ojeras en su bello rostro.

—¡Venga levántate! Hay prisa.

—¿Prisa?, ¿para qué?

Apartó las sábanas y se levantó obediente.

—Tu madre me ha enviado para despertarte antes, el duque vendrá esta mañana para hacerte una visita y...

Catherine ya no escuchaba nada de lo que seguía diciendo. Fue nombrarle y acordarse de lo sucedido el día anterior, recordando lo que creía una pesadilla, borrándose la sonrisa que tenía en la cara.

Se quedó de pie, procurando no pensar en nada, y en todo momento se

dejó hacer. Manteniéndose callada, sin pronunciar ni una sola palabra, mientras que Anna la adecentaba con las mejores galas para impresionar a la visita que no tardaría en llegar.

El resultado convenció a unos padres que la esperaban en el salón. La certeza de que el duque se quedaría impresionado cuando la viese con su mejor vestido resultaba evidente.

—Estás deslumbrante —afirmó su padre con una sonrisa, afanado en apaciguar los ánimos de su hija y procurando olvidar el descaro del día anterior.

Catherine no contestó, en cambio se limitó a sentarse en el sitio acostumbrado con el gesto serio y contrariado.

—¿No vas a desayunar?

—No tengo hambre.

Philip supo que la testarudez de su hija lo podría acabar estropeando todo. Y era algo que no se podían permitir. El precio era demasiado elevado como para consentirlo.

Tiró la servilleta con fuerza, encima de la mesa, y dijo alzando la voz:

—Tu comportamiento no es el adecuado. Deberás mostrarte más agradable cuando él llegue, o juro que lo lamentarás.

Catherine permaneció callada observando su plato vacío. No quería contrariar a su padre pero, le resultaba tan difícil no decirle lo que pasaba por su cabeza en esos instantes...

—Tu padre tiene razón —apostilló Isabel—. Debes comportarte como la dama que eres. Te hemos educado para ello.

—No se preocupen —contestó mirando primero a uno y después a otro, mostrando el profundo odio que sentía hacia ellos—. Sabré cómo comportarme, no es muy difícil. Simplemente tengo que asimilar que soy como una yegua vendida al mejor postor y ya está, ¿no es así?

Philip se levantó, de un salto, y dio un golpe sobre la mesa sin creerse que se atreviera a enfrentarse a la decisión que había tomado.

¿Quién se creía esa muchacha para actuar así delante de ellos?

Uno de los sirvientes entró en ese momento.

—El duque de Herwood acaba de llegar.

Philip respiró intranquilo por el atrevimiento de su hija. Abrió la boca y soltó:

—¡Compórtate o lo lamentarás! —la amenazó antes de volverse para saludar a su eminencia que entraba por la puerta con una gran sonrisa.

—Buenos días —saludó a todos hasta centrar su atención en la maravillosa dama que tenía delante.

Fue entonces cuando quedó boquiabierto al verla. Sus informadores le dijeron que era bella, pero en ningún momento llegó a creer que tanto...

Y pensó en el golpe de suerte que tuvo, hace unos días, cuando le informaron de las cuantiosas deudas de juego que tenía Philip. Aquella familia seguía siendo respetada porque todavía no había trascendido la reputación de un hombre abocado a la ruina más absoluta. Algo que con toda probabilidad dejaría de pasar una vez que se diera a conocer la verdad.

Es por ello que se decidió a actuar con rapidez y trazó un plan inmediato. Necesitaba a una esposa joven y fuerte que le diera un heredero, y a aquella familia le urgía que no se destapara el escándalo de saberse en la ruina. El acuerdo resultaría provechoso por ambas partes... hasta que la vio.

Y es que allí plantado, en mitad de ese salón, fue cuando descubrió con verdadero placer que dicho acuerdo le beneficiaba de sobremanera. Y miró con lascivia a la muchacha más bonita que jamás hubiese visto.

—Tú debes de ser lady Catherine, ¿no es cierto?

Como no contestó su padre lo hizo por ella con rapidez.

—Sí. Esta es nuestra hija.

Edward avanzó hacia ella y cogió su mano. Entonces se la llevó a la boca para besarla.

La lentitud con la que lo hizo le provocó que el estómago se le revoliera, y eso que no había conseguido probar bocado.

—Querida, ¿por qué no acompañas a tu futuro esposo a dar un paseo por el jardín? Así podréis conoceros un poco mejor.

—No me encuentro muy bien —mintió al verse observada por aquel hombre sin el menor descaro.

—Con mayor motivo —insistió su padre atravesándola con la mirada—, seguro que te hará bien.

Antes siquiera de darse cuenta, Edward la cogía por el brazo y tiraba de ella hacia la salida, deseando perderse por los jardines con tan bella muchacha, encantado de poder hacerlo sin carabina.

A ella no le quedó otro remedio que seguirle y comprobó, con verdadero horror, cómo la llevaba hasta el centro del jardín, al lado de los altos árboles, y desde el único lugar en el que no se veía la casa.

Mostrando a todas claras sus intenciones.

—Mi querida Catherine, eres tan bella que me he quedado deslumbrado

al verte. Nunca pensé que el acuerdo al que he llegado con tu padre pudiese beneficiarme tanto.

Ella lo miró enfadada.

—Lo vamos a pasar tan bien juntos querida, contaré las horas hasta que por fin seas mía —continuaba sin apartar los ojos de ella.

No pudo soportar estar más tiempo callada. Cada una de sus palabras la hacía sentirse cada vez peor.

—¿Con quién cree que está tratando? El acuerdo que han firmado debería estar firmado por mí, no por mi padre. Tanto vos como él se creen con el derecho a decidir por mí y eso no está bien...

Edward la miró extasiado.

—Bella y con carácter. Me gusta.

—¿Qué quiere decir?

—Me gustas cada vez más gatita. Esto va a resultar mucho más divertido de lo que en un principio pensé.

Y antes de que ella pudiese adivinar sus pensamientos, Edward se abalanzó sobre ella, estrujándola contra sus brazos para apoderarse de sus labios.

—Pero ¿qué está haciendo? —decía sorprendida sin llegar a creerse lo que estaba sucediendo. Impidiéndole que la besara.

La reacción violenta de él no se hizo esperar.

Edward la cogió por el pelo y tiró de él hacia atrás, escuchando el grito que salió de su garganta porque le hacía daño.

—Estate quieta fierecilla, serás mía antes o después y solo quiero llevarme un buen recuerdo hasta el día de la boda.

—¡Tendrá que forzarme! —gritó desesperada a la vez que luchaba con ímpetu por apartarse.

Y entonces escuchó unas palabras que la dejaron helada.

—¡Me gustará forzarte gatita! —exclamó fuera de control sintiendo la excitación en su entrepierna. Una excitación que le hizo olvidarse del lugar en el que se encontraban—. ¡Precisamente eso es lo que más me gusta!

Una arcada la sacudió al saberse en manos de un tipo sin escrúpulos, notando cómo el temor se introducía en cada uno de sus poros porque él parecía no entrar en razón, y en cambio trataba de hacerse paso a través de las telas del vestido para tocar sus pechos.

—¡Pare! —gritó desesperada ante la pesadilla que estaba viviendo—, ¿es que no tiene un poco de dignidad?

—Me gustan las mujeres que pelean —continuaba extasiado—, no podré esperar hasta el día de la boda gatita. Tengo que hacerte mía, ya.

—¡Me da asco! —exclamó tirando con fuerza hasta lograr apartarse de su asquerosa boca que llenaba de babas su cuello.

Se recogió el vestido y huyó todo lo deprisa que pudo, mientras que Edward la seguía con la mirada y una gran sonrisa en la boca.

Y pensó en lo afortunado que era.

Catherine entró en el palacio completamente indispuesta y tropezó con su padre.

Ni siquiera lo había visto.

Philip la miró y observó la parte delantera del vestido. Estaba medio desabrochado y no había que ser muy listo para saber lo que había ocurrido en los jardines... y ahí Catherine creyó tener la oportunidad de ser salvada. Cualquier padre pondría el grito en el cielo ante el intento de deshonor de su hija, pero él no era cualquier padre. Y no lo era porque nunca dejaría pasar la ocasión que se les había presentado como caída del cielo.

¡Nunca!

—¿Dónde está Edward? —preguntó con seriedad.

—Padre, padre —gritaba fuera de sí después de vivir la terrible experiencia ocurrida—, no permita que me despose. Por favor...

—¿Qué estás diciendo? —preguntó con la cara enrojecida de furia, a continuación la cogió de los pelos y la arrastró hasta la biblioteca.

Y mientras eso sucedía en el interior, el carruaje del duque emprendía la marcha sin tan siquiera molestarse en explicar lo ocurrido, actuando como si tuviese todo el derecho a mancillar el honor de esa pobre muchacha.

Philip cerró la puerta tras de sí y la empujó contra el suelo, cayendo de espaldas sin apenas sentir el golpe. Saber que estaba en manos de aquellos depravados, que estaban dispuestos a lo que fuera con tal de seguir adelante, le nublaba la razón.

—No me dejas otra alternativa —rugió fuera de control—, ¡la boda se adelantará a mañana! No estoy dispuesto a que te deshonoré y después no quiera hacerse cargo de ti.

—Por favor... por favor... —suplicaba aterrorizada, aunque en realidad no le fuese a servir de nada.

—Partiré ahora mismo y conversaré con él. Le pediré disculpas por tu

comportamiento y le mostraré que no estamos ofendidos —añadió con arrogancia—. Espero que me escuche y que la boda quede dispuesta para mañana. Cuanto antes te despose mejor será o acabarás estropeándolo todo.

Sin más dio media vuelta y la dejó tirada sobre el suelo, envuelta en un llanto descontrolado, sin que pareciera importarle nada que no fuera hablar con su eminencia inmediatamente, no siendo que se hubiese molestado con el comportamiento nada adecuado de su caprichosa hija.

Dispuesto a lo que hiciese falta con tal de que ese acuerdo que habían firmado llegara a su fin.

La boda, como muy bien dijo Philip, se celebraría a la mañana siguiente. Eso fue lo que acordaron.

Una Catherine aturdida, por el giro tan inesperado en su vida, se dejó apretar el corsé sujetándose al poste de la cama sin rechistar. Nada era comparable al dolor que llevaba por dentro y que se había llevado de un plumazo todos y cada uno de los pensamientos románticos que rondaban siempre por su cabeza.

¡Ahora ya daba igual, se entregaría a un hombre que no amaba y que le doblaba la edad!

Reparó por primera vez en el vestido de novia que un lacayo acababa de llevar, regalo de su futuro esposo, y sintió una arcada.

El vestido era precioso, lo que ocurría era que la ocasión para el que fue creado desentonaba en todo por lo que ella había luchado. Sintiendo un odio profundo hacia él.

—Si hay algo que no entiendo es la rapidez de esta boda —decía apesadumbrada a su doncella—, ¿por qué él ha aceptado y en cambio no ha esperado a celebrarla en su castillo? Después de los acontecimientos en el jardín a nadie le preocupa mi honra. Podría llevarme sin haberse casado antes y así celebrarlo como todo hombre quisiera. En sus dominios.

—A saber. No querrá habladurías acerca de lo poco que ha tardado en buscar a una joven esposa. Por lo que me he podido enterar su esposa falleció hace tan solo un mes.

—¿Qué? —preguntó incrédula girando la cabeza.

—Según me ha contado uno de sus hombres lo que más desea es un

heredero. Su difunta esposa solo le pudo dar una hembra.

—O sea que lo que ha comprado no es más que una esposa joven para que le dé hijos varones, ¿no es cierto?

—Me temo que sí.

—Anna puedes retirarte. —La voz de la señora las interrumpió.

La doncella las dejó solas.

—¿Cómo te encuentras?

La respuesta de Catherine fue inmediata, se dio la vuelta y mantuvo la espalda erguida a modo desafiante.

—Tu padre y yo solo queremos el mejor bienestar para ti Catherine, deberías darte cuenta de ello.

Al ver que no daba su brazo a torcer continuó:

—Querida, ni siquiera en el caso de aparecer el hombre adecuado hubiésemos podido pagar tu dote, ¿no lo entiendes? El tiempo seguiría pasando y tu único destino sería ingresar en un convento.

Dichas palabras la hicieron girarse con brusquedad y rabia.

—¿Y no se ha parado a pensar que quizás así hubiese sido más feliz?

—No sabes lo que dices, la vida en un convento...

—¿Y vos que sabéis? La vida encerrada habría sido mejor que esto. ¡Por el amor de Dios, si ayer casi me fuerza! Además, ¿está tan ciega como para no ver que tiene la edad de su esposo? ¡Me niego a creer que es lo que quiere para mí! ¡Me niego! —terminó sollozando sin fuerzas, dándose por vencida.

—Serás la duquesa de Herwood y eso es mucho más de lo que tu padre y yo ambicionamos jamás. Deberás respetar y honrar a tu esposo, y aunque ahora no seas capaz de verlo, llegará un día en el que nos lo agradecerás.

—Salga de mi habitación inmediatamente —dijo con calma sin dar crédito a lo que acababa de escuchar por boca de su madre.

—¿Quién te crees para hablarme así?

E igual que su padre, el día anterior, alzó la mano... solo que esta vez estaba preparada. Alzó la suya a su vez y la detuvo. No permitiría que la ridiculizaran más.

¡Ellos no!

—¿Que quién me creo? —escupió con los ojos muy abiertos—. Soy la persona que de ahora en adelante le comprará los vestidos, y soy la persona que hará que no pase hambre, así que si le queda algo de dignidad no volverá a levantarme la mano o, le juro por Dios, que disuadiré a mi futuro esposo

para que rompa el contrato y se olvide de dos seres tan despreciables. ¡Fuera!
¡No quiero verla!

Se dio la vuelta y dejó zanjada la conversación.

Solamente cuando la señora se hubo marchado, Anna volvió a entrar para terminar de vestirla. Dejándola lista antes de que el carruaje del duque apareciese, borrando así su última esperanza para escapar del infierno que sería su vida a partir de tan horrible día.

Edward avanzó hasta el altar del palacio y esperó allí junto con el padre de la novia. Le urgía que la ceremonia acabase cuanto antes para emprender el regreso a su castillo, y le urgía ante la necesidad de la intimidad del carruaje que se le antojaba demasiado lejano.

Catherine avanzó hacia el que sería su esposo, con gesto compungido, y ni siquiera lo miró, dejando bien claro que se oponía a tan vil acuerdo en el que se vio involucrada sin pretenderlo.

Una vez que estuvo frente al altar, miró al sacerdote y dejó que su mente vagara hacia cualquier parte que no fuera lo que para ella era su final como persona, y sobre todo como mujer, al ser obligada sin contemplaciones a pasar el resto de su vida con un hombre mayor que no conocía.

Cuando volvió a la realidad escuchó las fatales palabras:

—Yo os declaro marido y mujer.

CAPÍTULO II

Miraba al vacío mientras el carruaje avanzaba lentamente...

Todo estaba hecho. La boda no había sido lo que siempre había soñado, convirtiéndose en una ceremonia breve y con sus padres como únicos testigos.

Sin invitados...

Sin tarta...

Y para colmo sin lo más importante.

Sin amor...

La comitiva iba dirigida por una escolta de seis caballos con sus soldados, después iba el carruaje de los duques, a continuación el carruaje de los criados, y por último otros seis oficiales uniformados. Todo era poco para que no fuesen asaltados por aquellos caminos dejados de la mano de Dios, repleto de bandidos sin nada que perder.

Catherine volvió a la realidad al sentir la sacudida de un nuevo bache.

¿Cuánto llevaba en aquella postura? Quizás una o dos horas, aunque... ¿Qué más daba? Todo se nublaba a su alrededor, no le importaba nada.

—¿En qué piensas? —preguntó de pronto su ya esposo antes de acercarse a su lado para cogerla de la mano.

—Nada que pueda importarle —contestó con decisión, apartando la mano de la suya con asco.

—Querida mía, si vas a comportarte así tendré que domarte, ¡y eso es algo que me gustará!

—No se atreva a tocarme —le amenazó apartándose hacia la ventana del espacioso carruaje.

—Soy tu esposo —rió burlón— tengo todo el derecho del mundo a hacerlo las veces que me venga en gana.

Tenía razón, ¿qué podía hacer? Era su esposa lo que equivalía a su esclava.

De pronto se puso en estado de alerta en cuanto lo vio levantarse para correr las cortinas y, asustada, preguntó:

—¿Qué hace?

Edward la miró de arriba abajo y dejó bien claras sus pretensiones.

—Tranquila Catherine, no quiero hacerte daño.

—Pues entonces no se acerque a mí —suplicó con voz temblorosa, muerta de miedo.

—No puedo, eres tan apetecible que no puedo esperar a llegar a casa.

Se acercó hasta ella y tiró de su brazo con fuerza, obligándola a ponerse en pie. Un bache inesperado provocó que se agarraran mutuamente para no caer.

—Estaremos mejor en el suelo.

—¡No me toque! —le gritó.

—No quisiera forzarte querida. No la primera vez —dijo Edward sin el menor escrúpulo.

—¡Me tiraré! —amenazó pensando en que quizás sería la mejor solución. Lo que fuera antes de que le pusiera las manos encima.

—No, no lo harás.

Se abalanzó sobre ella y cayeron sobre el suelo del carruaje.

Por más que gritó y pataleó, no le sirvió para evitar el dolor y la humillación de aquel hombre sin consideración. Sumergiéndola en un abismo de no retorno al serle arrebatada la virginidad sin ningún escrúpulo. Tratándola simplemente como si fuese una furcia.

—Gatita cómo me gusta... —susurró sobre su oído una vez que hubo saciado su apetito. Terminó de abrocharse el pantalón y se encendió un puro. Estaba completamente satisfecho—, te llevaré a mi alcoba cada noche.

Ella seguía tirada sobre el suelo, afanada en taparse como podía, mientras que sentía en su interior un dolor terrible.

—¿No te encuentras bien? —se burló antes de volver a meterse el puro en la boca. Aspiró con gusto y soltó una bocanada de humo, lo que hizo que la desvalida dama tosiera—. Quizás he sido un poco rudo, pero si no pones algo de tu parte, siempre será así.

La muchacha sentía tal humillación, además de vergüenza, que no fue capaz de alzar la mirada. Estaba a merced de un tipo sin escrúpulos con el que tendría que pasar el resto de su mísera vida.

¿Y decía su madre que la vida en el convento sería dura? Pensar que la haría suya cuantas veces le placiera hacía que deseara, con todas sus fuerzas, haber terminado como una monja de clausura para así no saber de ningún hombre indeseable por el resto de su existencia.

—Te dejaré descansar un rato.

Dicho esto apagó el puro y se sentó al otro lado, cerrando los ojos.

¿Cómo podía tener tan pocos escrúpulos?, si la volvía a tocar se moriría del asco. Por muy cobarde que sonase preferiría estar muerta.

Sin pensar en nada caminó a gatas, lentamente, hasta acercarse a la

portezuela. La abrió con cuidado y...

—¿Pero qué diablos intentas hacer?!

La agarró del brazo y, dispuesto a hacer daño, tiró fuertemente de ella, causándole un terrible dolor.

—¡Estás loca! —gritó empujándola con rabia contra el asiento.

—Prefiero morir a que vuelva a ponerme las manos encima —soltó mirándolo a los ojos con verdadero odio.

—Cambiarás —le respondió sereno—, lo siento pero me has obligado a hacer algo que no te gustará...

Lo miró llena de temor y se encogió como un animal desvalido.

—No es lo que piensas —la tranquilizó—, no es que no me apetezca, pero estoy demasiado cansado, además... —pasó la mano por su mejilla, muy despacio, provocándola maliciosamente— ya tendremos tiempo cuando llegemos a casa.

Y ante el asombro de ella le vio quitar un cordel, de las cortinas, para después acercarse.

Cuando quiso darse cuenta estaba atada.

—Por nada del mundo permitiré que te suceda nada malo. Eres demasiado bella y no quiero perderte. A menos hasta que haya conseguido domarte.

—¿Es necesario esto? —le desafió.

—Mi querida gatita. Después de lo que acaba de pasar y aún te quedan fuerzas para desafiarme. Me gusta tu actitud.

Se despertó precipitadamente en cuanto sintió que el carruaje se paraba.

¿Dónde estaban?

Se movió intranquila y comprobó que el dolor en el vientre seguía allí, y eso se sumaba al dolor que le producían las cuerdas.

No soportaba estar en aquella postura.

—¿Por qué paramos?

—Supongo que estarás cansada. No preveía esto en mis planes, pero pararemos en esta posada para que puedas darte un baño y dormir un rato.

—Se lo agradezco —fue capaz de reconocer debido a la necesidad de un buen baño, pero sobre todo a las ganas de perderlo de vista.

—Después de premiarme con tu virtud es lo menos que puedo hacer por ti. Te quitaré las cuerdas solo si vas a estarte quietecita —la avisó, sonriendo

a continuación porque ella asentía.

La ayudó a bajar y no tardó en sentir el aire sobre sus mejillas, lo que propició a que respirara aliviada, encontrándose un poco mejor.

Entraron en la posada, escoltados por los oficiales, mientras organizaban un gran revuelo tras ser reconocido.

La posadera les hizo entrega de la llave de la mejor habitación que tenía, dando órdenes precisas para que todo estuviese dispuesto como el gran duque quisiera.

Una vez que se marcharon, para acomodarse, ella salió hasta el corral y mató dos pollos. Los cocinaría de cena puesto que nada sería lo suficientemente exquisito para el paladar de un hombre acostumbrado a los mejores manjares. Afanándose en mostrarse servicial y complaciente, si lo que quería era que le dieran alguna moneda extra.

Edward la acompañó hasta el interior de la habitación y miró con desagrado la sencillez que lo rodeaba.

—No es lo que se merece una duquesa como tú, pero es lo mejor que hay. Mandaré a tu doncella para que te ayude, después vendré. —Abrió la puerta pero antes de marcharse le dijo—: Supongo que estarás demasiado cansada como para hacer alguna locura, pero si lo haces he de advertirte que uno de mis guardias se quedará en el pasillo y otro bajo la ventana.

Y sin más se marchó.

En cuanto se quedó sola Catherine tuvo unas ganas inmensas de echarse a llorar, de compadecerse de sí misma, pero, ¿qué más daba? ¿Acaso le iba a servir de algo?

Cómo había cambiado su vida en un solo día, ahora incluso era una persona importante...

¡La duquesa de Herwood!

Pero la realidad le decía que el precio a pagar sería demasiado excesivo. Un pago que, mucho se temía, la iría convirtiendo en una mujer sin esperanzas, sin ánimo, y la cual se iría apagando como una flor marchita, a la vez que sería utilizada para satisfacer los instintos más bajos de un hombre despreciable con el propósito de preñarla como a una yegua.

¡Ese era, y sería, su destino final!

Echó la vista atrás y no pudo evitar recordar lo sucedido en el carruaje, entonces cerró los ojos y se dejó caer contra la pared. Había sido tan

humillante y doloroso que volvió a pensar que no soportaría que la tocara de nuevo. Jamás sintió tanta repulsión y asco hacia una persona como la que sentía ahora. No solo por Edward sino por los verdaderos consentidores que la condenaron a tanta barbarie.

¡Sus padres!

Anna no tardó en llegar, al entrar, y verla en el suelo con la mirada perdida, corrió hacia ella.

—¿Kate, te encuentras bien?

Su mirada entonces recobró vida, la miró con ojos tristes e intentó sonreír en vano.

Menos mal que por lo menos la persona a quien más quería estaba a su lado.

—Anna —susurró con la cara llena de lágrimas pudiendo desahogarse por fin— ¡oh Anna!

—Tranquila mi niña —le dijo cerca del oído mientras la acunaba entre sus brazos. Estoy aquí querida, estoy aquí. Sé por lo que has pasado. Te prepararé el baño, te aliviará.

Anna fue ayudada por la posadera para calentar agua y después echarla sobre la tinaja.

Una vez terminada la tarea volvieron a quedarse solas, lo que Anna aprovechó para ayudarla a desnudarse. La rabia acudió a su rostro cuando comprobó con repulsión los efectos de la brutal violación. Las marcas sobre sus brazos y piernas eran demasiado visibles y mostraban la crudeza de los moratones hechos a conciencia. E imaginó lo que la señora hubo de resistirse para terminar con marcas tan lamentables.

Después de tantos años había visto de todo, solo que siempre en criadas explotadas salvajemente por sus amos con derecho a lo que les viniera en gana. Pero ver a su ama, como una de tantas, le heló el corazón... y casi enloqueció al ver sus muslos llenos de sangre.

Cuando finalmente se metió en la bañera se sintió mucho mejor. Se frotó bien el cuerpo, hasta hacerlo enrojecer para borrar las caricias de su esposo, y por un delicioso momento se olvidó de lo que la rodeaba.

Y se quedó dormida.

Se despertó sobresaltada empapada en sudor. Miró hacia un lado y hacia el otro, y recordó que estaba en una posada, camino de su nuevo hogar.

Se levantó de la cama y se dirigió a la ventana, comprobando que su esposo no la había engañado. Uno de sus guardas estaba allí. Seguidamente miró el cielo, apenada, y descubrió un día radiante, lo que hizo que se pusiera nostálgica al acordarse de su yegua.

¡Era un día perfecto para montar sobre ella y perderse en el horizonte!

—Buenos días querida, ¿has descansado bien?

Dejó sus pensamientos a un lado y se volvió para encontrarse con la tranquilizadora sonrisa de su doncella.

—Mejor de lo que creía.

—¿Te sigue doliendo?

—Mucho menos.

—Me alegra escuchar eso —dijo llenando una cucharada de un frasco oscuro que reservaba para ocasiones como esa—. Toma, con esto aguantarás el resto del viaje. No queda mucho para llegar.

Catherine la miró sorprendida.

—¿Cómo es posible que siempre te enteres de todo?

—Todavía gusto a los hombres —confesó entre risas—, y los muy torpes están dispuestos a lo que sea con tal de un poco de diversión. Anoche me entretuve con uno de ellos y me dijo que hoy llegaríamos a la propiedad más importante en la que tu esposo vive. Ni siquiera le has preguntado, ¿verdad?

—No me importa —dijo con pena tomando la cuchara que le ofrecía—, ¿qué más da a dónde me lleve?

—Siempre has querido conocer el lugar donde se celebran los bailes más fastuosos. Alegra esa cara, a menos eso nadie puede arrebatártelo. Deberás aprender a disfrutar de lo que te rodea a pesar de todo...

Alguien al otro lado golpeó la puerta.

—Pase.

Era la posadera.

—Buenos días, señora —se dirigió a ella pensando que era la amante del duque ante la imposibilidad de que se tratase de otra persona, menos cuando acababa de quedarse viudo—, su excelencia me ha mandado con el recado de decirle que no se demore. Saldrán lo antes posible.

—Gracias, puedes retirarte —ordenó Anna—, ¿qué vestido prefieres?

—El más sencillo por favor —y, como iba a protestar, dijo sin dejarla hablar—: después de lo que pasé ayer no quiero cargar con un vestido pesado. Además... la menor de mis preocupaciones ahora es mi aspecto.

—¿No te has parado a pensar que a él sí le importará?

—Por muy sencilla que me vista no me dejará sola por las noches. Bien claro me lo mostró ayer. Así que si se molesta lo tendrá merecido.

—No vas por buen camino. Ayer te demostró que está acostumbrado a tomar lo que desea de la forma que sea. Has de ser lista y no provocarle o pagarás las consecuencias como él desee. Y por lo que he visto eso es algo que no te interesa —la aconsejó refiriéndose a los moratones y a la violencia empleada.

—Sé que tienes razón, pero lo que de verdad me gustaría es importunarle la vida. ¡Se lo tendría merecido!

—Lo sé, yo misma te ayudaría a hacerlo después de lo que vi. Anda, déjame que te vista antes de que se moleste por hacerlo esperar.

No tardó en bajar.

Edward desayunaba y a su lado, una silla vacía, la estaba esperando. Se sentó y escuchó:

—Buenos días gatita, ¿has dormido bien?

Catherine lo miró con repulsión en el instante en que sintió la mano encima de la suya. Apartándola de inmediato.

—¿Con ganas de pelea desde por la mañana? Mi querida gatita, cada vez me gusta más que pelees. Será tan divertido domarte como te dije... — volvió a coger su mano y la apretó con rudeza, plenamente consciente del daño que le hacía. Seguidamente se la llevó a la boca y la besó, solo entonces la soltó— harás lo que yo te diga cuando yo te lo diga.

—No esté tan seguro de ello —protestó con valentía en un intento de no hacerse ver débil, desoyendo los consejos de Anna.

—Catherine —contestó como si nada—, anoche fui muy comprensivo contigo. No quise doblegarte aun a pesar de lo mucho que te quería en mi cama, así que, si en algo aprecias tu cuerpo, no sigas provocándome o te levantaré ese vestido tan horrendo que llevas, sobre la mesa, y te forzaré nuevamente. Aunque tu cuerpo no esté preparado para ello.

Al comprobar que sus palabras lograron mantenerla callada, sonrió con altanería y la miró de manera burlona para provocarla.

A ella no le quedó otro remedio que doblegarse a él y bajó la mirada. Y es que haría lo que fuese con tal de posponer el calvario que antes o después vendría, dejando que se saliese con la suya, aun a pesar de la humillación de

saberse desprotegida y perteneciente a él.

—Así me gusta, ¡desayuna! —ordenó como si se tratase de uno de sus sirvientes.

Catherine obedeció sin rechistar.

¿Qué otro remedio le quedaba?

CAPÍTULO III

En un lugar estratégico, en mitad de un bosque abandonado, dos hombres bajaron de sus respectivas monturas y se internaron en él para que nadie los descubriese.

El peligro de si alguien lo hacía, era tan sumamente grande, como el poder terminar en el patíbulo a la espera de que la guillotina segase sus cabezas.

Cuando se supieron seguros se quitaron la malla protectora, que les cubría la cara, y se dieron un afectuoso abrazo después de haber pasado varios meses sin verse.

—¿Cómo estás Stefan?

—Jamás me acostumbraré a que me llames por mi verdadero nombre.

—Algún día hermano, algún día...

Dejaron la nostalgia atrás con rapidez. No había tiempo que perder...

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó lord Hedrick. El que era aliado del duque de Loira. Ambos archienemigos de Edward.

—No sé lo que está sucediendo, pero según mis informadores están pensando en deshacerse de mí.

—¿Qué? —preguntó alarmado al darse cuenta de la envergadura de la situación—, ¿qué has hecho esta vez?

—No es fácil Patrick, ponte en mi lugar aunque sea por un momento —quiso defenderse.

—¡Maldición Stefan!

—Ya me gustaría verte en mi situación. Me arrebató todo lo que me pertenecía mandando que me matasen cuando apenas era un niño.

Lord Hedrick lo miró con aire comprensivo.

—¿Cómo quieres que actúe al tenerlo delante? Si él supiera quién soy en realidad...

—Entonces terminaría el trabajo él mismo y todo por lo que has luchado no habría servido de nada, ¿es eso lo que pretendes? Ahora más que nunca debes permanecer con todas las preocupaciones posibles.

Sabía que tenía razón pero, resultaba tan difícil contenerse...

—¿Y entonces? —preguntó Patrick animándole a que prosiguiera.

—No obedecí una de sus órdenes y creo que si sigue conmigo es porque soy el único capaz de domar a los caballos en tan poco tiempo.

—Sangre fría Stefan, eso es lo que debes tener. ¿Y dónde está el hijo de perra de Edward ahora?

—No te lo vas a creer —dijo con sarcasmo escupiendo el tabaco de la boca—. Ha ido al norte en busca de una nueva furcia que le caliente la cama. Y por lo que me han dicho debe de haberse encaprichado de ella pues viajan en el mismo carruaje.

A Patrick le pareció gustar lo que escuchaba y el gesto preocupado del rostro se transformó en una expresión por completo diferente. Hasta se podría decir que un poco divertida.

Asimiló la información y de repente dijo:

—Tengo un plan.

—¿Un plan?

—Si todo sale bien el impostor, duque de Herwood, te estará eternamente agradecido. ¡Ya lo verás!

El carruaje avanzaba con rapidez tirado por los ocho caballos en plena forma después del descanso de la noche. Dentro de él, a pesar del espacio, Catherine se sentía atrapada, mirando por enésima vez a su esposo, a la vez que lograba suspirar con algo de tranquilidad.

Y es que desde que se durmiera, hacía ya un rato, ni se le ocurrió moverse. Lo que fuera con tal de no provocarle, aunque para ello se tuviese que morder la lengua. Permaneciendo con la vista al frente, y las manos atadas, simplemente esperando...

Pero la paz duró poco porque de pronto abrió los ojos y la miró con deseo, consiguiendo que Catherine se encogiera sobre el asiento.

La tranquilidad se borró de un plumazo y dio paso a que se pusiera en estado de alerta en el acto.

—Es verdad.

—¿Cómo dice?

—Acabo de soñar contigo y veo que en verdad te tengo para mí.

Sin mediar palabra actuó con rapidez, y antes de que ella se diera cuenta, ya lo tenía encima metiendo sus asquerosas manos debajo del vestido en busca de sus enaguas.

—Ven aquí gatita furiosa. Todos mis dominios me envidiarán en cuanto te vean. Y eres mía. Siempre mía.

Fuera se empezó a escuchar un gran jaleo. El revuelo era demasiado grande, igual que la excitación de Edward. Un hombre que tenía el único propósito de satisfacer sus ganas de poseerla de la manera que fuese ya que, una vez más, se resistía como una fiera.

—¡Estate quieta de una vez! —gritó cabreado cruzándole la cara con la mano abierta. La fuerza de la bofetada hizo que sin querer le rompiese el labio — ¿no ves lo que me obligas a hacer, muchacha testaruda?

El sabor de la sangre le impregnó toda la boca, haciendo que se mareara. Entonces tomó la determinación de dejar de forcejear para que el daño corporal fuese el menor posible.

Su esposo, al verla sometida, la miró complacido.

—Esto está mucho mejor.

Alzó el vestido sin miramientos, se desabrochó el botón del pantalón ansioso, y justo entonces se escuchó el primer disparo.

—¡Maldición! ¿Qué está pasando?

Catherine suspiró aliviada en el preciso instante en que dejó de sentirlo encima, inmediatamente después comprobó, con sus propios ojos, la clase de hombre que en verdad era, puesto que la cobardía hablaba a través de su cara y de sus gestos.

El muy indeseable no había dudado en dejarla tirada, sobre el suelo, mientras él se quedaba en un rincón a la espera.

¿Qué pasaría?

Antes de que a la muchacha le diese tiempo a cubrirse, siquiera, la portezuela se abrió y dio paso a un forajido con un pañuelo tapándole parte de la cara, y una pistola que apuntaba directamente a la cabeza del duque.

—¿Interrumpo algo? —preguntó con sorna sin dejar de mirar a mujer tan bella—, encanto quizás te convenga cambiar de amante, por mucha riqueza que pueda ofrecerte no deja de ser un viejo.

—¿Qué quieren? —logró decir el noble con la cara pálida a sabiendas de que estaba en manos de esos desalmados—, si es dinero lo podemos arreglar con prontitud.

—¡Abajo!

Obedecieron y pudieron ver la gravedad de la situación. Estaban rodeados de lo que deberían ser más de veinte forajidos.

¿Es que sabían el lugar exacto por el que iban a pasar? Y lo que era aún peor puesto que estaban casi en sus terrenos. Toda una provocación por parte de esos malhechores.

—Vaya, vaya, mirad lo que tenemos aquí.

El que parecía el jefe de la banda avanzó un paso y se situó frente a ellos.

—Y con su preciosa amante, además.

—No me hagan daño por favor —suplicó de repente, perdiendo la hombría ante una esposa sorprendida por su cobardía absoluta—, tengo dinero.

—¿Dónde está?

—En el asiento del carruaje, debajo.

El jefe ordenó a uno de los suyos que lo comprobara.

Este no tardó en salir con una bolsa llena de monedas de oro.

—Aquí está.

—Muy bien. Marchémonos de aquí muchachos. ¡Mi caballo!

Catherine permanecía ajena a lo que estaba sucediendo, es más, por muy incomprensible que resultara se mostraba tranquila, incluso se podría decir que agradecida, a esos forajidos, por librarla de la tiranía del cobarde de su esposo. Un esposo que se envalentonaba delante de las personas débiles como ella, para en cambio arrastrarse en cuanto alguien más fuerte le plantaba cara.

Pero lo que sucedió a continuación sí que la dejó paralizada, entonces no tardó en perder el color de la cara y temió acabar en peor situación, de la que ya se encontraba, puesto que fue alzada del suelo como si nada para terminar sentada sobre el lomo de uno de los caballos, de los malhechores, sin previo aviso.

¿Qué es lo que estaban haciendo con ella?

—¡Tú te vienes con nosotros! —exclamó uno de los hombres con voz autoritaria.

El aturdimiento en ella se hizo presente y se golpeó la cabeza contra el lomo del animal. Seguidamente el jinete la agarró y emprendió el galope para alejarse de allí, a la vez que la duquesa no llegaba a comprender el por qué Edward no había dicho que era su esposa. Ahora en cambio había pasado a ser una simple furcia que emplearían a su antojo puesto que a ella no la creerían.

Un escalofrío de horror corrió por toda su espalda al saberse, esta vez, en manos de una multitud de forajidos dispuestos a lo que quisieran hacer con

una dama indefensa.

Lo último que pensó, antes de perder el sentido, fue en querer volver a manos de su esposo.

Lo que fuera con tal de evitar terminar de la peor de las maneras para cualquier dama en esas circunstancias.

Amanecía cuando abrió los ojos, lentamente, convencida de que estaba en su alcoba.

Un suspiro de alivio cruzó su cara y no tardó en recordar la pesadilla que había tenido...

¡Menos mal que había despertado! Nada mejor que un paseo con su yegua para despejarse del aturdimiento que tenía, y no fue hasta que se movió, que sintió el duro suelo bajo su cuerpo.

Algo que la hizo fruncir el ceño con sorpresa.

¡Un momento!

Y a medida que iba dejando atrás la somnolencia, se percató del dolor en todos y cada uno de sus huesos castigados.

¿Qué demonios estaba sucediendo?

La realidad se hizo paso con una claridad espantosa, descubriendo que estaba rodeada por la multitud de bandidos que la habían secuestrado.

—Mirad lo que tenemos aquí muchachos, por fin nuestra dama ha consentido en despertarse.

A Catherine el corazón le dio un vuelco. Se levantó de un salto y empezó a dar vueltas sobre sí misma, mirando con temor a cada uno de ellos mientras tragaba con dificultad, afanándose en no ponerse histérica. A continuación alzó los brazos con los puños cerrados.

—¡No os acerquéis!

El ruido de las carcajadas se metió en sus oídos y provocó que la cabeza le estuviese a punto de estallar.

Pero no se quedó callada.

—¡Lo lamentareis si lo hacéis! ¡No sabéis quién soy! —les dijo con el convencimiento que le permitió el estado de nervios en el que se encontraba.

—¿La furcia del viejo? —escuchó a sus espaldas entre nuevas carcajadas.

—¡No soy ninguna furcia! —gritó alto y claro.

Uno de los hombres que permanecía alejado, para no ser visto, la

escuchó, y disfrutó de la situación.

«Vaya carácter que parecía tener. El muy hijo de satanás se debía de haber cansado de las sumisas».

El hombre desconocido sonrió con un brillo pícaro en los ojos.

«Ya se encargaría él de apaciguar ese carácter... solo que antes dejaría disfrutar un poco a sus muchachos».

—¿Entonces, qué eres? —se escuchó a otro con sorna.

Semejante pregunta la enfureció hasta el límite. Tanto fue así que sin pensarlo, en un acto de locura por ser tratada como un simple objeto, se acercó hasta el que había preguntado con la expresión del demonio dibujada en su cara.

Las risas tras su reacción quedaron calladas a medida que los presentes observaban, sin llegar a creerse, el valor de aquella pobre muchacha.

—¿Cómo que qué soy? —lo enfrentó cara a cara.

El joven bandido no pudo evitar sentir admiración hacia ella. No debería ser nada fácil saberse a merced de todos ellos, y todavía así tenía las suficientes agallas de querer pelear.

Eso sí, la admiración duró muy poco, justo cuando la escuchó decir:

—Quizás la pregunta sea, ¿qué eres tú? —preguntó Catherine, dándose cuenta de que la mayoría parecía mirarla sin burla, contraatacando—: ¿Quizás eres el monigote de alguno de estos?

La pequeña paz se rompió en mil pedazos y dio paso a un colérico muchacho debido a ser tratado con aquel menosprecio.

¡Y encima por una furcia!

—¡Hija de perra! ¡Te haré tragar tus palabras! —exclamó escupiendo lleno de rabia. Seguidamente se llevó las manos hasta el cinturón con el propósito de quitárselo. Inmerso en una furia incontrolable.

Mientras los demás se limitaron a mirar...

«Se iba a enterar aquella fulana de lo que era bueno. Para cuando terminara con ella poco quedaría para los demás».

La empujó contra el suelo, violentamente, y alzó el brazo que tenía el cinturón con determinación antes de...

—¡Basta! —se escuchó desde atrás con autoridad—. ¡Ya es suficiente!

Catherine comenzó a sollozar, seguidamente se tapó la cara en un acto reflejo para que no la vieran, y reconoció que aquella voz la acababa de salvar de una paliza segura mientras recordaba lo que su querida Anna siempre le decía acerca de mantener la boca cerrada en ciertas ocasiones.

¡Y desde luego que la que acababa de vivir era una de ellas!

¿En qué demonios estaba pensando?!

Aun así continuó desoyendo los consejos de su doncella y dejó que la curiosidad actuara por ella, lo que hizo que se incorporase en busca de aquella voz, decidida, al tiempo que apoyaba las manos sobre el suelo para después levantar la cabeza con el deseo expreso de ver a la persona que acababa de parar, con determinación, lo que le habría ocurrido de no intervenir...

¡Se quedó a cuadros!

La extraña reacción de todos era más que evidente, puesto que se afanaban en cerrar filas en torno a él, para que no lo hiciera, asombrándose por la reacción a medida que mostraba su sorpresa porque, indudablemente, no consiguió lo que quería.

¿Qué es lo que estaban ocultando aquellos forajidos?

—¡Vamos, arriba! Todavía nos queda un largo camino.

Alguien la ayudó a levantarse a la vez que cada uno se dispersaba con el afán de levantar el campamento.

¡¡Un momento!!

Abrió los ojos como platos y se quedó perpleja ante el descubrimiento de una sorprendente escena.

«¿Qué hacía allí un campamento montado?», se preguntó mirando cómo las tiendas se esparcían por el ancho de la pradera. Unas tiendas perfectamente alineadas mostrando el control y el orden. Algo del todo improbable tratándose de hombres al margen de la ley.

¿O es que no eran lo que ante sus ojos pretendían ser?

Dejó a un lado sus pensamientos y aceptó una taza de café y un poco de pan duro que le acercó uno de los hombres.

—Come —ordenó—, y date prisa si no quieres irte en ayunas.

—Gracias —dijo agradecida antes de llevarse el café a la boca muerta de hambre.

Terminó de comer el pan duro, acallando así su estómago hambriento, y no perdió detalle del trabajo metódico en plena ebullición mientras las tiendas iban desapareciendo una a una, el fuego era apagado, y los caballos no tardaron en estar listos, mostrando su perplejidad porque en un abrir y cerrar de ojos los expertos hombres estaban listos para partir, cada uno sobre su montura.

Ella permaneció en medio, sin atreverse a moverse siquiera, ajena a todas las miradas ante la posibilidad de que la dejaran abandonada a su suerte.

¡No fue así! De pronto, de la nada, apareció un jinete sobre un caballo pura sangre de color negro, y como este llevaba la cara tapada, con una malla protectora, solo pudo distinguir unos ojos oscuros acercándose peligrosamente...

Catherine se asustó muchísimo. El impresionante caballo seguía acercándose peligrosamente, y no dudó en encogerse sobre sí misma en un intento de protegerse. Tenía el convencimiento de que le pasaría por encima.

¡Pero no!

Lo que sucedió a continuación hizo que supiera que nada más lejos de la realidad, porque escuchó a aquel jinete que le decía con voz seria:

—¡Tú vienes conmigo!

Aquella frase fue todo lo que pudo escuchar antes de sentir, cómo el experto jinete, se agachaba lo suficiente para agarrarla con ambas manos de la cintura y se quedaba a la altura de sus ojos.

—Después de tu comportamiento solo así estarás a salvo. —La advirtió con una mirada fría.

Un grito de sorpresa salió de la garganta de Catherine mientras era alzada como si nada por los aires, reconociendo aquella voz que le acababa de hablar, y que era la misma que la había salvado de la paliza de antes, terminando sentada, de lado, sobre la grupa del magnífico caballo para fortuna de un cuerpo aún dolorido después de su desvirgamiento.

—¿Lista?

Antes incluso de pensar si le contestaría, o no, se vio nuevamente sorprendida porque el desconocido espoleó el lomo del animal, lo que provocó que cayera sobre su torso duro y fuerte, ruborizándose por tan indecorosa situación, sin que tardara en recomponerse. Empeñada en mantener la distancia con la espalda erguida a pesar de la incomodidad.

Y a medida que se alejaban se pudo escuchar la sonora carcajada de él, el cual era incapaz de comprender a qué venía tanto recato...

—Deja de mostrarte como una dama y acércate —dijo con tono serio, molesto por la testarudez de la mujer.

Catherine mantenía la postura como si pareciera no importarle que llevaran la mañana entera cabalgando a pesar del dolor recorriendo su maltrecho cuerpo, a la vez que ahogaba las quejas en su interior con el fin de querer mostrar su entereza cuando lo único que deseaba era descansar y gritar

a partes iguales.

Levantó la mirada y se encontró con la de él. Lo único que podía ver debido a la malla que no mostraba nada de su rostro, encontrándose con una mirada fría como el hielo. Haciéndole más difícil si cabe mantener la compostura.

Y aunque hizo el intento de quedarse callada no pudo evitarlo, respondiendo sin pensar:

—¡Nunca! —exclamó antes de apartar la mirada con seguridad. Una seguridad que no tardó en desaparecer en cuanto las manos que sujetaban las riendas se tensaron con rigidez, mostrando la furia que tenía.

—Todavía estoy a tiempo de dejarte con mis hombres... —la amenazó con voz tensa acortando las riendas ante una sorprendida Catherine. La cual sintió los fuertes brazos estrechándose sobre su persona en un abrazo desvergonzado—, aunque seguro que entras en razón.

La cercanía de su cuerpo, envolviéndola, aturdió a una dama nada acostumbrada a esos menesteres, creando confusión en su cabeza mientras su corazón palpitaba con fuerza.

A pesar de ello tampoco consideró quedarse callada y logró decir:

—Haga lo que tenga que hacer, no me da miedo —mintió, procurando que la voz no la delatase porque hasta sus labios temblaban, desafiándolo sin pensar en las posibles consecuencias.

El misterioso jinete se movió incómodo y cambió de postura tras comprobar cómo su cuerpo acababa de reaccionar ante el simple roce de aquella testaruda mujer.

¡Algo que no le agradó nada!

«Esta muchacha me desconcierta, ¿cómo es capaz de atormentarme de esta manera?»

Sabía que no debía meterse en apuros, y sabía que por lo tanto lo mejor sería apartarla de él... y sobre todo de su montura.

No lo hizo, la testarudez de ella le animaba a seguir jugando sin que le importara lo inoportuno de la situación. Parecía que no sabía quién era el que mandaba y él estaba dispuesto a mostrárselo.

¡Vaya que lo estaba!

Rió con sorna, después de escuchar su respuesta, y llamó:

—¡Frederick! —gritó de pronto, frenando el caballo.

—¿Sí, señor?

El joven muchacho al que había ridiculizado, esa misma mañana, se

presentó sin tardar.

Catherine, en cuanto lo vio, perdió el color de su cara y se regañó, una vez más, por no haber sido capaz de morderse la lengua.

¿Cuándo iba a aprender?

—Toda tuya —dijo con tranquilidad a la vez que llevaba las manos a su cintura con la clara idea de alzarla para dejarla sobre la otra montura.

Solo que no hizo falta. Antes de que la levantase dijo apresurada:

—Está bien... pare... no lo haga... —las palabras salieron atropelladamente de su boca, una detrás de otra, delatando su nerviosismo porque prefería quedarse con el que al parecer velaba por su seguridad... ¡por el momento!

—¿Cómo dices? —preguntó burlándose sin misericordia—, no te oigo bien...

Catherine no tenía otra opción, y menos cuando él la alzó, otro poco, dispuesto a hacerla ver que hablaba en serio.

¿Qué hizo entonces la dama? Pues tragarse su amor propio antes de terminar gritando:

—¡Vos ganáis! ¡Haré lo que me diga!

Una sola mirada bastó para que Frederick volviese a su puesto, lo que ella aceptó, sin pronunciar palabra alguna, y se dejó caer sobre el pecho acomodándose a medida que comprobaba, con gran placer, cómo sus músculos se desentumecían al relajarse por completo.

El jinete sonrió complacido, finalmente se había decidido a ser una muchacha lista y optó por ceder.

—¿Ves como no era tan difícil? Cierra los ojos y descansa. Todavía queda un gran trecho —la aconsejó.

El cansancio que llevaba encima, después de lo poco que consiguió dormir sobre el incómodo suelo, era tan grande, que por primera vez optó a quedarse callada. Cerró los ojos y se acurrucó un poco más contra aquel pecho que se le antojaba demasiado cómodo de repente.

El jinete la sintió acoplarse a él y soltó el aire que retenía en los pulmones con brusquedad... y no le quedó otro remedio que afrontar, con incredulidad, lo bien que se acoplaba a su cuerpo. Un cuerpo que parecía negarse a no reaccionar por aquella cercanía, deseando a la mujer que tenía entre los brazos por lo que había visto y oído, a la vez que se maldecía por permitirse desear a la misma mujer que había pasado antes por la cama de su archienemigo Edward.

¿Cómo podía ser posible?

Y con esa lucha interna continuaron la marcha sin mirar atrás.

—¡Despierta dormilona!

Catherine abrió los ojos lo suficiente para darse cuenta de la postura tan indecorosa en la que se encontraba.

—No querías ni acercarte y por poco terminas ahogándome —añadió con voz suave.

El rubor le tiñó las mejillas a una muchacha avergonzada y tímida, percatándose del torso fuerte y duro alrededor de sus brazos, lo que solamente podía significar que, estando dormida, había terminado abrazándolo con toda probabilidad para estar más cómoda. Y no solo era eso porque además, aparte del escandaloso abrazo que le estaba dando, y por si fuera poco, al inspirar por la nariz olió con claridad el aroma masculino de lo cerca que estaba. Avergonzándose terriblemente porque notó la humedad en la camisa de él con lo que debía de ser su saliva.

«¡Oh Dios mío! ¡Qué vergüenza!»

Recuperó la compostura con rapidez, y dio las gracias porque nadie pudiese verle la cara que reflejaba la turbación que bullía en su interior por haberse tomado la libertad (aunque fuese en sueños), de abrazarlo como si fuesen una pareja de enamorados.

Acto seguido irguió la espalda, todo cuanto pudo, con el fin de evitar cualquier tipo de roce con aquel desconocido que no la dejaba pensar con claridad.

¿Quizás porque no estaba nada acostumbrada a permanecer en la intimidad con ningún hombre?

—Si lo sé no te despierto —dijo con el mismo tono serio de antes.

«¿Qué querría decir?», se preguntó una Catherine curiosa tratando en vano de averiguarlo.

Y antes de poder hacer, o decir nada, le escuchó decir:

—Hemos llegado.

—¿Llegado? —preguntó exaltada—. ¿A dónde?

—Demasiadas preguntas —fue su escueta respuesta.

Y antes de que su cuerpo se volviera impaciente, al dejar de sentirla, aprovechó para sin previo aviso bajarla hasta el suelo empeñado en seguir el impulso de poner distancia entre él, y aquel cuerpo menudo que lo llegaba a

desconcertar aun a pesar de las imágenes que le acudían a la mente en brazos de su enemigo.

¡Cabreándose consigo mismo, una y mil veces, por no ser capaz de centrarse en lo que debía!

—Aquí nos despedimos.

—¿Qué?

Ella se giró y le miró con temor. También con nerviosismo.

Los ojos asustados mostraban la indefensión de la pobre muchacha al verse sin la protección de aquel misterioso hombre, el cual seguía empeñado en no dejar que su rostro se viese, y que se había preocupado para que no le pasase nada malo.

¡Queriendo aferrarse a él de un modo desesperado!

—¡Espera! ¿Qué va a pasar conmigo? —le tuteó de repente en un intento desesperado por retenerlo junto a ella.

A él le gustó que lo hiciera.

—No temas —pronunció con voz tranquilizadora—, nada es lo que parece. No te pasará nada.

¡Ahí sí que se quedó perpleja!

«¿Qué querrían decir sus palabras?»

Quiso dar sentido a lo que podría llegar a significar cuando, antes de darse cuenta, y sin que pudiera hacer absolutamente nada para evitarlo, veía cómo se alejaba al galope, dando la sensación de que su único propósito era la de largarse cuanto antes.

El vacío junto con el sentimiento de soledad, a medida que lo veía alejarse, la dejó envuelta en una tristeza demasiado importante puesto que se trataba de alguien completamente desconocido para su persona. Admirándole, contra todo pronóstico, por haberla rescatado de su esposo, en primer lugar al ordenar su secuestro, y del forajido que quiso castigarla con el cinturón en último lugar, por ser incapaz de morderse la lengua. Creando entre ellos un vínculo invisible pero muy arriesgado, además de peligroso, sin ellos saberlo, porque el caprichoso destino estaría ahí con el objetivo de volverlos a juntar...

CAPÍTULO IV

—¿Que has hecho qué?! —preguntaba Patrick sin poder llegar a creerse lo que acababa de escuchar, bajando de su caballo y avanzando con una mirada fría después de saber que acababa de poner en peligro todo el plan—. Tenías que limitarte a esperar. Se suponía que después de que Edward llegase al castillo y solicitase el servicio de los mejores rastreadores, en busca de su amante, tú te harías cargo y seguirías su rastro hasta hacerte con ella y así poder llevarla a donde quiera que la vaya a alojar, para volver a ganarte su confianza... ¿no aparecer antes y dejarte ver, como has hecho!

—¡Patrick! No hay motivos para que todo se estropee. Seguiremos tu plan como lo ideaste y se acabó. Además, no me dejé ver.

Patrick profirió una gran carcajada al escuchar lo absurdo de sus palabras.

—¿Que no te has dejado ver?! —habló alzando la voz con fuerza mientras se le marcaba la vena en el cuello de la rabia que lo corroía por dentro—... pero si hasta la has traído sobre tu caballo, ¿qué importa el insignificante detalle de que no haya visto tu cara? En cuanto la liberes de nuestras manos y te escuche se dará cuenta de quién eres, y entonces...

—¿Y entonces qué? Vamos Patrick, es su ramera no su esposa. Edward la dejará en alguna casa estratégica donde poder verla, una vez que se la entregue, y se acabó. No la va a llevar a vivir al castillo, y desde luego no va a pisar las caballerizas. Así que fin de la historia. Jamás podrá relacionarme porque jamás me verá donde no debe.

—Por el bien de todos espero que tengas razón. Tú mejor que nadie sabe lo mucho que hay en juego.

—Sé lo que me hago Patrick.

No le creyó.

—No, no lo sabes —le contradijo negando con la cabeza—, si realmente lo supieras no hubieras seguido el impulso que te hizo perder la cabeza.

Stefan se puso alerta. No quería reconocer la verdad de lo que su aliado y amigo parecía insinuar.

—No sé de lo que estás hablando.

—Sí, claro que lo sabes. No sé lo que habrás podido ver en ella, pero no me cabe la menor duda de que no hará más que traernos problemas.

—¡Yo no he visto nada en ella! —exclamó con una rapidez que lo delató, sintiéndose ridículo al tratar de justificarse ante un hecho aislado por haber seguido su instinto. Un instinto que le hizo dar un paso adelante para evitar que la golpeasen.

Solo que la cuestión, ahora, se había tornado diferente porque no sabía contestar a la pregunta que tenía en mente y que lo atormentaba sin piedad.

¿Por qué se involucró de la forma en la que lo hizo con una simple ramera propiedad del malnacido que le había arrebatado todo?

—¡Mientes! —lo acusó Patrick—. Tus ojos me dicen aquí y ahora que hay algo que te atrae de ella. Lo que no logro entender es lo que será.

Tal comentario le molestó excesivamente y cambió la expresión del rostro, a modo de locura, sin querer que nadie pudiera imaginarse, si quiera, que podría tener algo en común con Edward.

—Puede que tengas razón en una cosa. Me he equivocado, pero ahí queda todo. Soy consciente qué es esa mujer, pero sobre todo, de lo que soy plenamente consciente, es de a quién pertenece. Jamás vuelvas a insinuar que he visto algo en lo que sea que esté relacionado con él. ¡No te lo voy a permitir! —Y después de dejar aquel tema zanjado prosiguió como si nada—: y ahora, si quieres hablar, hagámoslo de lo que hemos venido a hacer, no de lo que para mí es nada.

Patrick se quedó con el convencimiento de que decía la verdad. Una verdad que necesitaban para reconducir, sin ningún fallo, lo que habían ido a hacer.

Lo último que podían permitirse, a esas alturas, era un fallo que los llegase a delatar.

—Creo tener la solución para arreglar este entuerto. Toda precaución es poca.

—¿En qué estás pensando?

—En la historia que has de contarle, a esa mujercita, para que crea lo que a nosotros nos interesa. Nunca se sabe lo que puede llegar a pasar.

—Está bien, ¿de qué se trata?

El sol hacía rato que había salido y el calor resultaba abrasador... Catherine permanecía sentada sobre una roca mientras las gotas de sudor resbalaban dentro del vestido sin que pudiera hacer nada para remediarlo.

«Necesito un baño desesperadamente», pensaba observando lo que

ocurría a su alrededor, viendo, nuevamente, la compenetración entre aquellos forajidos que levantaban otra vez el campamento.

Fuese lo que fuese lo que tuvieran pensado hacer con ella, se desarrollaría en aquel lugar tal y como le terminó insinuando el jinete misterioso cuando le dijo que habían llegado...

Si era sincera debía reconocer que la intranquilidad se había apoderado de su persona desde el instante en el que él había desaparecido, descubriéndose a sí misma mirando una y otra vez a ambos lados, de forma obsesiva, en su busca. Aferrándose a la esperanza de que volviese a aparecer, transmitiéndose así algo de valor para enfrentarse a la incertidumbre que le provocaba el no saber qué sería de ella... cuando se puso en pie en cuanto se percató de que uno de ellos se acercaba. Preparada para lo que fuese.

¡O eso es lo que ella creía!

Se apartó un mechón de pelo que le caía sobre los ojos, y alzó la barbilla en un gesto de aparentar una tranquilidad que distaba mucho de sentir, a medida que escuchaba:

—¡Vamos! Te acompañaré para que puedas asearte algo. Has de estar presentable.

—¿Presentable? ¿Para qué? —preguntó mientras lo seguía con una incertidumbre que le robaba el aliento.

—No debería decírtelo, pero hay alguien que está muy interesado en comprarte.

—¿Qué? —dijo con verdadero horror.

Y se quedó paralizada porque sus piernas no la dejaron continuar del temblor que las sacudía.

—Aquí podrás lavarte.

Ante ellos se vio una pequeña charca con el agua cristalina. Lo suficiente para asearse lo más importante.

—Date prisa... —ordenó con gesto amenazador al verla parada— antes de que me arrepienta y te lleve de vuelta.

Sobre la mente de Catherine se escuchaba una y otra vez la misma palabra. Una palabra que por lo visto la perseguía de forma cruel.

¿Es que iba a ser nuevamente “vendida”?

—¿Quién querría comprarme? Esto es absurdo.

—No lo creas —contestaba mirándola con ojos curiosos, deseando poder hacer con ella lo que tanto le gustaría— ...eres la amante del duque de Herwood, y eso, querida, se pagará demasiado bien en un burdel.

Catherine tosió tras atragantarse con su propia saliva a medida que se le llenaban los ojos de lágrimas.

Verdaderamente estaba horrorizada por la revelación que aquel ser le acababa de hacer.

«No puede ser, no puedo terminar así, ¿qué es lo que he hecho para merecer el infierno en el que me estoy hundiendo sin remedio?

—Supongo que para ti será duro de digerir pero al fin y al cabo seguirás haciendo lo que sabes... —dijo mordaz, interrumpiendo sus pensamientos y siendo consecuente de lo duras que sonaban sus palabras— solo que a muchos más. ¡Qué pena...!

Se acercó a donde seguía parada, con la mirada perdida, y aprovechó para pasarle la mano por su cara a modo de caricia.

Catherine se apartó con rapidez.

—Tenemos órdenes de no tocarte, pero ya averiguaré dónde te llevan. Nos volveremos a ver pronto, y esa vez será diferente ¡Ya lo verás!

El horror, el miedo, y la rabia, no fueron suficientes para que mantuviese la boca cerrada. Pelearía hasta el final, y contra un batallón, si hacía falta.

—¡Quita tus sucias manos de encima! Pagaréis por esto ¡No sabéis con quién estáis tratando!

—De más que lo sabemos, solo que tendremos que esperar para probarte. Y todos estamos impacientes.

—¡¡No soy su amante!! —gritó fuera de sí, perdiendo los nervios porque no podía seguir soportando las barbaridades que salían de la boca de tan horrendo ser, confesando lo que nadie se creería a esas alturas— ¡¡¡Soy su esposa!!!

El forajido la miró completamente con indiferencia, tal y como le habían dicho, y le dijo sin inmutarse:

—El saber que terminarás en un burdel ha debido de trastornarte. Nadie hará caso de semejante disparate. Anda lávate y terminemos con esto de una vez.

Si hubo alguna pequeña esperanza, de que la creyera, esta se esfumó tan rápido como el viento. Dejándola sumida en una angustiada agonía al saberse tratada como un animal que explotarían sin el menor remordimiento.

—Me gustaría asearme dignamente, ¿o también eso se me va a negar? —preguntó alicaída.

El hombre la miró sopesando lo que debía hacer.

No lo dudó, su rostro desencajado le dijo que lo había logrado,

infundiéndole un miedo aterrador para que todo saliese según lo acordado.

Y desde luego que no podía ir mejor...

—Está bien. Me apartaré y me giraré para que lo puedas hacer.

—Gracias.

Aquel hombre hizo lo que le dijo y, mientras lo hacía, pensó en el comportamiento tan extraño que tuvo desde que la secuestraran, ya que alguien con el oficio de ella no se mostraría tan sumamente afligida como ella se mostraba.

La duda que se empezó a fraguar rápidamente se esfumó, sin dar la oportunidad de contarle a nadie ante lo absurdo de la cuestión.

No se fiaba nada de aquel hombre sin escrúpulos. Se quitó los zapatos que llevaba y a continuación metió los pies dentro del agua.

Al sentir la frescura de esta cerró los ojos aliviada y se dejó llevar por la maravillosa sensación. Necesitaba refrescar el resto del cuerpo y haría lo posible para conseguirlo.

Miró con recelo hacia atrás, el lugar por el que se había marchado el indeseable forajido, y se alzó el vestido para refrescarse las piernas.

«Ojalá tuviese un poco de jabón», se lamentaba lavándose con rapidez.

Terminó con la parte de abajo y notó las gotas de agua cayendo por sus largas piernas, refrescándola, y por un glorioso momento se olvidó del calvario por el que estaba pasando, desde el fatídico día en el que supo las intenciones del que era ya su esposo, sin que pudiera imaginarse el terrible giro de los acontecimientos que vendrían después...

Unos acontecimientos que la habían llevado, sin apenas darse cuenta, a caer en manos de unos desalmados que la iban a vender al mejor postor.

Volvió la vista con desconfianza, hacia el mismo sitio, y suspiró tranquila. Realmente estaba sola así que se llevó las manos a la fila de botones, de la parte de atrás, y comenzó a desabotonarlos, tardando en hacerlo porque no tenía la ayuda de Anna.

Y tan enfrascada estaba en la tarea, que no se dio cuenta de quién se acercaba hasta que fue demasiado tarde.

—¿Necesitas ayuda?

La voz salió de la nada. Una voz que reconocería en cualquier lugar y que debido a la sorpresa, al darse la vuelta, no pudo evitar tropezarse. Lo que propició a que cayera sobre el agua a la vez que se le escapaba un grito

ahogado, empapando el vestido a medio desabrochar, dejando a la vista la fina camisa blanca que cubría sus pechos.

Y como la camisa también se había mojado, la tela, de repente, se había adherido a ellos y mostraba todo su esplendor ante él... antes de que, una avergonzada muchacha, se cubriera como buenamente pudo ajena a la mirada escrutadora del jinete, que salió de la nada, y se acercó sigilosamente en un intento claro de sorprenderla...

Solo que al final, y sin él pretenderlo, el sorprendido acabó siendo él. El cual se había quedado totalmente petrificado por la imagen tan sumamente sensual que tenía delante, siendo incapaz de apartar la mirada de aquellos pechos que se antojaban demasiado perfectos de pronto.

¡No tardó nada en sentir cómo su entrepierna engrandecía debajo de sus pantalones!

Fue entonces, cuando malhumorado por lo que aquella fulana había conseguido otra vez, sobre su cuerpo, que consiguió centrar la atención en lo que debía, apartando lo que se le pasaba por la cabeza debido al disparate de lo que ansiaba hacer con aquel cuerpo y aquella mujer de una vez por todas.

¡Odiándola de repente por ello!

—Si en algo aprecias tu vida date prisa —dijo de forma ruda, cambiando la expresión de la cara para mostrarse con el control de la situación.

Catherine alzó la mirada ruborizada y quiso saber el porqué del cambio de actitud en su voz. Solo que se quedó muda porque no estaba preparada para lo que vio.

Y es que allí, montado sobre el caballo pura sangre, se encontraba el hombre más apuesto que nunca hubiese tenido el placer de ver. Ruborizándose al recordar la manera tan escandalosa en la que la había sorprendido, a medida que apartaba la mirada de aquellos ojos que la miraban con frialdad sin entender el motivo.

¿Acaso se había molestado por encontrarla así?

Lo que ella no sabía era que, lo que verdaderamente lo había sorprendido, era la rapidez con la que actuó para taparse cuanto antes de su mirada. Dando lugar a que creyera que una simple fulana nunca se comportaría con el recato con el que ella lo hacía.

Pero entonces:

«¿Por qué fingir ser una dama cuando no lo eras?»

Aquel enigma se le antojaba demasiado peligroso y se dio cuenta de que

Patrick estaba en lo cierto.

¡Esa mujer no les traería más que problemas! Y ahora, aunque no lo quisiera, tendría que permanecer a su lado, completamente a solas, durante dos días.

Los días que la separaban de volver a estar entre los brazos de Edward.

Tal pensamiento le hizo revolverse inquieto sobre la montura al permitir que ese hecho le molestara.

—¿Qué quiere decir? —preguntó sin comprender, saliendo del agua una vez que se hubo abrochado el vestido.

—No hace mucho me tuteaste, ¿vamos a volver a los formalismos?

—Esa no es la cuestión ahora —le cortó puesto no quería profundizar en aquella cuestión. Sería algo del todo impensable además de indecoroso—, ¿qué quiere decir con que me dé prisa si en algo aprecio mi vida?

Entonces él contestó de manera tranquila, sin alterarse.

—Tienes dos opciones. La primera esperar a que vengan a buscarte para que te vendan, y te envíen de camino a un burdel. O segunda, subirte a mi caballo y fiarte de mí.

—¿Y por qué habría de fiarme de vos?

—No nos conocemos pero que yo recuerde te libré de una paliza no hace mucho, ¿no? Te ofrezco la libertad o que te quedes, elige.

—¿Por qué? O mejor dicho, ¿a cambio de qué?

La desconfianza que podría sentir hacia él era perfectamente entendible, pero entonces, ¿por qué le molestaba tanto?

—A cambio de nada —masculló serio—. Es solo que no me gusta que hagan daño a las mujeres.

—¿Y va salvando una a una? —preguntó debido a lo ridículo que sonaba.

—No preciosa, debes sentirte afortunada por haberte cruzado en mi camino., si no, tu futuro inmediato sería terminar sobre un colchón mientras que una fila de hombres espera su turno.

La turbación fue claramente visible y el apuesto hombre se dio cuenta de ello, arrugando la frente, por la confusión que tenía, porque no comprendía la manera de actuar de aquella enigmática extraña, haciéndolo tan sumamente bien como para empezar a despertar en él algunas dudas... mientras pensaba que debería obrar con rapidez para olvidarse de la mujer que empezaba a despertar un gran interés sobre su persona.

Algo que por supuesto no podía permitirse.

—¿Vienes o te quedas? —preguntó alargando el brazo, esperando su decisión.

La respuesta de Catherine no se hizo esperar, se agarró a su mano y, antes de darse cuenta, estaba sentada sobre el hermoso caballo con el sombrero de él puesto para protegerle su blanca y delicada piel.

CAPÍTULO V

Aun a pesar de no desearlo, el experto jinete estaba disfrutando bastante, tanta cercanía le excitaba, mirando constantemente hacia abajo, mientras se le escapaba una sonrisa burlona, en más de una ocasión, tras el esfuerzo de ella por permanecer rígida como una vara para no tocarlo.

¡Una vez más!

—No te conozco pero me estás demostrando ser una gran testaruda.

—¿A qué viene eso?

—Mírate, prefieres permanecer incómoda a dar tu brazo a torcer, y esta vez no están mis hombres para disuadirte.

—¿Sus hombres?

Para cuando quiso darse cuenta ya había metido la pata.

—Lo fueron, —mintió con rapidez— hubo un tiempo, no muy lejano, en el que yo era el jefe de la banda. Nos dedicábamos a saquear los caminos menos transitados. La suerte quiso que cuando te secuestraron yo estuviese en el campamento y, al saber de sus intenciones, supe que tenía que ayudarte.

—Me resulta difícil que de repente se olvidase de todo para ayudar a una mujer que ni conoce. Discúlpeme pero como le he dicho es difícil hacerlo.

—Tienes razón, pero es que estoy haciendo un favor a alguien —dijo ocurriéndosele de pronto.

Vaya muchacha aquella. Había visto poco acerca de su persona, pero lo poco que lo hizo le demostró que era alguien con agallas, dispuesta a no callarse y además lista. ¿Cómo era posible que hubiese terminado de la forma en que lo hizo? Algo no terminaba de encajar en aquella historia. Cada vez pensaba, y con mayor frecuencia, que el lugar de ella debería ser en una casa con un matrimonio de bien, y no en la cama de un viejo a cambio de cuatro joyas.

—¿Un favor? ¿Qué tipo de favor?

—No seas tan curiosa, preciosa.

—No me gusta cómo se dirige a mí —protestó poniendo más distancia entre ellos.

—Entonces dime tu nombre.

—Catherine.

—Muy bien Catherine, te llamaré por tu nombre ahora que lo sé.

—Gracias, se lo agradezco.

—Yo soy Jasón —volvió a mentir—. Y me gustaría que me tuteases.

—Me lo pensaré.

Y siguieron cabalgando durante el resto de la tarde hasta que comenzó a oscurecer, solo entonces Jasón decidió parar para poder descansar.

Cuando Catherine quiso bajarse del caballo no fue capaz de hacerlo de cómo tenía de entumecidos los huesos. Jasón la ayudó y la depositó sobre el suelo con suavidad.

—Tú sola te lo has buscado —la regañó al tiempo que se centraba en sacar varias cosas de las alforjas antes de añadir—: muévete un poco y te sentirás mejor. Voy a encontrar algo para cenar.

Sin más dio media vuelta y comenzó a andar a la vez que Catherine se quedaba allí, viéndole desaparecer entre la gran arboleda.

Una vez sola, y tal y como él le acababa de aconsejar, empezó a moverse poco a poco descubriendo lo mucho que le dolían todos y cada uno de sus castigados huesos.

No tardaron mucho tiempo en estar sentados sobre el suelo, frente al fuego, y compartiendo un conejo que había cazado junto un poco de vino que llevaba en las alforjas.

Se limitaron a cenar sin intercambiar palabra.

—¿Quieres un café? —preguntó cogiendo la cafetera de entre las brasas una vez que hubieron terminado.

—Si no es molestia... —el poco vino que tomó, en conjunto con el sabroso conejo, hizo que se sintiese en el mismo cielo después de permanecer no sabía cuántas horas seguidas sobre la montura del caballo, notándose un poco achispada y acalorada a pesar del cambio de temperatura.

—Claro que no es ninguna molestia.

Sirvió el líquido caliente en dos tazas y le entregó una.

—Me pondré a tu lado si no es molestia —rió Jasón copiando sus modales, sentándose a su lado.

Catherine lo hizo a su vez, solo que en esta ocasión la risa era por completo natural.

Parecía una chica desinhibida después de soltarse, en parte debido al alcohol ingerido.

Jasón entonces la miró por primera vez en profundidad, y justo ahí, fue cuando no tardó en darse cuenta, de pronto, del moratón que tenía junto al labio.

Su gesto entonces se torció porque la sonrisa distendida, en la cara de él, se borró en el acto.

—¿Durante el secuestro alguien te pegó?

Ella en cambio agachó la cabeza avergonzada en cuanto escuchó aquella pregunta.

—¿Catherine? —llevó la mano hasta su barbilla y la alzó con lentitud. Entonces pudo ver a una muchacha desvalida con los ojos llorosos intentando apartarle para que no viera su humillación.

«¿Quién le habría pegado?» pensó preso de un cabreo monumental que se agrandaba a marchas forzadas. Tanto que hasta se le pasó la disparatada idea de que cualquiera que hubiese osado a ponerle la mano encima se las vería con él.

Y ni siquiera le preocupó aquel sentimiento de protección.

—Ninguno de los que fueron sus hombres me pegó —admitió mediante un susurro apenas audible.

—Y entonces... ¿quién ha sido? —No tenía ningún derecho a hacer esa pregunta, pero no pudo evitar hacerla.

Fue en ese momento cuando sus miradas quedaron unidas en una cercanía que los envolvió y borró todo lo que tenían alrededor...

¡Todo menos ellos dos!

La intensidad era tan grande que, ni aun con el vino ingerido, era capaz de sostenerle la mirada, por lo que se afanó en agachar la cabeza otra vez. Solo que no pudo hacerlo, y el hecho de no conseguirlo, pasaba porque él seguía con la mano sobre su barbilla ante la evidencia de que lo volvería a hacer.

Y no estaba dispuesto a dejarla.

«¿Qué clase de amante sería para Edward?», pensó un Jasón molesto.

—No quiero hablar de eso —susurró precipitadamente de manera desesperada.

La marca sobre el labio, y el dolor con el que se pronunció, consiguieron que Jasón bajara la guardia. Tanto fue así que terminó pasando uno de los dedos por la comisura del labio amoratado con suavidad. Mirándola atormentado.

Y entonces sucedió...

Se acercó hasta tenerla donde quería y bajó muy despacio los labios hasta encontrarse con los suyos...

Entonces la besó con suavidad.

Un calor abrasador inundó el cuerpo de la bella joven al sentir el simple roce de unos labios que la besaban, con sumo cuidado de no lastimarla, lo que propició a que pensara en lo distintos que eran a los de su esposo.

«Su esposo...», recordó de pronto sobresaltada sin llegar a creerse lo lejos que había dejado llegar a aquel hombre desconocido.

«¿Qué demonios era lo que estaba haciendo?»

Avergonzada por lo que acababa de pasar, se apartó de manera apresurada de aquellos labios que la hacían sentirse viva, demasiado viva. Deseando por un momento dejarse llevar, solo que la cruda realidad se evidenciaba claramente.

Ella era la duquesa de Herwood y eso nadie podría cambiarlo.

Jasón se quedó desconcertado por su retirada.

—¿Te he hecho daño? —preguntó preocupado.

—No —susurró ruborizada incapaz de sostenerle la mirada—, ya lo tengo casi curado.

—¿Entonces? —preguntó sin entender.

—Lo que hemos hecho no está bien —se limitó a decir antes de levantarse rápidamente a pesar de la turbación que sentía dentro de sí, huyendo de su cercanía ante la necesidad de poner distancia entre ella y aquel hombre que la hacía sentir cosas que no debería.

—¿Qué es lo que no está bien? —preguntó siguiéndola con la mirada. Incrédulo por cuanto veía y oía.

—Vos no lo entenderíais —fue lo único que dijo, a continuación se tumbó sobre una de las mantas extendidas sobre el suelo y dejó claro que la conversación estaba acabada—, buenas noches.

Jasón tiró el resto del café sobre el fuego bruscamente.

—Buenas noches —gruñó malhumorado mientras pensaba en el enigma que escondía esa mujer.

¿Qué clase de fulana actuaba como ella lo hacía? ¿O es que lo que ocurría era que Edward había comprado a una virgen para sus placeres? Porque a medida que pasaba el tiempo se daba cuenta de que era imposible que pudiera actuar tan bien.

¿O sí?

Apagó el fuego con el gesto contrariado y siguió con la farsa, dando a

entender que no podían dejar ninguna pista visible para que los forajidos no pudieran perseguirlos. A continuación fue hasta las alforjas y sacó una petaca de whisky. Dio un trago largo y necesitó borrar lo que acababa de sentir al besarla.

Todavía no llegaba a entender cómo, pero lo cierto era que aquella sencilla muchacha había despertado en él sentimientos encontrados entre sí, y aun a pesar de querer odiarla, con todas sus fuerzas, cada vez se le hacía más y más difícil...

¿En qué lío se estaba metiendo?

Cuando quiso quedarse dormido casi amanecía. La cercanía en la que se encontraba el cuerpo que deseaba, era tan poca, que apenas si logró dormir para desesperación suya. Terminando la petaca para calmar un cuerpo que parecía querer descontrolarse del todo.

Amanecía cuando Catherine abría los ojos lentamente y se desperezaba. No tardó nada en volver a sentir el duro suelo bajo su cuerpo maltrecho, y echó terriblemente de menos la suavidad y la comodidad de una cama.

Miró a su alrededor y un vuelco le dio en el corazón ante los recuerdos de la noche anterior.

Las mantas de él allí estaban, pero nada más. Ni rastro de su salvador, aunque la preocupación se esfumó rápidamente, no se atrevería a dejarla sola después de brindarle su apoyo. Estaba segura, así que trató de olvidar lo sucedido entre ellos y se levantó. Cogió las mantas y las comenzó a doblar. Colaboraría en cuanto pudiera puesto que era lo menos que podía hacer.

No pasó mucho tiempo cuando lo vio regresar. Llevaba ropa limpia y el pelo lo tenía húmedo, lo que hizo que girase la cabeza, oliendo el sucio vestido.

El gesto de su cara lo dijo todo.

—Necesito un buen baño y ropa limpia.

—¿Cómo dices?

«Diablos, ¿lo había dicho en voz alta?»

—Nada importante —contestó titubeante, debía admitir que le costaba bastante mirarle después de lo ocurrido entre ellos.

—¿Has dormido bien? —se interesó.

—Sí, gracias —mintió, y es que, al igual que a él, le costó bastante pegar ojo debido a los mismos motivos que los suyos.

—Hay café frío —informó antes de empezar a preparar la marcha—, anoche tuve que apagar el fuego para no ser vistos.

—El café frío está bien —dijo como si nada. Se adaptaría a lo que fuese sin rechistar en agradecimiento a lo que estaba haciendo por ella.

¡Faltaría más!

Se sirvió el líquido frío, en una taza, y empezó a beberlo a sorbos pequeños.

—Hay un río a pocos metros de aquí. Si quieres puedo darte un pantalón y una camisa limpia, aunque no debes tardar.

«¡Por fin! ¡Un baño en condiciones!», pensó agradecida.

—Si no le importa dejarme sus ropas...

Jasón la miró incómodo además de molesto. Tantos formalismos no le gustaban nada.

—¿Todavía no has pensado en si volverás a tutearme? Me haría sentirme más cómodo —confesó sin contemplaciones.

La cercanía entre ellos, si realmente lo hiciera, sería demasiado íntima después de lo sucedido la noche pasada... y ella debía ser consecuente para no verse involucrada en un lío todavía mayor del que ya se encontraba.

Una mujer de su condición debía ser coherente con cada uno de sus actos.

—Es mejor así, créame.

Cogió la ropa que le tendía, junto con el ansiado jabón, y se alejó.

La necesidad de alejarse de aquel hombre desconcertante, que se había metido en sus sueños, resultaba primordial. Unos sueños indecentes en los que se dejaba nuevamente envolver entre los brazos fuertes y seguros. Deseando que la volviera a besar una y otra vez sin tener que dar cuentas a nadie.

Para cuando llegó al río la turbación era tan presente que tenía la cara ruborizada, deseaba que aquellos sueños se hicieran realidad, y aquello era un verdadero pecado, temiendo la envergadura de la situación si su esposo se enteraba de uno solo de sus pensamientos impuros.

Dejó a un lado todo cuanto la atormentaba y se empezó a desnudar con rapidez, no siendo que tuviesen que emprender el viaje y no le hubiese dado tiempo a bañarse. Algo que no estaba dispuesta a admitir después de cómo olía su vestido.

Y confió en él a pesar de que no se conocían en absoluto.

Una vez que se lo quitó todo, menos la ropa interior, se adentró en el agua y sumergió la cabeza en cuanto tuvo la ocasión, solo entonces comenzó a

frotarse con la mano por cada una de las partes de su cuerpo dolorido.

De pronto suspiró y no pudo evitar echar la vista atrás, soñando despierta que él aparecía a su lado y se unía a ella. Un pensamiento escandaloso para una mujer con sus obligaciones.

«¿Qué le estaba pasando? ¿Acaso se estaba convirtiendo en lo que todos pensaban acerca de ella?»

Apartó esa idea con frenesí.

¡Ella no era ninguna fulana y nunca lo sería! Y por mucho que se sintiera atraída por un hombre guapo y fuerte, como aquél, nunca se permitiría perder la cabeza. No podía hacerlo, sabiéndose una mujer perteneciente a otro hombre, aunque este fuese el ser más despreciable que nunca imaginó conocer.

Se lavó el pelo a conciencia y olió el adorable aroma del jabón, deleitándose por lo que era un buen baño después de tanta penuria a lomos de un caballo.

Volvió a sumergir la cabeza dentro del agua, para aclararse el cabello, cuando incapaz de resistirse a la tentación, comenzó a nadar río adentro desoyendo el consejo de Jasón, y sin que tardara en perder la noción del tiempo por culpa del paisaje que tenía delante.

Y por unos deliciosos instantes soñó con su ansiada libertad fuera del alcance de las sucias y asquerosas manos de su esposo.

Nadó y nadó comprobando que seguía en perfecta forma a la vez que los músculos, agradecidos de que pudieran moverse, pedían más y más. Y ella estaba dispuesta a dejarse llevar... tanto, que ni escuchó los gritos que la llamaban, una y otra vez, percatándose de que no le escuchaba de lo lejos que estaba.

—¡Maldición! —resopló Jasón preocupado desde la orilla.

¿Y si no era capaz de volver?

Inmediatamente después se quitó la camisa junto a los pantalones y se quedó en calzones, seguidamente, sin pensarlo, fue en su busca por si necesitaba ayuda, mostrando todavía la perplejidad sobre su cara al ver cómo no solo sabía nadar, sino que, además, lo hacía demasiado bien para tratarse de una mujer.

«¿Cuántos secretos más guardaba?», se preguntaba a medida que nadaba a gran velocidad, acercándose.

La sorpresa a Catherine la desestabilizó en el instante en que notó cómo alguien la agarraba de la cintura, sumergiéndose entre las aguas con el propósito de despistar a quien fuera. Y comenzó a nadar hacia el lado

contrario de manera desesperada, sin que le sirviera de absolutamente nada, porque la mano que la sujetaba por la cintura no solo no se apartó, sino que la retuvo con determinación, pegándola al cuerpo masculino en contra de su voluntad, lo que hizo que empezase a dar patadas para liberarse.

Solamente cuando escuchó su voz pudo calmarse.

—Soy yo Catherine, tranquilízate.

Esta giró sobre sí misma y se quedó a la altura de su cara.

—Me ha asustado —protestó con el miedo reflejado en su cara.

—Te he llamado desde la orilla pero no me contestabas, pensé que podrías necesitar ayuda al adentrarte tan a fondo.

—Lo siento —se disculpó arrepentida—, estaba disfrutando tanto del baño que he perdido la noción del tiempo.

—Nademos hacia la orilla, ¿quieres? —dijo antes de que ella terminara completamente agotada—. Yo te seguiré.

—Me parece bien.

Comenzó a bracear hacia la orilla, y mientras lo hacía, daba las gracias porque el agua no estuviese tan cristalina como la charca en la que se lavó el día anterior. De haber sido así la hubiese visto solamente con la ropa interior sobre su cuerpo. Algo que no se perdonaría nunca.

De pronto, la cabeza de lo que parecía una culebra de agua, apareció de la nada, justo delante de su cara y un grito de miedo logró salir de su boca a la vez que se paraba en seco, comenzando a mover los brazos de manera descoordinada, dejando de mover las piernas debido al terror que le daba ese animal, hundiéndose sin remedio ante lo que parecía un ataque de pánico.

Jasón actuó con sorprendente velocidad y eso que ni sabía qué había pasado para que diese tremendo grito. Se internó debajo del agua, la agarró con fuerza del brazo, y tiró de ella hasta sacarla.

Ella respiraba con dificultad.

—¿Estás bien?

—¡Sácame de aquí! —volvió a gritar sin parar de mirar el agua por si volvía a aparecer.

Tuteándolo por segunda vez ante el asombro y la alegría de él.

—¿Qué es lo que ha pasado?

—¡He visto una serpiente! —exclamó segura cuando no medía ni medio metro— ¡Y no las soporto! ¡Me dan miedo!

La forma de decirlo a Jasón se le asemejó a una niña desvalida, una niña que él no dudaría en rescatar, alejándola de allí cuanto antes.

La agarró más fuerte y tiró de ella hasta que ambos hicieron pie. Pero ni entonces la soltó, en cambio la cogió, esta vez de la mano, a medida que seguían caminando, tirando con suavidad.

—¿Mejor?

—Sí, gracias —admitió avergonzada, dejándose llevar por el contacto de su mano, a medida que se disculpaba a sí misma ante el convencimiento de que seguía necesitando de su ayuda—. Me habéis salvado de morir ahogada.

La tensión por tratarlo de usted, otra vez, surgió de repente.

—Es la segunda vez —dijo con la mirada seria.

Ella no entendió qué era lo que quería decir, por eso preguntó:

—¿Qué es la segunda vez?

—La segunda vez que me tuteas, y en ambas ocasiones te sabías en peligro —confesó furioso a través de una mirada que lo transmitía claramente, soltándola de la mano para guardar unas distancias que no debería olvidar.

—Y eso es algo que a vos os molesta, ¿verdad? —dijo apenada, a través de un susurro lastimero por el simple hecho de dejar de sentirle.

—Si solamente vas a hacerlo cuando te veas en peligro, por supuesto que me molesta —soltó sin que todavía pudiera llegar a creerse que hubiese podido decir aquello.

¿Qué es lo que estaba haciendo?

—Debe saber que para mí no es fácil, —se sinceró entonces una pobre muchacha para justificarse—. Me educaron para ser una dama.

—Entonces... ¿para qué te ha servido tanta educación si al final has acabado convertida en una fulana?

La puñalada que sintió, con aquellas hirientes palabras, la dejaron muda. La acusación directa fue orquestada con una malicia tremenda, haciendo lo imposible para permanecer impasible porque le dolía en el alma.

Aquellas palabras, incomprensiblemente, dolían de manera diferente a las de cualquiera de los hombres que se lo dijeron con anterioridad. Quedándose paralizada sin llegar a comprender a qué venía tanta humillación.

Jasón dejó de mirarla y se apresuró a salir del agua, dejándola atrás sin importarle que un nido entero de serpientes pudiese hacer su aparición.

¡Que se apañase como pudiese, él ya había hecho lo que tenía que hacer y ya se estaba cansando del jueguito al que estuviera jugando!

Cogió el pantalón y la camisa, tirados en el suelo, y se alejó de su lado hecho una auténtica furia... y sin que en ningún momento fuera consciente de que, de haberse quedado, podría haberse deleitado con la maravillosa vista de

verla salir solo con la ropa interior. Aunque claro, también hubiese visto los cardenales por todo el cuerpo, y eso sí que lo hubiese atormentado mucho más de lo que él nunca hubiese llegado a imaginar, en caso de haberla visto.

Catherine salió del agua solo cuando se hubo repuesto. Después de vestirse, con la ropa que le había prestado, y de colocarse el sombrero bien apretado para tapar parte de su cara, lo siguió. Haría lo que fuera para que la humillación, a la que había sido sometida, no se dejase ver. Encubriéndola como si no le hubiese afectado con el propósito de que el día que quedaba ante ellos pasara rápidamente, aunque ello significase la vuelta a una vida dura. Lo que fuera con tal de perderle de vista después de tantísimo daño.

La sorpresa que se encontró fue mayúscula al ver que la estaba esperando montado sobre el caballo, limitándose a mirar hacia otro lado, dándole a entender que ni la iba a ayudar a subir.

«Muy bien», pensó decidida al tiempo que avanzaba con paso ligero hasta situarse de frente.

«Si cree que voy a necesitar su ayuda va listo».

Se tragó el amor propio y, echando a su vez chispas por los ojos, ante tal comportamiento miserable, aprovechó que llevaba pantalones para poner el pie sobre el estribo, después se impulsó con destreza.

Jasón se quedó boquiabierto ante la escena, viéndola subirse a lomos del animal sin apenas esfuerzo.

«¿Es que también sabía montar a caballo? ¡Bah! No es asunto mío».

Y sin pronunciar palabra cogió las riendas y las sacudió, emprendiendo la marcha, con una tensión entre ellos abismal, mientras se alejaban el uno del otro en un deseo desesperado de mantener una distancia que cada vez les hacía más daño.

CAPÍTULO VI

El día estaba resultando agotador...

Permanecieron alejados el uno del otro, todo cuanto les permitió la silla de montar, y no intercambiaron ni una sola palabra entre ellos, mostrándose tozudos a cual peor.

La venganza de él, por no mostrarse cercana, después de lo mucho que había hecho por ella, no se hizo esperar. La tuvo sentada sobre el lomo de su caballo durante todo el largo día, parando únicamente para hacer sus necesidades.

Pero la jugada le salió mal... ¡Ni aun así protestó! Ni siquiera cuando sacó un poco de pan duro, un trozo de queso, y un poco de vino para que comiese sobre el animal, dejando bien claro que el que mandaba era él, demostrando que si se le antojaba no parar hasta el anochecer, como era su intención, no lo haría aun a sabiendas de que debería estar molida pues su cuerpo experto también lo estaba después de tantas horas a lomos de su caballo.

¡Aun así no cedería!

No daría su brazo a torcer aunque se le entumecieran todos y cada uno de los huesos debido a su cabezonería, o al menos hasta que dejara de mostrarse como la dama, que no era, y se rindiera para dejarse caer sobre su pecho que la esperaba impaciente sin él pretenderlo. E incluso llegó a pensar que si no tuviese un lazo de unión a su enemigo, número uno, la haría recompensarle por todo cuanto había hecho por su seguridad, aunque aquella farsa relacionada con ella, porque es lo que era, hubiese sido ideada por ellos ante la posibilidad de prescindir de él ahora que casi estaban llegando al ansiado final...

Y si para recompensar a su cuerpo la tendría que seducir, lo habría hecho sin dudarle. La muchacha tan bella, que tenía justo delante, bien lo merecía...

«¿Pero qué estoy pensando?». Masculló en su interior y espoleó al caballo en un ataque de locura, después de pasársele por la cabeza semejante barbaridad.

Empezaba a anochecer y nada. Todo seguía igual.

¿Es que tampoco iba a parar de noche?

¿Tanta prisa tenía para dejarla con su esposo y olvidarse de ella?

Porque era lo que parecía para terminar cuanto antes el favor que estaba haciendo a saber a quién.

Aunque había algo que no entendía. Si realmente estaba deseando deshacerse de ella:

¿Por qué se empeñaba en que se acomodase sobre su pecho?

¿Por qué pretendía intimar con ella hasta el punto de querer que lo tutease?

Y lo que era más desconcertante aún:

¿Por qué la había besado la noche anterior, y con suma delicadeza además? Porque si de algo estaba segura, a pesar de su inexperiencia con los hombres, era de lo cuidadoso que estuvo con ella para no hacer daño en el labio herido. Y eso solo podía significar que...

¿Qué es lo que aquello podría significar?

«No tengo la menor idea», se dijo en un intento vano de hacer lo que fuera para olvidar el dolor que la consumía por dentro.

Era tanto el dolor que estaba soportando, en su dolorido cuerpo, que no pudo continuar por más tiempo, diciendo:

—No puedo más, señor.

Jasón ni se inmutó y siguió como si no la hubiese escuchado.

—Por lo que más quiera, ¿es que no tiene la menor consideración hacia una mujer desvalida que le pide un poco de descanso?

«¿Desvalida? ¡Ja!», se dijo a sí mismo.

Esa mujer le había demostrado que de desvalida no tenía nada. Si realmente se hubiese tratado de una mujer, como la gran mayoría, ese rescate habría sido completamente diferente, empezando por verse en la obligación de parar cada dos por tres debido a la incómoda postura además del duro asiento.

Ella en cambio...

Ella en cambio le demostraba a cada paso lo fuerte que debía de ser.

No se quejaba.

Sabía montar.

Sabía nadar.

Lo trataba de usted.

Y se mostraba como una dama que debía salvaguardar su honor.

Pero entonces, ¿por qué era lo que era?

—Jasón de veras —continuó, dirigiéndose a él por su nombre para hacerse ver vulnerable—. No puedo soportar esta tortura —terminó suplicando, dándose por vencida para que parara de una maldita vez.

¡No podía más!

—Eso está mejor —fue cuanto Jasón dijo pero sin parar, avanzando con paso decidido.

Catherine no daba crédito a su mala suerte.

¿De veras él estaba tan fresco como para querer continuar? Aquello debería ser imposible. Pero entonces, ¿por qué no lo hacía?

—¿Qué es lo que está mejor? —dijo esta vez con voz seria, mostrando sin importarle lo enfadada que empezaba a estar.

—Que me llames por mi nombre —confesó para gran sorpresa de la muchacha, que parecía empezar a entender de qué iba aquello—, me gusta que me llames por mi nombre.

—Ya lo he hecho. Acabo de hacerlo.

—Lo sé.

—¿Entonces? —preguntó desesperada.

—Es solo cuestión de decir lo que te llevo pidiendo desde casi nuestro primer encuentro.

Ella permaneció callada y sopesó el significado de sus palabras antes de volver a escucharle.

—Y te prometo que te dejaré bajar —continuó—. Cenaremos algo y después podrás acostarte de una vez. No creo que sea tan difícil.

—Está bien —cedió comprendiéndolo al fin. Y bien sabía Dios que haría cualquier cosa para estirar las piernas o terminaría llorando de impotencia.

Se armó de valor, inspiró una gran bocanada de aire, y dijo:

—Jasón, ¿puedes hacerme el favor de parar? Necesito descansar.

El caballo paró inmediatamente.

Así que solo se trataba de eso.

—¿Ves como no era tan difícil? —decía él, bajándose de un salto a la vez que notaba un terrible dolor debido al agarrotamiento del cuerpo. Aun así una enorme sonrisa cruzaba su cara. Escuchar las ansiadas palabras, por boca de Catherine, era un verdadero placer—. Anda, ven. Te ayudaré, mujer testaruda.

Estiró los brazos y esperó.

No lo tuvo que hacer durante mucho tiempo, ya que la muchacha deseaba con verdadera desesperación sentir el suelo bajo sus pies. Y como no podría hacerlo sola, se fió plenamente de él, otra vez, y se dejó caer sabiéndose segura.

Jasón no tardó en cogerla en brazos, lo que sí tardó fue en dejarla en el suelo. Reteniéndola más tiempo del que debiera, mientras sus miradas se encontraban.

¡Otra vez!

—Es nuestra última noche juntos, Catherine —susurró estrechándola contra su cuerpo, disfrutando de tenerla así— así que si no es molestia, como tú dices, hablémonos de tú a tú hasta que nos separemos, esta vez para siempre. ¿Te parece bien?

La turbación de una Catherine indecisa, por verse en una situación tan indecorosa, no la dejó hablar, ni siquiera pensar, siendo consciente de que el corazón le latía demasiado deprisa porque notaba sus brazos cogiéndola como si nada, estrechándola en un abrazo demasiado íntimo.

La cercanía entonces hizo que recordase el beso que le dio. Y por muy incomprensible que resultara deseó que lo volviera a hacer.

Aunque solo fuese una vez más...

—¿Catherine? —preguntó Jasón viendo la turbación que parecía sentir en esos momentos. Desconcertándose lo indecible porque parecía no estar acostumbrada a la atención de un hombre.

El rubor en sus mejillas, además de la mirada escurridiza, claramente lo indicaban.

—¿Sí? —logró decir a través de un hilo de voz.

—¿Por qué me da la sensación de que juegas conmigo?

De repente los susurros desaparecieron para dar lugar a la voz tosca y brusca de Jasón. El cual la dejó sobre el suelo, sin una mínima contemplación, para apartarse de aquel cuerpo y de aquella mujer del demonio.

¡¡Lo estaba volviendo loco!!

Y Catherine, desconcertada por su cambio brusco de parecer, hizo lo que creyó oportuno. Lo ignoró y se centró en ella misma. Costándole Dios y ayuda sostenerse sobre unas piernas agarrotadas, a la vez que él se alejaba en dirección no sabía dónde... aunque tampoco le importaba.

El dolor en el cuerpo, era tan insoportable, que por un instante lo odió por permitir que hubiese terminado así por el simple hecho de querer que lo tutease.

¿Quién demonios se creía ese hombre para actuar así?

Primero la humillaba con el comentario tan desafortunado que hizo, y después, no contento con eso, iba y la obligaba a cabalgar durante el interminable día por un simple capricho que a él se le había antojado.

¿Qué clase de hombre era? ¿Y por qué le molestaba tanto que ella lo tratase como realmente debía?

«Muy bien. Pues si lo que quiere es que lo tutee lo haré. Lo que sea con tal de perderlo de vista de una buena vez».

Lo siguió lentamente, aliviada de poder hacerlo porque sus piernas se reponían con verdadera rapidez después del día tortuoso llegado a su fin, a continuación se puso a preparar las mantas.

Dispuesta a hacerle ver que no le importaba que la siguiera ignorando.

—No entiendo tu comportamiento —lo enfrentó, seguidamente se puso en medio, para que no pudiese seguir ignorándola, y puso los brazos en jarras —. Obedezco a lo que me dices, te tuteo como me has pedido, ¿y dices que juego contigo?

Jasón terminó de estirar las mantas. Una vez hecho, y sin contestar a su pregunta, se levantó y se marchó en dirección a los árboles que había.

Las palabras que dijo antes de marcharse fueron simplemente:

—Voy a por la cena.

«¿Será engreído?»

Soltó un bufido de rabia y su cara enrojeció de cólera.

No soportaba que la tratase como si fuese alguien insignificante, e hizo lo único que podía hacer en esos momentos.

Esperar.

La tensión entre ellos se mascó durante el tiempo que emplearon en llevarse a la boca lo que él había atrapado, manteniendo la vista al frente para no tener que intercambiar ni una mirada. Afanados en poner una distancia oportuna, limitándose a masticar los restos del pato salvaje a medida que se le cerraban los ojos de puro cansancio. Y sin saber cómo, debido a la extenuación que tenía, terminó el último bocado y, sin apenas darse cuenta, terminó quedándose dormida apoyada en el árbol que eligió para estar más cómoda.

Soñaba que un apuesto hombre la cogía en brazos, un hombre al que no lograba ver debido a lo cansada que se encontraba, pero del que se fiaba plenamente, sintiéndose arropada por aquellos fuertes brazos que tenía la seguridad de que no la dejarían caer. Solo que, aun a pesar de saberse segura, de pronto sintió la necesidad de agarrarse a él, a aquellos hombros que la sostenían y que pronto iban a desaparecer. Sintiendo dentro del alma una pena infinita porque no deseaba que eso sucediese.

Por ello actuó como actuó...

Y no quiso darse una nueva oportunidad para saber lo que debería hacer o lo que no, y actuó siguiendo los dictámenes del corazón, así que alargó sus brazos y terminó con ellos alrededor del cuello del apuesto hombre, escuchando de fondo su sonrisa sorprendida y una voz que decía a lo lejos:

—Preciosa, no me lo pongas más difícil...

La voz la reconocería en los confines del mundo. Una voz que la acompañaría el resto de su vida.

Una Catherine somnolienta abrió la boca, con dificultad, y quiso decir algo, solo que lo único que le salió de su garganta fue:

—¿Jasón? ¿Eres tú?

—Claro preciosa, ¿quién sino?

Al escucharle llamarla preciosa intentó abrir los ojos, resultándole más difícil de lo que en un principio pensó... y entonces fue cuando se percató de que aquello de sueño tenía poco, logrando abrir los ojos para centrarse en el lugar en el que se encontraban...

Y sintió lo que verdaderamente estaba sucediendo, viéndose en brazos de él con sus caras peligrosamente cerca, demasiado cerca. Preocupándose por ser, ella misma, la que había pasado los brazos alrededor de su cuello. Gustándole la sensación de abrazarlo, por segunda vez, aunque en ambas ocasiones hubiese sido a consecuencia de hacerlo bajo la adorada inconsciencia del sueño.

—Disculpa, yo... —no pudo continuar, ni siquiera pudo apartar los brazos de aquel cuello que le infundía tanta seguridad. Y todo debido a la intensidad de cómo la estaba mirando. Una intensidad que la dejó paralizada sin querer soltarse bajo ningún concepto.

¿Qué más daba si estaba bien o mal?

—Te has quedado dormida sobre el árbol — le decía suavemente mientras seguía avanzando—, y he pensado que descansarías mejor sobre las mantas. Creí que no te despertarías.

Ella se limitó a asentir, mirándolo a su vez con expectación y alarma, porque no quería alejarse de él. Sabía que allí, entre sus brazos, estaría eternamente segura y se negó a pensar en lo que era lo correcto y lo que no.

Simplemente deseando que parara el tiempo.

Jasón captó su aturdimiento y por ello la avisó:

—Ahora voy a bajarte.

La actitud que tuvo Catherine a continuación, a Jasón lo dejó desconcertado, ¿por qué? Pues ni más ni menos por verla aferrarse a su cuello como si la vida dependiera de ello, mostrando a las claras un desesperado temor para que no se alejara de ella. Algo que a Jasón le afectó considerablemente porque veía, con una claridad alarmante, lo verdaderamente asustada que estaba.

Pero, ¿por qué?, ¿o por quién?

—Catherine, ¿qué sucede?

—Por favor no me sueltes —pronunció atropelladamente antes de que la dejara sobre el suelo, agarrándose aún más fuerte.

Jasón entonces no pudo hacer lo que debería haber hecho, que no era más que alejarse de ella poniendo infinidad de tierra de por medio. Y no pudo hacerlo por la sencilla razón de la forma desesperada con el que lo agarraba, suplicándole con los ojos hasta conseguir que perdiera el poco sentido común que le quedaba... Llegando a olvidarse de quién era ella, y sobre todo a quién pertenecía.

La alzó de nuevo antes de que sus pies tocasen el suelo, tal y como ella parecía querer, y la envolvió nuevamente contra unos brazos que disfrutaban con su cercanía.

—¡Schsssss! Tranquila —susurraba sobre su oído para que se tranquilizara—. Estoy aquí y no te voy a soltar. No hasta que tú me lo pidas.

Ella asintió y consiguió dejarse llevar por sus palabras tranquilizadoras al tiempo que se sentía a salvo.

—¿Mejor?

—Sí. Gracias.

—No. No me las des.

—¿Por qué dices eso?

—Si hubiese parado, cuando debí hacerlo, puede que no estuvieses tan intranquila. Todo es culpa mía —dijo frunciendo el ceño culpándose por su tormento—, ha debido ser una auténtica tortura para ti lo que te he hecho pasar por mi cabezonería. Te pido disculpas.

«¿Acabo de pedir perdón? Esto se está convirtiendo en un auténtico disparate».

—Por favor, no digas eso, quizás yo tenga tanta culpa como tú. Tampoco me pedías tanto ¿no? —y rió divertida para borrar la angustia sobre su rostro.

Haría lo que fuera con tal de hacerlo, aunque para ello tuviese que hacer el gran esfuerzo de mostrarse cercana tal y como él quería.

El rubor en sus mejillas volvió a estar demasiado presente como para obviarlo, aun así Jasón prefirió no decir nada acerca de ese tema.

Fuera lo que fuera aquella mujer, no era asunto suyo, importándole solamente el ahora, y ahora la tenía entre sus brazos como tantas veces había deseado en el poco tiempo en el que había estado con ella, estrechándola más y más contra su cuerpo al no obtener ninguna resistencia por su parte, sino todo lo contrario.

¡Y él no era de piedra! ¡Aprovecharía la oportunidad que se le ofrecía sin mirar atrás!

—Bueno... he de admitir que me gusta bastante el que por fin me trates de tú a tú. Mentiría si dijera lo contrario.

Catherine se empezaba a sentir muy cómoda, advirtiendo cómo sus músculos dejaban de mostrarse en tensión. Solo que aun así no quería dejar de sentirlo. La paz que ese hombre le infundía era demasiado grande y no quería renunciar a él.

¡Nunca! Ni siquiera al darse cuenta de que le costaba una barbaridad mantener los ojos abiertos.

Él se dio cuenta y dijo:

—Debes de estar realmente cansada... creo que será mejor que te acuestes y duermas.

La reacción de ella no se hizo esperar.

—¡No! —negó volviendo a ponerse en tensión.

Daría lo que fuera por no dejar de sentirse así de segura entre aquellos brazos, y por mucho que le costara diría lo que no debía, aun corriendo el riesgo de que él interpretara mal sus palabras.

«¿Cómo decirle que deseo dormir abrazada a él?», pensaba una indecisa joven midiendo sus palabras antes de decirlas.

Jasón la seguía mirando, esta vez con la certeza de saber qué es lo que le estaba pidiendo.

¡No sabía lo equivocado que estaba!

—¿No? —preguntó con una mueca traviesa, feliz de que ella finalmente

actuara tal y como debería una mujer de su condición.

—Es que...

—¿Sí?

Ella permaneció callada, sopesando lo que diría.

—Deseo pedirte algo, solo que no quiero que me malinterpretes —logró decir con un toque de alarma en el timbre de su voz.

—Sea lo que sea lo que quieras pedirme lo tendrás.

La manera tan sumamente sensual empleada, a Catherine le ocasionó un cosquilleo sobre su espina dorsal, dejándola atontada. Totalmente incapaz de presentir lo que a él se le pasaba por la cabeza en ese momento.

Jasón entonces actuó. Ni siquiera la dejó terminar, pidiéndole lo que fuera, ya que tenía la enorme convicción de que sabía lo que deseaba.

¡Y él estaba más que dispuesto a dárselo!

Bajó hasta los labios de ella y sin previo aviso se apoderó de ellos... besándola igual que la noche anterior, con un cuidado infernal para no lastimarla, mientras que una Catherine sorprendida actuaba como le dictaba su corazón desbocado, dejándose llevar por aquellos labios que la hacían sentir, y sobre todo olvidar, abriendo la boca para degustar los suyos a su vez, intentando adaptarse a sus movimientos tal y como él hacía, aprendiendo con una rapidez sorprendente.

Una alarma cruzó por la mente del hombre al darse cuenta de la inexperiencia de los labios de ella, los cuales trataban de adaptarse a los suyos como buenamente podían. Enloqueciendo de placer al sentirla acoplarse a todo cuanto él la hacía sin que le importara no saber.

¡Mostrándose desinhibida por primera vez!

La oportunidad de poner sentido común, después de que su inexperiencia se acabara de hacer evidente, no fue aprovechada. Todo lo contrario. Dejó de besarla por unos agónicos segundos y la miró en profundidad, sin tener ninguna intención en aclarar aquel detalle, entregándose a ella, de manera peligrosa, ante la evidencia de que ella le invitaba a volver a sus labios.

—Catherine pequeña... ¿qué me estás haciendo?

Volvió sobre su boca entreabierta y se apoderó de ella, esta vez exigiendo más, olvidándose de tener cuidado porque ambos disfrutaban por igual de aquel sensual beso que se daban, al tiempo que entrelazaban sus lenguas subiendo el calor corporal en ambos.

Con una calma que no sentía la depositó sobre el suelo. Las manos

masculinas entonces comenzaron a bajar sin dejar de besarla extasiado, llegando hasta los botones de su camisa, los cuales, de repente, se le antojaban demasiado pequeños y comenzó a desabrocharlos con impaciencia en un loco deseo de descubrir sus encantos.

Sus pechos rápidamente se vieron liberados por las manos expertas, apartando la camisa y el corsé que llevaba debajo.

Un grito se escapó de su garganta, seguido de un gemido de placer a la vez que abría los ojos sorprendida en el instante que sintió, por primera vez, cómo pasaba su fuerte mano por uno de ellos, acariciándolo con sumo cuidado para no dañarla, sin llegar a creerse el angustioso placer que acababa de despertar en ella. Implorando a través de sus ojos para que no dejara de acariciarla.

—¡Oh Jasón! —volvió a jadear mientras su cuerpo entero se ofrecía a él. Jamás creyó que, actos tan indecorosos, pudiesen ofrecer tantísimo placer.

—¿Qué ocurre pequeña? —Fue hasta su oído y susurró—: ¿Acaso nunca te han hecho el amor?

—Nooooo —jadeó nuevamente ante las nuevas caricias que la estaban volviendo loca—, ¡así no!

La respuesta le dejó perplejo, tanto fue así que dejó de besarla para mirarla con el ceño fruncido.

Quería comprenderla mejor, y sufrió al comprobar que le acababa de dar la oportunidad de apartarse, tal y como estaba haciendo rehuyéndole nuevamente, pero... ¿por qué?

—¿Catherine? ¿Qué es lo que ocurre?

Ella dio un paso atrás por el aturdimiento sobre su cabeza después de las caricias íntimas y sensuales que le acababa de dar. Implorando un poco más, pero sin estar dispuesta a dejar que aquella locura continuase.

¿Acaso se había vuelto loca?

—¿Catherine? —volvió a insistir hecho un verdadero lío.

Y dio a su vez un paso para acercarse, no podía escaparse, no ahora. Y entonces reparó, por primera vez, en las magulladuras que tenía en el cuello y en los hombros aun a pesar de que ella hizo lo posible por taparse.

Tratando de ocultar su vergüenza.

—¿Quién te ha hecho eso? —preguntó dando un nuevo paso mientras que alargaba la mano para descubrirse.

—Eso no importa —susurró en voz baja. Tanto fue así que a él le costó mucho escucharla.

—Claro que importa —dijo alzando la voz en un estado enaltecido, e incluso se le llegó a pasar por la cabeza que sí que habría sido uno de sus hombres el que se hubiese atrevido a tocarla—, ¿quién ha sido? ¡Exijo saberlo!

Catherine no pudo más y se llevó las manos a la cara, en un gesto de completa impotencia, antes de darse la vuelta para que no la viese derramar esas lágrimas amargas que caían sin control por su bello rostro.

A Jasón, aquellas lágrimas, lo desarmaron por completo.

—¡Schssss! Estoy aquí pequeña. Si no quieres contármelo no lo hagas, pero por lo que más quieras, no te apartes de mí. No después de tenerte entre mis brazos.

Ella no dio su brazo a torcer. Casi acababa de mancillar su honor con aquel desconocido, y eso era algo que no podría volver a suceder bajo ningún concepto.

¿Qué pensarían de ella si alguien cercano a su esposo la descubriera?

Estaba jugando con fuego y acabaría quemándose en la hoguera si seguía por ese camino.

¿Cómo demonios se había dejado embaucar?

Y mientras pensaba eso no podía dejar de llorar y llorar. Su obligación de esposa pasaba por haberle parado y no darle pie a que siguiera, tal y como hizo de manera desvergonzada.

—¿Catherine? —volvía a insistir desarmado, viéndola envuelta en aquel llanto desgarrador.

—Déjame a solas por favor —dijo de forma desesperada.

—No, no lo voy a hacer.

—Entonces seré yo la que me aparte. Todo esto es una locura.

Dicho y hecho, avanzó hasta las mantas y cogió la suya en un claro intento de poner tierra de por medio. Algo que hubo de hacer antes de aquel encuentro escandaloso, recordando sus besos y sus caricias que le robaron el aliento, deseando no haber sentido tanto placer para al menos poder enfrentarse a partir de mañana a su nueva vida.

Una vida exenta de aquellos besos, y de aquellas caricias, que la acababan de hacer sentir en el mismo cielo y que le quedarían grabadas en el corazón para siempre. Añorándolas desde ese mismo instante para desesperación suya.

Se alejó lo que pudo y extendió su manta, después se acostó sobre ella sin parar de llorar en todo el rato, comprobando, para su tranquilidad, que él

no la había seguido. Respetando su decisión.

Jasón en cambio permaneció donde estaba, dejando simplemente que su mente vagara libre en un intento de saber averiguar qué era exactamente lo que había ocurrido, recordando el desconcierto al ver las marcas sobre su cuerpo, mientras que deseaba, con todo su ser, saber quién era el monstruo que las había provocado.

—¡Maldición!

Y de repente toda la historia contada desde el principio, sobre quién era ella, se empezó a tambalear.

No comprendía nada de cuanto rodeaba a tan misteriosa mujer. Abriéndose nuevas dudas, del todo improbables, pero que aun así podrían poner patas arriba todo cuanto pensaban acerca de ella.

¿Quién era realmente?

Soltó un juramento a través de su boca por su poca cabeza, si le hubiese hecho caso a Patrick... en cambio allí estaba, maldiciéndose por dejarse guiar por lo que le hacía sentir una mujer que sabía no le traería más que problemas. Doliéndole el tener que permanecer alejado cuando lo que realmente quería era justo lo contrario. Armándose de un valor, que no tenía, para no acabar arrastrándose hasta ella.

La verdad espantosa de la situación lo dejó helado. Aquella mujer significaba para él mucho más de lo que debería.

Cuando logró quedarse dormido ya amanecía.

CAPÍTULO VII

Se despertó sobresaltada envuelta en un sudor frío. Miró a su alrededor, con cara preocupada, y su desconcierto fue aún mayor. Estaba desorientada por completo.

¿Dónde estaba?

Retiró la manta que la tapaba y se levantó, después quiso recordar qué es lo que hacía ella en mitad de un bosque con el cuerpo entero dolorido.

La ropa que llevaba puesta le aclaró la situación, algo que le sirvió para que el color de su rostro se desvaneciera por lo ocurrido la noche anterior. Acudiendo a su mente las escenas vividas con el jinete desconocido, torturándose sin llegar a creerse lo lejos que había sido capaz de dejarle llegar.

Miró a su alrededor, buscándole, pero estaba completamente sola. Algo que agradeció. Necesitaba un tiempo para recuperar la compostura y sobre todo, lo que necesitaba, era decisión para no decir quién era ella realmente. Si a su esposo le llegaba lo sucedido entre ellos sus vidas peligrarían.

¡Estaba segura...!

Pero ahora no estaba con él así que, a continuación, en un acto de debilidad, no pudo evitar recordar lo sucedido. Y rememoró cada beso, cada caricia, cada mirada...

¡Y eran tan distintas a las de su cruel esposo...!

Apartó de su mente pensamientos tan pecaminosos y se acordó que aquel día iba a ser entregada, sintiendo un vacío demasiado intenso puesto que no lo quería, y menos después de lo que sucedió dentro del carruaje, donde la poseyó sin ningún escrúpulo aun sabiendo que era virgen.

¿De qué sería capaz una vez que la tuviera en su palacio? Miedo le daba pensarlo.

Miró el cielo y comprobó la posición del sol, sorprendiéndose porque estaba bastante alto. Y se preguntó, extrañada, cómo era posible que no la hubiera despertado para continuar cabalgando hasta su destino final.

Por lo que le había dicho no tardarían ni dos horas en llegar al lugar en el que la dejaría.

¿Por qué entonces seguían allí?

Las dudas comenzaron a ponerla nerviosa y se decidió a hacer algo. Recogió las mantas y fue cuando se percató de un pequeño detalle.

¿Dónde estaban las mantas de Jasón? ¿Y su caballo?

No había ni rastro de él.

Empezó a mirar hacia los lados y nada. Lo único que quedaba eran las cenizas de la hoguera.

Nada más.

Un vacío interior la desoló en el instante que supo que la había dejado abandonada a su suerte.

¿Cómo había sido capaz después de lo sucedido? ¿O es que precisamente por eso lo había hecho?

De pronto, detrás de ella, comenzó a escuchar lo que parecían cascos de caballo acercándose, lo que aprovechó para internarse en el bosque.

¿La estarían buscando?

Desde luego que no se iba a quedar parada para averiguarlo, y, actuando con rapidez, por si se trataba de los forajidos, se escondió detrás de un árbol y esperó a que se desencadenaran los hechos, inmersa en la desolación de sentirse abandonada.

¿Qué iba a hacer ella sola en mitad del bosque?

¿Acaso le importaba tan poco como para despreocuparse de aquella manera tan ruin?

Y a medida que lo pensaba en su campo de visión aparecieron dos jinetes. Estos pararon en el claro del bosque y ella pudo reconocer el escudo de los caballos.

El dibujo del ducado de Herwood.

—Duquesa de Herwood, ¿está ahí?

Sus peores presagios se cumplieron. Su esposo había ido a buscarla y a ella no le quedó otro remedio que dejarse ver. Dio un paso al frente y lo buscó, pero él no se encontraba entre sus hombres.

—Duquesa, ¿está bien? —le preguntaba uno de ellos bajando de la montura para acercarse.

Ella asintió sin pronunciar palabra, reconociendo al oficial que hizo guardia en la posada debajo de su ventana. Seguidamente miró a su acompañante, las ropas que llevaba le indicaban que debía de ser importante para su esposo.

—Buenos días mi señora —saludó sin bajarse del caballo, permaneciendo a una gran distancia mirándola de arriba abajo.

—Buenos días. ¿Y vos sois...? —preguntó con curiosidad sin llegar a entender el por qué no se acercaba como lo había hecho el otro hombre.

—Soy Anthony, la mano derecha de su esposo —contestó con convicción antes de volver la mirada al guarda que lo había acompañado—, ¿estás seguro que es ella?

Tal pregunta provocó en Catherine un gesto de sorpresa.

¿Qué es lo que quería decir con eso? Pues claro que era ella...

—Sí Señor. Nunca podría confundirla, ni entre un millón de mujeres —asintió a su vez con el convencimiento en cada una de sus palabras.

—Sí —terminó por admitir sin dejar de escrutarla con la mirada. Una mirada que lo delataba, envidiando a Edward por su buena elección—. No sería difícil de reconocer como muy bien dices, ni siquiera con esas ropas. Está bien, ya sabes lo que hay que hacer.

Catherine retrocedió un paso tras escuchar el tono del que al parecer era la mano derecha de su esposo. Y se preguntó, asustada, dónde estaría el jinete misterioso que la había salvado varias veces... porque su intuición le decía que volvía a estar en peligro.

¡Y su intuición no solía fallar!

El hombre siguió avanzando y dejó bien claro que la perseguiría, si hacía falta, a medida que ella continuaba retrocediendo con el miedo dibujado en sus ojos.

La mala fortuna la acompañó y un pie se le enredó en la raíz de uno de los árboles. ¿El resultado? Darse de bruces contra el suelo.

El hombre la acorraló, sacó el trabuco que llevaba en la cintura, y ella solo pudo escuchar:

—Lo siento lady Catherine.

Inmediatamente después fue golpeada en la cabeza, envolviéndola en una oscuridad abrumadora puesto que el golpe provocó su inconsciencia.

—¡Vamos envuélvela en la manta! ¡Nadie puede verla!

El hombre volvió a obedecer. La envolvió en una de las mantas y la subió a su montura.

No tardaron en partir rumbo al castillo.

Edward fue inmediatamente informado de su llegada. Anthony así lo hizo, encargándose de cumplir todos y cada uno de los pasos ordenados por el dueño y señor del ducado.

Las órdenes habían sido explícitas y explicadas al detalle. Si por casualidad alguno de los forajidos, la había tocado, obraría en consecuencia.

Bajo ningún concepto aceptaría en su cama a ninguna esposa ultrajada por nadie. Y mucho menos albergando la duda de que pudiese llevar en su vientre a un vástago bastardo que no hubiese sido engendrado por él.

Era primordial en esos instantes saber si eso había sucedido y, aunque ya tendría tiempo de preguntar por lo ocurrido, nunca se fiaría de su palabra. Por eso después del asalto obró como lo hizo, llegando a la que era su casa envuelto entre una gran nube de incógnitas al no querer responder a ni una pregunta acerca de su viaje tan inesperado.

Ni siquiera entre muchos de su círculo de confianza. En cambio, los pocos que sabían los verdaderos motivos, de dicho viaje, mantendrían la boca cerrada. Siendo advertidos que si alguien preguntaba de más se limitarían a admitir que efectivamente la mujer con la viajaba era su amante. El poder que lo respaldaba lo hacía imbatible, por lo que podría hacer y deshacer a su antojo lo que le diera la real gana.

Una vez que fue informado de la llegada de su esposa, un Edward pensativo avanzó por el largo pasillo del castillo a medida que seguía pensando en lo que haría, fuese lo que fuese lo que habría sucedido...

Empezó a subir las escaleras, que daban a la torre del lado oeste, y comprobó una vez más que no lo seguían. Nadie debía saber quién se alojaba en dicha torre. O mejor dicho, nadie debía saber quién estaba encerrada en dicha torre. Y es que de una cosa estaba por completo seguro. Si en verdad se habían aprovechado de ella, ya se encargaría de ocuparse de la espléndida muchacha. Ordenaría un accidente a su alrededor, para no llamar la atención de nadie, y conseguiría librarse de ella.

¡Fin del problema! Aunque fuese con un gran pesar al desear, con todo su cuerpo, seguir domándola a su antojo.

Una vez arriba sacó la llave y se dispuso a abrir la puerta, alegrándose ante la perspectiva de encontrarse de nuevo con su gatita.

Catherine abrió los ojos y fue consciente del terrible dolor que atravesaba su cabeza, mientras que una luz intensa se hacía paso a través de una ventana con rejas. Aturdiéndola después del tiempo que había estado inconsciente.

«¿Qué es lo que había sucedido para tener ese dolor que no

soportaba?»), se llevó la mano a la cabeza y pudo comprobar el enorme chichón que sobresalía, echando la vista atrás para comprender el motivo de que estuviese allí.

¿Acaso se había caído y por eso no recordaba nada de lo sucedido?

Trató de no pensar en el dolor tan intenso que sentía y poco a poco comenzó a levantarse de la cama en la que estaba tumbada, lo que provocó que sonriera complacida porque pudiese disponer de una, no como los últimos días en los que...

Entonces, con una claridad pasmosa, recordó lo sucedido en el claro de aquel bosque cuando Jasón la abandonó para, con toda seguridad, ir en busca de los hombres que más tarde fueron a por ella. Recordando el momento justo en que le habían golpeado la cabeza con algo contundente.

¿Por qué?

Los hombres que se suponía la habían rescatado pertenecían de una manera o de otra a Edward, pero entonces, ¿por qué obraron como lo hicieron?

No entendía nada de nada.

De repente una voz conocida, y que había añorado a cada segundo, se escuchó a su lado. Llegando a creer que tan solo se trataba de un sueño.

—Kate, Kate —decía envuelta entre lágrimas al ver cómo despertaba, abrazándola entre su regazo como tantas veces había hecho.

Catherine entonces se sintió a salvo. Estar en brazos de su adorada Anna era un verdadero placer después de todas las penurias por las que había pasado los últimos días.

—Pensé que no volvería a verte Kate, ha sido horrible tener que esperar tantos días sin saber si estabas viva o muerta. Por el amor de Dios, al fin te tengo niña mía.

El reencuentro entre ambas mujeres fue verdaderamente emotivo, sobre todo por parte de Anna puesto llegó a pensar que podría existir una posibilidad de que no volviese a verla.

—¿Qué pasó Kate cuando te secuestraron? ¿Dónde te llevaron? ¿Por qué tienes puestas ropas de hombre? ¿Alguien te ha lastimado?

—Para, para —rió a pesar del dolor que no la dejaba— te contestaré a todas y cada una de tus preguntas, pero antes quiero saber algo.

Miró a un lado y a otro observando ante sí lo que parecía una habitación pequeña con dos camas, un sillón, una mesa y una palancana, a la vez que se extrañaba del lugar tan estrecho cuando deberían estar en la mejor habitación

del castillo.

Porque era allí dónde estaban, ¿no?

—¿Dónde estamos?

—En la que debe de ser tu casa.

—Pero no lo entiendo... si realmente estamos en el castillo Herwood, ¿no debería estar instalada en otro lugar?

Anna la miró con pesar.

—Yo tampoco lo entiendo. Desde que llegué me han tenido aquí encerrada sin darme ninguna explicación.

—¿Qué? —preguntó horrorizada si dar crédito a sus palabras.

De pronto ambas mujeres se giraron sobresaltadas en el instante que escucharon, cómo alguien, desde fuera, metía la llave en la cerradura. Y no supieron el por qué pero tuvieron la certeza de que sus dudas con respecto a todo aquello no tardarían en despejarse.

En cuanto vio la cara de su esposo, palideció sin ella pretenderlo.

—Al fin estás donde deberías —dijo entrando y cerrando a su vez, acercándose hasta ella para escrutarla con la mirada—. ¿Cómo estás gatita?

Antes de que le diera tiempo a reaccionar Edward la cogió de la barbilla y la alzó contra la luz que entraba por la ventana. Examinándola detalladamente.

—¿Estás bien? Te veo un poco pálida.

—Estoy bien —afirmó con la esperanza de que la soltara, resultándole repulsivo el simple roce de su mano contra su barbilla.

Las imágenes de la cobardía después de dejarla en manos de los forajidos, acudieron a su dolorida mente, recordando que ni tan siquiera se molestó en descubrirles su verdadera posición.

—Esos bárbaros, ¿te han hecho daño?

—No.

—¿Estás segura? —preguntó con la voz firme, alzando el volumen al imaginarla entre otros brazos.

—Sí —respondió con rapidez porque quería hablarle de sus hombres.

Edward no le quitaba los ojos de encima con la intención de saber si estaba diciéndole la verdad.

—Señor, creo que ha de saber algo que han hecho sus hombres...

—¿Sí?

—Cuando esta mañana me han encontrado —empezó a relatar enfurecida y molesta—, el que dice ser su mano derecha, un tal Anthony, ha

ordenado que me golpearan la cabeza. Creo que ha de saberlo para que actúe en consecuencia...

—Gatita —dijo con una sonrisa sobre sus labios que la dejó helada— efectivamente Anthony se ha limitado a hacer lo que yo expresamente le he ordenado que hiciera en cuanto te viera.

—¿Qué? —preguntó perpleja.

La cabeza seguía doliéndole a raudales, solo que dentro de ella algo la hizo centrarse aun a pesar del dolor, siendo consciente, por primera vez, de lo raro que le resultaba que después de los días en los que estuvo secuestrada, su esposo no se abalanzara sobre ella como un perro en celo que solamente buscaba su placer, tal y como bien se encargó de decirle en el carruaje que haría nada más llegar a sus dominios.

¿Qué es lo que realmente estaba sucediendo? ¿Acaso no pensaba tocarla nunca más?

No, aquello no podía ser cierto. Sería demasiado hermoso para ser verdad.

—Milord no entiendo que es lo que...

—No has de entender nada gatita, ahora lo único importante es saber qué tipo de cosas te han hecho esos malnacidos. Debes decírmelo para saber qué hacer a continuación.

—¿Que qué me han hecho? Retenerme en contra de mi voluntad, ¿le parece poco?

—Creo que no estás entendiéndome.

—¿Cómo?

Catherine se limitó a mirarle mientras que Anna seguía en otro lado de la habitación para no molestar al señor.

—¿Qué es lo que no estoy entendiendo, milord? —volvió a repetir con incredulidad sin ser capaz de averiguar qué era lo que realmente le estaba preguntando.

—Necesito saber si alguno de ellos te ha puesto la mano encima —dijo con voz envenenada ante la claridad de que según lo que dijese podría volver a tocarla o no.

Antojándosele eterna la espera para que le respondiera.

—Ninguno de ellos me pegó, si es eso lo que quiere saber.

—¡Por el amor de Dios Catherine! —Terminó gritando fuera de control —, no es eso lo que te estoy preguntando. Lo que quiero saber es si uno o varios de esos malnacidos te han forzado.

Por su mente vagaron de pronto las imágenes vividas con aquel apuesto hombre que no sabía cómo, pero que acabó cruzándose en su camino. Tanto fue así que él, precisamente, fue el encargado de hacerla ver la diferencia que existía entre forzar a una mujer o hacerla sentir placer de igual a igual.

Con rapidez desvió aquellos pensamientos para lograr contestar:

—No, ninguno me ha forzado tal y como vos insinuáis.

El rostro del duque se relajó, escuchando un suspiro de alivio que salió de su boca haciéndoles ver lo satisfecho que estaba.

—Bien gatita —susurró acariciando su bello rostro—, aun así tendremos que esperar. Nunca se sabe, y si por casualidad me has mentado, lo pagarás duro.

—¿Qué trata de decir?

—Esperaré un mes para tocarte, si en ese tiempo se demuestra que estás esperando un bastardo, a consecuencia de alguna violación que no has confesado, te castigaré como yo crea oportuno. Espero por tu bien que estés diciendo la verdad o lo pagarás.

Ella enmudeció ante el significado de sus palabras, comprendiendo cuáles eran los motivos para no abalanzarse sobre ella igual que hiciera en el carruaje la primera vez que la violó. Comprobando el hombre sin escrúpulos que era. Dándose cuenta de que no importaba el hecho de que hubiese estado secuestrada, sino que lo único que verdaderamente importaba era el hecho de saber que nadie más la había tocado, sintiéndose el amo y señor de su cuerpo. Un cuerpo que sí que había sido tocado y besado por otro hombre, solo que nunca de la manera en la que él hubiese pensado ya que la primera que lo deseó, con toda su alma, fue precisamente ella...

No tardó en acordarse, nuevamente, del hombre que se había instalado en su corazón con el objeto de quedarse, aun sabiendo que finalmente la terminó dejando abandonada en manos de la persona sin escrúpulos que era su esposo.

Y por un instante se llegó a preguntar llena de una gran incertidumbre:

¿Qué hubiese sucedido si por un momento le hubiese confesado que los moratones que tenía se los había provocado el poderoso duque? ¿Acaso hubiese sido motivo suficiente para cambiar su suerte?

El hecho de acordarse de lo furioso que se puso, al ver sus marcas, hicieron que pensase que quizás, de haberlo sabido, no la hubiese entregado a su maltratador.

«Pero, ¿qué importaba eso ahora?», pensó mirando con verdadero odio

a Edward, dándose cuenta de la manera de mirarla, dejando entrever lo que realmente ansiaba en esos momentos el condenado cerdo.

«Lo mejor para Anna y para ella sería que se olvidara de él antes de que pudiese cometer una locura y alguien acabara enterándose de lo que no debía. Sí, eso es lo que haría. No hablaría de lo sucedido entre Jasón y ella ni siquiera con su adorada Anna. Haría cuanto fuese necesario para protegerse del malvado esposo que le terminaron asignando a cambio de un contrato por dinero».

—Seré considerado contigo gatita —le escuchó decir con la mirada lasciva—. Si realmente nadie te ha tocado estoy dispuesto a complacerte para tenerte en mi cama como yo quiero.

—Si en verdad eso fuese real no me dejaría encerrada aquí como si realmente fuera su amante, ¿no cree? Y me duele que piense que le puedo estar mintiendo a cambio de una vida en palacio. Mejor que nadie vos sabéis lo que daría por estar lejos de aquí.

—Gatita —dijo bajando la voz acariciando su cara—, no sabes lo mucho que me gusta que sigas enfrentándote a mí. Debes de ser la única en todo el castillo, aparte de mi caprichosa hija, que se atreve a hacerlo.

Se acercó hasta su oído y continuó:

—Solo que a ti sé cómo doblegarte. No sabes lo largo que se me va a hacer este mes Catherine, estaré contando los días hasta tenerte donde deberías estar, que no es otro sitio que tumbada desnuda sobre mi cama. ¡Oh esposa mía! Si no quiero terminar haciendo una locura creo que tengo que marcharme.

Se separó del cuerpo, que lo volvía loco de deseo, y no se dio cuenta del alivio que ella sintió. Provocando un asco infinito hacia la persona que tenía el derecho de hacer todo lo que quisiera con su indefenso cuerpo.

Solo pudo respirar tranquila cuando escuchó el sonido de la cerradura, sabiéndose segura de sus asquerosas manos durante un mes.

Y por muy incomprensible que resultara, hasta se permitió el lujo de pensar que, de haberlo sabido, hubiese dejado continuar, hasta el final, a su misterioso jinete. Prefiriendo mil veces el castigo que le tuviese asignado antes de volver a sentir sus asquerosas manos sobre ella.

CAPÍTULO VIII

Las semanas pasaron con celeridad a pesar de estar encerradas. El solo hecho de pensar en lo poco que faltaba para volver a estar entre sus asquerosos brazos, hacía que cada vez que amanecía un nuevo día quisiera aprovecharlo hasta el último segundo. Nada importaba que no pudieran salir, de esas cuatro paredes, en las que seguían encerradas a salvo del malvado hombre.

Durante todo el tiempo que duró su secuestro forzado, esta vez por su esposo, tan solo vieron a una sirvienta encargada de que no les faltara de nada. Esa misma chica era la encargada de llevarles la comida, de limpiar el cuarto, y de cumplir los deseos que fueran coherentes de Catherine. Algo que no sucedió. Ella nunca pidió nada. Nunca se doblegaría de esa manera ante su esposo, antes prefería morir a pedir cualquier capricho que pudiera salir de la persona que más odiaba en el mundo.

Lo que sí hicieron, tanto Anna como ella, fueron claros esfuerzos para comunicarse con la muchacha ante la oportunidad de averiguar información del castillo, pero sin ningún resultado nunca. Algo que les resultaba bien extraño ante el silencio rotundo y absoluto de ella.

Pero su silencio tenía un por qué... comprendiendo, con espanto, cuáles eran los verdaderos motivos de que no hablase nunca. Por lo visto, y sin saber con certeza cuándo, le habían arrancado la lengua para que no pudiese hacerlo. Helándosele la sangre debido al terrible sufrimiento que debería haber pasado esa pobre muchacha.

¿Quién habría sido capaz de hacerlo? Y ¿Por qué motivo habrían actuado así?

Tanto sufrimiento hizo que quisiera recompensarla de la única manera que ella sabía, dándole un poco de cariño después de tantas calamidades pasadas. Porque así claramente lo indicaban también sus manos destrozadas por el duro trabajo que se le tendría asignado. Todo ello sumado hizo, que cuando ella aparecía, el cuarto ya estuviese limpio y arreglado, obligándola literalmente a tumbarse sobre una de las camas para que descansara un poco, al igual que obligándola a que comiera parte de los ricos manjares que llevaba para ellas, ya que debido a la debilidad en su cuerpo se veía a lo lejos que aparte de todo el sufrimiento y del duro trabajo no debían de darle para comer más que un poco de agua y algo de pan duro. Así lo reflejaba claramente su

débil cuerpo además de la mirada ansiosa hacia los platos que traía en la bandeja.

Compensándola de la forma en que ella buenamente podía.

En todo ese tiempo que pasaron en la torre del oeste no volvieron a ver aparecer al duque, el cual se limitó a esperar la ansiada noticia, que esperaba cada vez con más impaciencia, de la muda sirvienta.

—¡Oh no!

—¿Qué ocurre, Kate?

—Necesito mis paños íntimos —confesó pálida ante lo que aquello significaba.

—Debemos decírselo cuando venga —se refería a la sirvienta—, sabíamos que esto pasaría querida.

—Preferiría mil veces quedarme aquí de por vida a tener que enfrentarme al horror que me espera.

—Lo sé —se acercó hasta ella y le dio un abrazo protector—, solo que sabes que no es posible, deberás disfrutar de las comodidades que te esperan a partir de ahora. Ese es el único consuelo que te queda.

—¿Consuelo? ¿Qué tipo de consuelo me espera con ese hombre repugnante dispuesto a seguir violándome cada vez que lo desee?

La voz desgarradora paralizó a Anna y deseó, fervientemente, cambiarse por ella con los ojos cerrados.

—Querida, debes saber jugar tus bazas, quizás si te muestras algo cariñosa con él el dolor físico no sea el de la primera vez. Has de pensar en ello y hacer que impere el sentido común.

Catherine se llevó las manos a la cara y estalló en un llanto incontrolado, sintiéndose la muchacha más desafortunada de todo el castillo.

—¿Qué voy a hacer Anna? —sollozaba sin control, envuelta en un pánico absoluto— no soporto la simple idea de tener que mirarlo, ¿cómo voy entonces a mostrarme cariñosa con él? Te juro que haría cualquier cosa con tal de huir de este espanto de vida que me espera, ¡te lo juro!

La ansiada noticia, que esperó durante casi un largo mes, fue recibida con gran júbilo por parte de Edward.

A la semana se anunció, por los pregoneros oficiales, la sorprendente

noticia acerca de la nueva boda del duque por todos los dominios. Dejando boquiabierta a más de una persona por no cumplir con el debido respeto hacia su anterior esposa, fallecida hacía muy poco.

El trajín en todo el castillo y sus alrededores no se hicieron esperar. Todo el mundo sentía curiosidad hacia su nueva señora, decretándose un día festivo para que todos pudieran acudir a la plaza y así ver, por vez primera, a la duquesa de Herwood asomada a una de las torres del castillo.

Los aposentos de la nueva duquesa no tardaron en estar disponibles, después de un arduo trabajo por unos cuantos sirvientes que no pararon hasta tenerlo todo como se debía, y es que cada detalle tenía que estar listo para hacer honor a la nueva señora de la casa.

La puerta de la torre se abrió, con el giro de llave, y esta vez quedó abierta de par en par. El cautiverio acababa de terminar, dando paso a la muchacha muda con un fastuoso vestido en sus manos.

Se lo tendió en un claro gesto para que se lo pusiera.

—Kate tienes que hacerlo —ordenó Anna con paciencia al ver su cara indispuesta sin mirar el precioso vestido.

—No quiero nada suyo Anna, ¿es que no lo comprendes?

—Claro que lo hago, tan solo me limito a decirte lo que tienes que hacer, ¿o es que acaso le vas a dar la oportunidad de que sea todavía más cruel contigo? Créeme niña mía si te digo que lo mejor para ti es obedecer a tu esposo en todo, y lo sabes. Si no, con tus desplantes, lo único que conseguirás es dolor y sufrimiento. Y eso también lo sabes.

—Está bien —dijo en tono sumiso— vísteme.

Cuando estuvo lista, y como por arte de magia, Edward, vestido con sus mejores galas, entró con una sonrisa dirigida exclusivamente a ella.

—Dejadnos solos.

La orden no tardó en verse cumplida.

Edward entonces se acercó, giró a su alrededor, sin tocarla, mientras la miraba de arriba abajo dando su aprobación.

—Estás bellísima, Catherine.

Terminó de dar la vuelta, complacido de lo que veía, y estuvo orgulloso por la envidia que iba a despertar.

—Te dije que sería considerado contigo si no me habías mentado, ¿te acuerdas?

Ella asintió con un movimiento.

—Y además que te complacería... como ves no seré yo quien rompa el trato —llevaba algo en las manos que no había logrado ver debido al poco interés que despertaba en ella todo lo que estuviese relacionado con su persona. Viéndole que lo tendía para que lo cogiese.

Ella no se movió y a su esposo aquel gesto lo contrarió en demasía, tanto que no tardó en mostrar sobre su cara la furia que comenzaba a despertar de manera despiadada.

—¿Acaso estás sorda muchacha? —Terminó alzando la voz enfurecido —, ¿no ves que te he traído un regalo?

Catherine estiró las manos para coger la caja que le ofrecía al darse cuenta de su cambio de humor repentino. Mejor que nadie sabía que, de no hacerlo, pagaría las consecuencias.

Así que trató de evitarlo.

—¡Vamos, ábrelo! —exigió.

Dentro de la caja había un maravilloso collar de diamantes de color verde a juego con los pendientes.

Cualquier mujer en su posición, al menos, hubiese admirado las joyas tan espectaculares, cualquier mujer menos ella que, con determinación y sin sacar las joyas de su sitio, se las tendió a su vez.

—Lo siento milord, no puedo aceptarlo.

Edward la miró incrédulo. No lograba comprender qué diablos significaba aquello, y terminó gritando nuevamente.

—¿Qué significa que no puedes aceptarlo?

A medida que se iba enfureciendo, se iba dando cuenta de que si en algo apreciaba su condición física, lo mejor sería no contrariarlo tal y como Anna le había dicho...

Desafortunadamente no le dio tiempo a contestar porque de la nada, y antes de darse cuenta, una mano dura como una piedra se estrelló contra una de sus mejillas, tirándola al suelo, con brusquedad, puesto que no estaba preparada para el golpe.

—¡Te pondrás esas joyas pertenecientes al cardo de mi anterior esposa! —dijo escupiendo sobre ella sin ningún miramiento para continuar—: y te voy a dar un consejo sabio gatita, si no quieres que te haga un daño aun mayor procura obedecerme en todo momento, ¿lo has entendido?

—Sí milord —logró decir aturdida por el golpe recibido a la vez que el labio se le volvía a hinchar.

—Vamos, levanta. Toda mi gente espera ansiosa para verte.

Le tendió la mano para ayudarla, recobrando un poco de sentido común, y comprobó con gran placer que ella se dejaba ayudar sin rechistar.

—Tendremos que hacer la presentación desde una de las torres más altas —explicó de repente—, no quisiera que nadie se diese cuenta de ese labio que se empieza a hinchar. ¡Date la vuelta!

Obedeció aturdida y se quedó quieta, dejándose poner el collar sin añadir ni una sola palabra.

—Eso está mejor. ¡Vamos!

El majestuoso castillo la recibió entre claros gestos de sorpresa debido a que la mayoría de la gente, que la miraba desde la plaza, pensó equivocadamente que se trataba de su amante, y es que todos los esfuerzos hechos para que el viaje relámpago, en que fue a por ella, se quedaran en nada, fracasaron. Los rumores desde que partieron se extendieron tan rápido como la pólvora. Todo menos el posterior secuestro junto con todo lo ocurrido después.

Lo que desde luego nadie pensó que ocurriría es que pudieran ver a la nueva duquesa en un espacio de tiempo tan corto, quedando la gran mayoría, deslumbrados, por la espectacular belleza de aquella joven muchacha.

Una muchacha que destacaba por todos y cada uno de sus rasgos, además de por su juventud. Pareciendo desde lejos algo seria pero que saludaba a todos los allí presentes como la gran duquesa que era.

Despertando la envidia en todos y cada uno de ellos...

Aunque claro, la mayoría de los asistentes a la presentación de la nueva señora, añoraron entonces a la anterior, a la verdadera duquesa antes de que se desencadenara el terrible suceso cuando el duque de Herwood murió y después su primogénito, dejando a Edward como único heredero del ducado. Los tiempos en los que vivieron con los verdaderos duques fueron bien diferentes, empezando con el hecho de que las raciones de comida estaban garantizadas. Algo del todo imposible desde que ellos no estaban. Rogando en el interior de cada uno que aquella joven muchacha lograra lo imposible, tratar de humanizar en algo al despiadado duque.

¡Qué tiempos aquellos en los que la armonía estaba instalada en cada uno de los rincones de la villa...! En cambio ahora, en los difíciles tiempos que les había tocado vivir junto al tirano de Edward, no solo les escaseaba la

comida sino que, además, la guardia se llevaba a edad temprana a los hijos varones, bien definidos, para prepararlos en caso de batalla. Algo que no tardaría en ocurrir debido a las enemistades y enfrentamientos que tenía cada vez más con sus enemigos. El duque del Loira y lord Hedrick. Ambos aliados para hacer frente a los intentos mezquinos de conquista del bárbaro e insaciable hombre.

—Muy bien gatita, lo estás haciendo muy bien.

Una repulsión repentina la asoló en el instante que él la agarró del brazo para acercarse a ella, aparentando lo que no era, llegando a pasársele por la cabeza la idea de tirarse desde la torre para poder acabar con su tortura.

No tuvo el valor de hacerlo.

—¿Contenta?

—Sí, milord.

—Bueno, aun te queda un largo día hasta que vayas familiarizándote con todo esto. De momento iremos a comer y te presentaré a las personas más importantes, ¿te parece bien?

—Sí, milord —asintió con rapidez, adaptándose a él para no tener que arrepentirse después, mientras sentía el labio y la mejilla palpar.

—Vamos pues. ¡Ah! con respecto a la hinchazón deberás inventarte alguna excusa.

—Sí, señor —contestó abatida sin poder replicar lo que le ardía dentro de su cuerpo y, esta vez sí, fue capaz de morderse la lengua para no decirle lo que verdaderamente pensaba.

—Aprendes deprisa gatita. Y eso me gusta —bajó hasta la mejilla lastimada y la besó con consideración para no dañarla—, ya te dije que si ponías de tu parte las cosas podrían cambiar bastante. Sólo depende de ti.

Le ofreció el brazo y ella no tardó en cogerse a él, siguiéndole por el castillo sin poder creerse el lujo que veía a su alrededor. Reconociendo que cualquier joven casada como debía estaría feliz de verse rodeada así...

El fugaz rostro del jinete misterioso se materializó en ese momento sobre su mente.

Y pensó que debía de estar loca por imaginar algo así.

Llegaron al enorme salón y se dio cuenta de que este ya estaba ocupado, viendo cómo se levantaban ante su presencia, ruborizándose por ello porque no estaba acostumbrada a ese tipo de atenciones.

La única que se quedó sentada, con todo el descaro y con una mirada desafiante, fue una joven de su edad. Y claro, tuvo la certeza que esa debería ser la hija de Edward.

¡Su hijastra!

—Como ya sabéis he vuelto a casarme —anunció henchido de placer ignorando el comportamiento infantil de su hija, centrándose en los demás—, os presento a Catherine, mi esposa.

—Milady... —se escuchó a los allí presentes a la vez mostrando sus respetos.

—Querida Catherine, este que ves aquí ya lo conoces, es mi mano derecha...

—Anthony, ¿verdad? —lo interrumpió de forma atrevida, echándole una mirada furiosa porque recordó lo sucedido en el claro de aquel bosque.

—El mismo —afirmó cogiendo su mano para besarla, enfrentándose a su mirada de forma burlona.

—Este de aquí es Harry —siguió con las presentaciones, recreándose en todo momento—, el capitán de mis oficiales y el que se encarga de que todos estén listos aun que sea en los peores momentos.

El capitán cogió su mano para besarla, demorándose un poco más de lo necesario, tras quedar boquiabierto ante tanta belleza.

—Es un placer duquesa.

—Lo mismo digo capitán —contestó de forma educada.

Edward hizo como si no se hubiese dado cuenta cuando en el fondo estaba disfrutando de lo lindo. Viendo con sus propios ojos lo mucho que le envidiaban por tenerla como esposa.

A continuación miró a la persona que quedaba por presentar en ese momento, la cual seguía sentada sin preocuparse en si estaba bien o mal. Desafiando a su padre por la incomodidad que le suponía ver cómo, una joven de su edad, ocupaba el lugar de su madre.

¡Y encima con el collar y los pendientes que debían pertenecerle!

—Y esta es mi hija Mary —se dirigió a ella mientras obvió el descaro contra su nueva esposa al negarse a levantarse para saludarla. Tentando a la suerte porque se sabía ganadora en las peleas con él.

Edward entonces supo que no podría dejar que se saliese con la suya o la gran perdedora sería Catherine, y eso no le convenía. Él mejor que nadie sabía de la tiranía de su hija, y si tenía que intervenir a favor de su esposa, lo haría o la terminaría convirtiendo en un títere sin cabeza. Reconociendo que ya

tenía bastante con adaptarse a lo que desde ese día sería su nueva vida. Una vida que no deseaba para nada por deber permanecer junto a él, como muy bien le había demostrado ya.

—¡Levántate y saluda a mi esposa! —exclamó con voz firme, lo suficiente como para hacer que la caprichosa de su hija lo hiciera sin protestar.

—Bienvenida Catherine —saludó con un claro brillo de desafío en sus ojos demostrando que no le iba a resultar nada fácil el trato con ella—. ¿O debería llamarla duquesa? —añadió con veneno dirigido exclusivamente hacia la que se acababa de convertir en su enemiga número uno.

Catherine contestó:

—Somos de la misma edad —la enfrentó a su vez con buenas palabras pero sin callarse—, así que creo que lo mejor es que nos tuteemos, ¿no crees?

—Como tú digas Catherine.

Edward apartó la silla que estaba justo a su lado y la invitó a que se sentara. Dejando los formalismos de sentarla al otro lado, encabezando la mesa, para otra ocasión y así tenderle una mano si necesitaba su ayuda. Una vez hecho observó cómo todos ocupaban sus sitios y se sentaban nuevamente dando paso a que los sirvientes salieran de la gran cocina para servirles la comida.

—He pensado, querida, que la mejor forma de presentarte en sociedad sería preparando una gran fiesta. ¿Qué te parece?

—Pues no lo sé, yo... —no terminó de hablar al ver, con gran sorpresa, cómo la sirvienta muda que las atendió durante el tiempo que duró su cautiverio, le servía en el plato una sopa con un olor delicioso, mirándola con una complicidad absoluta.

—Claro que lo sabes —continuó Edward por ella—. Ahora que perteneces a la nobleza deberás acomodarte a tu nueva situación y dejarte llevar. A partir de ahora estarás muy ajetreada con tus visitas a la modista, las grandes fiestas, y los bailes de temporada. Y eso lleva un largo desgaste, ¿no crees querida?

—Lo de la fiesta no está mal —interrumpió Mary de pronto, encantada ante la idea de alguna diversión. Justo lo que ella necesitaba en esos momentos, y si para ello debía aliarse con ella, lo haría por un tiempo determinado—, quizás yo pueda ayudarte.

—Gracias.

Y como no se opuso continuó:

—Padre he pensado que como ella aún no sabe manejarse quizás no sea mala idea que sea yo la encargada de hacer los preparativos, ¿qué te parece?

—Por mí no hay problema siempre y cuando a mi esposa no le moleste. ¿Qué dices tú Catherine?

—No. No me molesta, al fin y al cabo no sé nada de lo que hay que preparar —anunció con gran placer al verse librada de lo que no le apetecía nada—, por mí encantada Mary.

—¡Bien! —exclamó con un pequeño grito de alegría—. Me comprometo a que la fiesta esté lista en menos de dos semanas, ya lo veréis. Me encargaré de las invitaciones, del menú, por supuesto del baile... ¡Va a ser tan divertido después de tanto tiempo sin ninguna celebración...!

«¿Cómo puede decir esa barbaridad después del poco tiempo que hace que falleció su madre?»

Vaya familia...

—¿Catherine?

—¡Oh perdón! —Se excusó volviendo a la realidad—. ¿Qué decías?

—Decía que llamaré a la modista para que venga esta misma tarde y así nos coja las medidas de nuestro nuevo vestido. ¿Qué te parece?

—Lo que hagas estará bien, por mí no te preocupes.

—¡Estupendo!

—Mary, no te olvides que deberá hacerle un vestuario entero. A partir de ahora lucirá como lo que es.

—Pero padre... —protestó bien alto, enfurruñada al escuchar tal desfachatez— ¿y qué pasa conmigo?

—Vamos querida, tu vestuario me costó una verdadera fortuna hace tan solo unos meses. ¿Es qué ya no te acuerdas? —se excusó ante su hija la cual mostraba lo celosa que se estaba poniendo.

—Pero ahora las telas serán diferentes. ¿Acaso pretendes que tu hija sea menos que tu esposa? —gimió como si se tratara de una niña consentida. Lo que al fin y al cabo era.

—Está bien, aprovecha y haz que te hagan alguno nuevo.

La sonrisa de la joven se intensificó de gran manera por salirse con la suya, dejando a Catherine aturdida al ver cómo lo manejaba sin que él apenas se diese cuenta. Pensando que quizás ella también podría hacerlo tal y como le contó Anna. Solo que todo tenía un precio, y el suyo era demasiado elevado si quería los mismos resultados.

Y palideció al notar la mano de Edward bajando hasta posarse sobre su

pierna en un claro intento de recordarle lo ansioso que estaba porque estuviesen a solas.

De pronto se quedó sin apetito y dejó sobre el plato la cuchara. Si no quería vomitar sería mejor que no probara bocado.

—Querida, ¿estás bien? Pareces un poco pálida.

—Sí, es solo que estoy abrumada, todo esto es demasiado para mí y no estoy acostumbrada.

—No has de preocuparte, pronto lo estarás y entonces ya no podrás vivir sin todo este tipo de lujos, créeme.

La mano seguía sobre su pierna y ella cada vez se encontraba peor. Quería y deseaba que la apartase cuanto antes.

—Está bien —escuchó decirle—, si quieres puedes retirarte. Debes de estar cansada después de tantas emociones.

Ella no perdió la oportunidad de salir despavorida.

—Gracias, si me disculpan... —dejó sobre la mesa la servilleta y se levantó de la silla viendo cómo, a su vez, todos los hombres lo volvían a hacer de forma cortés.

Se recogió el magnífico vestido que llevaba y con elegancia salió del salón.

Nadie de los allí presentes se dio cuenta de la verdadera turbación que sentía en su interior. Una turbación que pasaba por querer huir para siempre de aquel maldito lugar.

—¿Qué tal ha ido todo, pequeña? —preguntó Anna al verla entrando en la majestuosa alcoba.

Antes de que le respondiera pudo apreciar la hinchazón en su mejilla acompañada por la palidez en su rostro, y supo que las cosas no habían empezado con buen pie.

Como muy bien ellas ya imaginaban.

—¿Qué ha sucedido?

Entre sollozos pasó a relatarle lo vivido hasta ese momento. Y mientras lo hacía la consolaba como solamente podía hacerlo, abrazándola fuerte contra su cuerpo para intentar darle el cariño que le iba a hacer falta a partir de ahora.

No salió de la alcoba en lo que quedaba de día. No tenía ganas ni tan siquiera de seguir conociendo lo que la rodeaba.

Cuando ya anoecía la cena le fue servida en una bandeja, siendo nuevamente la muchacha muda la que lo hiciera.

Esta la dejó sobre la mesa, de manera apresurada, para a continuación darse la vuelta con la intención de marcharse cuanto antes, delatándose ella misma al ser seguida con la mirada incierta de la duquesa.

—¡Espera!

La sirvienta se paró.

Al comprobar cómo se quedaba quieta, empecinada en no darse la vuelta, avanzó y se puso frente a frente. Entonces el horror volvió a materializarse en cuanto se percató de la hinchazón en su cara.

—¿Quién te ha hecho esto? —preguntó consternada.

Una furia incontrolada empezó a bullir en su interior. ¿Y qué hizo? Pues lo que buenamente podía hacer en este caso. Se acercó y la estrechó entre sus brazos sin que le importara el asombro de la pobre muchacha, la cual no podía llegar a creerse lo que su ama estaba haciendo, mientras soltaba unos ruidos estremecedores.

—Schsssss... no te preocupes, querida —susurraba con voz dulce en un intento de calmarla—, no sé cómo, pero averiguaré quién te ha hecho esto y haré que pague por ello. Te lo prometo.

La muchacha muda hizo a su vez algo impensable, alargó sus escuálidos brazos y se abrazó a ella de una manera totalmente desesperada mientras que las lágrimas corrían por las mejillas de ambas, uniéndolas en una pena infinita, y sobre todo en un dolor que las dos compartían.

—Yo sé lo que es sentirse rebajada y humillada. Por eso te comprendo mejor que nadie y haré lo que esté en mis manos para librarte de tanto sufrimiento. Me encargaré personalmente de ayudarte querida, y si para ello tengo que recurrir al poder que me ha sido otorgado al convertirme en la señora de este castillo lo haré, no te quepa la menor duda.

La sonrisa esperanzada de la muchacha hizo que pensase que todo no era tan malo, lo hecho, hecho estaba y nadie podría cambiarlo, pero lo que sí tendría claro era que ayudaría a esa desgraciada muchacha, ya que a ella nunca nadie podría hacerlo.

La emoción entre ambas fue abruptamente interrumpida por el gran señor del castillo, que sin importarle si seguía indispuesta o no, venía a por lo que era suyo por derecho, después de habersele hecho el transcurso del día

demasiado largo hasta que al fin pudo ver la recompensa que le pertenecía.

—¡Tú, muda! ¡Largo de aquí!

La muchacha salió huyendo despavorida.

—Querida, ¿todavía no has cenado?

—No tengo apetito.

—Deberás comer o te pondrás enferma —la regañó acercándose con el deseo reflejado en sus ojos a la vez que se iba desabotonando los botones de la camisa—, y eso no sería nada bueno.

—Milord, no me encuentro muy bien después de permanecer tanto tiempo encerrada...

—No vas por buen camino gatita.

Catherine retrocedía paso a paso con un nudo sobre el estómago, en cambio él seguía desnudándose sin importarle otra cosa que satisfacer sus necesidades íntimas. Mirándolo con verdadero asco hasta que su espalda chocó contra la pared, anunciando que no tenía escapatoria.

—Por favor, por favor...

—No te van a servir de nada tus ruegos, y he de recordarte que si colaboras no te lastimaré... ¡vamos gatita, hazme un poco feliz y por una vez no me pelees!

La proximidad de la boca contra la suya hizo que perdiera el poco sentido común que le quedaba, tanto fue así que sin saber qué hacer, para librarse de ese espanto, terminó empujándolo con fuerza. Despertando en él una furia incontrolada al sentir el rechazo de una manera más que evidente.

—¡Ven aquí furcia! —gritó fuera de sí yendo tras de ella hasta lograr alcanzarla, tirándola con brusquedad sobre el duro suelo sin importarle las consecuencias— ahora verás de lo que soy capaz. ¡Tú sola te lo has buscado!

La cogió de los pelos y la arrastró por la alcoba hasta conseguir depositarla de espaldas sobre la cama entre gritos y sollozos.

—He esperado demasiado tiempo para esto y no me lo vas a estropear —y como seguía gritando estalló—: ¿quieres callarte de una vez desagradecida? No me interesa que todo el castillo sepa lo cruel que puedo llegar a ser con mi esposa.

Se sacó del bolsillo del pantalón un pañuelo, y sin el menor remordimiento la amordazó, consiguiendo a la fuerza tan ansiado silencio.

—Así está mejor —logró decir envuelto en un deseo que lo estaba consumiendo. Le levantó las faldas y llegó a su ropa interior—, después te castigaré por tu comportamiento desvergonzado por no querer ofrecer a tu

esposo lo que es suyo por derecho, ahora tengo algo mucho más importante que hacer...

Hizo que se volviera para comprobar la forma en que lo miraba. El pánico era tan evidente que todo su cuerpo temblaba fuera de control.

—Lo siento gatita pero has de aprender, y esta es la mejor forma de hacerlo. Solo así entenderás que eres mía, y que deberás recibirme como merezco.

Terminó de bajarse los pantalones y se subió encima de su cuerpo, obligándola a separar las piernas para él volver a violarla a su antojo.

Si en un momento pensó, después de la humillación y el dolor tan inhumano que se acababa de producir con su cuerpo, que allí acababa todo, estaba muy equivocada.

Una vez que terminó con ella aprovechó para hacerse un ovillo y permaneció todo lo lejos que le permitía la cama. Permaneciendo con la mirada perdida.

—¡Ah no gatita! ¡Todavía no he acabado contigo! —Le aclaró con una sonrisa triunfal sobre el rostro—, debes aprender lo dispuesta que deberás mostrarte conmigo a partir de ahora, y para ello solo hay una opción que funcionará. ¡Date la vuelta! —Exigió de pronto cogiendo el cinturón entre sus manos— solo así aprenderás.

Catherine despertó del trance, en el que se encontraba, al ver el cinturón moverse con suavidad ante ella. Alzó la mirada hasta él y quiso vomitar.

—¿No me has oído? —gritó obligándola a hacerlo mientras que la amordazaba otra vez para que nadie la escuchara— seré bondadoso contigo si no quiero asistir a tu gran fiesta de presentación yo solo.

Antes de poder saber qué rayos trataba de decir, notó cómo alzaba su vestido y la golpeaba con el cinturón sobre su trasero desnudo.

Gritó de dolor al sentirlo.

—No te pedía tanto querida, ¿ves lo que me estás obligando a hacer?

Otro golpe seco cayó sobre ella, saltándole las lágrimas de dolor mientras imploraba internamente a que terminara cuanto antes.

El dolor físico se sumaba a los dolores de la violación a la que acababa de ser sometida, haciendo que por un instante estuviese a punto de volverse loca.

—Por hoy es suficiente, pero has de pensar que esto no es más que el principio. Si no fuese por la fiesta te dejaría postrada durante una larga temporada. Espero que la próxima vez seas amable conmigo, no creo que pida

demasiado.

Deshizo el nudo, le quitó el pañuelo de la boca, y la besó en la frente con lo que para él era un gesto cariñoso.

—Te dejaré descansar. Hasta mañana gatita.

Ni siquiera cuando escuchó la puerta cerrarse, fue capaz de moverse para avisar a Anna. Y necesitaba hacerlo para beber el brebaje que la haría olvidar el dolor tan terrible que tenía, limitándose a quedarse allí tirada, en la posición en la que él la dejó, hasta que la adorada inconsciencia se apoderó de su mente...

Llevándola bien lejos de allí.

CAPÍTULO IX

La desdichada duquesa tardó en recuperarse de la paliza infringida por su esposo varios días, unos días que quedarían para siempre en su interior. El trato vejatorio, hacia su integridad física además de psíquica, perduraría para siempre en su maltrecho y herido corazón.

Durante ese tiempo no salió de la alcoba. Tampoco lo hizo cuando llegó la modista para cogerle las medidas, adaptándose (esta última) al deseo de lo que pensó era un capricho de la nueva duquesa, porque nadie podría llegar a imaginar lo que realmente ocurría. Catherine casi no podía mantenerse en pie, haciendo un verdadero esfuerzo mientras imploraba que terminase cuanto antes y así poder volver a acostarse con la ayuda de su querida Anna que, una vez más, la cuidaba con el cariño que tanta falta le hacía.

Si todo aquello era poco comprobó, desde el día siguiente en el que sucedieron los terribles acontecimientos, el tipo de persona que en verdad era su esposo. Un esposo que volvió, todas las noches, para poseer su cuerpo sin importarle otra cosa que saciar su apetito insaciable a pesar del calvario que suponía para la parte del cuerpo que seguía en carne viva. Obrando con sentido común porque lo mejor, sin ninguna duda, pasaba por apartar la mirada, dejándose hacer, aceptando que la violación durara el menor tiempo posible. Algo que a él le agradó muchísimo, tal y como se lo decía cada vez que se marchaba, contando las agónicas horas hasta que volvía a hacer su aparición en busca de su cuerpo... Entrando en una espiral difícil de salir a medida que se convertía en una persona que no era. Una persona seria, asustadiza y desconfiada la cual apenas si comía, apenas si dormía durante unas horas seguidas, y hasta dejó de hablar de la manera en la que lo hacía con su doncella. No deseaba compartir con nadie, ni siquiera con ella, la continua tortura en la que estaba inmersa. Afrontando que de alguna forma la situación acabaría con ella.

Sus ilusiones murieron de un plumazo en un espacio de tiempo tan corto...

—Buenos días, niña mía. ¿Has logrado dormir algo esta noche? — preguntaba con optimismo Anna.

Descorrió las cortinas para que la luz entrase en la alcoba y avanzó hasta la cama, el lugar en el que comprobó, como iba siendo habitual, las profundas ojeras que tenía marcadas sobre el rostro.

—Como todos los días pero por lo menos puedo decir que estoy completamente recuperada, que ya es algo.

—Traigo una excelente noticia para ti, querida.

—Lo dudo —apartó las mantas y se levantó, comprobando con satisfacción que realmente estaba curada del todo.

—Mejor dicho —continuó con una sonrisa—, tengo dos noticias que te gustarán. Una de ellas la tengo aquí.

Cogió el paquete que había dejado sobre la silla y se lo tendió para que lo abriera.

—Está bien.

Abrió el paquete y se encontró con un traje de montar hecho a medida. Entonces una sonrisa cruzó su cara, sonriendo por primera vez en muchos días.

—¿Ves? Te dije que te iba a gustar. Acaba de venir directamente de la tienda de la modista.

—Un momento... —lo sacó con gusto de su envoltorio y se lo puso por encima mientras continuaba—: has dicho que había otra noticia que me gustaría, ¿de qué se trata? ¿No tendrá que ver con el traje de montar, verdad?

—Sí, así es.

—¿Hay caballos? —preguntó de pronto con una ilusión renovada sobre su cara. Se moría por montar uno y así librarse, por unos segundos, de la prisión en la que se había acabado convirtiendo su nuevo hogar.

—Por supuesto que hay caballos, he hablado esta mañana con el señor para informarle de la entrega de tu traje y he aprovechado para decirle lo mucho que te gustan los caballos, entonces me ha dicho que cada uno de los que están en las cuadras es tuyo. Que elijas el que más desees y que lo consideres un regalo.

—Pues ¿sabes qué? Aceptaré su regalo de buena manera. Anda, ponme ese maravilloso traje de montar que lo voy a estrenar hoy mismo.

—Cómo me gusta verte sonreír. Ojalá este gesto se repitiera más a menudo niña mía.

Una vez que estuvo lista bajó a desayunar y se encontró con Edward. Este la miró complaciente mientras que su hijastra la miraba con furia.

—Buenos días querida, ese traje de montar te sienta realmente bien.

—Gracias.

Se sentó a la mesa y pidió café con leche, a continuación cogió uno de

los bollos y se lo llevó a la boca bajo la atenta mirada de su esposo.

—Al fin tienes apetito. Me tenías muy preocupado por lo poco que comías. Ya veo que tu doncella no me ha mentado cuando me ha dicho lo mucho que te gusta montar a caballo.

—Sí —contestó una vez que tragó, bebiendo un trago de café— es algo que me ha apasionado siempre.

—Entonces también te habrá dicho que elijas el que más te convenga, ¿no?

—Así es. Gracias milord.

—Creo que deberías llamarme por mi nombre, ¿no crees?

Mary dejó la servilleta de malos modos contra la mesa y se levantó.

—Me voy o terminaré vomitando con tantas muestras de cariño.

Edward se quedó impasible ante el comportamiento de su hija y se olvidó de ella incluso antes de que esta abandonase el salón.

—No hagas ni caso, simplemente lo que sucede es que está celosa porque el primer vestido hecho ha sido enviado para ti y no para ella.

—No se preocupe milord —y al ver la cara contrariada de él rectificó —: ...quiero decir Edward.

—Eso está mejor gatita, te dije que aprenderías deprisa y me complace ver que está siendo así.

Catherine aprovechó la situación que se le ofrecía, por el humor optimista de su esposo, y le pidió algo que le rondaba desde hace un tiempo por la cabeza, diciendo de manera natural:

—Edward, quisiera pedirle algo.

—Lo que quieras, seré comprensivo si sigues como hasta ahora. ¿Qué es lo que quieres?

Dejó la taza sobre el platillo y dijo:

—Quisiera una doncella más a mi servicio, si es posible claro está...

—Puedes tener a todas las doncellas que precisas, ni siquiera tienes que contar conmigo para algo como satisfacer tus necesidades. Después hablaré con el ama de llaves para que te envíe a la más adecuada.

—¡No! —Se apresuró a decir antes de que fuese tarde— ya he pensado en la persona que quiero a mi servicio.

—¿Ah sí?

—Me he encariñado con la chica muda que me atendió en la torre, y he pensado que me gustaría que fuese ella mi nueva doncella.

—Nunca deberás encariñarte con el servicio —la regañó de forma

piadosa—, esa es la regla número uno. Aun así, en esta ocasión, no te diré que no.

Y así, de la forma más sencilla, consiguió el propósito de que la pobre muchacha pasara a formar parte del servicio exclusivo de la nueva duquesa. Arrancándola para siempre del que fuese su torturador y darle a cambio una vida digna, alegrándose y conteniendo las ganas por darle la noticia ella misma.

—Gracias Edward —agradeció de corazón mostrándole una sonrisa por primera vez desde que se conocieran.

—No hace falta que me las des. Cualquier cosa que me pidas, y esté a mi alcance, no tengas la menor duda de que la tendrás. Ahora si me disculpas tengo un asunto pendiente. Se acerca el gran momento de la batalla.

Sin decir ni una sola palabra se levantó, le dio un beso sobre su frente, y se marchó. Algo que agradeció, infinitamente, porque podría disfrutar del desayuno por primera vez en muchos días.

¿Y qué mejor que sola?

El paseo hasta las caballerizas la reconfortó demasiado. Se apretó el sombrero y evitó que su rostro estuviese expuesto al sol, mientras disfrutaba del apetecible paseo que la llevaría hasta el lugar que se convertiría, a partir de ahora, en su refugio para al menos acostumbrarse poco a poco a ese tipo de vida que le esperaba.

Llegó y pudo ver a uno de los hombres encargados de los caballos cepillando a un ejemplar realmente magnífico.

—¡Qué caballo tan bonito!

El joven dejó de cepillarlo y se giró con curiosidad, contemplando ante sí a una mujer que deslumbraba de lo bella que era...

Por supuesto no la reconoció, y es que el día de la presentación, de la nueva duquesa, él no estuvo. Dando por hecho que se trataría de una amiga de la señorita Mary.

—Sí que lo es.

—Voy a echar un vistazo dentro, necesito elegir un caballo.

—Muy bien, si necesita consejo estaré por aquí —dijo ofreciendo su ayuda.

—Gracias.

Entró en las caballerizas y fue consciente de los ejemplares tan

espectaculares que había, deleitándose en cada una de las cuadras, y observando, con gran interés, a cada uno de ellos.

Y de repente la vio y, desde ese momento, supo que aquella preciosa yegua se acababa de convertir en su elección.

Quitó el cerrojo y entró con palabras tranquilizadoras a medida que empezaba a acariciar su pecho. Viendo con alegría cómo permanecía quieta gustándole su cercanía.

—Eres preciosa —sacó del bolsillo unos azucarillos y se los ofreció, diciéndole—: Ahora vuelvo a por ti.

Buscó fuera y se volvió a encontrar con el hombre que seguía cepillando el caballo. Se acercó y le preguntó:

—¿Dónde puedo conseguir una silla de montar?

—No se preocupe, ahora mismo me encargo de ello.

—¡No! —exclamó precipitada— yo misma quiero hacerlo.

—Está bien, —dijo sin poder ocultar la sorpresa de no querer ser ayudada— en el fondo hay un cuarto en el que están los aparejos. Si no encuentra una adecuada hágamelo saber, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Y desapareció por el mismo lugar por el que había venido.

Se dirigió hasta el fondo, siguiendo las indicaciones del mozo, y rápidamente se hizo con una silla que le gustaba y que le valdría perfectamente. La cargó con dificultad y volvió a la cuadra.

Allí le dio otros azucarillos con la intención de ganarse su total confianza.

—Bien hecho, bonita.

Con mucho cuidado cargó la silla sobre sus brazos y la depositó despacio sobre el lomo del animal, animándose porque esta no puso ninguna pega.

¿Acaso tenía las mismas ganas que ella de salir a galopar?

¡Es lo que parecía!

Terminó de enganchar las cinchas y tiró de las riendas para salir al exterior.

El joven la miró asombrado al comprobar, con sus propios ojos, que no solo no había necesitado de su ayuda, sino que además, se había hecho con una de las yeguas más testarudas. E inmediatamente dejó lo que estaba haciendo con la idea de avisarla.

Lo que él no previó fue la rapidez con la que actuó y es que, sin mediar

palabra, la dama espoleó a la yegua y se alejó de allí a todo galope.

—¿Qué miras con tanta curiosidad, Tom?

El mozo se dio la vuelta y respondió:

—Es difícil de creer pero, esa que ves, acaba de llevarse a Relámpago.

—¿Y quién es esa?

—No lo sé. Será una de las amigas de Mary.

—Pues no sabe la sorpresa que se va a llevar cuando la tumbe sobre el suelo. —El hombre que acababa de aparecer de la nada sonrió con malicia a la vez que seguía con la mirada a la muchacha que se alejaba—, ¿y has dicho que es amiga de Mary?

—Debe serlo, no la había visto antes por aquí.

—Voy a comprobarlo —dijo sin más, montando sobre el caballo que estaba cepillando su compañero.

—¿Estás loco? Puede que te metas en un lío que no te interesa.

—¡Bah! Si es amiga de Mary debe de ser parecida, y hace bastante que no me mezclo entre una de ellas. ¿Es guapa?

—No debería decírtelo pero... —bromeó antes de que partiera en su busca—, guapa es decir poco después de haberla visto. Espero que sepas lo que estás haciendo.

Antes de poder añadir nada lo vio partir mientras se maldecía por dentro. Debería ir en busca de otro caballo para cepillarlo desde el principio, comenzando el metódico trabajo por la poca cabeza de su compañero.

Galopaba contra el viento y respiraba con verdadero placer, mientras se terminaba de familiarizar con la yegua, azotándola con brío para que continuase al galope, dejando claro quién era la que mandaba, sintiéndose libre por primera vez en mucho tiempo a medida que disfrutaba del duro galopar a la que la sometía.

El campo en esa época del año estaba precioso, regocijándose en lo que veía a su alrededor, como si fuera la primera vez, sin dejar de azuzar a la yegua en una necesidad de huir de todo lo que la hacía daño. Dejándose llevar por la imaginación hacia un mundo diferente en el que no existían las presiones ni la violencia. Avanzando y avanzando, sin echar la vista atrás, alejándose del castillo y de las caballerizas. Olvidándose de todo y de todos...

Solamente cuando empezó a notar algo de dolor en su trasero, tiró algo de las riendas, frenando a la yegua y acomodándose a un trote suave. Entonces

sí giró el cuello y pudo ver una gran polvareda acercándose.

¿Acaso su esposo se había arrepentido de sus planes y se quería unir a ella? ¿Es que también le iba a amargar el paseo?

Pues estaba muy equivocado si pensaba que lo iba a esperar. Aquel era su paseo y estaba segura de querer seguir haciéndolo sola. Sin ninguna compañía no deseada como era el caso.

Rápidamente volvió a espolear a la yegua y se sujetó con fuerza a la vez que emprendían la marcha.

El jinete que la seguía no pudo evitar sonreír y azotó con nuevo brío su montura. La curiosidad por la mujer que tenía delante creció, adivinando a una buena amazona porque volvía a poner una considerable distancia entre ellos.

—Te cogeré, vaya si lo voy a hacer.

De pronto cambió el rumbo y se internó por otro camino que conocía a la perfección, sirviéndole de atajo para sorprenderla, imaginando la cara de sorpresa que pondría al tenerlo encima sin apenas darse cuenta.

—Lo conseguí —gritó una eufórica Catherine creyendo ser la ganadora de la batalla.

Con lo que no contaba era con lo que ocurriría a continuación, una vez que bajó la guardia, y se puso otra vez al trote, descansando de la gran carrera con la que había disfrutado tanto.

Y es que de la nada, de repente, el jinete que la seguía emprendió de nuevo la marcha justo detrás de ella.

¿Cómo lo había hecho?

Giró la cabeza sorprendida y escuchó los cascos del caballo a escasos metros.

La reacción entonces no se hizo esperar. Clavó las espuelas de sus botas sobre el lomo, y provocó que la yegua enfurecida comenzase un nuevo galope, con la diferencia de que, esta vez, lo hizo fuera de control.

Y maldijo a la persona que la perseguía y que, equivocadamente pensó que era su esposo.

«¿Qué demonios pretendía?»

—¡Oh no!

Unas rocas cubrían parte del camino por el que la tozuda yegua parecía empeñada en seguir. Tiró de las riendas con brusquedad e intentó que ninguna de las dos resultara lastimada.

El pánico entonces se apoderó de la bella muchacha. La tozudez del animal se agrandaba, intuyendo que no iba a parar a pesar de los obstáculos.

¡Algo que sería realmente peligroso!

—No, no —gritó asustada al ser consciente de que no tenía el control. Cerró los ojos y se sujetó como buenamente pudo mientras volaba literalmente sobre las piedras. Después siguió agarrada, dependiendo de la yegua, puesto esta no obedecía ninguna señal proveniente de las riendas.

¡Estaba desbocada!

El jinete presintió el peligro real de la situación y no tardó en obrar en consecuencia, así que se apartó por otro de los atajos, para no asustar al ya de por sí asustadizo animal, y espoleó el suyo con rapidez y maestría. Avanzando con gesto serio para acabar con aquella carrera que comenzó como un juego, y que finalmente se le había escapado de las manos.

Volvió a salir del camino justo en el momento en el que lo hacía la yegua, se puso a su misma altura y trató de coger las riendas de entre las manos de la muchacha. Una vez que lo hizo tiró poco a poco y comprobó, con gran satisfacción, que Relámpago al final se daba por vencida y cedía. Parando en el momento que él ordenó.

Fue entonces cuando Catherine pudo recuperar un poco el color en su cara, y más cabreada que nunca con aquel mentecato que había estado a punto de matarla, bajó de la montura hecha una verdadera furia. Apretó los puños con impotencia y esperó a que él hiciese lo mismo para enfrentarlo.

«¡Ya vería lo que era capaz de decirle a aquel engreído!», pensaba para sí sintiendo cómo le seguían temblando las piernas por el miedo que había pasado ante la creencia de terminar cayendo sobre el suelo.

El experto jinete la imitó, bajó de un salto con el sombrero tapándole parte de la cara, y se puso delante de ella como si nada.

La actuación chulesca de él a la duquesa casi la hizo enloquecer de rabia debido a tal atrevimiento.

¡¿A qué diablos estaba jugando ese mentecato?!

Un simple detalle, a continuación, desbarató sus planes, dejándola completamente perpleja puesto que no creía lo que estaba viendo. Es más, incluso se llegó a quedar sin habla y se le olvidó absolutamente todo cuanto quería decirle a aquel...

¿Aquel qué?

Se quedó mirándolo fijamente, por un tiempo indeterminado, mientras el jinete se quitaba el sombrero y hacía una reverencia ante sí con expresión

burlona, esperando la reprimenda, que seguro que terminaría echándole, después de haber sido precisamente él quien terminase provocando desenlace tan fatal.

Pero la reprimenda no llegó, en cambio comprobó sorprendido, que aquella dama a la que todavía no había prestado la atención oportuna, no abría la boca ni para protestar.

Imaginándose lo que no era.

«Lo sabía, si es amiga de Mary debe de ser igual que ella».

A continuación el jinete siguió un impulso tras verla quedarse quieta, malinterpretándola por su reacción... Se acercó con decisión hasta tenerla todo lo cerca que quería, seguidamente estiró la mano para coger la suya y se la besó, demorándose más de la cuenta para provocarla. Después esperó alguna reacción.

Fuese cual fuese.

Y como esta no llegaba terminó preguntando:

—Preciosa, ¿estás bien?

Al escuchar cómo la llamaba parpadeó, volviendo en sí ante la idea de que estuviese soñando... pero aquello de sueño tenía poco, y es que el hombre que tenía delante era tan real como la vida misma.

La reacción de Catherine se manifestó entonces comenzando porque su corazón se volviera loco de repente y comenzara a latir, de forma apresurada, sin que pudiese controlar nada que no fuese la sensación de estar retrocediendo en el tiempo.

¡No podía ser!

A continuación abrió la boca y, en apenas un susurro, logró preguntar aun a pesar de la conmoción que sentía:

—¿Jasón?

Más que una pregunta fue una afirmación debido a que, incomprensiblemente, acababa de reconocer el rostro del hombre que la había seguido. Un rostro que nunca olvidaría y que no era otro que el jinete misterioso. El mismo hombre que la rescató de los forajidos para entregarla sana y salva a su esposo con la certeza de que era su amante.

CAPÍTULO X

El jinete dio un paso atrás con una gran incertidumbre.

¿Acaso se estaba volviendo loco? Aquella voz le resultaba conocida e incluso llegó a escuchar una alarma interior que le indicaba que saliera huyendo de allí cuanto antes, tal y como ya le sucediera en cierta ocasión, el día que conoció a una muchacha que no le convenía y de la que todavía se acordaba.

—¿Nos conocemos? —preguntó con el ceño fruncido esperando a que se quitara el sombrero para poder mirarla con atención.

Catherine se llevó las manos a las cintas de su sombrero, como si le acabara de leer el pensamiento, y las desató para poder quitárselo, dejando que viera un rostro que lo seguía persiguiendo algunas noches en sueños.

—¿Catherine? —preguntó completamente perplejo tal y como le sucediera a ella.

Ambos permanecieron paralizados mientras se miraban fijamente, con una intensidad abrumadora, sin poder creerse que se hubiesen vuelto a encontrar.

Sus caminos volvían a cruzarse por segunda vez consecutiva.

—¿De veras eres tú, Jasón? —volvió a preguntar con incredulidad.

No llegaba a creerse el desenlace de la persecución que dio lugar al sorprendente reencuentro.

Y sus miradas en ningún momento dejaron de escrutarse mutuamente.

—Vaya, vaya... por lo visto sigues tuteándome, ¿no? —dijo con una mirada burlona, gustándole que lo hiciera.

—Pero... ¿qué haces tú aquí? —le preguntó de forma natural envuelta en una nube de incertidumbre.

—No, esa no es la pregunta. La pregunta es, ¿qué haces tú aquí? La última vez que te vi me asaltaron varias dudas acerca de lo que realmente eras, pero lo que me acaba de dejar paralizado es el hecho de encontrarte aquí.

Catherine bajó la mirada porque no quería contestar a esa pregunta, intentando ocultar, lo que verdaderamente era, para ocultar la vergüenza que llevaba en el interior como si fuese una losa.

—¿Otra vez con el juegucito de actuar como una dama? —preguntó mordaz y demasiado duro.

Y ella no estaba para soportar según qué tipo de comentarios. No después del calvario que debía de soportar día tras día. Por ese motivo se enfrentó a él de manera contundente.

No estaba dispuesta a volver a la trampa, de caer en sus brazos, para que después volviera a abandonarla tal y como hizo aquel día en el claro del bosque.

—Piensa lo que te convenga pues no seré yo quien aclare tus dudas. ¿Qué te importa realmente lo que sea cuando me has demostrado lo poco que te importo? Me dejaste abandonada a mi suerte —soltó para ponerse a su misma altura, observando cómo se le tensaban todos y cada uno de los músculos después de lo que acababa de decirle.

—¿Y qué otra cosa podía hacer? —Se defendió ante tan dura acusación—. Te devolví a quien pertenecías, además, lo hice entregándote sana y salva.

—¿Y si en lugar de ellos se hubiesen presentado unos desalmados? ¿Entonces podrías decir lo mismo?

—Ese no era mi problema sino el tuyo —alzó la voz sin poder comprender por qué lo acusaba—. Me limité a cumplir con mi trabajo, nada más.

—¿Trabajo? ¿Eso es lo que era para ti?

Escuchar aquello la dañó enormemente... pero ¿por qué?

Ni Catherine logró entenderlo. No eran nada a pesar de lo mucho que significó para ella los momentos vividos junto a él. Momentos difíciles de olvidar por enseñarle, por primera vez en su vida, lo que era sentirse amada por alguien...

Antes de que Jasón pudiese leer sus pensamientos Catherine se dio la vuelta en busca de las riendas de Relámpago. La impotencia que sentía la ahogaba y quería marcharse de allí lo antes posible.

Jasón en cambio dejó que la locura se apoderara de él, y le bastó un único segundo para saber que no debería dejarla marchar.

¡Todavía no!

—¡Espera! —exclamó apresuradamente a la vez que daba un paso hacia ella.

Pero la joven no estaba dispuesta a esperar, muy bien sabía que si en algo apreciaba lo que quedaba de la antigua Catherine, debía salir huyendo antes de que pudiesen cometer una locura imposible de soportar si se dejaba abrazar por aquellos brazos para después regresar a su tormento... sin contar, que por nada del mundo, deseaba un nuevo castigo de su esposo por verla

dónde o con quién no debía.

Ya se encargó de aprender la lección que le dio no hace mucho en cuanto a maltrato físico se trataba, sin contar con el otro tipo de maltrato a la que la sometía cada vez que le iba en gana.

—Tengo que marcharme —aclaró de forma precipitada, permaneciendo de espaldas para que no se le hiciese tan difícil hacerlo—, es por mi bien.

—¿Qué? —preguntó sin entenderla, acercándose más todavía. Tanto que ya casi podía tocarla, tal y como ansiaba su cuerpo, despertando en él sentimientos contrarios como ya sucediera entonces.

—Déjalo, es mejor así.

Apoyó las manos en la silla, antes de que fuese demasiado tarde, y puso el pie sobre el estribo para impulsarse hacia arriba con el propósito de alejarse de allí. Ella tenía dueño y sabía a quién pertenecía.

Pero Jasón no estaba dispuesto a dejarla marchar tan fácilmente... así que estiró las manos para cogerla de la cintura, y al comprobar que aun así hacía fuerza para igualmente subirse a la silla, tiró de ella con suavidad. No se perdonaría si la lastimaba, cogiéndola entre sus brazos a la vez que sus miradas se encontraban otra vez.

—¿Por qué tienes tanto empeño en huir de mí? —le preguntaba atravesándola con una mirada que reflejaba rabia, pero disfrutando de tenerla nuevamente entre sus brazos.

—Yo...

—¿Acaso te lastimé sin pretenderlo en nuestro último encuentro?

—No, claro que no —negó con rotundidad, bajando la guardia al acordarse de lo tierno y cuidadoso que fue cuando la besó.

—¿Entonces? —exigió sin tregua.

Necesitaba comprender algo que se le escapaba de las manos, torturándose por ello.

—No soy lo que crees. —Fue su escueta respuesta antes de que sus ojos se le llenasen de lágrimas.

Unas lágrimas que lo desarmaron, tanto, que sintió la necesidad de borrarlas de un plumazo.

—¿Catherine? —preguntó atormentado sin saber qué es lo que debería de hacer—. ¿Estás bien?

La respuesta de ella lo dejó con una incertidumbre aún mayor.

—En tus brazos sí.

La confesión que salió de sus labios los calló durante unos maravillosos

segundos, limitándose a decir, a través de los ojos, lo mucho que se alegraban de haberse reencontrado, nuevamente, sin querer romper el encanto que sabían se produciría con cualquier pregunta que los llevase a una realidad que no deseaba ninguno de los dos.

—Entonces no te bajaré —le dijo en un susurro, inclinando ligeramente la cabeza.

Lo único que deseaba era besarla y apoderarse de unos labios que lo esperaban entre abiertos.

¡Diciéndolo todo!

Catherine sintió cómo la besaba a medida que temblaba de emoción, devolviéndole el beso, con un agradecimiento infinito, mientras aprendía deprisa. Olvidándose, por unos momentos gloriosos, de la pesadilla en la que se había acabado convirtiendo su vida para disfrutar del beso cálido que se daban.

Aferrándose a él de un modo desesperado.

—¡Por Dios Catherine! ¡No puedes decirme que lo mejor para ti es marcharte de mi lado y después besarme así!

—Lo siento —se disculpó ruborizada logrando despertar de la locura aquella. E incluso se avergonzó de sí misma por devolverle el beso como si realmente fuese la furcia que pensaba— bájame por favor.

—¿Por qué si acabas de decirme que así es como te consideras segura? Vamos Catherine, ¿a qué sigues jugando conmigo? —preguntó cabreado, dejándola sobre el suelo envuelto en un mar de dudas.

Y se separó lo que pudo, tomando la determinación de que, fuese quien fuese esa mujer, terminaría por arrastrarlo donde no debía.

Por ello terminó diciendo para poner las cosas en su sitio:

—Si de verdad quieres marcharte vete. No soy alguien quien acostumbra a forzar a una mujer a quedarse si ella no quiere.

Jasón le acababa de dar la oportunidad de mantenerse a salvo pero, la manera de decírselo, la hizo cambiar de parecer. De pronto sentía la necesidad de quedarse para no dejarlo en el estado de profundo cabreo que tenía y quería recompensarle por mantenerla a salvo, además de por la manera de tratarla aquellos días que acabaron convirtiéndose en mucho más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—Cuando te dije que en tus brazos me sentía bien no te mentía —confesó abriéndole su corazón por primera vez, sin pensar en las posibles consecuencias—. Nunca te podría mentir en algo así, créeme.

La mirada sincera y desgarrada hablaba por sí misma. Solo que a Jasón se le hacía difícil creerla, viniéndole a la mente la manera tan recatada de comportarse durante el tiempo que estuvieron juntos. Lo que provocó que la incertidumbre fuese cada vez mayor.

—Contigo es difícil creerse algo. Te sigues comportando como lo que no eres, y me dices que lo mejor para ti es marcharte de aquí, para terminar respondiendo a mi beso como si realmente estuvieses aprendiendo a hacerlo... ¿y dices que no estás jugando conmigo? ¡Vamos Catherine! ¿Quién podría creerse algo así? Todo esto es un disparate.

—Por favor, no lo hagas —dijo de pronto tras escuchar aquellas palabras con el corazón en un puño— ¡tú no!

—¿Hacer el qué?

—Humillarme como lo estás haciendo. Si me comporto así es porque en realidad sí soy una dama. Yo nunca dije que fuese una furcia, fuisteis vosotros los que lo distéis por hecho, ¿no te acuerdas?

—No entiendo... —la miró con indecisión y quiso aclararse.

¿Qué es lo que estaba diciendo?

No pudo hacerlo. Aquel embrollo parecía no tener fin y por ello se decidió a preguntar:

—Si no eres la amante de Edward... ¿entonces quién eres?

Jasón nunca, jamás, podría haber esperado la respuesta que salió por boca de ella a continuación.

—Soy su esposa.

—¡¿Qué?! ¡¿Que eres qué?!

La perplejidad y el horror se mezclaron entre sí, quedando atónito por aquella confesión. La metedura de pata resultaba terriblemente desalentadora, y más cuando estuvo seguro que fingía ser lo que no era.

¿Cómo lo iba a hacer si en realidad era la nueva duquesa?

«Por todos los diablos, ¿qué es lo que he hecho?», pensó entonces un hombre abatido tras ser capaz de caer tan bajo.

«¡He deseado a la esposa de mi enemigo...! ¿Cómo demonios no me di cuenta de quién era realmente? En menudo lío he estado a punto de meterme».

La actitud de Jasón cambió radicalmente con respecto al trato hacia ella. Entonces se apartó a un lado, para coger las riendas de la yegua con una confusión interior inimaginable, mientras obraba en consecuencia, tendiéndoselas en un claro gesto de que las cogiera y se marchara por donde había venido.

¡Allí sobraba!

Catherine las cogió. La desazón por su cambio de actitud le dolía exageradamente, y se culpó por ello.

—Nunca me preguntaste quién era realmente... —dijo ante la necesidad de justificarse.

Jasón levantó la mirada desconcertado, la revelación de ella había dado lugar a encajar algunas piezas claves.

Y no dudó en cargar contra ella:

—¡Debiste decírmelo! —terminó enfrentándola con una mirada fría como el hielo.

—¿Y qué hubiese conseguido? Nunca me habrías creído, ¡nunca!

—Pero aun así... —de pronto, en un acto de locura, se acercó nuevamente y la cogió del brazo, sacudiéndola con desesperación— ¡debiste intentarlo! ¿Qué hubiese sucedido si realmente te pasa algo? O peor, ¿qué hubiese sucedido si una de las noches en las que estuvimos a solas te hubiese seducido?

La fuerza con la que la sacudía, sumado a la rabia empleada en cada una de las palabras que salían de su boca, la hizo sentirse desdichada y triste. Era duro saber que para él no significaron nada los momentos vividos. Unos momentos demasiado íntimos que por lo visto no eran nada para el hombre que tenía delante, enfrentándose a una muchacha que perdía la poca ilusión que le quedaba, mientras se preguntaba si había valido la pena sentir tanto entre sus brazos...

—Siento que pienses así, yo en cambio no lo hago —contestó, quitándole importancia a las fuertes manos apretando sus brazos haciéndola un daño para nada equiparable a lo que sentía en su pobre y herido corazón, el cual se desgarraba cada vez más con cada gesto y con cada mirada.

—Estás loca si en algún momento llegaste a pensar lo que no era. De haber sabido tu verdadera identidad nunca habría llegado tan lejos contigo. Ni siquiera hubiese permitido que cabalgaras en mi caballo.

Las palabras fueron duras a propósito. Era la única forma de parar aquello y no le quedaba otro remedio que apartarla de su lado para siempre, sin importarle el precio a pagar, cuando sabía que cada palabra que decía no la sentía.

Y si para apartarla debía hacer que lo odiara, que así fuera.

Una Catherine aturdida logró despertar de la pesadilla en la que estaba envuelta y no tuvo ninguna duda de lo que haría a continuación. Cogió las

riendas de un tirón, lo miró con odio, y se subió a la yegua.

—Que tenga un buen día duquesa —gritó con rabia para que lo escuchara a medida que la veía alejarse a toda prisa de vuelta a las caballerizas.

En ningún momento fue consciente del terrible dolor que le acababa de causar a una muchacha inestable que necesitaba agarrarse a cualquiera que quisiera tenderle una mano, y no precisamente arrastrarla a un infierno que se le antojaba cada vez más y más oscuro.

Y no fue consciente porque... ¡Bastante tenía él con lo que se le pasaba por la cabeza, atormentándolo a rabiar!

«¡Maldición! ¿Cómo nunca llegué a imaginar algo tan normal? A Edward siempre le había gustado lo mejor y que le envidiaran. ¿Y qué mejor forma de hacerlo que desposando a esa joven tan bella y a la que todos querrían en su cama?»

Tales pensamientos lo enloquecieron y lo que era peor, porque no solo la deseaba sino que además, solo de pensar en ellos, juntos, hizo que los maldijera con tal intensidad, que saltó sobre su caballo para volver a su cabaña y poder echar un trago de whisky, tratando de normalizar su estado de ánimo, sin que en ningún momento se le pasara por la cabeza los verdaderos motivos por los cuales había terminado siendo la nueva duquesa.

Anna supo que algo iba mal desde que la vio entrando por la puerta.

Catherine pasó por delante, sin tan siquiera verla, y se terminó tirando sobre la cama envuelta en un mar de lágrimas demasiado amargas y que dolían más que todas las derramadas por cuanto la hacía su esposo.

La doncella se acercó y la cogió de la mano, acariciándola suavemente para tratar de calmarla.

Lo que fuese con tal de que dejase de llorar.

—¿Qué es lo que ha sucedido en ese paseo para que vuelvas así después de la ilusión con la que te fuiste?

—Déjame —sollozaba sin fuerzas ni ganas para hablar.

—Pero Kate...

—Déjame, necesito estar sola.

La miró con perplejidad porque no podía hacer nada para consolarla, apenas por ello.

—Está bien, como quieras.

Anna la miró una última vez y abandonó la alcoba con una gran sorpresa reflejada en su cara. Era la primera vez que ella no le contaba sus temores.

Resultándole tan extraño...

Cerró la puerta y añoró la calidez de la antigua y lejana Catherine, la cual estaba cada vez más lejos de ella.

—Mi pobrecita Kate.

Desde ese misterioso día Catherine volvió a los hábitos de antes.

No comía...

No dormía...

Y lo que era peor... se sumió en una profunda tristeza que amenazaba por instalarse en su interior para siempre.

CAPÍTULO XI

Los días seguían pasando y los preparativos para la fiesta, en la que sería presentada en sociedad, iban tomando fuerza. Mary se estaba ocupando a la perfección de todos y cada uno de los detalles sin contar para nada con la verdadera anfitriona de la fiesta. Algo que a la parte afectada no le molestaba en absoluto, todo lo contrario pues no estaba ni con humor ni con ganas suficientes como para llevar a cabo tantos preparativos que no la llevarían a ninguna parte.

¿Qué más daba lo que acontecía a su alrededor si lo único que le importaba era permanecer encerrada en su alcoba todo el tiempo que podía? La situación se estaba volviendo insostenible. No lograba levantar cabeza. Es más, hasta su esposo se estaba empezando a preocupar por el comportamiento de una joven que debía haberse adaptado ya a las circunstancias, y no mostrarse cada vez más abatida, tal y como ella se mostraba y quiso ayudarla a salir del trance en el que se encontraba.

La fiesta estaba a la vuelta de la esquina y por nada del mundo quería que se mostrase como ahora, distante y fría. Y eso sin contar con el verdadero motivo, que no era otro que lograr dejarla embarazada para tener el varón que tanto ansiaba.

Edward, igual que todas las mañanas, últimamente, desayunó sin la compañía de su esposa, mientras lo hacía pensaba en la manera de atajar el conflicto que tenía por delante con sus intentos desesperados de hacerse con las tierras de Lord Hedrick. Era necesario para restar poder sobre su poderoso enemigo, el duque de Loira... y terminó por enfurecerse, nuevamente, ante la imposibilidad de concentrarse en el asunto que lo requería.

¿El motivo? Pues el motivo no era otro que volver recordar la apatía de su esposa, la cual se mostraba cada vez más distante, llegando a provocar que no fuese capaz de centrarse en lo que de verdad era importante.

Y tomó una decisión al respecto, puesto que se acordó de lo que su doncella le dijo no hace mucho tiempo.

La hizo llamar en el acto.

—Buenos días mi señor. ¿Me ha mandado llamar?

—Sí, hazle saber a la señora que hoy saldremos a dar un paseo a

caballo. La esperaré en las caballerizas.

—Sí señor. Ahora mismo se lo digo.

Lo que se suponía que debía de hacerle ilusión, de repente se torció y se convirtió en una situación desesperante para Anna. El cambio de humor en cuanto se enteró de sus propósitos fue evidente.

—No iré —se negó terca como una mula.

—¿Pero qué estás diciendo? Kate no te conozco. ¿Desde cuándo salir a dar un paseo a caballo supone para ti algo negativo? ¿Qué pasó ese día en el que volviste convertida en lo que eres ahora?

—¡Déjame! —gritó apartándola con la mano mientras se acercaba al gran ventanal.

Allí vio, en el patio de armas, a los oficiales entrenando para estar en forma en caso de batalla.

—No lo voy a hacer, deberás estar preparada cuanto antes. ¿O es que quieres provocarle para que vuelva a azotarte a su antojo?

—Me da igual, no voy a ir a las caballerizas. No si hay una remota posibilidad de volver a encontrarme con él.

—¿Qué estás diciendo? ¿A quién te refieres?

Al darse cuenta de la metedura de pata que acababa de tener, dejó de hablar.

—Tú sabrás lo que estás haciendo, pero luego no digas que no te advertí.

Anna salió de la alcoba en contra de su voluntad y fue a informar de los deseos de su ama.

Y claro, Edward no aceptó semejante negativa y voló literalmente hasta la alcoba de su esposa, la cual seguía tumbada sobre la cama sin ganas de nada.

—¿Qué es eso de que no te encuentras bien? —La forma de hablar dejó claro lo enojado que estaba.

—Debe ser a consecuencia de la fiesta pues casi no puedo dormir por los nervios —mintió esperando que no se le notase para procurar que se pusiera en su lugar. Ella era una dama acostumbrada a las fiestas, pero no a la que tendría lugar en dos días con personas tan dispares además de importantes.

—Por esta vez te vas a librar —sentenció librándola de una buena tunda — pero aun así debes salir de estas cuatro paredes y la mejor forma de encontrarte bien será dándote un poco de aire fresco. Espero no tener que

repetirte dónde te espero cuanto antes.

Sin más dio media vuelta y se marchó, dejando bien claro que no aceptaría un no por respuesta.

Tal y como ordenó que hiciera, en menos tiempo del que disponía, ya estaba preparada con el traje de montar puesto y avanzando en dirección a las temidas caballerizas.

Rezó porque Jasón no apareciera.

Antes de llegar a su destino, al cruzar el patio de armas, pudo ver con verdadera repulsión el duro entrenamiento que se estaba realizando, y abrió los ojos como platos tras descubrir, por primera vez, que muchos de los que se estaban formando eran tan solo unos niños.

¿Quién podría someter a esos pobres a tal atrocidad? Aquellos niños deberían seguir con sus familias, y no peleando casi a muerte entre ellos para una batalla que se avecinaba según palabras textuales de su esposo.

Entonces decidió que si tenía ocasión hablaría con él sobre ese asunto. Nunca se sabía y a lo mejor ella podría hacer algo por aquellos chiquillos que se miraban asustados, los unos a los otros, intentando creer en lo que hacían.

Cuando llegó a las cuadras ya estaba allí, esperando por ella.

—Ya veo que eres lista y que sabes lo que te conviene. ¿Nos vamos?

Dos caballos ya estaban preparados y ella no perdió el tiempo. Se subió sobre uno y esperó con impaciencia.

Poco después pudo respirar tranquila mientras salía al galope, siendo capaz de disfrutar del paseo a pesar de que pensó que no podría hacerlo.

—Eres buena amazona, demasiado buena.

—Gracias, en mi antiguo hogar cabalgaba cada día. Es un placer que me gusta mucho.

—Es evidente, ya quisiera más de uno de mis jóvenes montar como tú.

Allí fue cuando supo que debía aclarar alguna de sus dudas.

—Edward... —empezó de forma casual— cuando he ido a reunirme con vos, en las caballerizas, he visto en el patio de armas a muchachos entrenando.

—Sí, han de estar preparados. No falta mucho.

—Pero si son solo unos niños... —protestó tratando de ser escuchada, girando la cabeza hasta él.

—Mi bella Catherine, en la guerra todo vale y sin esos muchachos estaríamos perdidos.

—Pero...

—Mira gatita, esto son asuntos de hombres y el capitán Harry sabe lo hay que hacer con esos condenados asustadizos que tardan en entrar en razón.

De pronto, al escuchar aquello, sintió una arcada y empezó a tener una diferente idea en cuanto al capitán se trataba. Y fue realista porque lo que había visto no era más que otra injusticia hacia las personas débiles como ella. A las que manejaban a su antojo, para su provecho, al precio que fuese. No importaba el daño que llegaban a causar en todos y cada uno de aquellos inocentes que eran obligados a hacer lo que no querían.

Y como sabía que no podría actuar a favor de ellos se centró en una táctica diferente, averiguando algo más acerca de los que la rodeaban.

—¿Y dice que no falta mucho? —preguntó haciéndose intencionadamente la inocente, sonsacándole información para lograr entenderle—. ¿Mucho para qué?

—De veras que eres una mujer increíble gatita, ¿también estás interesada en las batallas que nos permitirán hacernos con las tierras de nuestros enemigos?

—¿Ese es su propósito?

—Por supuesto. El propósito de cualquier hombre es desear más al precio que sea. Aunque este sea a costa de jóvenes muchachos. ¿Para qué están sino?

La repulsión en la cara de Catherine la delató.

—¡Vamos Catherine! No vas a decirme a estas alturas que crees que todo en la vida se consigue por las buenas y que el mundo merece un trato digno, ¿verdad?

—Pues debería ser así y solo espero que algún día sea posible.

La carcajada que salió de la boca del hombre hizo que lo odiase un poco más, hasta el punto de desear que en la próxima batalla probase sobre sus propias carnes el duro y frío acero de la espada de su enemigo. Fuese quien fuese. Aunque claro, después de la cobardía que presencié en primera persona, cuando los forajidos los atracaron, estaba convencida de que nunca sería capaz de dar la cara. Aunque fuese a costa de unos pobres niños, adiestrados a la fuerza, para estar en primera línea de fuego a la espera de una muerte segura sin ninguna recompensa a cambio.

—Gatita sigues sorprendiéndome una y otra vez, y eso me gusta tanto... Solo espero a ver la cara que ponen mis invitados cuando te vean dentro de dos días en la fiesta. Estoy seguro que los dejarás de piedra y no solo por tu

belleza. Aunque deberás morderte la lengua para no decir lo que no debes.

—¿A qué os referís?

—A tus intentos de lucha por una vida mejor para los que te rodean. Deberás aprender a saber que para vivir así, sin que te falte de nada y con los mejores lujos, deberás hacer lo que sea necesario, aunque eso no esté bien la mayoría de las veces. Y eso es lo que nunca se debe comentar.

—Entonces... ¿Me está diciendo que cualquier artimaña vale a pesar de saber que está mal?

—Cuando se trata de tu enemigo por supuesto.

—Edward, ¿puedo preguntarle algo?

—Claro.

—¿Vos sabéis quién ha sido el causante de las desgracias de la muchacha muda a mi servicio?

—No. Ni me interesa. Seguramente que sea por saber demasiado.

Aquella respuesta a Catherine la hizo pensar. Y supo que había llegado el momento de que Natalie aprendiera a leer y a escribir. La enseñaría igual que hizo con Anna y así podría esclarecer alguna de sus dudas.

—¿Has elegido ya caballo? —preguntó de pronto, sorprendiéndola al no esperar dicha pregunta.

—Pues... en un principio creí que sí, hasta que me demostró ser una yegua un tanto testaruda.

—¿Hablas de Relámpago?

—Sí, casi me tira al suelo.

—Te creo, y eso que está en las mejores manos en cuanto a quién la domó.

—¿Y quién fue? —preguntó sin que en ningún momento se le pasara por la cabeza que estaban hablando de Jasón.

—No lo conoces pero es el mejor domador de caballos que nunca he visto. Es capaz de hacerse hasta con el más salvaje.

Ahí se quedó la conversación y regresaron a las cuadras después del agradable paseo que terminaron dando.

Dejaron a los caballos en manos de Tom y entonces Edward se acordó de los ejemplares capturados la semana pasada, y supo que era el momento ideal para que su esposa viese, con sus propios ojos, el fabuloso trabajo del hombre que se encargaba de domarlos.

—Espera, quiero que veas algo.

La condujo hasta la parte de atrás y allí pudo ver una amplia zona

acondicionada para la doma, totalmente vallada para evitar que los animales salvajes pudiesen huir. Viendo cómo, delante de sus ojos, un hombre se hacía con uno de ellos.

—Este es el hombre del que te hablé. Acércate y disfruta, es un espectáculo increíble.

Se apoyaron sobre la valla y Catherine quedó fascinada. La pelea entre humano y animal era algo indescriptible, deleitándose al comprobar como poco a poco el caballo se iba dando por vencido mientras el hombre se agarraba con fuerza para no caer. Demostrando quién tenía el control.

Solamente cuando el agotamiento fue evidente dejó de luchar, adaptándose y obedeciendo al jinete que lo montaba como si fuese su amo absoluto.

Catherine se quedó impactada ante el espectáculo y disfrutó de todo lo que veía... hasta que conoció al jinete que acababa de quitarse el sombrero para tirarlo bien lejos entre gritos de alegría, tras conseguir su propósito, y entre los aplausos del duque.

¡Su cara se volvió de color ceniciento!

Jasón los vio y se puso tieso como una vara sobre el animal. Seguidamente se le borró la sonrisa, de manera brusca, y centró la mirada en Edward, dejando bien claro que la ignoraría siempre que la volviera a ver.

Se acercó hasta donde esperaba el duque y saludó:

—Buenos días, señor.

—Bien hecho muchacho. Ha sido tan emocionante como verte el primer día. Además, mi esposa ha disfrutado tanto como yo.

La miró con una sonrisa y preguntó:

—¿Verdad, Catherine?

—Así es —susurró ocultando su rostro con el sombrero para no delatar la turbación de ese triste momento.

Y supo por fin el papel de Jasón en el castillo.

—Si me disculpa señor... debo seguir con los nuevos ejemplares.

—Claro, claro.

En ningún momento se molestó en dedicarle una mirada, ignorándola a propósito para que supiera que para él no existía.

Catherine entonces se quedó sumida en una pena infinita, y recordó, por enésima vez, lo que sintió entre sus brazos.

Anocheía cuando una Catherine abatida se internaba en sus aposentos después de apenas probar bocado en la cena.

Al entrar y ver el vestido para el gran día, llegado hace unas horas, desvió la mirada sin interés. Ni siquiera el precioso vestido que aguardaba a ser estrenado llamaba la atención de la nueva duquesa.

—Hola gatita.

«¡Oh no, esta noche no!»

—Edward no me encuentro bien, apenas he podido cenar debido a la fiesta y no...

Antes incluso de terminar la frase observó con repulsión cómo se le acercaba, desabrochando el vestido con ansia sin importarle nada de lo que decía.

—Edward por favor... —decía intentando apartarse.

—No me provoques gatita o lo lamentarás. Cuando quiera tu cuerpo, te limitarás a recibirme sin más, ya deberías saberlo.

—Pero es que...

La locura se apoderó del duque al escucharla nuevamente, ¿qué se creía esa mujer?

—¡Te lo he advertido! —gritó fuera de control a medida que tiraba del vestido con fuerza hasta desgarrarlo por completo— para mí está siendo una locura contenerme y no dejarte marcas a la vista antes de la fiesta, pero tú me lo haces tan difícil... ¡vuélvete!

La orden la obedeció con lágrimas corriendo por sus mejillas y supo el terrible error que acababa de cometer al intentar persuadirle para que la dejase dormir.

—Queda tan poco para poder hacer lo que quiera contigo... —susurró sobre su oreja mientras la empujaba sobre la cama, aflojándose el cinturón y bajándose los pantalones—, no sabes la de cosas que se me ocurren hacerte.

Levantó el vestido hasta hacerse con la ropa interior y tiró con brusquedad, algo con lo que se identificaba en todo lo que hacía. Demostrando el tipo de persona que era, y al que le gustaba hacerse con las mujeres a la fuerza.

—¡Ahora verás de lo que soy capaz!

La dejó de espaldas a él mientras bajaba hasta ella, llevó la mano hasta su boca y apretó con fuerza para que no gritara, a la vez que entraba en su cuerpo con una dureza tal que el grito desgarrador y suplicante quedó silenciado sobre su mano.

Otra vez no le sirvió de nada. Viéndose nuevamente violada y ultrajada sin que a nada ni a nadie le importara.

Una vez terminó de poseer lo que le pertenecía por derecho, volvió a subirse los pantalones y se rió, percatándose de que se hacía un ovillo tratando de taparse como podía.

—¿Qué pasa gatita? ¿No te ha gustado? —preguntaba con toda la mala intención pensando en ir hasta la biblioteca a tomar un brandy después del placer vivido.

Catherine ni lo miró. Se quedó muy quieta, completamente paralizada, mientras la seguía ridiculizando, empezando a creerse un animal de su propiedad.

Solo al escuchar la puerta, y saber que estaba sola, se permitió desahogarse. Gritó y lloró de impotencia, sobre la almohada, hasta quedar totalmente agotada.

CAPÍTULO XII

El día de la gran fiesta llegó y llenó cada rincón de un espíritu de alegría que envolvió incluso a los criados. Todos parecían estar ilusionados ante la jornada que tenían por delante.

Todos menos la homenajeadá...

Desde bien temprano, incluso antes de que amaneciese, la cocina empezó a estar en plena ebullición. Una decena de sirvientes empezaban a calentar los fogones para que estuviesen listos, encendiendo a su vez los hornos, mientras que otros se afanaban en amasar la masa para el pan que se serviría en la comida.

Todo, absolutamente todo, debía estar listo sin ningún fallo. Por ello, el ama de llaves vigilaba aquí y allá para que todo resultase como debiera. Y es que los invitados más ilustres comenzaban a llegar, admirando la decoración hecha para la ocasión, mientras los anfitriones les daban la bienvenida.

En poco tiempo, y sin poder acordarse de todos los nombres, Catherine fue presentada a un sinfín de personalidades importantes, duques, condes, lores... todo ello antes del primer acto programado según lo acordado por Mary.

¡La caza del zorro!

E incluso antes de darse cuenta, estaba montada sobre un caballo, al lado de su esposo, a medida que seguían a los perros de caza en busca de un pobre zorro. Odiando aquel juego tan macabro pero ocultándolo para no contrariarlo, sonriendo de manera educada y obrando como si hubiese estado en varias cacerías cuando en realidad aquella era la primera.

¡Y la odiaba!

—Estás pálida Catherine. ¿Otra noche que no has descansado bien?

—Sí. He dormido poco.

—Entonces te vendrá bien una siesta después de comer. Debes lucir la más bella esta noche.

—Haré lo que diga, Edward.

—Así me gusta gatita —asintió complacido. A continuación divisó a lo lejos el cuerpo del pobre zorro, y como si nada dejó de mirarla y se centró en sus adorados perros— ¡allí está!

Se pasaron la mañana entera dando caza a zorros varios y, solo cuando el hambre pudo con la carnicería, regresaron a las caballerizas dando muestras

de lo bien que lo habían pasado.

Allí, para su disgusto, volvió a ver a Jasón, el cual seguía empeñado en obviarla. Tanto era así que se limitó a ayudar a las jóvenes damas a bajar de sus monturas, mientras sonreía con coquetería sin que sus esposos se diesen cuenta.

Su pretensión pasaba únicamente por contrariarla aunque el atrevimiento fuese demasiado peligroso. Afanándose en ignorarla, de forma escandalosa, puesto a ella precisamente era a la primera que debería prestar sus servicios.

Llegando a desatar los comentarios entre las damas de por sí dispuestas al chismorreó. Juzgándola sin conocerla.

Las damas junto con sus esposos no tardaron en regresar para poder cambiarse antes de que se celebrara la comida. Catherine, en cambio, se quedó algo rezagada esperando a Edward, el cual se había empeñado en enseñar, a un par de invitados, sus nuevos caballos recién adiestrados.

—Espera querida, no tardaré.

—Puedo ir avanzando para cambiarme de ropa... —dijo con la única pretensión de huir de allí.

Lo necesitaba.

—Prefiero que me esperes.

—Eso haré entonces.

—¡Ah! Si por casualidad ves a Jasón le dices que estoy con los caballos, ¿de acuerdo?

—Sí, Edward.

Los vio desaparecer y ella quiso hacer lo mismo. Lo único que no quería era encontrarse con Jasón, y para no hacerlo, entró en las cuadras y se encerró en el cuarto de los aparejos. Se sentó sobre una alpaca de paja y se limitó a esperar.

Pero el plan no le salió bien, pues no llevaba ni diez minutos sentada, cuando el hombre del que se escondía entró con una silla de montar cargada en brazos. Y claro, al verla sentada, en una actitud indecorosa, creyó que lo estaba buscando.

La reacción inmediata de Jasón no se hizo esperar y se mostró serio y enojado. Dejó caer la silla de golpe y se limitó a marcharse sin pronunciar palabra alguna. Centrándose únicamente en el trabajo que tenía por delante, para desensillar a cada uno de los caballos, después de que los ricachones hubiesen vuelto entre risas.

—¡Espera!

Jasón se paró pero no se dio la vuelta.

—El duque me ha pedido que te dijera que estaba con los nuevos caballos.

—¿Y es aquí donde me busca? —preguntó sin volverse—, cualquiera que la vea pensará que este no es el lugar adecuado para una duquesa.

El que la tratara como lo que era no le gustó. Tampoco que hubiesen cambiado los papeles y fuese él, ahora, el que la trataba de usted.

—Si estoy aquí es porque quería esconderme para no encontrarme contigo —confesó mirando su espalda.

—No se preocupe por eso duquesa, haré como que no la he visto.

Y ante la perpleja mirada de Catherine le vio marcharse, dejándola sola sin tener la consideración de mirarla a los ojos mientras contestaba.

Permaneció sentada, tragándose su orgullo, a medida que esperaba a que su esposo fuera a buscarla.

La comida fue un éxito digna del castillo en el que se encontraban, después, y como era costumbre, las damas subieron hasta la planta destinada al descanso para que pudieran echarse la siesta y estar descansadas para el gran momento.

El baile.

Mientras, los caballeros, se encerraron en la biblioteca para tomar coñac, fumar, y sobre todo hablar distendidamente de los temas de actualidad.

Por supuesto que uno de los más importantes fue, sin ninguna duda, su esposa la cual todos, sin excepción, alabaron a la vez que mostraban la suerte que tenía un hombre de su edad por tener en la cama a una belleza sin igual. Algo que a Edward lo llenó de orgullo y satisfacción, bebiendo más de la cuenta y disfrutando como un niño de su nuevo trofeo.

La tarde pasó con celeridad y ninguno de los invitados se dio cuenta de la catástrofe que se estaba produciendo en la cocina. Una de las estanterías, repletas de cacharros, había caído sobre tres de los encargados en servir la bebida en el baile, aplastándolos terriblemente. Y a pesar de actuar con rapidez, dos de ellos quedaron tan lastimados que fue imposible contar con ellos. Debiendo actuar en consecuencia al necesitar de otros dos hombres de manera urgente.

—Sé quién puede ayudarnos.

Comenzaba a anochecer y dio paso al trajín en el ala destinada a las damas. Era la hora de arreglarse para lucir las mejores galas y todo era poco para aparentar ser las más bellas. Vestidos, zapatos, joyas...

Mientras, en los aposentos principales, una duquesa guapa a rabiar estaba lista después de que sus dos doncellas trabajasen duro.

La belleza que desprendía con el vestido a medida era tal, que hasta Anna se quedó deslumbrada, aunque lo único que faltaba era el brillo y la ilusión en aquellos bonitos ojos que cada vez estaban más tristes.

—Estás guapísima niña mía.

—Gracias —se limitó a decir, seguidamente avanzó hasta la puerta para no hacer esperar a su esposo que acababa de llamar.

Cruzó la alcoba y abrió la puerta. Allí supo lo bella que realmente debía de estar puesto que Edward, por vez primera, se había quedado sin palabras. Y eso quería decir que acababa de dar su aprobación absoluta.

—Nunca nadie ha lucido tan bella como tú esta noche.

—Gracias. Me halagáis —se pronunció sin ninguna emoción.

—Pero falta algo.

Sacó una espléndida diadema de zafiros y diamantes, en tonos azules como el vestido, y se la puso sobre el pelo.

Catherine deslumbró más si es que eso era posible.

—Ahora sí estás lista. ¿Tienes el honor de acompañarme para que todos nos envidien?

Se agarró del brazo que le ofrecía y comenzaron a andar camino de las escaleras. Solamente cuando la música los anunció, y al ver que todos se quedaban mirando fascinados a la nueva duquesa, comenzó a bajar exhibiendo el que ya todos sabían se había convertido en su nuevo trofeo. Dejando bien claro lo feliz que era por tenerla a su lado, despertando más de una envidia entre los asistentes. La primera de ellas su hija, odiándola por lucir tan condenadamente guapa, eclipsando al resto de las damas allí presentes.

¿Cómo se atrevía?

La exquisita cena la disfrutaron entre risas y charla acomodándose, como podía, a los acompañantes que le habían tocado. Uno era el capitán, que

la miraba más de lo que debiera, y al otro lado uno de los condes que se quedaron viendo los caballos. Ese día sí estuvo presidiendo junto con su esposo la mesa por lo que no había más acompañantes a los que dar charla y escuchar con atención.

Cuando la cena fue retirada ocuparon el salón contiguo donde, una docena de camareros esperaban con las bandejas llenas de copas de champán, mientras que los violines y el piano comenzaban a tocar.

—¿Me permites este baile?

El baile comenzó con la homenajead, levantando una vez más una gran envidia al ver la manera tan majestuosa con la que se movía guiada por su esposo.

Poco después las demás parejas los imitaban y dieron paso a la diversión que todos estaban esperando, entre copas del mejor champán.

Bebiendo más de la cuenta.

Las horas pasaron con gran celeridad y Catherine reconoció que se lo estaba pasando bien. Era requerida por los caballeros que ansiaban bailar con ella y eso le dio alas para olvidarse de su torturador. Disfrutaba de cada baile, despejando su mente torturada, por primera vez en mucho tiempo, dando lugar a que terminase de lucir lo bella que realmente era al tiempo que sonreía y mostraba su parte más natural... alegrándose considerablemente porque Edward no la podía seguir debido a la edad y al alcohol ingerido, feliz de hacer lo que quisiera porque, esa noche, no tendría que recompensar al mezquino que la contemplaba sentado sobre un sillón, conversando con uno de los innumerables invitados.

La música dejó de sonar y se soltó de los brazos del nuevo acompañante, esta vez un hombre entrado en años y con sentido del humor que la hizo reír durante todo el baile. Se apartó ante la necesidad de llevarse un poco de agua a la boca debido a la sed que tenía y fue a coger una copa de una de las bandejas más cercanas.

En ningún instante pudo percatarse de quién la sostenía, entonces, cuando iba a dar las gracias, alzó la mirada y se encontró con los ojos fríos de un despiadado hombre que la atravesaba con un odio profundo sin molestarse en ocultarlo.

—¿Se divierte, duquesa?

La copa que tenía en la mano resbaló y cayó sobre el suelo con un sonoro ruido, un detalle que despertó el interés de los allí presentes, antes de volver a la normalidad en cuanto comenzó una nueva canción.

Sin dar importancia a un hecho aislado.

Y la Catherine infeliz volvió como por arte de magia, aprovechando la situación para alejarse, a toda prisa, ya que le faltaba el aire y precisaba estar sola por unos instantes para tranquilizarse y sobre todo para olvidarse de la mirada de odio con la que se encontró. Recordando la pregunta que le había hecho con mala intención.

Corrió sin rumbo fijo mientras las lágrimas caían, una vez más, por sus mejillas, y en un acto de sentido común, para que no la viese ningún invitado, se apresuró hacia la biblioteca en busca de refugio.

La mala suerte quiso que se diera de bruces con uno de los sirvientes. El mismo que también se encargaba de los caballos y que, al igual que Jasón, llevaba una bandeja en la mano.

—Duquesa, ¿se encuentra bien?

Ella no respondió, volvió a recogerse el vestido y nuevamente emprendió la carrera, internándose dentro de la biblioteca a oscuras para a continuación cerrar la puerta tras de sí, apesadumbrada por el transcurso de los acontecimientos.

Nadie pareció echarla en falta a esas horas de la madrugada. El baile continuó y los invitados siguieron pasándose bien ajenos a la situación de pánico que se estaba produciendo en la biblioteca en esos mismos momentos.

—No te lo vas a creer... —le dijo Tom al verle— pero la duquesa se me ha echado encima literalmente.

—¿Cómo dices?

—Lo que oyes, no sé lo que le puede ocurrir a esa pobre, pero la cara la llevaba llena de lágrimas y...

Al ver cómo dejaba la bandeja en una de las mesas, sin terminar de escuchar lo que quería decirle, no entendió nada.

—¿Dónde la has visto?

—¡Oye!, que no he terminado de decirte lo que...

—¿Que dónde la has visto? —el tono y la mirada hizo que supiera que más le valía decirle lo que esperaba.

—Creo que ha entrado en la biblioteca.

—Encárgate de mi lado también, ¿quieres? Regresaré rápido.

—Pero... ¿a dónde vas? —decía perdiéndolo de vista y maldiciendo por lo bajo por llegar a ponerse en peligro de esa manera inconsciente—, solo espero que sepas lo que haces.

Llenó su bandeja de copas y volvió a entrar en el gran salón apresurado para que nadie lo echase en falta.

Abrió la puerta despacio y se encontró con una oscuridad absoluta.

¿Dónde habría ido?

Y a pesar de la oscuridad decidió entrar. Cerró la puerta y sus ojos se fueron adaptando, percatándose de que alguien trataba de esconderse entre las cortinas.

«Vaya, vaya»

Una mueca burlona salió de su boca e incluso llegó a pensar que lo que quizás ocurría es que estaba algo trastornada y por eso actuaba así, porque si no, ¿a qué venían esas lágrimas cuando debía de ser uno de los días más felices para tan ambiciosa mujer?

Fuese lo que fuese estaba dispuesto a averiguarlo de una maldita vez, no siendo que el trastornado resultase ser él, lo que sería más que razonable porque deseaba volver a reencontrarse con la esposa de su enemigo...

Algo que resultaba macabro, incapaz de poner la cordura suficiente, de apartarla para siempre y de una vez, de su vida.

No parecía tan difícil, ¿no?

¿Qué le estaba haciendo esa maldita mujer?! Porque además, si era sincero, debía reconocer que anhelaba calmar el tormento de su cuerpo desde el día en que se volvieron a encontrar. Cayendo en la tentación y deseando, con una intensidad abrumadora, tenerla entre sus brazos aunque fuese una última vez antes de despedirse para siempre.

Porque eso es lo que debería hacer o terminaría con un final catastrófico. Algo que no se podía permitir después del sufrimiento por el que tuvo que pasar una vez dada a conocer su verdadera identidad. Y eso era algo que no debía permitir por nada ni por nadie. Mucho menos por la mujer que seguía empeñada en seguir escondiéndose entre las cortinas como si pretendiese seguir jugando... ¿a qué?

¿Es que iba a dejar que lo siguiera manejando a su antojo como si

realmente fuese un títere?

La cara le cambió de pronto, maldiciéndose a los dos, mientras que atravesaba la biblioteca con grandes zancadas tomando la determinación de acabar con aquella ridícula situación de una vez por todas.

¡La hora de jugar se había terminado!

Al mismo tiempo, una Catherine atormentada, se pensaba a salvo escondida tratando de que su esposo, que era quien creía que acababa de entrar, no la descubriera. Por ello permaneció lo más quieta posible hasta que se volviese a marchar.

Unos pasos acercándose hasta su escondite la pillaron totalmente desprevenida, dando a entender que la acababa de descubrir y que la buscaba a través de la tela.

¿Es que nunca se daba por vencido?

Una ira incontrolada la sacudió y perdió los nervios. Entonces siguió los deseos de su maltrecho cuerpo y se aferró a la excusa de poder decir que creía que era uno de los invitados... antes de comenzar a apartarlo con una brusquedad inusitada, luchando como una loca contra él de un modo desesperado.

¡Como si la vida le fuese en ello!

El desconcierto se apoderó de un Jasón perplejo que escuchaba sus lamentos desgarradores como si fuese un animal asustado, empeñada en que no la tocara. Sintiendo sobre sus brazos los arañazos que le daba, lo que ocasionó a que bajara la guardia porque acababa de encontrar un motivo suficiente para tratar de calmarla. Y aquel motivo era la abertura de las cortinas, internándose en su busca, a la vez que la luz que procedía de fuera le hizo ver el rostro de una joven apesadumbrada por un pánico absoluto. Tanto era así que pudo observar, completamente helado, que ni le reconocía. Limitándose a seguir luchando para apartarlo, de la forma que fuera, como si sintiese repulsión y asco por estar siendo tocada por sus manos.

¿Qué era lo que estaba ocurriendo realmente para que lo mirase muerta de miedo?

—Catherine, soy yo —dijo sin soportar verla así, con el convencimiento de que la calmaría llamándola por su nombre de nuevo.

—Suélteme de una vez, se lo suplico...

La voz de auténtica súplica lo desconcertó de sobremanera, mientras el anhelo de ella era clavarle las uñas sobre el rostro, actuando con rapidez para que no lo consiguiera.

Y se limitó a actuar.

Cogió ambas manos con fuerza y la sujetó para que no siguiera, obligándola a quedarse quieta. El desasosiego entonces fue en aumento en el instante en el que, al saber que era más fuerte que ella, comenzaba a doblegarse con la mirada perdida, dejándose hacer como si no le importara absolutamente nada.

Y empezó a creer que tenía razón en lo concerniente a lo de estar trastornada puesto que es lo que parecía.

—¿Qué demonios le ocurre duquesa? ¿A qué está jugando ahora?

La voz de repente la reconoció y despertó de lo que creía una verdadera pesadilla. Lo miró a los ojos y lo hizo con la desesperación de querer aferrarse a él. Mostrándole el cambio en la expresión de una cara que se alegraba de que fuera él, y no otra persona, el que estuviese allí en ese momento... Y dejó de temblar para en cambio pegarse a él, dejándose llevar por la angustia que acababa de vivir mientras buscaba, de manera desesperada, un poco de cariño aunque fuese durante un escaso espacio de tiempo.

—Por favor, te lo suplico —comenzó a susurrar de repente envuelta en un llanto incontrolado— ¡abrázame!

—¿Qué...?

—Por favor...

Jasón no pudo resistirse. Verla en aquel estado de desolación era demasiado para él así que soltó sus manos, que seguían retenidas entre las suyas, y la abrazó con fuerza en un deseo de que se sintiera a salvo.

—Si lo que sucede es que la he asustado debo pedirle disculpas. Jamás sería capaz de hacerla daño, lo sabe, ¿verdad? —dijo luchando por mantener las distancias a pesar de tenerla entre sus brazos.

Catherine asintió sobre su hombro sin parar de llorar, avergonzada, porque no lograba calmarse ante la necesidad imperiosa de desahogarse de cuanto llevaba dentro desde hacía mucho tiempo.

Demasiado...

Poco a poco los sollozos fueron cesando y Jasón no la dejó de abrazar en ningún momento, acariciando su pelo y limitándose a esperar como si tuviese todo el tiempo del mundo para hacerlo. Olvidándose de lo que debería estar haciendo para una vez más dejarse llevar por aquella mujer, atravesando una línea demasiado peligrosa ahora que sabía quién era realmente, sin importarle, ya que estaba dispuesto a seguir consolándola a pesar de todo.

Y entonces dejó de luchar consigo mismo y preguntó:

—¿Te encuentras mejor?

Ella se alegró enormemente de escucharle.

—¡Por fin! —exclamó mezclándose las lágrimas con la sonrisa que acababa de cruzar su cara, provocando un pequeño respiro en el atormentado hombre.

—¿Por fin?

—Creí que ahora serías tú quien nunca volvería a tutearme —confesó alzando el rostro olvidándose de que estuviera mojado por las lágrimas derramadas.

El gesto de cariño realizado por él, a continuación, la hizo temblar pero esta vez de emoción. Nunca, ningún hombre, le había limpiado las lágrimas. Algo que su adorado Jasón hizo con sumo cuidado y ternura.

Y supo, en ese instante, que lo había amado desde el principio... aunque le dijera aquellas palabras tan duras que se quedaron grabadas en su cabeza el día en el que se volvieron a encontrar.

Y como el momento era propicio lo aprovechó para preguntar:

—Jasón, cuando dijiste que de haber sabido quién era no te hubieses acercado a mí...

—Te mentí... —admitió posando la mano sobre su boca para que no continuase—. Dije lo que dije para apartarte de mí creyendo que podría olvidarte.

—¿Y lo has hecho?

Su respuesta no se hizo esperar y, sin poder contenerse, durante más tiempo, bajó hasta sus labios y se apoderó de su boca con desesperación y agonía, logrando lo que tanto había ansiado a medida que despertaba en ambos un deseo incontrolado al no querer apartarse nunca de lo que sentían en ese delicioso momento. La pasión contenida afloraba y los sumergía en una espiral imposible de detener de lo mucho que se necesitaban mutuamente, dejándose llevar por aquel beso sin que les importara más que ellos dos.

—¡Catherine! ¡Oh preciosa...! —susurraba loco de placer, con voz ronca, besándola por todo el rostro hasta volver a unos labios que lo esperaban ansiosos. Sonriendo complacido ante la disposición de ella— ¿cómo podría olvidarte si hasta estás en mis sueños?

—No me sueltes por favor, —contestó desesperada abriendo la boca para volver a recibirlo, no tardando en entrelazar las lenguas húmedas siendo ella la que de repente le exigía más y más. Entregándose al hombre que la hizo

disfrutar por vez primera del placer que debería sentir como mujer que era—, nunca lo hagas.

El significado y empeño de sus palabras, acompañado por la mirada de auténtica súplica, hizo que él se apartase un poco de sus tentadores labios para escrutarla con los ojos.

¿Estaría bromeando?

—Sabes que lo que me estás pidiendo en una locura, ¿verdad?

—Lo sé.

—Pero, ¿entonces?

—Tú solo bésame —volvió a suplicar con la voz rota de dolor en un intento porque lo volviera a hacer, necesítándolo como nunca antes— así, aunque no lo creas, me estarás ayudando.

—Entonces créeme si te digo que estaré encantado de hacerlo —terminó diciendo, sabiéndose completamente perdido.

Y es que haría cuanto estuviese en sus manos para ayudarla de la manera que fuese. Disfrutando de su boca, profundizando el beso, sin poder controlar el cuerpo que se pegaba al suyo sin ningún tipo de decoro, notando cómo el bulto en la entrepierna pedía liberarse de una vez.

Catherine a su vez cerró los ojos y se dejó llevar, mientras que un cosquilleo sin igual recorría su espalda para quedarse entre sus muslos ardientes sin saber por qué. Entrelazando su lengua a la suya con la deliciosa certeza de que sería debido a las atenciones que casi terminó pidiendo a gritos, y de las que no se cansaría nunca siempre que fuese él quien lo hiciera. Amándolo todavía más, si cabe...

La realidad se hizo presente con una claridad pasmosa cuando escucharon la puerta abriéndose. Algo que les dejó totalmente paralizados al comprender, demasiado tarde, lo que se habían arriesgado con lo mucho que ambos tenían que perder...

Un suspiro de alivio salió entonces de sus respectivas gargantas al volver a escuchar como esta vez se volvía a cerrar, y dieron las gracias porque quien fuese el que estuvo a punto de entrar diese marcha atrás, salvándolos de una situación tan comprometida como peligrosa para sus vidas.

—Si nos llegan a descubrir estaríamos metidos en un verdadero problema, ¿qué es lo que estamos haciendo, Catherine? No podemos actuar así o lo terminaremos lamentando para siempre, y eso es algo que no nos podemos permitir ninguno de los dos.

—Lo sé —logró decir envuelta en una tristeza que la volvía a llenar.

Bajo ningún concepto quería separarse de él y de su cuerpo que parecía conocerla tan bien. Implorando un poco más de atención aunque resultase un verdadero disparate— solo que es tan fácil estar junto a ti...

Quiso acercarse nuevamente pero no la dejó, impidiéndoselo porque fue el único coherente en tan dispar situación.

—No te alejes, por favor...

—No lo hago —dijo con voz firme antes de que volviese a sucumbir a la petición clara proveniente de esos ojos que lo seguían volviendo loco—, es solo que aquí no podemos estar juntos.

—¿Qué quieres decir?

—Mi cabaña está detrás de las caballerizas, —dijo de pronto, sin parar a pensarlo siquiera— ¿crees que podrás escaparte hasta allí sin levantar ninguna sospecha?

—Puedo intentarlo. Haré lo que sea preciso para volver a sentirme abrazada entre tus brazos, así sea porque me he vuelto loca de repente.

—Entonces ya somos dos. Tengo que irme preciosa o terminarán echándome de menos, y creo que tú deberías hacer lo mismo.

Volvió a bajar hasta sus labios y le dio un beso corto pero intenso a la vez, ofreciéndole un pequeño adelanto para que volviese a por el resto después.

Dispuesto a dárselo.

—Estaré esperándote Catherine. Solo te pido que no te eches atrás, lo que seguro que terminarás haciendo si te queda algo de cordura.

—Ya es tarde para eso... —confesó con el corazón— después de todo por lo que he pasado créeme si te digo que el menor de mis problemas, ahora mismo, es querer estar junto a ti aunque sea a escondidas.

Jasón no entendió sus palabras pero aun así dijo:

—Entonces te esperaré con impaciencia. No tardes.

El primero en abandonar la biblioteca fue él entre grandes precauciones para que nadie lo viese donde no debía, siendo seguido, poco después, por ella que volvió a la fiesta, el lugar en el que comprobó con un gran alivio que Edward no la había podido echar de menos ya que estaba completamente borracho.

Suspiró aliviada y comenzó a pensar en la manera de escaparse esa noche para reunirse con quien se acababa de convertir en...

¿Su amante?

Esa palabra no le gustaba nada pero de momento era lo más cercano en

cuanto a ellos se refería, sintiendo una energía renovada al tener una nueva ilusión, aunque esta fuera una completa locura que con toda probabilidad terminaría de la peor de las maneras para los dos.

Y pensó que aun así merecería la pena arriesgarse si lograba lo que pretendió desde el principio cuando lo conoció.

¡No apartarse de él aunque fuese a escondidas!

—Vamos Edward, le acompañaré a sus aposentos —le dijo segura de lo que se hacía.

Y se encargó de acompañarle al lugar indicado, dejando el camino libre (no sería capaz de levantarse de lo ebrio que estaba), facilitándole el poder reunirse con su jinete misterioso que de pronto había dejado de serlo.

CAPÍTULO XIII

Catherine entró en su alcoba, cerró la puerta, y se apoyó sobre ella con la respiración agitada. Estaba muy nerviosa pero la determinación de lo que quería era evidente. No le importaba lo peligroso que pudiese resultar.

¡No había marcha atrás!

Y convencida de llevar a cabo su cita secreta, esa noche solicitó la ayuda exclusiva de Natalie (la doncella muda que avanzaba en sus lecciones de lectura y escritura gracias a la ayuda inestimable de su ama), pidiéndole como favor personal que obrase con la mayor discreción para que no llegase a oídos de Anna lo que allí iba a rebelar.

Sabía que de enterarse se sentiría traicionada y, bajo ningún concepto, quería hacerla daño. Por ello, antes de que esta acudiera, obró en consecuencia. Se acercó a la doncella y dijo apresuradamente:

—Natalie, tú llevas aquí mucho tiempo y tienes que ayudarme... — suplicó envuelta en un manojito de nervios—. Necesito hacer algo.

Ella se limitó a asentir.

Por supuesto que la ayudaría, en lo que hiciese falta además, después de lo que había hecho por una simple criada a merced de un destino cruel.

—Debo hallar la manera de salir del castillo sin que nadie se dé cuenta, y no sé cómo hacerlo... —confesó sin dejar de frotarse las manos de lo nerviosa que estaba, mirándola con una súplica en los ojos.

La muchacha no tardó en acercarse a la mesa y cogió la pluma, a continuación escribió en el papel y le preguntó a dónde quería ir concretamente, mostrándose impasible fuese lo que fuese lo que le dijera.

—A las caballerizas —dijo apresurada con los nervios descontrolados, igual que su corazón que latía cada vez más deprisa.

La respuesta de la doncella no se hizo esperar, solo que no de la manera en que ella esperaba, ya que fue a través de una sonrisa.

Catherine no la entendió pero, sí que pensó, por la expresión en su cara, que no iba a ser difícil lograr su objetivo. Un detalle que provocó en su interior una emoción absoluta al tener la certeza, cada vez mayor, de que la oportunidad de verse a solas con él era real.

Lo que no entendió fue la acción de Natalie a continuación, la cual se acercó hasta el armario, lo abrió, y terminó sacando uno de los vestidos más sencillos que tenía. Después se lo ofreció para...

¿Para qué?

No pidió ninguna explicación y en cambio se dejó hacer, su confianza en ella era plena.

Una vez que estuvo cambiada la siguió y la observó detenidamente a la vez que su doncella cruzaba la alcoba con rapidez sin dejar de mirar, en todo momento, hacia el suelo.

¿Qué estaba buscando?

Pero lo que la dejó con la boca abierta, y los ojos como platos, fue lo que ocurrió después, una vez que estuvo lista, no sabía muy bien para qué con el vestido tan sencillo que la acababa de poner, percatándose de que se acercaba hasta la alfombra y la retiraba a un lado.

—¿Qué haces?

Pronto lo entendió, y es que, una vez retirada la alfombra, quedó al descubierto una argolla que jamás hubiese pensando que estuviese allí.

—¿Qué es eso?

Preguntó sorprendida viéndola tirar de ella con fuerza sin conseguir moverla.

—Espera, te ayudaré —logró decir presa de los nervios mientras avanzaba hasta ella después de haberse quedado completamente paralizada.

Se agachó, y después de subirse las mangas del vestido, tiró con todas sus fuerzas. Entre las dos consiguieron alzar una trampilla que debía de haber permanecido así mucho tiempo. El olor ha cerrado recorrió la estancia en la que se encontraban con una rapidez asombrosa.

Catherine cogió un pañuelo perfumado, que su doncella le dio, y entendió que sería para llevárselo a la nariz cuando estuviera abajo. El olor era nauseabundo y le estaba provocando arcadas.

Una vez que consiguió que el color volviese a sus mejillas, miró hacia abajo sin poder llegar a creerse lo que veían sus ojos.

—¿Qué es eso? —volvió a preguntar—. No me vas a decir que por ahí se puede salir a...

Alzó la mirada y fue entonces, cuando vio su cara, que supo el porqué de su sonrisa cuando le pidió llegar en plena noche hasta las caballerizas, y supo que aquel se acababa de convertir en el camino más seguro para conseguirlo.

También pensó, por un segundo, en la de secretos que debía de guardar Natalie, algo que sin ninguna duda había hecho que terminase con la lengua cortada para no desvelar ni uno de los secretos que debía de saber...

Lo que nadie previó fue que ella, al enseñarla a escribir, se haría con los

que le beneficiaran como acababa de suceder, sabiendo que el encuentro con Jasón no solo era posible, sino que lo tenía al alcance de la mano.

Solo que en cuanto se asomó, nuevamente, sintió una gran presión sobre el pecho. La realidad que de momento la espera abajo no le gustaba nada. Y llegó a pensar si realmente podría bajar a lo que parecía estar esperándola...

¡La negrura absoluta!

Tanto fue así que la desilusión se apoderó de una parte de ella. No podría atravesar aquellos pasadizos (o lo que fueran) en aquella oscuridad total.

Y soltó un suspiro de derrota.

Natalie entonces la volvió a sorprender.

—¿Dónde vas? —preguntó aun sabiendo que no escucharía respuesta alguna.

La criada bajó un par de escalones y cogió algo, una vez que lo hizo, volvió a subir portando en la mano una antorcha que debía de haber estado sin encender durante bastante tiempo.

A menos el moho y las telarañas claramente lo indicaban.

—¿Cómo sabías...? —pero dejó la pregunta en el aire puesto que ya habría tiempo de averiguarlo, ahora lo primero era encontrarse con el hombre que le robaba el aliento cuando la besaba.

¡No quería perder ni un minuto para poder estar junto a él!

Sin más, y con la determinación de saber lo que quería, se dirigió a la mesa que utilizaba, para sus ratos de lectura, y cogió un candelabro que allí se hallaba para llevarlo hasta la antorcha con el firme propósito de encenderlo.

¡Empeñada en seguir con aquella locura!

Y mientras lo hacía Natalie escribió en el papel unas indicaciones, en las cuales le decía que, una vez que la antorcha se apagara, tendría que hacer el camino de regreso a oscuras. Algo que no le aconsejaba porque en el interior del pasadizo debía de haber ratas y a saber qué más animales, aconsejándola que, la persona a quien iba a ver, la ayudara a prenderlo cuando regresara.

En ese punto dejó de leer y alzó la mirada sorprendida.

—¿Y cómo sabes que voy a ver a alguien?

Natalie contestó con una sonrisa pícaro.

—No debe de haber sido muy difícil averiguarlo, ¿no? —Rió a su vez sin poder evitar que las mejillas la terminaran de delatar, provocando en ambas una gran complicidad—, lo que estoy pidiéndote suena demasiado

descabellado para que pienses que hago esto por un simple paseo a caballo, ¿no es cierto?

Ella volvió a sonreír a la vez que Catherine volvía su atención al escrito, leyendo la última parte en la que le decía que, por su seguridad, volviese cuando aún era de noche o los guardias la podrían descubrir.

Lo último que escribió fue que ella se quedaría toda la noche allí, esperando a que ella regresara, por si había algún contratiempo.

—¿Y Anna?

Natalie se llevó la mano hasta el pecho y se dio unos golpecitos seguidos, dejando claro que de eso ya se encargaba ella.

—Está bien, gracias —dijo abrazándola agradecida.

Algo que a la joven sirvienta no la impresionó. Ya estaba acostumbrada a la bondad y los gestos de cariño de la gran dama que tenía delante. Abrazando a su vez a la tabla de salvación en la que se había convertido.

A continuación encendieron la antorcha, se miraron una última vez, y Catherine empezó a bajar las escaleras, casi podridas, con la antorcha en una mano y el pañuelo perfumado en la otra.

Solamente cuando estuvo abajo alzó la cabeza y vio cómo la trampilla volvía a cerrarse sobre ella, sintiendo que el miedo se apoderaba de su persona.

Respiró el aroma del pañuelo, en un intento de controlarse, y no se dejó llevar por el pánico.

¡Una acción nada fácil!

—¡Allá voy! —exclamó para darse ánimos a medida que comenzaba a avanzar.

Mientras, en la planta de arriba, Natalie volvía a poner la alfombra en su sitio con celeridad. Era de vital importancia que no fuesen descubiertas. Seguidamente se sentó en la silla, y siguió como si nada con los ejercicios que Catherine le había puesto. Una vez hechos los tiró al fuego.

Nadie debía saber que ella sabía escribir.

¡Nadie!

Catherine avanzaba paso a paso, envuelta en la salvadora luz que le proporcionaba la antorcha, afanándose en pensar en lo que verdaderamente era importante.

No prestar atención a los numerosos ruidos, que se escuchaban, de los

animales que correteaban huyendo del fuego. Dándose ánimos ella misma para que el miedo se alejara, continuando su camino, internándose en el inhóspito lugar que debería recorrer, todo el castillo, para terminar directamente en el campo.

Y pensó que aquel sitio tuvo que ser construido, hace muchos años, precisamente para salvar a las personas importantes en caso de batalla o de traición. Porque, de lo que estaba segura, era que no habría sido construido para que la esposa del duque terminase encontrando una vía libre y así reunirse con su amante. Precisamente lo que ella estaba haciendo ahora... dando las gracias a quien hubiese sido el causante de que pudiese reunirse con Jasón de una manera tan fácil.

Y con esos pensamientos llegó al otro lado, el lugar en el que otra escalera conducía hasta una trampa de iguales características que la primera. Entonces dejó la antorcha sobre el suelo, subió las escaleras y empujó con fuerza desde abajo.

¿Y si no conseguía abrirla?

Pronto salió de dudas y comprobó que cedía un poco, lo que ocasionó a que respirara aliviada porque llegó a pensar que no lo conseguiría. Empujó más fuerte, y sacó fuerzas de no supo muy bien dónde, puesto no deseaba que todo hubiese sido en vano.

Finalmente lo consiguió, se asomó con mucha precaución y pudo ver, gracias a la luz de la luna, las caballerizas a pocos metros así que actuó con rapidez. Salió del agujero y cerró la trampa. La tapó con algunos hierbajos y se sacudió el vestido que se había llenado de polvo.

«Ahora entiendo el por qué Natalie quiso que me pusiera un vestido tan sencillo», pensó.

A continuación, y con la ilusión reflejada en su cara, continuó con la caminata.

La parte más difícil estaba hecha, ahora solo tendría que encontrar la cabaña y nuevamente volvería a sentirse segura.

CAPÍTULO XIV

Jasón terminó el whisky que se había servido, de un trago, y miró por enésima vez la puerta, la cual seguía igual. Cerrada y sin síntomas de que alguien se dejara caer por allí. Mucho menos la mujer que esperaba y que terminó siendo la señora de todo lo que le rodeaba. Por muy sorprendente que sonara.

Se levantó de la silla con gesto serio y se cabreó consigo mismo. No le convenía nada que el hecho de no presentarse pudiera alterarlo tanto.

¡No debía de estar bien de la cabeza!

Fue nuevamente hasta la botella de whisky y volvió a llenar el vaso. Necesitaba calmar el fuego que lo estaba quemando por dentro porque no era capaz de apartar de su mente los besos, tan sumamente ardientes, que se dieron detrás de la cortina. Unos besos que habían despertado la urgencia además de la necesidad de querer sentirla como debiera, sin juegos de por medio, y por supuesto sin recatos de ningún tipo una vez que las cartas, por fin, estaban sobre la mesa.

Aunque estas fueran como él jamás hubiese sido capaz de imaginar en ningún instante.

Tomó otro trago, entre pensamientos confusos que no paraban de atormentarlo, cuando de pronto escuchó a alguien golpear la puerta con timidez. El semblante de él cambió radicalmente y mostró una sonrisa pícaro, evidenciando lo contento que de repente se acababa de poner.

¡La espera había llegado a su fin!

Avanzó con grandes zancadas, ansioso, y se dejó llevar por el impulso de su excitado cuerpo.

Abrió la puerta con impaciencia y, nada más hacerlo, pudo verla allí parada sin saber muy bien qué hacer, y sin ser casi capaz de sostenerle la mirada. Y supo que debería ser él el que tomara la iniciativa para que no saliese espantada como era costumbre en ella.

Soltó el aire, y algo nervioso, y sobre todo impaciente, dijo:

—¡Has venido! —Tendió su mano para que la agarrase y susurró—: ¡ven, aquí estarás a salvo!

Catherine no se lo pensó, tendió la suya, a su vez, y se agarró a ella con fuerza. A su tabla de salvación mientras se dejaba llevar hasta el interior envuelta en sensaciones encontradas. Agarrándolo con decisión para que no la

soltara.

Al entrar echó una ojeada a la sencilla cabaña a pesar de lo nerviosa que estaba y observó lo limpia que estaba, con toda probabilidad a que ella estuviese allí ahora.

—Sé que no estás acostumbrada a esto —dijo refiriéndose a cuanto la rodeaba— pero es el único sitio que se me ocurrió para...

—No me importa —le cortó, girándose para mirarlo de frente— nada me importa si tú estás.

«¿Qué querría decir eso? ¿Acaso significaba que la verdadera felicidad, para ella, era tenerlo como amante después de conseguir ser la duquesa de Herwood?», se preguntaba un hombre confuso además de asqueado al pensar en que esa mujer pudiese mostrarse tan manipuladora.

E incluso llegó a pensar:

«¿Y si desde que se conocieron ya se le pasó por la cabeza buscarse a un hombre joven que pudiera satisfacerla en la cama?»

Aunque claro, de ser cierto nunca se hubiese mostrado tan recatada como se mostró durante todo ese tiempo... ¿no?

Al sentir la cercanía de la muchacha apartó cualquier pensamiento turbio a un lado y dio paso a lo que exigía su propio cuerpo, pensando únicamente en él.

Ya habría tiempo de averiguar aquello que fuese lo que buscaba, ya que no quería perder tiempo en nimiedades cuando su cuerpo le pedía a gritos que la llevara hasta la cama de una vez.

¡Era lo único que importaba!

—La espera se me ha hecho eterna... —confesó con la voz ansiosa, teniéndola por fin en sus manos. La agarró de su estrecha cintura y, con un movimiento rápido, la atrajo hacia sí con brusquedad, delatando su excitación — ¡ven aquí, preciosa!

Sin poder soportar la agonía de tenerla bajo su cuerpo, buscó sus labios, apoderándose de ellos de una manera casi salvaje sin apenas darle tiempo a que se adaptase a él. Mostrándose rudo y algo cruel puesto que no quería entregarse, de otra manera, que no fuese la de hacerla ver que era él quien mandaba y que lo único que buscaba era el cuerpo de una mujer sin importarle nada más.

Con el propósito de ponerse a su altura.

—Ven, ven... —dijo de pronto, separándose de unos labios que no terminaban de adaptarse como quisiera— vas a ver de lo que soy capaz...

Cogió su mano y tiró de ella para llevarla hasta el catre que esperaba. Una vez allí, y sin previo aviso, la empujó sobre el colchón con la intención de hacerla suya con rapidez. La premura de calmar el fuego que lo atravesaba por dentro, después de tenerla donde tantas veces soñó, y deseó, no le dejaba pensar con la claridad que debería.

Y se sintió en el fondo un poco mezquino por no amarla como de verdad deseaba, pero es que sabía que de hacerlo, perdería la cordura por una mujer que no lo merecía.

¡Enojándose todavía más con ella!

El primer signo de alarma apareció cuando Jasón metió la mano debajo del vestido con la intención de quitar la ropa interior, porque se sintió rechazado.

—¿Qué diantres haces? —preguntó enfurruñado.

No entendía lo que sucedía.

—Así no, por favor... —logró decir una muchacha bloqueada por un pánico absoluto.

La respuesta y la súplica de ella lo dejaron helado... y creyó que volvía a jugar con él.

—¿Cómo que así no? ¿Qué es lo que tratas de decir? Bien sabías a lo que venías, entonces... ¿por qué te haces la recatada ahora?

Palabras tan duras la hicieron pensar en la equivocación tan grande que acababa de cometer. Y quiso volver al castillo cuanto antes para no tener que soportar la terrible humillación de cómo la trataba, sintiendo que le costaba respirar de lo mucho que le dolía.

—Quiero irme —suplicó casi entre lágrimas.

—¡¿Qué?! Ya es tarde para eso —sentenció.

Y se tendió sobre ella, a la fuerza, mientras la agarraba de las muñecas de manera ruda envuelto en una furia incontrolada con el firme propósito de satisfacer su cuerpo...

¡Solo que algo no iba bien!

La segunda señal de alarma fue la que le hizo percatarse de lo que realmente estaba sucediendo, y fue al notar cómo ella, de repente, se quedaba completamente quieta esperando a que él terminase de hacer lo que quisiera con su cuerpo. Un hecho que lo desconcertó terriblemente. Tanto, que se quedó inmóvil sobre ella sin poder creerse lo que se le pasaba por la cabeza en esos momentos. Implorando porque no fuese cierto.

—¿Catherine?

No hubo respuesta.

—Catherine, ¿me oyes?

En ese preciso instante tuvo la certeza de que no le estaba escuchando y se sintió el hombre más vil del mundo, tras comprobar que ni siquiera lo miraba.

¡Parecía estar ida!

Entonces un estremecimiento de horror lo sacudió por entero, y es que ella luchó por bajar el vestido para que no viera los moratones que tenía en el interior de las piernas.

«Por Dios bendito».

Y a él acudieron las imágenes más despreciables y crueles que nunca creyó posibles en una dama como aquella.

¡Porque realmente lo era!

En ese instante su afán fue querer compensarla, por cada uno de los moratones, aunque fuese a cambio de su persona y dejó incluso de lado lo mucho que había luchado hasta conseguir llegar donde estaba.

—¡Por Dios Catherine! ¿Qué te ha hecho?

La duquesa pareció volver en sí, y al saber dónde estaba mirando, luchó nuevamente para bajarse el vestido. La vergüenza la engullía y por eso se empeñaba en ocultarse, pero se topó con la mano de Jasón, el cual no la dejó hacerlo aun a pesar de la mirada suplicante que lo pedía a gritos.

—Por favor, por favor...

—Espera —susurró con voz tranquilizadora. Se ganaría su confianza fuese como fuese después del comportamiento tan atroz que tuvo con ella—, déjame intentar que olvides estas horrendas marcas. Por favor, soy yo quien te suplica que me dejes hacer para demostrarte que no todos somos unos monstruos. ¿Me dejarás?

Catherine lo amaba tanto que fue incapaz de negarse, y aunque no deseaba que nadie viese las marcas, de su torturador, se quedó quieta mientras apartaba la mano para dejarle hacer. Quedándose apoyada sobre los brazos.

Jasón sonrió. La manera de fiarse de él hablaba por la expresión de su duquesa después del comportamiento mezquino e inhumano. Comprendiendo la terrible equivocación que tuvo al pensar que era una interesada, a la vez que recordaba aquel día en el claro del bosque cuando vio las primeras marcas sobre su bonito cuello y sobre su linda cara.

—Eso está mejor... Catherine —dijo y se puso en sus manos para siempre tras aquel gesto, entregándose a ella de la manera que se merecía

después de tantas calamidades como tendría que estar soportando en su día a día.

Sin apartar la mirada de la suya aproximó la mano hasta su mejilla y la acarició con ternura antes de continuar:

—Haré todo lo posible para que olvides mi rudeza hacia ti, de haberlo sabido antes jamás hubiese sido capaz de actuar así y necesito hacértelo saber. Me crees ¿verdad? Necesito oírtelo decir Catherine para conseguir perdonarme yo mismo.

—Ya lo he hecho —le contestó con una mirada que lo decía todo— quiero entregarme a ti, y sobre todo quiero seguir sintiendo lo que nunca pensé que podría llegar a sentir entre tus brazos. Solo por eso he de ser yo la que te de las gracias Jasón, y es que a pesar de saber que esto es una locura, cada día que pasa te deseo más.

—¿Estás segura? Debo saberlo antes de volver a besarte, porque te juro que si no lo estás no volveré a tocarte hasta que seas tú la que me lo pida.

Catherine se incorporó, se quedó sentada sobre el colchón, y fue ella la que, esta vez alargaba la mano hasta su mejilla, acariciándola con las yemas de los dedos despacio, provocando una explosión de sentidos que consiguió que se desearan con una pasión renovada.

—Nunca lo estuve tanto —susurró costándole bastante hacerlo al sentir cómo pasaba la mano con suavidad por aquellos moratones, acariciándola con las yemas de los dedos mientras volvía a sentir la desesperación de querer ser besada nuevamente por el hombre que lo era todo para ella. Llegando incluso a borrarse las vejaciones, dentro de su cabeza, despertando el deseo absoluto hacia su persona.

—Entonces... ¡déjame que te haga el amor mi querida Catherine! —susurró suavemente acariciando cada una de las marcas, centrándose únicamente en ella para no hacerla daño, empeñado en compensarla como sabía que debería después de la revelación que acababa de hacerle—, solo así podrás olvidarte de lo que aun estando conmigo te hace daño, y estoy dispuesto a lo que sea necesario para hacerlo. Ahora solo existimos tú y yo pequeña. Anda ven a mí...

Catherine no le hizo esperar, se acercó lo que pudo hasta casi rozar su bello rostro, y por primera vez desde que se conocieran tomó la iniciativa. Pasó las manos alrededor del cuello masculino y, como no podía llegar hasta sus labios, se puso de rodillas, resultándole más fácil poder acceder a ellos que la esperaban con la incertidumbre de querer por encima de todo no

lastimarla.

Y comprobó preocupada, una vez que lo empezó a besar, lo difícil que le debía estar resultando para no devolverle el beso como sabía que él quisiera.

—Estoy bien —le dijo con la intención de que la creyera— de veras que lo estoy Jasón.

Pero no pareció convencerle ya que sentía cómo seguía reprimiéndose.

—Jasón, por favor... —insistió sin dejar de besarlo, con la voz teñida de dolor al desear que lograra olvidarse de lo que hizo y de lo que vio— hazme el amor, solo así podrás hacer que sea feliz.

La miró profundamente antes de decir:

—Te haré el amor, pero con una condición.

—¿Qué?

Llevó la mano hasta sus cabellos y con paciencia comenzó a quitar las horquillas que estaban dispersas por el pelo. Oliendo su aroma entre mezcla de pasión y contención antes de responder:

—Si en algún momento te hago daño debo saberlo, solo así seré capaz de continuar. —La expresión del rostro lo decía todo, reflejando el sufrimiento y el tormento que le ocasionaría si por casualidad eso llegase a suceder.

Y esperó una respuesta antes de volver a besarla.

—Tú no me vas a hacer daño Jasón, lo veo en tus ojos y sabes que me fio de ti.

—Sí, pero...

—¡Basta! —Le cortó alzando la voz mientras ponía un dedo sobre sus labios— deja de torturarte, ¿quieres? y bésame como me besaste detrás de las cortinas de la biblioteca, no es mucho pedir, ¿no?

La barrera que le impedía seguir adelante se esfumó como la pólvora después de aquella petición, agrandando, además, la dureza de su miembro dentro de los pantalones, dejándose llevar ante la idea de provocar en ella nada más que placer. Es cuando sacó la lengua, porque su dedo seguía sobre sus labios, y la pasó por él despacio. Viendo cómo la sorpresa se adueñaba de la joven al sentir tanta intensidad en una simple caricia, cerrando los ojos, a medida que la respiración se iba acelerando. Extasiándose al ver su rostro mezclado con un maravilloso rubor, en las mejillas, y todavía así pidiéndole más. Así que cogió su mano y la empujó hacia dentro para metérselo en la boca, comenzando una danza sensual adentro y afuera chupándolo, excitándose sin control ante el solo hecho de escuchar cómo de repente, y sin poder

contenerse, de su garganta salían pequeños gemidos, deleitándose puesto que no tardó en dejar, sus otros dedos, a su entera disposición para que se recreara saboreándolos.

Algo que hizo entusiasmado.

—¿Todo bien?

—¡Hmmmm...!

Ni siquiera fue capaz de contestar ante la sensación que la recorría por el cuerpo, sintiendo descargas eléctricas sacudiéndola por la espina dorsal mientras que, una vez más, volvía a sentir la humedad entre sus piernas.

—Me tomaré eso como un sí —dijo con una sonrisa y se dejó llevar porque aquello era lo que parecía necesitar con la misma urgencia que él.

Con sumo cuidado bajó la mano una vez hubo terminado de saborear cada uno de sus dedos, buscó sus labios, y comprobó el buen recibimiento de ella. Que parecía querer sentirlo sin prisas y sin miedos antes de sucumbir a devorarse el uno al otro después de los besos húmedos que acababa de darle y que habían despertado en los dos la urgencia de sus cuerpos desesperados, a la vez que las manos de ambos recorrían con ansia el cuerpo del otro, acariciando y tocando las distintas partes del cuerpo que de pronto se hacían cada vez más deseables, sintiendo la necesidad de tocarse de verdad.

Sin ropa de por medio.

—Me vuelves loco. —Bajó la mirada hacia el vestido y buscó los botones. Fue hasta ellos, con ambas manos, y se dio toda la prisa que pudo. Los desabotonó uno a uno hasta conseguir que, la parte delantera del vestido, quedase abierta a su merced. Entonces soltó el aire retenido en los pulmones y se deleitó con la maravillosa vista de aquellos pechos cubiertos solamente por una fina tela transparente, viendo cómo sus pezones se erguían sobre ella pidiendo un poco de atención.

¡Justo lo que él estaba dispuesto a darles a continuación!

Con una calma que para nada sentía deslizó las mangas del vestido por sus brazos y consiguió bajarlo hasta su cintura. Una vez hecho volvió a centrar la vista en sus maravillosos pechos y echó chispas por los ojos, deslizándose, esta vez, la fina camisa blanca dejándolos al descubierto de una vez.

—¡Oh Catherine! ¡Si supieras cuántas veces he soñado con tenerte así...!

La joven muchacha estaba embriagada de atenciones y de amor, mirándolo con la boca entreabierta, sin poder ocultar a través de cada uno de sus movimientos y gestos lo terriblemente excitada que estaba porque

comprendía lo que era sentirse amada de verdad. Sin avergonzarse por ello. Es más, por muy incompresible que resultara, en esos momentos enloquecía de deseo al verle disfrutando de la visión que tenía de sus pechos, observando lo mucho que debían de gustarle, puesto que se le escapó un gemido de la boca.

—¿Te gusta lo que ves? —susurró atrevida olvidándose del rubor sobre sus mejillas al saberse una diosa para él.

—Síííí... —logró decir sin apartar la mirada de la zona que acababa de quedar al descubierto—, y a ti te va a gustar lo que te voy a hacer ahora. ¿Estás preparada?

Actuó con tal celeridad que ni siquiera le dio la oportunidad para que le contestase. Abrió la boca, pero entonces lo único que pudo salir, a través de ella, fue un grito de sorpresa a medida que se retorció de placer.

Le costó mantenerse de rodillas puesto que de pronto comenzó a temblar. Las atenciones de su jinete misterioso eran, simplemente, maravillosas.

Jasón notó sus temblores y no tardó en ponerse tieso como una vara, y la dejó de tocar, en el acto, a pesar de sus necesidades.

—¿Qué haces? —Casi gritó sin apenas darse cuenta, abriendo los ojos con desesperación, debido a que acababa de provocar en su interior un vacío absoluto imposible de llenar—. ¿Por qué paras?

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—Ahora no —contestó enfurruñada—, si dejas de tocarme es cuando no lo estoy, y después de lo que me estás haciendo no estoy dispuesta a parar ahora.

—¿Sabe que una mujer de su posición no debería hablar así, señora? —se burló, respirando tranquilo y quitándose un gran peso de encima tras saber que se encontraba perfectamente.

¡Mucho mejor de lo esperado!

—¿Y vos sabéis que podría hacer que le azotaran con el látigo por no acceder a mis órdenes?

—¿Cómo? ¡Te vas a enterar!

Sin previo aviso la tiró de espaldas sobre el colchón, entre risas ahogadas, a la vez que se las borraba. Escapándosele otro grito ahogado porque de pronto él tenía uno de los pezones dentro de su boca, envolviéndolo con la lengua.

—¡Oh Jasón...! —gimió agarrándose con fuerza a ambos lados de la cama deseando como nunca antes que la tocara entre las piernas.

¡El fuego abrasador la estaba consumiendo.

—¿Qué pasa preciosa? —dijo antes de volver a besarlos, con suavidad, para a continuación lamerlos ante los jadeos de una desinhibida Catherine que simplemente se dejaba llevar.

—Me estás volviendo loca.

—Eso es justo lo que pretendo.

Se deslizó hacia abajo para poder acceder a la parte del vestido que quedaba puesta, y comenzó a tirar de él, bajándolo por sus bonitas piernas que quedaron al desnudo, dejándola solamente con la ropa interior para que no se sintiera mal, mientras que sin dejar de mirarla se quitaba la ropa para acompañarla. Cuando terminó, y después de tirar todas las prendas, no la hizo esperar más. Se subió al colchón, tal y cómo su madre lo trajo al mundo, y vio con placer cómo ella era incapaz de apartar la mirada de su miembro erecto.

Demostrando que para nada estaba asustada.

—¿Y tú? —preguntó esta vez él— ¿te gusta lo que ves?

La respuesta no llegó a través de su boca, sino con un gesto que habló por ella.

Y la miró con fascinación ante su valentía, sin dar crédito a lo que estaba presenciando, a la vez que parpadeaba varias veces seguidas por ser ella misma la que se llevaba las manos hasta su ropa interior, mientras que la lujuria se apoderaba del miembro desnudo que palpitaba desbocado al saber lo que iba a hacer, dejando que un gemido ronco saliera de su garganta al verla desprenderse de ella, delante suyo, sin ninguna vergüenza. Provocando que la locura absoluta se apoderara de él, siendo consciente de lo mucho que significaba aquel gesto que le decía claramente que se entregaba a él.

Y no solo de cuerpo...

—Catherine, Catherine... —ronroneaba sobre su oído, tendiéndose encima para poseerla antes de que explotara— no puedo contenerme por más tiempo...

—Entonces no lo hagas —le respondió con la respiración entrecortada al tiempo que se emocionaba con la maravillosa sensación de sentir su dureza entre las piernas, deseando abrirse a él, más que dispuesta a recibirle— hazme tuya Jasón, te necesito tanto como tú a mí.

—¿Estás segura? Ni siquiera sé si estás preparada para...

—¿Tú que crees? —imploró, perdiendo el decoro que le quedaba, y abriendo las piernas en una clara incitación a que la poseyera, ofreciéndole sus labios ardientes que seguían ansiosos por sus besos.

—¡Eres una niña mala, muy mala...! —exclamó haciéndose paso.

¡No podía contenerse después de la provocación absoluta de ella!

Volvió a apoderarse de sus labios en el mismo momento en que la embistió por primera vez, comprobando extasiado lo dispuesto que estaba su cuerpo.

Y supo lo difícil que le iba a resultar poseerla como debería porque su miembro, que volvía a entrar en profundidad haciendo que se le escapara un gruñido, ansiaba como nunca antes por liberarse dentro de la mujer que le había robado el alma por completo.

Catherine a su vez, y en cada nueva embestida, casi lograba tocar el cielo con aquellas maravillosas sensaciones. Tenerlo dentro de sí era maravilloso. Tanto que iba a su encuentro, moviendo las caderas a su ritmo, mientras se dejaba llevar por la pasión y la lujuria que llevaba dentro sin saberlo. Clavándole las uñas, en más de una ocasión, sin apenas darse cuenta, empeñada en dar tanto como él hacía, al tiempo que las lágrimas corrían por sus mejillas. Unas lágrimas de felicidad que terminaron en llanto al conseguir llegar a, tan ansiado clímax, por primera vez en su vida. Incapaz de articular palabra debido a la intensidad de lo que acababa de vivir con el hombre que amaba.

Y se sintió la mujer más dichosa envuelta entre unos brazos empeñados en consolarla y protegerla a partes iguales.

CAPÍTULO XV

—¿Estás bien? —preguntó preocupado sin dejar de abrazarla aunque el llanto había pasado hacía un rato.

—Sí, pero es que... —alzó la cabeza un poco para poder mirarle, y dijo mientras que los ojos se le volvían a humedecer—: ha sido tan especial que todavía me tiembla todo el cuerpo.

—Pero eso es bueno, ¿no? —bromeó abrazándola un poco más a la vez que le daba un beso en la frente.

—Sí. Es como si estuviera en el mismo cielo.

Se miraron con complicidad y una carcajada conjunta se oyó en la cabaña, disfrutando de los últimos momentos antes de la inevitable despedida.

—Jasón...

—¿Sí?

—¿Cómo vamos a hacer para seguir viéndonos?

Antes de contestar expulsó el aire, pensando en lo que le diría, puesto que no les iba a resultar nada fácil poder seguir haciéndolo.

—No lo sé pequeña, ojalá fuese todo mucho más fácil para nosotros, al menos tú te lo merecerías después de por lo que tienes que estar pasando...

—¡Schsssss...! no hablemos de él, te lo suplico.

—Está bien —se acercó y la besó suavemente en los labios, atormentándose por lo mucho que le iba a costar dejarla marchar después de saber lo que hacía con ella, odiándolo aún más si cabe, llegando a desear, hasta límites insospechados, el poder enfrentarse a él de una vez—. Procuraré no hacerlo si es lo que quieres.

Catherine se incorporó del colchón con pena y fue en busca de sus ropas, se comenzó a vestir, y él no la dejó de mirar en ningún momento.

¡No soportaba la idea de dejarla marchar!

—Tienes que irte ya, ¿verdad?

Ella se giró y le miró con una tristeza que inundaba su semblante. Comenzó a abrocharse los botones del vestido, con una angustia interior inimaginable, y tuvo que hacerse a la idea de que le estaba costando demasiado hacerlo. Era mucho más difícil de lo que en un principio pensó, y es que, bajo ningún concepto quería apartarse del único hombre a quien amaba. Un hombre que la acababa de convertir en una mujer plena y satisfecha.

—No puedo quedarme, es demasiado peligroso.

—Lo sé. ¿Y cómo regresarás? El castillo está lleno de guardias, ¿cómo explicarás estar fuera a estas horas?

Jasón se levantó del catre con gesto serio y también empezó a vestirse.

El lío en el que podrían estar metidos, por dejarse llevar por la pasión de sus cuerpos, sería monstruoso ahora que sabía las vejaciones a las que era sometida.

No quería ni pensar lo que sería capaz de hacer aquel malnacido si alguien la veía y le contaba dónde. Temiendo seriamente por la integridad física de la mujer que se acababa de convertir en una pieza importante de su vida.

Y no pudo evitar maldecirse por consentir que aquello hubiese sucedido.

—No creo que tenga ningún problema para regresar. —Le contestó de manera normal despertando un gran interés en la otra persona.

—¿Y eso qué quiere decir?

—No te lo vas a creer pero... —terminó de abrocharse el vestido y poco a poco comenzó a poner un poco de orden en sus cabellos, continuando —: mi doncella, una muchacha que debe de llevar viviendo en el castillo muchos años, ha sido la que me ha ayudado a reunirme contigo esta noche. No me preguntes cómo, pero de repente ha movido la alfombra de mi alcoba y ha empezado a tirar de una argolla que sobresalía. Antes de darme cuenta he visto que de la nada se abría un agujero en el suelo. Un agujero que ha resultado ser un pasadizo para poder llegar hasta ti.

De pronto, tras aquella revelación, un fognazo se hizo paso a través de un recuerdo que tuvo cuando era apenas un niño. Recordando cómo corría, por ese lugar, para ser salvado del sanguinario de Edward acompañado de otra persona, que logró ponerlo a salvo después del intento macabro de este por quitarle la vida.

—¿Un pasadizo dices? —disimuló.

—Sí, así es. Debió de construirse con la intención de salvar a los duques en caso de peligro. Pero de lo que sí estoy segura es de que llevaba muchos años sin utilizarse. No sabes la cantidad de animales que había, además de la peste que desprendía por estar cerrado tanto tiempo.

—¿Y dices que conduce directamente a tu alcoba?

Antes de poder contestar, una sonrisa se escapó de sus labios al sentirlo justo detrás. Jasón entonces pasó los brazos alrededor de su cintura y la atrajo hacia el cuerpo masculino mientras que bajaba hasta su cuello para besárselo.

Sorprendiéndose de lo rápido que comenzaba a reaccionar, otra vez, ante la simple cercanía del hombre que la hacía perder el sentido.

—No sé pero... quizás hayamos encontrado la forma para nuestros encuentros, ¿no crees? —Y tiró de ella, dándole la vuelta mirándola embelesado ante el aspecto tan sensual que tenía, devolviéndole la mirada sin recato alguno al creer, firmemente, en que aquella completa locura podría tener alguna posibilidad.

—Haré lo que haga falta, ya lo sabes.

—¿Ah sí?

—Pero tendremos que tener mucho cuidado, por nada del mundo me perdonaría si te sucediese algo Jasón.

—Ya es demasiado tarde Catherine, después de entregarnos como lo hemos hecho, y aunque tengamos cuidado, sabes igual que yo que pueden sorprendernos —dijo estrechándola entre sus brazos durante demasiado tiempo, deseoso de alargar el momento de la despedida al comprender que no quería separarse de ella.

—Lo siento pero debo retirarme.

—Lo sé. Sabes que te echaré de menos, ¿verdad?

—No tanto como yo a ti.

—Te acompañaré. Iré detrás de ti a no mucha distancia por si acaso nos descubren, ¿estás de acuerdo?

—Sí, pero tendrás que llevarte alguna vela para ayudarme a encender la antorcha que me espera para regresar.

—Vámonos entonces.

Poco después salieron de la cabaña envueltos entre una gran negrura y se separaron el uno del otro para salvar la situación en caso de que alguien pudiese sorprenderlos. Poco después se unieron en el punto en el que ella le dijo que estaría, a la salida del pasadizo, encontrándolo con facilidad tras seguir sus indicaciones.

—Ya estoy aquí, ¿algún problema?

—Ninguno. Ven, ayúdame...

Ambos se agacharon, limpiaron la entrada de las ramas que allí puso, y a continuación abrieron la trampa de un tirón.

Jasón bajó primero y encendiendo la antorcha.

El olor nauseabundo que penetraba por su nariz era insoportable.

—¡Dios! ¡Qué olor! —Miró hacia arriba y dijo un poco alto—: ya puedes bajar Catherine.

Esta lo hizo con cuidado y se llevó el pañuelo a la nariz, Jasón la cogió de la cintura y trató de darle fuerzas.

—Debes marcharte —le dijo Catherine.

—Ni hablar, te acompañaré hasta el otro lado.

—¿Y si algún oficial ha visto la luz de la vela? ¿Y si por casualidad la ha seguido hasta aquí y al ver que de pronto ha desaparecido se encuentra con lo que no debe? No sé Jasón pero creo que nadie debe saber de este pasadizo, ni siquiera Edward, porque me lo hubiese dicho si en realidad se trata de una salida para salvar a la que sea la duquesa del momento, ¿no crees? y mucho más ahora que la batalla es inminente —dijo sin tan si quiera darse cuenta del dato revelador que acababa de decir.

Jasón la miró con perplejidad.

«¿Qué es lo que acababa de decir»

—¿La batalla? ¿Qué batalla?

—¿Y eso que importa ahora? Jasón, debes marcharte o lo pagaremos demasiado caro.

—Está bien, pero has de prometerme que me contarás eso que acabas de decir en otro momento, ¿de acuerdo?

Catherine no entendió el por qué él se acababa de poner en ese estado de alerta, siendo totalmente inconsciente de la información que sin saber tenía, y la cual le serviría a Jasón de manera crucial.

Sin ser consciente de lo mucho que podía ayudar.

—Lo haré. Mañana me pasaré por las caballerizas para dar un paseo con la testaruda de Relámpago. ¿Estarás por allí?

—¿Tú que crees? —Bajó una última vez hasta sus labios y la besó, seguidamente se apartó de ella antes de cometer una nueva locura en aquellos pasadizos, justo lo que sucedería si volvía a besarla. Por ello, siendo consecuente de sus actos, dijo con gran pesar—: hasta mañana, pequeña.

Se despidieron con tristeza pero a la vez con emoción. Saber que aquel maravilloso encuentro podría volver a repetirse, si tenían cuidado, era asombroso. Deseando que pudiese ser pronto puesto que ya echaba de menos todas y cada una de sus atenciones hacia ella y sobre todo hacia su cuerpo.

Y Catherine empezó a avanzar paso a paso a través del largo pasadizo, solo que esta vez de vuelta a lo que era su agonía.

Una vez que dejó de ver la luz de la antorcha, Jasón dio media vuelta.

Subió las escaleras y cerró la trampilla entre gestos de pesar y arrepentimiento.

Dejarla sola allá abajo fue un verdadero tormento.

Cuando estuvo arriba, y a toda prisa, volvió a tapar la salida con varias ramas y hojas para conseguir que todo aquello siguiese en el más absoluto anonimato.

Y pensó que, muy probablemente, aquel pasadizo hubiese sido construido a las órdenes de su padre para salvar a su familia. Algo que le terminó sirviendo puesto que si él estaba allí era, precisamente, por él. Agradeciéndoselo como nunca antes lo había hecho al ser consecuente que a partir de ahora también le serviría para encontrarse con aquella muchacha que le terminó robando el sueño y que acababa de convertirse en...

¿En qué?

Y es que, al igual que a ella, la palabra amante no le gustaba nada. Pero claro, ¿qué es en lo que se habían convertido?

La verdad era tan obvia...

Lo que sí era seguro, y eso nadie podría cambiarlo, es que ella siempre pertenecería al malnacido de Edward. Hecho que le hizo sentir una ira incontrolada recorriéndole por todo el cuerpo.

Aceleró el paso, llegó a su cabaña y, nada más hacerlo, fue directo a la botella de whisky para calmarse.

Aunque sabía que sería bien difícil.

«¡Maldición! Ahora que es cuando más centrado debía de estar...»

El ansiado final, en el que le sería entregado lo que le pertenecía por derecho, estaba casi a la vista. Lo que daba lugar a no cometer ni un solo fallo ante la posibilidad de terminar en la guillotina, con la cabeza cortada y lo que era peor, sin que nadie supiese la gran verdad en torno a él y al malnacido del duque impostor.

Y ahora, después de lo que acababa de suceder entre ellos, también sabía que, lo que quedaba para ese gran día, acababa de convertirse en una auténtica pesadilla por involucrarse como lo había hecho con la duquesa.

Se sentó sobre la silla y se llevó las manos a la cabeza. No dejaba de pensar en si habría llegado bien, y sobre todo en si su esposo la habría descubierto.

¡Rezando para que no fuese así!

Natalie se levantó de un salto en cuanto escuchó la señal de su ama. Un simple golpe que podría pasar desapercibido si no estabas atento.

Corrió hacia la entrada del pasadizo y retiró la alfombra. Una vez hecho comenzó a tirar de la argolla, con todas sus fuerzas, mientras era ayudada por Catherine desde abajo. Y así, gracias a la fuerza de las dos, consiguieron abrir con gran rapidez, abrazándose sin parecerles importar el olor que desprendía el vestido después de saber que las dos estaban a salvo.

Inmediatamente se apresuró a ayudarla, le quitó el vestido y se lo llevó para lavarlo esa misma noche, antes de que Anna se diese cuenta.

Esa noche, cuando estuvo lista para acostarse, tardó mucho en dormirse puesto que era incapaz de hacerlo. Su único deseo pasaba por seguir rememorando las deliciosas caricias y la forma tan maravillosa de cómo la había amado su jinete misterioso.

Y supo que daría la vida por él en caso de que fuese necesario.

CAPÍTULO XVI

A la mañana siguiente, y después de lo tarde que se había dormido, se levantó temprano.

¿La intención? Simplemente la de reunirse con Jasón. Y como sabía que su esposo, todavía permanecería acostado bastante rato debido a la monumental resaca, no desperdició la oportunidad.

Se levantó de la cama, con una gran sonrisa sobre la cara y con unos ojos resplandecientes después de la maravillosa experiencia vivida hacía tan solo unas horas, se acercó hasta el gran ventanal, para abrirlo, y sintió la dicha de saber que la antigua Catherine había vuelto en todo su esplendor. Una Catherine optimista que lucharía por lo que amaba.

Costase lo que le costase.

Al hacerlo, el aire matinal entró en la alcoba, dándole de lleno en la cara refrescándola la cara. Solamente el hecho de ver a los muchachos entrenando a las órdenes del despiadado capitán, pudo con su estado de ánimo. Mostrándose reacia a todo lo que fuesen esas prácticas duras e inhumanas y volvió a pensar en la manera de hacer algo.

¿Pero qué?

Y así, centrada en aquellos oscuros pensamientos la encontró Anna, la cual se sorprendió de verla despierta y levantada a esas horas.

—Buenos días Catherine.

La duquesa entendió que estaba molesta. Nunca la llamaba por su nombre completo.

—Buenos días Anna. —Se retiró del ventanal y se giró. No tardó en ver la cara y el gesto serio de su doncella—, ¿ocurre algo?

—No lo sé, quizás seas tú la que me lo pueda decir.

—¿Por qué dices eso?

—Sé que me estás ocultando algo —le reprochó.

Seguidamente abrió el armario, para sacar uno de los vestidos del nuevo vestuario, cuando se quedó quieta al escucharla:

—Necesito mi traje de montar.

—¿A estas horas tan tempranas? —se extrañó. Aun así lo sacó del interior y lo puso sobre la cama—, había pensado en prepararte un baño después de la fiesta de anoche.

—Después estará bien, cuando regrese.

—¿Y me puedes decir que ha pasado para que ahora sí quieras ir a las caballerizas cuando hace unos días te negabas con obstinación?

La turbación, tras aquella pregunta, se hizo con ella. Sabía que no podría engañarla.

La conocía demasiado bien.

—Sabes que siempre me ha apasionado montar.

—Sí, pero no has contestado a mi pregunta. ¿Qué hay allí para que quieras ir corriendo precisamente hoy?

Una verdad a medias se le cruzó por la mente.

—Es tan sencillo como querer cabalgar durante un rato sin la compañía de Edward. Algo que con toda posibilidad podré hacer después de lo mucho que bebió anoche, dándome la libertad de poder actuar como desee por unas horas. ¿Acaso ves algo malo en querer hacerlo?

Anna la miró con detalle. La duda se apoderó de ella pero, seguía con la certeza de que le estaba ocultaba algo.

Por eso volvió a insistir:

—Sé que hay algo más, y me duele profundamente que no confíes en mí y sí en Natalie.

«Ósea que era eso...»

—Confío en ti Anna, ya deberías saberlo después de llevar toda la vida conmigo.

—Entonces, ¿por qué anoche rechazaste mis servicios por los de ella?

—No hay ningún motivo, créeme.

Y avanzó hacia ella para abrazarla.

Se sentía tremendamente culpable por mentir de aquella forma, pero no tenía otra alternativa. Trató de darse fuerzas, porque creía que la había engañado, cuando de repente, y antes de lograr llegar hasta ella, se quedó helada al escuchar decir de su boca:

—No puedes engañarme Kate, ¿crees que soy tan torpe como para no darme cuenta del brillo que tienes en los ojos? ¿De lo hinchados que tienes los labios? ¿De tus gestos que te delatan?

—Anna yo...

—¿Dónde y con quién estuviste anoche? —soltó como una bomba, mostrando lo enfadada que estaba.

En un principio Catherine se quedó estupefacta.

Verdaderamente creyó que podría mentir y ocultárselo, pero ahí estaba la equivocación, pensando con celeridad en qué decirle para lograr salir del

atolladero en el que se había metido ella solita, y decidió que lo mejor sería seguir mintiéndola para protegerla en caso de que fuese descubierta.

¡Por nada del mundo la pondría en peligro!

—No sé de qué me estás hablando —dijo permaneciendo firme con la convicción de que hacía lo correcto—. Anoche, después de la fiesta, me retiré a mis aposentos y me dormí. ¿Qué tratas de insinuar con semejante pregunta?

—Está bien —alzó las manos y se dio por vencida antes de decir—: solo espero que sepas lo que estás haciendo. Y para tu información sé que te retiraste, pero también sé que ocultas algo, y por la forma en la que te he encontrado esta mañana solo puede ser lo que yo creo.

—Anna por favor, no insistas...

—No lo haré, —pronunció con firmeza— si eso es lo que quieres me mantendré al margen, pero he de advertirte que sea lo que sea, en lo que te estás metiendo, no sabes el error tan grande que puedes cometer. Lo pagarás duro si él se termina enterando... pero eso tú ya lo sabes, ¿no?

Catherine prefirió no contestar y en cambio ignoró lo que era obvio sin entender cómo lo sabía...

Aunque claro, ella era un libro abierto ante aquella mirada que la seguía escrutando, con pena, ante la posibilidad de un desenlace fatal.

Antes de ponerse el traje de montar, y entendiendo que le debía una explicación, dijo:

—Anna, lo único que pretendo es protegerte.

La doncella la miró con lágrimas en los ojos al escuchar tal declaración, diciendo con lástima:

—Sí pero... ¿quién te protegerá a ti niña mía?

Cuando llegó a las caballerizas lo hizo un tanto apesadumbrada. No podía evitar que le rondara por la cabeza la pregunta que le hizo Anna.

Tenía razón en lo concerniente a lo mucho que podría llegar a perder en caso de saberse lo suyo con Jasón. Algo que ya no tenía marcha atrás y que quería seguir sintiendo por encima de todo.

¡Así fuera aunque existiese la posibilidad de terminar muerta a manos de su torturador!

Llegó a su destino y no le vio por ningún sitio, lo que originó a que una desazón la recorriera en su interior.

¿Y si se lo había pensado mejor y no quería volver a verla?

Sin darse por vencida siguió buscándole e incluso pensó en ir hasta su cabaña aunque resultase un auténtico disparate.

Y a medida que lo hacía le iba costando respirar, consciente de que ya no podría vivir sin él puesto que la vida dejaría de tener sentido para ella.

—Buenos días, duquesa.

Se volvió con una gran sonrisa pero vio con desilusión que se trataba de Tom. Y las posibilidades de verse se esfumaban. Tenía poco tiempo para regresar antes de que su esposo preguntase por ella.

—Buenos días.

—Tengo un mensaje para vos.

—¿Qué? —dijo con nerviosismo delatándose ella misma.

Las pulsaciones comenzaron a subir como la espuma, sintiendo cómo el corazón se le desbordaba al creer firmemente que el mensaje era de él.

¿De quién sino?

—Me ha dicho que la espera donde se encontraron el otro día, solo que deberá seguir el camino de la izquierda.

Catherine siguió con atención cada una de las palabras de aquel muchacho, mientras en su interior soñaba con el lugar al que la querría llevar.

¡Seguro que la sorprendería!

—Una vez allí sabrá dónde buscarle.

—Gracias Tom.

—De nada duquesa, estamos para servirla. ¡Ah! me he tomado la libertad de ensillar a Relámpago por si se dejaba caer por aquí, ¿he hecho bien?

—Sí —contestó con una sonrisa—, gracias por todo Tom.

—Tenga cuidado duquesa. —Dicho esto siguió con sus tareas a la vez que pensaba en el favor que le pediría a Jasón por todo lo que últimamente estaba haciendo por él, sonriendo divertido al ver, cómo Relámpago, salía veloz como el rayo siguiendo las órdenes de la bella mujer que parecía saber muy bien lo que quería.

Reconoció rápidamente el lugar que buscaba. El lugar en el que se encontraron, por primera vez, después de que se separaran aquella última vez en la que estuvieron dos días juntos cuando él creía que era la amante de Edward... Y recordó la sorpresa de ambos cuando se vieron allí sin creerse que fuese posible que el destino los hubiese vuelto a unir.

Miró hacia ambos lados y se acordó de las indicaciones de Tom. El camino se bifurcaba en dos, por lo que con gran celeridad, y de forma precipitada, cogió el que iba hacia la izquierda con el propósito firme de poder reunirse con él lo antes posible. Deseando llegar cuanto antes.

No tardó en comprender el por qué había elegido aquel lugar tras divisar a lo lejos una pequeña casita, de piedra, la cual debía de servir de refugio a los pastores en caso de tormenta.

Por supuesto no se lo pensó y espoleó a Relámpago, que esta vez seguía sus órdenes a rajatabla, a medida que se acercaba, soñando despierta en el paraje perfecto para el cometido de verse a escondidas.

Llegó poco después, se bajó de la montura y la condujo hasta el interior de la arboleda. Tendría que ocultarla bien si no quería ser sorprendida.

¡Algo que bajo ningún concepto quería! Sonriendo al encontrarse con otro caballo allí atado.

Y, ansiosa por el encuentro, comenzó a caminar hacia la casita envuelta en un absoluto silencio ajena a lo que la rodeaba, solamente pendiente del cosquilleo que empezaba a sentir en su interior al saber la cercanía que le unía a él en esos momentos.

Avanzó los últimos pasos y se encontró con la puerta entreabierta de la casita medio derruida, viendo desde fuera la gran oscuridad que la esperaba dentro. Pero ni siquiera eso la asustó, y sin pensar en si realmente era él quien estaba dentro, entró.

La sorpresa inicial la dejó bloqueada, asustándose terriblemente en el instante en el que sintió a alguien cogerla del brazo.

¿Y si todo aquello era una trampa?

—Pensé que nunca llegarías...

Aquellas palabras le sirvieron para encontrarse en casa. Estaba a salvo, y siempre lo estaría junto a él.

Antes de poder decir nada, siquiera, él se apoderó de sus labios con una necesidad devastadora, arrastrándola en su abrazo hasta chocar contra la pared sin apenas percatarse de ello.

La entrega del uno hacia el otro, a través de aquellos besos que los devoraba por dentro, era absoluta.

—Bella mía, debo confesarte que antes de que te marcharas ya te estaba echando de menos, ¿qué voy a hacer a partir de ahora cuando no te tenga como

quiero? ¡Te necesito tanto!

Bajó a su cuello y comenzó a besarlo, pasando la lengua de arriba abajo con la intención de provocar en ella olas de placer inigualables y comprobó, a través de los pequeños gemidos que salían de su boca, lo mucho que le gustaba todo cuanto la hacía. Lo que provocaba en él tal deseo, que por un momento pensó en que le estallarían los pantalones debido a la enorme dureza que los apretaba, volviendo a sentir la necesidad de hacerla suya con una urgencia desesperada, a la vez que desabrochaba los botones del traje de montar, mostrando sin ningún pudor lo mucho que la necesitaba. Armándose de paciencia para no terminar tirando y romperle el puñetero traje que se lo ponía bien difícil.

—¡Oh Catherine! Estoy por entero a tus pies después de descubrir tus encantos, y he de decirte que eso es algo casi imposible hasta que te conocí.

Catherine, aun prestando atención a lo que decía, no era capaz de contestar. El hecho de que acabase de dejar sus pechos al descubierto era el causante. Descentrándola sin remedio. Anhelando las caricias que ya imploraba porque le diera.

¡Sabía lo que vendría a continuación!

—¿Qué sucede? —preguntó una vez que los ojos se acostumbraron a la oscuridad. Dichoso de lo que pedía a gritos pero sin dárselo para provocarla —, esa cara que tienes te delata.

—Entonces... —empezó a decir decidida llevando las manos a su cinturón a medida que lo desabrochaba sin ninguna vergüenza ante la evidencia de que ella no se iba a quedar parada—. ¿Por qué no sigues dándome lo que tanto me gusta y dejas de atormentarme?

—¿Eso es lo que hago? —preguntó burlón.

—Sí, y no me voy a quedar de brazos cruzados esperando. —Le avisó antes de desabrochar esta vez el pantalón, metiendo la mano por debajo para tocar su espléndida dureza.

—¡Catherine...! —ronroneó loco de placer ante su atrevimiento—, ¿sabes que estás jugando con fuego?

—¿Ah sí? —Se burló adentrándose hasta conseguir agarrar su miembro, arrancando un gruñido de la boca de él—, quizás lo que ocurra es que me gusta jugar con fuego, ¿no lo ves?

—Aprendes tan deprisa...

El traje de montar a continuación le fue casi arrancado, dejándola en ropa interior, mientras la alzada como si nada entre sus brazos. Rozándose

escandalosamente y buscándose de manera urgente.

¡Se necesitaban!

—Voy a hacerte mía Catherine, sólo mía.

—Sí, sí... —gritó de pronto fuera de control.

Jasón, loco de deseo, la sujetó con un brazo y con el otro acudió hasta la parte de abajo. Allí pudo apartar la tela que impedía su ansiado cometido y la penetró con fuerza, sin avisar, mientras la sujetaba por las nalgas.

—Catherine, mi dulce Catherine...

Salió de su interior y cerró los ojos extasiados antes de volver a entrar, esta vez hasta el fondo, comprobando lo nuevamente dispuesta que estaba para él.

¡Sólo para él!

—¡Por Dios! —Gruñía volviendo a penetrarla sintiendo cómo su espalda entera se arqueaba en cada nueva acometida—. Estás tan dispuesta a mí que me vuelves loco de deseo.

Catherine abrió los ojos completamente embriagada, sintiéndose la mujer más seductora del mundo, al ser capaz de despertar en hombre tan apuesto esa lujuria y pasión mientras volvía a llenarla con su carne.

La cara de deseo con la que la miraba, a medida que le hacía el amor, resultaba el mejor regalo para ella y comenzó a notar la maravillosa sensación, ya conocida de su cuerpo, de liberarse con cada nueva embestida que la hacía perder el sentido y la razón, llegando incluso a pensar que de verdad no había nadie más que ellos dos.

Y así, entre gritos ahogados, y con el cuerpo envuelto en sudor, llegaron al clímax a la vez. Haciendo que sus cuerpos sintieran fuertes sacudidas después del orgasmo tan intenso que acababan de tener. Agarrándose el uno al otro con desesperación y verdadera ansia.

Como si así no fueran a separarse nunca.

Permanecieron abrazados, en esa posición, unos maravillosos instantes en los cuales Catherine, una vez más, lloraba sobre su hombro sin poder evitarlo. Apretando con fuerza sus brazos alrededor de su pecho en un intento desesperado de hacerle saber lo muy agradecida que estaba por lo que le hacía sentir, pero sobre todo, y más importante, por hacerle saber lo mucho que lo amaba. Pasándosele por la cabeza la posibilidad remota de poder huir con él donde fuese que la quisiera llevar, siempre y cuando no volvieran a saber del indeseable de su esposo, sabiendo que haría lo que hiciese falta para conseguirlo.

No se atrevió a decirlo en voz alta. De sobra sabía lo descabellada que era la idea pero, aun así, se reconfortó soñando en lo bonito que podría haber resultado si se hubiesen conocido en otras circunstancias...

—¿En qué piensas mi dulce Catherine?

—¿De veras quieres saberlo? —Se limpió las lágrimas y lo miró con una mirada que se podía leer con toda claridad. Transmitiéndole sin palabras lo que quería por encima de todas las cosas.

—Por supuesto —contestó, saliendo de su interior, pero sin bajarla de sus brazos, disfrutando de poder hacerlo para sentirla cerca—, lo que sea perteneciente a ti me interesa, no lo dudes nunca.

La sinceridad con que pronunció dichas palabras consiguió que se atreviera a hacerle partícipe de sus pensamientos. Abrió la boca y sin pensar dijo:

—Pensaba en la posibilidad de huir contigo lejos de aquí —confesó de manera atrevida, sosteniéndole la mirada en un afán de saber lo que transmitían aquellos ojos que la observaban con detenimiento—, y también pensaba en el hecho de que si nos hubiésemos conocido en otras circunstancias hubiese sido suficiente para cambiar nuestros destinos. ¿Crees que estoy loca por pensar algo así?

Pero él no contestó a la pregunta sino que hizo otra a su vez. Una pregunta que era por completo importante, en esos momentos para su persona, y que desde hacía un tiempo estaba atormentando su cabeza.

Cogió aire muy despacio, infundiéndose de un valor que no sentía ante la posible respuesta, y supo que fuese cual fuese sería algo crucial en aquello que estaban empezando a vivir. Por ello preguntó:

—¿Dejarías toda la riqueza que te rodea y huirías con un simple criador de caballos? —preguntó con el corazón en la mano, escrutando cada uno de sus gestos, y de sus palabras, en un férreo y desesperado anhelo de saber la verdad—. ¿De veras lo harías?

La respuesta de ella no se hizo esperar. Tenía tal seguridad en lo que quería, que terminó diciendo:

—¿De qué me sirve una riqueza impuesta sin yo quererla? Me casaron a la fuerza Jasón, y con un hombre sin escrúpulos que podría ser mi padre. ¿Crees que lo que me rodea podría compensarme por el insufrible calvario que tengo que sufrir día a día? Cuando te he dicho que huiría contigo, ten la certeza de que lo haría con los ojos cerrados. Hablo con el corazón en la mano Jasón. ¿Y sabes por qué?

—¿Por qué? —dijo en un susurro.

—Porque te amo Jasón —terminó confesando, abriéndole el alma por completo a medida que entrelazaba sus dedos por el cabello masculino—. Y esa para mí es razón suficiente como para pasar el resto de mi vida en cualquier lugar, lejos de aquí, comiendo pan duro y envuelta en harapos si es preciso. Lo que sea si te tengo a mi lado. Eso es lo único que me importaría.

—¡Oh mi dulce Catherine! ¡Jamás ninguna mujer me ha hecho tal declaración de amor!

La bajó hasta el suelo y la volvió a envolver entre sus brazos. Sabía que no mentía, sus ojos y sus gestos hablaban por ella...

Y entonces temió por él.

¿La causa? Sencillo, muy sencillo, después de aquella confesión, que le había llegado muy adentro, barajó la posibilidad de que se hubiese vuelto loco.

¡Loco del todo! Creyendo en la disparatada idea de dejarlo todo para huir con ella.

«¡Por todos los diablos! ¿Qué estoy pensando?»

—Pero eso es imposible, y lo sabes. —Terminó diciendo, poniendo un poco de cordura para no dejarse embaucar por ideas tan descabelladas.

—Sí. Pero sería tan bonito...

—Tan bonito como terminar los dos muertos, —la cortó— Edward nos encontraría en un santiamén y entonces nada hubiese merecido la pena.

—¡No digas eso! —exclamó dolorida y puso la mano sobre su boca para que callara.

—¿Por qué?

—Porque ha merecido la pena desde la primera vez que escuché, tu voz, salvándome de aquel forajido que quería darme una tunda con el cinturón. A menos para mí sí lo ha merecido —dijo llenándosele los ojos otra vez de lágrimas, solo que esta vez eran de tristeza.

—¡Ehhhh...! No llores —pidió con auténtica súplica. No soportaba verla en ese estado de tristeza. Llevó la mano hasta su cara y le limpió las lágrimas mientras susurraba—: no me has entendido bien querida... cuando he dicho que nada hubiese merecido la pena, me refería en el caso de que huyéramos y nos terminasen encontrando. Jamás sería capaz de perdonarme que te sucediese algo Catherine, ¿y sabes por qué?

Levantó la cabeza para mirarle, y solo entonces, cuando lo hizo, confesó:

—Porque yo también te amo, pequeña.

La revelación que acababa de hacer la dejó aturdida.

¿De verdad le acababa de declarar su amor?

Una sensación de plenitud recorrió por cada poro de su piel y creyó, firmemente, que aquel era el hombre de su vida, aunque para verlo tuviese que hacerlo a escondidas.

—¡Oh Jasón! —exclamó desnuda como estaba arrojándose a él en cuerpo y alma—, ¡soy tan feliz en estos momentos! Jamás podré olvidar lo que me acabas de decir, ¡jamás!

Pero la cordura, y también la pena, volvieron a integrarse dentro de una pobre muchacha que sabía que tenía que irse.

¡Bastantes riesgos había corrido ya!

Se separó de él con pesar, después de que ambos se hubiesen sincerado, y se le hizo bien difícil empezar a recoger sus ropas del suelo para empezar a vestirse. Odiando el hecho de tener que apartarse para tener que regresar al castillo donde, seguramente Edward, ya se habría levantado.

¿Cuánto tiempo habría pasado desde que llegó?

—Lo siento pero he de irme —fue cuanto dijo a modo de explicación.

¿Para qué hacerse más daño?

—Lo sé.

—No sé cuándo podremos volver a vernos Jasón. Necesitaré la ayuda de mi doncella.

—Esperaré —dijo convencido. Y es que después de hacerla suya supo que ya nunca podría apartarla de su vida—, oye... antes de irte necesito que me aclares lo de la gran batalla.

—¿Y por qué estás tan interesado? —quiso saber.

No llegaba a entender su curiosidad.

—Créeme si te digo que lo mejor para ti es no saberlo —contestó dejándola más intrigada todavía.

—¿Qué significa eso?

—Por favor Catherine, no me hagas preguntas porque ni puedo ni debo contestártelas.

Ante aquella respuesta lo miró sin entender menos siquiera y empezó a sentir una gran curiosidad por aquel halo de misterio que lo envolvía.

Quería que confiase en ella.

—Lo sabrás a su tiempo —le prometió con la intención de que le creyera. Algo a lo que ella estaba dispuesta por el momento—, pero es de

vital importancia que me digas a qué te referías. Aunque no lo creas puede que haya muchas vidas en juego.

—¿Vidas en juego? —preguntó horrorizada solo de pensarlo, viniéndole a la mente las imágenes de aquellos pobres muchachos.

—Y la mía puede ser una de ellas Catherine —terminó por confesar aun a pesar de saber que no lo debería haber hecho.

Ella se quedó aturdida ante tal revelación, es por eso que le preguntó presa de un pánico absoluto:

—En caso de batalla... ¿tú también lucharías, Jasón?

—Debo hacerlo. Hay mucho en juego, pero eso es otro tema.

—Pero... —la cabeza, aun en estado de aturdimiento, pensaba con rapidez e hizo cálculas de lo que aquello podría llegar a significar, se pasó la mano por el pelo antes de continuar—: si tú también lucharías, al lado de Edward, eso solo puede significar que también perteneces a sus hombres, ¿no? Porque un simple cuidador de caballos, como tú dices, no está preparado para ello.

—No hagas más preguntas. No puedo responderte a ninguna de ellas.

—Está bien —cedió empezando a vestirse con celeridad. El tiempo se le había echado encima—, te diré lo que me dijo uno de los días en los que salimos juntos a cabalgar.

La sola idea de imaginarse esa estampa a él le provocó que se le tensara el cuerpo de la impotencia, apartándola de su cabeza para prestar atención a lo que estaba diciendo.

—En pocas palabras lo que me dijo fue que ansiaba las tierras de su enemigo, eso sí, no me dio ningún nombre. Tan solo se limitó a decirme que atacaría por sorpresa para hacerse con el ansiado botín. Y que la batalla sería inminente.

—¡Menudo hijo del diablo! —soltó con odio y rabia sin poder contenerse.

Y supo, demasiado tarde, que acababa de decir mucho más de lo que debería. Lamentándolo considerablemente tras ver su reacción.

Acababa de meter la pata hasta el fondo.

—Jasón... me estás ocultando algo de vital importancia ¿verdad? El odio que acaba de salir por tu boca te delata, —dijo, quedándose quieta a la vez que volvía a hacerle otra pregunta—: ¿Qué tienes en contra de Edward? Porque no es solo por lo que me está haciendo, ¿verdad?

—Como muy bien dices es algo de vital importancia, aparte de lo mucho

que lo odio por estas marcas que tienes. Pero amada mía... no me hagas más preguntas, ya he dicho mucho más de lo que debería haberlo hecho, y eso no es bueno ni para ti ni para mí. Cuando llegue el momento te enterarás, si es que llega.

—¿Y qué significa eso? No puedes pedirme lo que acabas de hacer después de lo que me has dicho. El odio que desprenden tus palabras me hacen pensar que es debido a algo del pasado. —De repente, y realmente perpleja, abrió los ojos como platos al acordarse de algo—. Pero... si en realidad lo odias tanto, ¿por qué le ayudaste a salvarme de aquellos malhechores? Porque el favor que me dijiste que le estabas haciendo a alguien, cuando me liberaste, era a Edward ¿no?

—Demasiadas preguntas sin respuestas —la cortó al ser consciente de lo inteligente que era. De ahora en adelante tendría que controlar su lengua si no quería involucrarla en algo ya de por sí peligroso— anda, termina de vestirme. Es tarde.

Catherine comprendió que la conversación estaba zanjada, no le sacaría más de aquel tema que la intrigaba de sobremanera. Por ello le hizo caso, siguió vistiéndose con rapidez y fueron hasta el lugar en el que dejaron atados los caballos.

La hora de la despedida había llegado.

—¿Encontraremos la manera de volver a vernos? —preguntó una suplicante Catherine, deseándolo con todas sus fuerzas y olvidándose de manera precipitada de la conversación mantenida en el interior.

—La encontraremos. Ya nadie podrá separarnos después de lo que ha sucedido entre nosotros.

Bajó hasta sus labios y la besó con dulzura.

Por encima de cualquier otra cosa quería que aquel beso quedara en su interior cuando la empezase a echar de menos. Una vez que lo hizo llevó las manos a su linda cara y la estrechó contra sus labios una vez más, costándole lo indecible dejarla marchar.

—No olvides lo que te he dicho mi dulce Catherine, te amo.

—Y yo a ti Jasón.

Se separaron con un dolor físico real y apartó las manos de su cara para coger las riendas de Relámpago, tendiéndoselas.

—Pronto volveremos a estar juntos.

—Eso espero —dijo una melancólica muchacha, subiendo a la grupa de la yegua y mirándolo una última vez antes de emprender la marcha a toda

velocidad.

Jasón se quedó quieto hasta que dejó de verla, entonces subió al caballo y emprendió la marcha él también. Solo que por otro camino por si alguien se cruzaba primero con ella y después con él.

¡Todo el cuidado era poco para ocultar aquellas salidas a escondidas!

—¡Arre! —gritó partiendo hacia las caballerizas.

Y mientras galopaba iba pensando en lo que acababa de decirle, sabía que tendría que avisar a Patrick, con urgencia, si quería que todo saliese según lo acordado.

¡Antes de que fuese demasiado tarde!

—¿Dónde has estado?

La voz de Edward la escuchó cuando trataba de pasar de largo con el propósito de ir a su alcoba.

Se detuvo en el acto y volvió sobre sus pasos hasta entrar en la biblioteca. Donde un Edward con el rostro contrariado estaba sentado en una de las butacas.

—He salido a cabalgar un rato —contestó acercándose a él— y vos, ¿habéis descansado bien?

—Sí gatita, solo que me he levantado con una resaca devastadora —alargó la mano, la cogió, y tiró de ella sentándola sobre sus rodillas mientras empezaba a acariciar su espalda, mirándola con verdadera satisfacción.

Catherine no se movió, de sobra sabía que no le convenía, y permaneció impasible, tiesa como una vara, mientras la desolación se apoderaba de ella y de su corazón encogido debido a la repulsión de su cercanía.

Tragó saliva con dificultad.

—Debo reconocer que ayer estabas deslumbrante Catherine, además, fuiste la perfecta anfitriona y los invitados estaban encantados contigo. Te lo pasaste bien ¿verdad?

—Sí, Edward.

—Eso pensé después de verte disfrutar con cada pieza de baile. Lástima que yo no pudiera seguirte hasta el final.

—¿Ha desayunado ya? —preguntó de pronto, improvisando lo primero que se le vino a la cabeza con el objetivo encontrar un pretexto para huir de allí cuanto antes.

—No tengo apetito, después de lo que bebí anoche tengo el estómago

bastante revuelto.

—Puedo pedir que le hagan algunas hierbas, seguro que así se encuentra mucho mejor.

Pero en cuanto quiso retirarse notó que no la dejaba, reteniéndola en contra de su voluntad.

—¿Quizás pretendes escaparte de mis brazos?

—No, tan solo iba a por unas hierbas para vos.

—No es eso lo que necesito ahora —dijo mirando extasiado su cuerpo tan apetecible, olvidándose de pronto de la resaca. Y con rapidez llevó las manos hasta los botones del traje de montar y comenzó a desabrocharlos para poder tocar sus pechos, algo que anhelaba profundamente—. Anoche no pude acudir a tu alcoba pero ya estoy recuperado.

—Edward por favor... —trató de decir sin que sonara a rechazo— estamos en la biblioteca, cualquiera podría vernos...

Al reparar en la puerta abierta, que ella había dejado así a propósito, ordenó:

—¡Cierra la puerta y ven!

Una Catherine sumisa obedeció y volvió sobre sus pasos, una vez cerrada, a la tortura que sabía la esperaba después de haber sido amada por Jasón.

El estómago se le revolvió.

—Los invitados se han ido y ya me he encargado de decirle a los criados que no nos molesten. Quédate ahí, de pie. —Volvió a ordenar, quedándose justo en frente de él para poder alargar las manos hasta conseguir llegar a su traje de montar sin ningún tipo de esfuerzo, desabrochando el resto de los botones— ¡Oh gatita!... —exclamó de pronto.

Fue a incorporarse pero un fuerte dolor le atravesó la cabeza en cuanto se precipitó hacia ella. Y tuvo claro lo que quería deseando tenerla al alcance de su mano tal y como él ordenara. Un poder que tenía y que estaba dispuesto a disfrutar sin ningún escrúpulo.

—Acércate, no puedo moverme.

A Catherine no le quedó otro remedio que acercarse a medida que una repulsión absoluta la sacudía notando su asquerosa boca en sus pechos.

Tuvo que contenerse para no gritar de horror.

—Hoy serás tú la que haga el trabajo gatita, casi no puedo moverme y ya estoy listo. Bájame la ropa y desnúdate para que puedas subirte encima.

El horror cruzó por su cara al saber lo que tendría que hacer. La

humillación a la que la sometía era terrorífica.

—¿Qué pasa? —preguntó burlón al ver su cara.

—Soy una dama y no creo que sea capaz de hacer lo que me dice.

Una sonrisa macabra atravesó el rostro del duque antes de decir extasiado:

—Además de la dama que eres, querida, ya deberías saber que eres también mi ramera Catherine, y harás lo que te ordene —dijo, dejando bien claro lo que esperaba de ella sin dejar de mirarla con aquellos ojos repugnantes que decían claramente lo que querían—. Para que te hagas una idea de lo que hay te diré que desde que estás aquí no he necesitado el servicio de ninguna otra ramera o muchacha de servicio, y eso es debido a lo mucho que tú me satisfaces aun sin quererlo. Yo creo que precisamente el saber la repulsión que levanto en ti es la consecuente de que disfrute tanto violándote.

La crueldad en lo que decía era, de tal magnitud, que por un momento pensó en coger el atizador de la chimenea y atizarle en la cabeza. Su punto de locura empezaba a asomar tras ver la cara de placer que tenía.

—¡He dicho que te desnudes! —gritó—. ¿Acaso no me has oído? Porque si lo que buscas es un aliciente para hacerlo estaré encantado de dártelo.

Catherine se acordó de la última paliza y no lo hizo esperar para así terminar cuanto antes.

Miró el vacío mientras se dobló a él, comenzando a desabrocharle la ropa al mismo tiempo que apartaba la mente de lo que allí iba a ocurrir.

Y se limitó a obedecer en todo mientras se sentía sucia, humillada, y vejada, como nunca antes.

Ser la primera vez que la tocaba, después de sentirse tan amada en brazos de su amado, resultó una tortuosa prueba y tuvo que luchar desesperadamente para que la imagen de él no se cruzase sobre su mente en esos miserables momentos que estaba viviendo con verdadero asco y repulsión.

—Necesito un baño —logró decir envuelta en un halo de tristeza desgarrador una vez que él hubo terminado.

Si no se marchaba de allí, con urgencia, vomitaría después de lo que la había obligado a hacer.

—Puedes retirarte, querida —contestó un Edward satisfecho al tiempo que se abrochaba los pantalones sin dejar de mirarla en ningún momento con aquella mirada malvada—, ya me has dado lo que quería.

Catherine se puso el traje de montar, como pudo, y se dirigió a la salida. Antes de abrir la puerta escuchó:

—Hasta esta noche gatita. Tengo asuntos pendientes fuera, pero adelantaré la vuelta para tenderme sobre ti como quiero. Esta noche va a ser especial querida, no creas que se me ha pasado por alto el que hayas intentado conseguir la manera de huir de lo que es tu obligación. Y pagarás por ello, no te quepa la menor duda puesto que ya estabas avisada.

Una muchacha triste se agarró al pomo de la puerta, apretó con todas sus fuerzas, y se centró en hacerlo para no gritar. Consiguiéndolo a pesar de lo que le esperaba.

Después de la repulsión por la que acababa de pasar, para lo único que no estaba preparada, precisamente, era para saber que volvería a solicitar sus servicios esa misma noche.

¡No podría soportarlo!

Un escalofrío de terror la recorrió a medida que empezó a correr a lo largo del pasillo. Llegó a su alcoba y se agachó, vomitando sobre el suelo, al ser consecuente de lo que su esposo acababa de decirle verdaderamente.

Mucho se temía que pagaría caro el intento de apartarse de su asqueroso cuerpo...

CAPÍTULO XVII

Los peores presagios, a la mañana siguiente, se apoderaron de Jasón por dos motivos bien distintos...

El primero fue a consecuencia de que Catherine no se hubiese dejado ver por las caballerizas, extrañándole y pensando que quizás la razón era que no había encontrado la manera de hacerlo.

Y el segundo fue cuando pudo divisar, a lo lejos, a todo el ejército del castillo montado a caballo listo para partir.

Y supo que lo que le dijo Catherine era cierto. También que el día de la batalla había llegado.

Rápidamente dejó lo que estaba haciendo, bien sabía que no había tiempo que perder, y emprendió una carrera, como alma que lleva el mismo diablo hasta conseguir dar con Tom. Este, al verlo tan alterado, dejó de cargar uno de los sacos de heno y lo miró mientras que una gran impaciencia además de un gran nerviosismo se apoderaba de su cuerpo.

Fuese lo que fuese, lo que iba a decirle, seguro que estaba relacionado con el asunto de crucial importancia que se traían entre manos.

¡La verdadera identidad de Jasón!

—¿Qué sucede?

—Coge uno de los caballos descansados sin tiempo que perder —le informó apresurado—. Tienes que avisar a Patrick antes de que sea demasiado tarde y le ataquen por sorpresa. Tal y como está previsto.

—¿Cómo?

—Ya me has oído, la guardia entera, novatos incluidos, se dirigen hacia las tierras de lord Hedrick. El propósito es atacarles por sorpresa para hacerse con sus tierras.

—¡Menudo hijo de perra! No te preocupes, llegaré a tiempo de avisarles.

—Eso espero hermano, yo mientras cabalgaré hasta el castillo del duque del Loira, solamente con su ayuda podremos ser capaces de detener las intenciones de Edward. Buena suerte.

Tom, sin perder ni un segundo más, preparó el caballo más rápido que tenían y corrió veloz como un rayo sin mirar atrás. Consciente de lo que había en juego.

Los siguientes dos días fueron cruciales para conseguir lograr el objetivo propuesto, y tuvo que apartar de su mente cualquier otra cuestión que no fuese el seguir cabalgando hasta el límite de sus fuerzas.

No era el momento para ello.

Una vez que lo consiguió, y al borde del desmayo de lo extenuado que se encontraba, logró decir a uno de los guardas que le dio el alto, ya en tierras del duque del Loira, el propósito de su visita, conduciéndolo directamente hasta el castillo para que pudiera hablar personalmente y sin esperas con el gran duque.

—¡Stefan! —Le dio la bienvenida avanzando hasta él para abrazarlo—, cuanto me alegra verte muchacho. ¿Cómo es que tienes ese aspecto?

—Vengo a solicitar tu ayuda.

—¿Qué ha pasado?

—En estos momentos Edward avanza hasta las tierras de Patrick, quiere atacarlo por sorpresa.

—¿Qué? —preguntó perplejo.

—En cuanto lo he sabido hemos actuado en consecuencia. Mi hermano Tom, con el que me crié, en estos momentos debe de estar ya con ellos preparándose para el ataque.

—¡Dios mío! ¿Y tú? ¿Cómo te has enterado de las intenciones de ese malnacido?

En un principio dudó pero al final dijo:

—Por la duquesa de Herwood.

—No me lo puedo creer —dijo con una sonrisa, recordando la conversación mantenida con Lord Hedrick no hacía mucho—. ¿Así que es cierto eso que me dijo Patrick en cuanto a vosotros?

—Mejor dejemos el asunto ahí, ¿de acuerdo?

—Claro muchacho. Debo admitir que en nuestra última charla estábamos preocupados por si esa dama podría apartarte de los motivos por los cuáles nos aliamos contigo, pero ya veo que gracias a ella la información que te ha dado ha sido de suma importancia. Nunca nos habríamos dado cuenta de sus verdaderos planes. Ni siquiera teniéndote a ti entre ellos como uno más.

El duque del Loira, una vez puesto al día de lo que estaba por acontecer, se apartó de Stefan y se dirigió a la estancia en la que se encontraba el capitán de su ejército. Allí, con una mirada fría y preocupada, por si no llegaban a tiempo, dijo con voz alta y clara:

—Prepara a todos nuestros hombres, partimos en cuanto estén listos.

—Sí, señor.

El capitán abandonó la sala, sin pronunciar palabra, y lo hizo con pasos apresurados, dirigiéndose directamente hasta la campana que había en lo alto de una de las torres y que estaba reservada para casos urgentes.

¡Como era el caso!

Comenzó a tocarla, para avisar a sus hombres, a la vez que comenzó a ver el gran revuelo que se levantó en mitad del patio de armas. Observando desde allí arriba lo bien entrenados que estaban puesto que no tardaron nada en estar cada uno junto a su caballo, esperando las siguientes órdenes.

Mientras, dentro del castillo, una conversación trascendental seguía manteniéndose entre ambos duques.

El duque del Loira y el que era por derecho legítimo el duque de Herwood.

—Su majestad deberá ser informado de las hazañas de ese malnacido, no sé Stefan, pero creo que ha llegado el momento de poner, de una vez por todas, las cartas sobre la mesa.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes que tanto Patrick como yo fuimos informados, en su día, de tu posición en aquella pequeña aldea cuando eras apenas un niño. Hace ya varios años.

—Sigue.

—Pues que quizás no hemos sabido buscar en el lugar en el que deberíamos, Stefan. Las pruebas que realmente te otorgan el ser quien eres siguen ocultas, y empiezo a sospechar que hay alguien en el entorno cercano de Edward que es el que las posee, al igual que creo que ese mismo hombre es el que nos informó de tu verdadero paradero.

—Pero no puede ser —negó con la cabeza ante lo absurdo de la cuestión—. El entorno cercano de Edward en estos momentos se limita a Anthony y al capitán.

—Entonces ya va siendo hora de que busquemos por ahí. Tengo la certeza de que no me estoy equivocando, al igual que creo que la mezquindad de Edward no la soporta pero no se atreve a dar el paso definitivo para desenmascararlo porque si no, ¿por qué se empeñó en hacernos llegar aquel anónimo en el que revelaba que el hijo del verdadero duque no estaba muerto?

—No sé —dijo dubitativo—. Si en realidad es verdad cuanto dices, ¿por qué actuar después de todos estos años? Aunque se arrepintiera y me

pusiera a salvo, a la vista está que prefiere la seguridad de mantenerse en el anonimato. ¿Por qué iba a dar la cara cuando solo podría acarrearle peligros hacia su persona en caso de que Edward supiera de su traición?

—No lo sé muchacho, la verdad es que ya no sé qué creer, —se asomó a uno de los ventanales que comunicaban con el patio de armas y vio a sus hombres montados sobre sus caballos, listos para partir. Por lo que terminó de ponerse las ropas que usaban para las batallas (armadura incluida) y continuó —: dejémoslo de momento, ahora tenemos otros temas que tratar con urgencia.

—Vámonos pues. Nos espera una dura jornada.

Desde las colmenas del castillo de lord Hedrick los arqueros cargaban sus arcos sin descanso y apuntaban a los que trataban de conseguir llegar hasta las puertas del castillo con los enormes troncos empujados por decenas de jóvenes muchachos.

Edward, que se mantenía a una prudente distancia, para no ser herido, veía cómo sus hombres empezaban a caer, solo que eso a él no le importaba nada. Lo único que verdaderamente le importaba era saber, que de seguir así, no tardarían en abrirse camino a través de la puerta que empezaba a ceder. Sintióse ganador aun antes de haber entrado siquiera.

¡A menos es lo que él creía!

Todo estaba resultando tal y como él predijo. ¿Qué importaban los casi niños que estaban muriendo? Nada, absolutamente nada

Y a medida que veía, cómo los que caían iban siendo reemplazados por otros nuevos, se acordó de su bella esposa y recordó una vez más lo acontecido hacía tan solo dos noches, (antes de que saliera con sus tropas) en la alcoba de ella, recordando uno a uno los golpes infligidos sobre su bello cuerpo a la vez que la violaba como nunca antes lo hizo. Recreándose en el daño ocasionado ante lo mucho que lo excitaba, sabiendo que solamente el hecho de que se quedara preñada la salvaría durante unos meses...

Las imágenes que acudían a su mente podrida le hicieron desear estar en casa para calmar la turbación de su cuerpo mientras le venía a la mente la imagen nítida de su bella esposa en la posición en la que la dejó. De espaldas contra la cama, completamente desnuda, y con la sangre recorriendo por varias partes de su cuerpo...

—Señor, ¿qué es eso?

De repente escuchó la voz alterada de su capitán y volvió a la realidad

con un humor de perros.

—¿Qué es qué? —preguntó malhumorado por ser arrancado de pensamientos tan gratos.

—Mire allí.

Lo hizo y el color en la cara de Edward se desvaneció tan rápido como la espuma porque de pronto, y sin aviso, un sinfín de soldados uniformados empezaban a dejarse ver en lo alto de la colina, dejándole totalmente pálido y sin palabras al darse cuenta de la real situación a la que se estaban enfrentando de repente.

Su suerte acababa de cambiar con una fatalidad espantosa.

¿Cómo había sido tan iluso de no dejar a ningún hombre en la retaguardia? Y se maldijo por dentro por caer en una trampa tan absurda, mientras que la gran mancha que se veía desde allí seguía creciendo y creciendo...

No tenían nada que hacer.

—¿Qué hago, señor? —preguntó el capitán nervioso tras verle en aquel estado de bloqueo absoluto. Esperando cualquier orden que le diera.

Edward dejó de mirar a los que seguían avanzando impasibles y lo miró, logrando despertar de la terrible pesadilla con la que al final se habían encontrado.

Si ordenaba a sus hombres seguir en la lucha, no durarían en pie mucho rato. Aquel asalto estaba perdido. Por eso, con el corazón encogido de rabia y odio, porque no podía permitirse tantas bajas, dijo en tono compungido:

—Ordena la retirada.

—Sí, señor.

El capitán avanzó hasta donde se encontraban la mayoría de sus hombres y comenzó a gritar:

—Retirada, retirada.

Y mientras Edward veía desolado, cómo sus hombres daban marcha atrás para terminar huyendo por el lado contrario, atinó a ver la bandera del ducado de Loira, comprendiendo que si se había presentado, precisamente ahora, no podía ser fruto de la casualidad.

¡Algo del todo imposible!

La cara le volvió a cambiar y se transformó en una máscara de hielo ante la envergadura de la situación. La probabilidad de que alguien, todavía no sabía quién, lo había traicionado crecía a gran velocidad.

Pero ¿quién?

—¡Esto no va a quedar así! —dijo de pronto, con una ira incontrolada mientras que espoleaba a su caballo.

El ridículo de retirarse de esa manera tan cobarde era demasiado...

Y a cada paso que se alejaba, de aquellas malditas tierras que se le terminaron resistiendo, iba pensando en la manera de vengarse de sus dos enemigos, trazando un plan para acabar con ellos de una buena vez y sabía que la única forma de conseguirlo sería con nuevos aliados para hacerles frente y quedarse con las tierras de los dos.

Algo que consiguió levantarle el ánimo por un momento.

—Capitán.

—¿Sí, señor?

—Cambiemos el rumbo. Debo hablar cuanto antes con los condes que asistieron a la fiesta de presentación de mi esposa. Solamente con la ayuda de ellos será suficiente para preparar un nuevo ataque, y esta vez acabaré con los dos, vaya si lo haré.

—Como vos ordenéis.

—Anthony —llamó esta vez a su mano derecha—. Tú regresa a casa con una de las partidas. No creo que se atrevan a atacarnos pero ahora toda la precaución será poca.

—Sí Edward.

Y así fue como separaron sus caminos. Uno de regreso al castillo, y otros camino a nuevos horizontes con la única intención de vengar el intento fallido de conquista al tiempo que soñaba con lo mucho que iba a disfrutar una vez que encontrara la ayuda necesaria, pues no cejaría en su empeño hasta conseguirlo. Añadiendo el hecho de que solamente él sería el encargado de hundir su espada dentro de los cuerpos del duque del Loira y lord Hedrick.

¡Y disfrutó ante el solo hecho de imaginarlo!

—Al final tu duquesa ha terminado salvándome de una invasión segura —decía Patrick con una jarra de ron sobre la mesa y una sonrisa optimista— de no ser por ella en primer lugar, y por ti que actuaste con gran rapidez, en estos momentos estaría muerto y con el malnacido de Edward como nuevo amo de mis tierras.

—¿Mi duquesa? —preguntó divertido llevándose la jarra a la boca.

—No puedes negarlo, tu cara te delata como ya te dije en su día.

—¿Quieres hacerme el maldito favor de cambiar de tema? No creo que

nada de esto os incumba a ninguno de los dos.

El duque del Loira y Lord Hedrick se miraron y se rieron a carcajadas, a expensas de él, al comprender lo involucrado que estaba con aquella mujer sin todavía entenderlo.

En los años en los que le conocían nunca le habían visto así. Llegando a mostrar lo mucho que les chocaba porque le conocían demasiado bien, y por lo tanto sabían que el lío de faldas no le iba para nada. Mucho menos tratándose de la actual esposa de su enemigo.

—Está bien, ¿cuál será nuestro siguiente paso?

El duque del Loira pasó entonces a explicar todo cuanto le había contado a Stefan en su castillo, dejando a Patrick intrigado a más no poder al creer que lo que decía no iba muy desencaminado.

—Intentemos jugar bien nuestra última baza —añadió Patrick una vez que le escuchó—, debemos terminar cuanto antes con esto puesto que no creo que Edward se dé por vencido. A saber en lo que estará ahora para acabar con nosotros.

—Estoy de acuerdo contigo. Yo creo que lo primero que debemos hacer es tratar de hablar con su majestad el rey.

—¿Y por qué habría de creernos? —preguntó un Stefan desolado— no tenemos nada que corrobore quién soy.

—¿Y si no lo tenemos nunca? —le dijo mirándolo a los ojos sin apenas pestañear—. Aunque la verdadera pregunta es: ¿hasta cuándo vas a seguir soportando estar tan cerca de él con la misma sangre fría?

—No lo sé —contestó acordándose de las marcas del cuerpo de su amada, profiriendo un grito ahogado en su interior al recordarlo.

—Sigo diciendo que hay que actuar antes de que lo haga él otra vez, no se va a dar por vencido nunca.

Los tres se miraron durante un momento y sopesaron las posibles consecuencias de a lo que se iban a enfrentar.

—De acuerdo, ¿quién irá entonces a hablar con su majestad?

—Iré yo —se ofreció el duque del Loira—, he hablado con él en más de una ocasión y creo poder convencerle para que me escuche. Si logro una audiencia puede que lo demás no sea difícil.

—Me parece bien. Ahora, si me disculpáis, debo irme.

—Sí. Lo que menos nos favorecería ahora es que sospeche de ti, y lo empezará a hacer si por casualidad regresa y no te ve. No nos lo podemos permitir.

—Esperaré noticias vuestras.

Se dieron un fuerte abrazo de despedida y Stefan, acompañado de Tom, salieron y se dirigieron a las caballerizas, allí cogieron sus caballos y emprendieron la marcha. Les esperaba una gran cabalgata, otra vez.

En el camino de vuelta pensó en su amada Catherine y en la terrible necesidad de estrecharla entre sus brazos, resultándole la espera, hasta poder volver a verla, demasiado larga y dolorosa.

CAPÍTULO XVIII

La paliza infringida esta vez fue muy diferente a las anteriores...

Esta agónica vez no se había conformado con limitarse a una sola parte de su cuerpo, sino que lo hizo en general. Dejándola casi moribunda envuelta en un dolor insoportable, tendida en mitad de un reguero de sangre que empapaba las sábanas y el colchón.

Ni siquiera cuando acabó con ella pudo pedir ayuda y se limitó a hacerse un ovillo, como era habitual, mientras vagaba con su mente para apartarse de su cuerpo malherido...

Pasó en ese estado toda la noche, y no fue, hasta la mañana siguiente, cuando sus doncellas la descubrieron. Estas, al verla, actuaron con gran celeridad envueltas en un horror absoluto, salvándola de lo que podría haber sido una muerte segura debido al continuo goteo de sangre durante la interminable noche. Curándola con sumo cuidado entre las mujeres que tanto la querían.

E igual que la primera vez, en la que la violó, el único consuelo que le quedó fue aquel mágico brebaje que Anna le volvió a dar, y sin el cual las heridas la hubiesen hecho martirizarse sin consuelo durante aquellos primeros días. Unos días en los que estuvo casi todo el tiempo drogada, sumiéndose en la maravillosa inconsciencia que le provocaba aquel líquido salvador.

Ni Anna ni Natalie la dejaron sola ni una sola vez y se turnaron entre ellas para que no le faltara nada que pudiese necesitar. Mostrándole, una vez más, lo mucho que la querían, a la vez que sufrían como nunca antes por verla en el estado tan lamentable en el que se permitió dejarla.

Poco a poco fue recuperándose y, cuando pasó el cuarto día, fue capaz de levantarse de la cama. Bien sabía que las heridas físicas se curarían con rapidez, siendo consciente de que lo que tardaría en curarse sería el recuerdo interno de cuanto la había hecho dentro de su alcoba. Sumándose a una lista bien larga con todas las humillaciones, vejaciones, y maltratos a los que había sido sometida desde el terrible día en el que le conoció. Odiándolo hasta límites insospechados, llegando incluso a estar dispuesta a lo que hiciese falta para que aquello no volviese a repetirse.

Pero ¿qué?

La idea de fugarse volvió entonces a cruzarse otra vez por su cabeza, y aunque sabía que era un auténtico disparate... ¿qué opción le quedaba? Porque

estaba segura que de una manera, u otra, acabaría con su vida...

Y así, entre pensamientos amargos y profundos, iban pasando las horas, mezclando el horror, con de repente la ternura, en el instante en el que recordaba, con verdadero anhelo, todo lo que sentía entre los brazos de Jasón. Su tabla de salvación en esos agónicos momentos en los que se agarraba a cada recuerdo vivido junto a él, con una desesperación casi sobrehumana, al saber que gracias a su amado podría tratar de seguir adelante porque si no fuera por él, sería incluso capaz de quitarse la vida.

¡Lo que fuera con tal de que no la volviera a tocar!

Otra vez el efecto del brebaje pasó y consiguió pensar, con algo de claridad a pesar del dolor que empezaba a despertar, en lo que de verdad le importaba...

Y de pronto la angustia se apoderó de ella.

Jasón debía de estar loco de preocupación después de no dar señales de vida en todos esos días...

Y decidió hacerle llegar una nota.

Justo en ese instante entró Natalie con una bandeja repleta de comida, entonces sonrió y dejó sus pensamientos a un lado ya que sabía quién la podía ayudar en ese cometido, seguidamente, debido a la lucidez que seguía teniendo, recordó la conversación que tenían pendiente. Centrándose a pesar de lo que seguía rondando en su cabeza, afanándose por olvidarse del dolor que volvía sobre su cuerpo con una insistencia devastadora, aguantando antes de volver a beber el líquido para escucharla a través del único método del que disponían.

¡La escritura!

Presentía que había llegado la hora de hacer unas cuantas preguntas sobre los secretos, que parecía conocer tan bien, acerca de lo que la rodeaba.

¡Como era saber lo del pasadizo secreto que había en su alcoba!

Se sirvió un poco de café, cogió la tetera de la leche y se echó un poco, después lo endulzó con un poco de azúcar y removió con la cucharita a medida que la observaba detenidamente antes de preguntar:

—Natalie, ¿puedo hacerte unas preguntas?

Y de esta forma tan sencilla fue cómo empezó a saber la verdadera historia que envolvía aquel castillo, una historia cruel y que iba perfectamente con la clase de hombre que era su esposo. Descubriendo su lado más macabro

al saber, a través de lo que la doncella escribía con una pluma sobre un trozo de papel, lo que estuvo dispuesto a hacer para quedarse con lo que no le pertenecía.

Por lo visto Natalie había sido la hija de los criados de más confianza de los anteriores duques, entendiendo, finalmente, el motivo por el que le habían cortado la lengua.

Y a medida que el relato iba continuando, se enteró a su vez de que era ella, su doncella, la que jugaba en los jardines del castillo con el hijo varón de los duques porque su madre era la persona encargada de cuidar del pequeño. También supo, a través de las líneas que escribía a gran velocidad, que el padre de Natalie fue el que condujo a aquel niño desvalido y a ella, a través de los pasadizos una vez el verdadero duque falleció, antes de que Edward pudiese llegar hasta él. Salvándolo de una muerte segura.

En aquel punto unas lágrimas amargas brotaron de los ojos de Natalie al recordar el horror vivido por ese motivo, cuando el propio Edward ordenó que le cortaran la lengua, asegurándose, además, de que el tiempo que viviera bajo sus dominios lo pagara caro por la ayuda prestada de su padre a aquel niño completamente indefenso de cinco años. La crueldad de Edward no tuvo límites y así lo reflejó, consintiendo que los padres de Natalie vieran cómo le arrancaban la lengua a su hija, antes de matarlos él mismo, bajo los llantos desgarradores de una pobre niña que se desmayó a consecuencia de tanto dolor.

La verdad cayó como una losa sobre los hombros de Catherine al averiguar la verdad acerca de su doncella...

Y la verdad era tan simple como que compartían el mismo villano y torturador, entonces se llevó una mano a la boca para contener la arcada que le revolvió el estómago.

Apartó la bandeja a un lado ante la evidencia de que no sería capaz de seguir desayunando después de tan macabro descubrimiento.

—Tranquila Natalie, averiguaremos la forma con la que acabar con él, te lo prometo —le decía una Catherine convencida, envolviéndola entre sus brazos a pesar del dolor—. Tanto sufrimiento no puede quedar impune.

Anna entraba en esos momentos en la alcoba cuando las vio, y al encontrarse con aquella escena decidió quedarse sentada para no interrumpirlas.

—Acércate —le pidió Catherine llorando—. No te quedes ahí apartada Anna. También tú tienes derecho a saber esto que me está contando.

La doncella se acercó y comenzó a leer aquella desgarradora historia (puesto que ella también había sido enseñada por su ama).

Y a medida que leía su rostro perdía el color, llevándose la mano hasta el bolsillo para sacar el pañuelo y poder enjuagar sus lágrimas ante tanto sufrimiento, y sobre todo ante tanto dolor, uniéndose a ellas de la única forma que podía.

Que no era otra que escucharlas y apoyarlas en todo.

—¿Y el hijo de los duques consiguió salvarse? —preguntó de pronto aferrándose a la que podría ser la única posibilidad que tuviesen para acabar con el despiadado hombre.

La respuesta no tardó en ser escrita sobre el papel:

Alguien ayudó a mi padre a ponerlo a salvo antes de que lo cogieran, pero al poco tiempo llegó la noticia de que había sido encontrado muy lejos de aquí, siendo asesinado por orden expresa del duque.

La cara de desolación envolvió a Catherine en una nube borrosa difícil de hacerla ver algo bueno de lo que estaba leyendo, y se dio por vencida a medida que veía cómo Natalie volvía a escribir algo sin ser preguntada:

Pero hay algo que vi y escuché, en cierta ocasión, que no debería contar.

—¿Qué?! —se apresuraron a preguntar a la par, arrimándose más a la mesa en cuanto vieron que Natalie se proponía a seguir envolviéndolas en una gran tensión además de curiosidad.

¿Y si no todo estaba perdido?

Sé quién es la persona que ayudó a mi padre a salvar a Stefan cuando era un niño. Él mismo me lo dijo creyendo que nunca podría decirlo.

—¿Y quién es? —fue capaz de preguntar, olvidándose del dolor, mientras sentía cómo el corazón palpitaba descontrolado.

Anthony.

—¿Anthony? Pero no puede ser...

Las tres mujeres se miraron entonces, tratando de dar sentido a lo que no tenía.

—¿Te dijo algo más?

Natalie volvió a coger la pluma seguida atentamente de las dos mujeres que estaban dispuestas a agarrarse a un clavo ardiendo sin que les importara resultar quemadas.

Una noche, cuando estaba borracho, me vio y me dijo que me acercara. Fue entonces cuando me dijo que había ayudado a mi padre a poner a salvo al joven duque, pero me dijo algo más. Algo sorprendente que en un principio no creí posible, creyendo que se debía a la borrachera que llevaba encima.

—¡Por Dios Natalie! ¡¿Quieres hacer el favor de ir al grano?!

Me dijo que había sido él el encargado de ir en su busca una vez encontrado para acabar con su vida, pero también me dijo que al final no fue capaz de hacerlo y le mintió al creer firmemente que aquel muchacho se criaría donde lo dejó y que no se volvería a saber de él.

Una esperanza se cruzó en sus caminos, y se aferraron a ella con desesperación ante la idea de tener una posibilidad de acabar con aquel despiadado hombre si resultaba que encontraban al que verdaderamente pertenecían a aquellas tierras.

Y tomó la determinación de lo que debería hacer a continuación.

—Hablaré con Anthony —dijo decidida sin sopesar el riesgo que podría suponer para ellas.

Anna saltó de la silla y se puso en pie con los brazos en jarras ante dicha locura.

—No, no lo harás. ¿Acaso te has parado a pensar en lo peligroso que eso podría resultar? Como muy bien nos ha dicho Natalie estaba borracho cuando se lo dijo, ¿qué te hace suponer que pueda ser cierto?

—Anna —trató de tranquilizarla— esa ahora es nuestra única baza y hay que arriesgarse.

—¿A costa de qué?

—Vamos Anna ¡mírame! —dijo alzando la voz— ¿cuánto crees que tardará en propinarme otra paliza? ¿Cuánto crees que tardará en que al final se le vaya de las manos y termine matándome? Debes saber que si hay alguna posibilidad de acabar de la forma que sea con él lo haré, y si para conseguirlo tengo que caer yo, también lo haré, vaya si lo haré. Lo único que te pido — continuó, a la vez que una mirada de auténtica súplica lo decía todo— es que estés a mi lado. Te necesito como nunca antes mi querida Anna.

—Y yo voy a estar ahí niña mía. ¡Siempre!

Se acercó y se abrazaron. Ninguna de las dos sabía dónde les llevaría la información de la que se acababan de enterar. Rezando en su fuero interno para que, fuese lo que sucediese a partir de ahora, les resultase beneficioso.

—Creo que no puedo soportar más el dolor, dame la medicina por favor —dijo y se levantó del sillón con la ayuda de sus doncellas para dirigirse a la cama.

—Ahora mismo.

Una vez tragado aquel líquido, y antes de que el sueño se apoderara de ella, dijo:

—Necesito vuestra ayuda para hacer llegar una nota.

—¿Una nota? ¿A quién? Porque Anthony todavía no ha regresado de a donde se hayan dirigido...

—¿Se hayan dirigido? ¿Acaso el que Edward no haya vuelto a mi alcoba es debido a que no está aquí?

—Eso es. Hace cuatro días que marcharon con casi toda la guardia y de momento no han regresado.

—Y yo que pensaba que podría estar arrepentido por cuanto me ha hecho y que no se atrevía a dar la cara...

—Ese malvado no conoce lo que es el arrepentimiento querida, tú y

Natalie mejor que nadie lo sabéis.

Catherine comenzó a sentir la somnolencia y pensó, una última vez, en su amado Jasón.

—Entonces la nota podrá esperar porque supongo que él no estará tampoco.

—¿Él? —preguntó entonces Anna al no saber de lo que estaba hablando — ¿A quién te refieres?

—A Jasón —logró decir antes de que sus ojos comenzaran a cerrarse.

—¿Y quién es ese? —preguntó alarmada

Pero antes de terminar la pregunta vio cómo se dormía sin poder aclarárselo, mientras echaba la vista atrás.

No iba nada desencaminada cuando pensó que la noche de la fiesta pudo haber terminado reunida con algún hombre desconocido. Confirmando sus peores sospechas si por casualidad su esposo terminaba enterándose, algo que deberían evitar porque estaba segura que aquel despiadado hombre sí que terminaría con ella, y seguro que de forma cruel.

—Dejémosla descansar Natalie. Por esta mañana ya ha tenido suficiente.

CAPÍTULO XIX

Esa misma tarde, después de varias jornadas difíciles, Jasón llegó al castillo. Una vez allí se dirigió directamente a las caballerizas e hizo unas cuantas preguntas, sin levantar ninguna sospecha, acerca de si el duque había regresado después de haberle visto partir con su ejército, presumiendo delante del mozo, que lo estaba informando, de lo fácil que le había resultado escaparse durante esos días en busca de una mujer que le gustaba... recreándose en que su plan había salido a la perfección tras contar con la suerte de llegar antes que él.

De otra manera hubiese levantado sospechas que no le convenían...

Solo entonces, en el instante en el que entró en su cabaña, el pensamiento voló hacia su amada Catherine. Sabía que con toda probabilidad estaría asustada y nerviosa, dando por hecho que se habría pasado por allí para dejarse ver. Encontrándose con que él de repente había desaparecido.

¿Qué habría pensado entonces?

«Debo verla, ansío su cercanía después de estos eternos días lejos de ella., pero ¿cómo?»

El gesto contrariado de su cara cambió en un abrir y cerrar de ojos.

¡Sabía la manera de reunirse con ella! Además, el hecho de que Edward, todavía no hubiese regresado, obraba a su favor y por lo tanto aprovecharía la ocasión antes de que fuese demasiado tarde.

El único pero era que debía de mostrarse cauto, y que por lo tanto debería esperar a que anoheciera para poder usar aquel pasadizo secreto sin que nadie lo viera.

¡Era de vital importancia! Así que aprovecharía para descansar, estaba muerto de cansancio.

Cayó sobre el catre y dejó de pensar. Necesitaba dormir y recuperar fuerzas para ver a la mujer que se había convertido, en tan poco tiempo, en una pieza fundamental en su vida.

¿Quién lo hubiese dicho?

Empezaba a anoecer cuando, un Jasón decidido, sin echarse atrás, bajó hasta el pasadizo. Se adentró en él, con la antorcha a medio usar, y logró atravesarlo a la vez que pensaba en lo valiente que Catherine había sido por

atreverse a cruzarlo sola, por reunirse con él aquella maravillosa noche en la que se amaron por vez primera. Sintiendo, al recordarlo, cómo su cuerpo entero deseaba y anhelaba estar cerca de ella.

¡La necesitaba tanto que llegaba a doler!

Y sin ser consciente apretó el paso para llegar, lo antes posible a tan ansiado final, después de unos días que se convirtieron en eternos. Separándolos de lo que ambos deseaban fervientemente.

¡Estar juntos el máximo tiempo posible!

Pero no todo iba a ser tan fácil y la desolación se apoderó de él.

¡La maldita trampa no se abría! Por mucha fuerza con la que empujara no cedía un ápice, así que su sentido común le dijo que debía de haber algún tipo de cerrojo que se lo impedía y comprendió que no podría hacer nada para abrirlo.

Un momento...

¿Y si la consecuente de que así fuera había sido Catherine? Quizás el que se hubiese marchado sin decir nada le había molestado bastante y por eso, creyendo que sería capaz de usar el pasadizo, lo habría cerrado como venganza, ¿no?

E incluso llegó a pensar que no querría verlo más.

Y así, a medida que pasaba el tiempo abajo, pensó en qué hacer a continuación puesto que lo de marcharse por donde había venido no le resultaba nada alentador. La necesidad de verla, a cualquier precio, no le haría desistir así como así.

¡Nada de eso!

Y en ese momento perdió la poca cordura que le faltaba y comenzó a golpear la trampa primero con golpes suaves, para no delatarse, hasta terminar golpeando con fuerza sin que pareciera importarle las posibles consecuencias.

Su único propósito pasaba por despertarla al precio que fuera.

Anna estaba adormilada sobre el sillón cuando notó el primer golpe, y se despertó, un poco perdida, ante la suposición de haber escuchado algo.

¡Qué extraño!

Miró hacia los lados y no supo si habría sido cosa de su imaginación, así que dejó escapar un suspiro pesado, volvió a cerrar los ojos, tranquilamente, y se tapó bien con la manta...

Antes de volver a dormirse un nuevo golpe se escuchó, levantándola de un salto, puesto que el ruido era tan real como que ella respiraba.

«¡Dios santo! ¿De dónde procedía?»

Y comenzó a andar por la habitación, sigilosamente, esperando a que se volviera a oír.

Un nuevo golpe consiguió ponerla histérica a medida que supo que aquel ruido provenía del suelo, llegando a creer que se había vuelto loca.

Y como los golpes cada vez eran más insistentes, finalmente el pánico se terminó apoderando de ella, lo que la obligó a salir corriendo, despavorida, en busca de Natalie para que pudiera hacerse con tan misteriosa situación. Convencida de que se trataba de fantasmas y de que el ruido proveniente del suelo era debido al espíritu del anterior duque revelándose contra el impostor que acabó usurpando el puesto de su hijo...

Blanca como la pared entró en la alcoba en la que descansaba Natalie y se acercó a la cama. Allí alargó la mano y no dudó en sacudirla con brusquedad.

—Natalie, Natalie, despierta.

La pobre doncella se llevó un susto de muerte, al ser despertada entre gritos ahogados, y se levantó en el acto ante la creencia de que algo malo le había sucedido a Catherine.

La imagen del rostro de Anna así lo indicaba antes de escuchar:

—El espíritu del anterior duque se ha manifestado en la alcoba de Catherine. ¡Vamos, date prisa!

Sin tiempo que perder, ante tal disparate, Natalie se puso la bata por encima y salieron corriendo de vuelta a la alcoba de la duquesa, donde, una vez que entraron, cerró la puerta y echó el cerrojo por si a alguien se le ocurría molestarlas ante tanto estruendo.

¡Comprendió lo que sucedía nada más entrar!

La doncella entonces se acercó hasta uno de los muebles y como si tal cosa empezó a empujarlo.

Anna abrió los ojos como platos.

—Pero, ¿qué haces?

Y consiguió salir del trance en el que estaba gracias a lo que intuyó que estaba haciendo.

—No sé lo que te traes entre manos, pero te ayudaré —le dijo añadiendo—: porque mucho me temo que lo que hay ahí abajo no es el fantasma del anterior duque, ¿verdad?

Natalie se limitó a sonreír a la vez que, entre ambas, empezaron a mover el mueble tan pesado.

Catherine, tras el estruendo que estaban organizando, se despertó extrañada. Miró la estancia que la rodeaba, e incluso llegó a pensar que se trataba de un sueño... pero los golpes que se produjeron, a continuación, la sacaron de su ensoñación mientras el nerviosismo se apoderaba de ella.

¡Y comprendió quién era el causante de tanto alboroto!

Se levantó como buenamente pudo y se acercó.

—No sé lo que está ocurriendo Catherine —empezó a decir Anna—, pero por un momento he creído que escuchaba a un fantasma.

—La persona que está abajo no es ningún fantasma.

—¿Cómo que la persona que está abajo? ¿Qué significa eso?

—Ahora lo sabrás.

Quitaron el mueble y, una vez hecho, tiraron de la trampilla, abriéndola sin apenas esfuerzo mientras se hacían a un lado, esperando a que la persona que estaba ahí, subiera y se encontrara con ellas.

La cara de sorpresa de Anna fue todo un poema nada más verlo, tanto fue así que se quedó sin habla, comprendiendo al fin la manera en que esa noche había logrado reunirse con aquel hombre... al tiempo que, un Jasón ansioso, terminaba de subir los escalones con la finalidad de estrechar entre sus brazos a su amada Catherine, solo que no lo hizo porque se quedó helado ante la visión de las heridas que tenía a la vista, y sintió que la ira inundaba cada poro de su ser mientras la miraba con una pena infinita.

No pudo evitar odiarse por no haber previsto lo que podría llegar a suceder y en cambio dejarla sola a su merced.

¡Abandonándola!

La culpabilidad que lo engulló lo equiparó a compararse con el malnacido que la había vuelto a marcar como si tuviese todo el derecho del mundo. Quedándose parado, en mitad, puesto que no fue capaz de dar ni un solo paso hacia donde ella lo estaba esperando.

Su sentimiento era que la había fallado.

—¿Jasón?

Él no pudo contestar a medida que comprendía la magnitud de sus heridas, y es que, la luz que desprendían las velas, se hizo paso a través del camisón transparente dejando a la vista las marcas tan horribles que no habían comenzado a cicatrizar.

Casi se volvió loco al imaginarse el calvario por el que habría pasado.

—Jasón por favor —suplicó con lágrimas que comenzaron a caer ante la creencia de que la estaba rechazando—, abrázame.

El efecto causante de tales palabras le hizo volver en sí y dio un par de pasos hasta llegar a ella donde, con sumo cuidado, la estrechó entre sus brazos, queriendo recompensarla de alguna manera por haberse marchado sin antes averiguar si estaba bien.

—Jamás podré perdonarme por haberte dejado sola.

—Por favor —volvió a suplicar envuelta en un llanto desgarrador— ahora lo único que importa es saber que estás aquí, solo eso puede conseguir que empiece a olvidar.

—Estoy aquí mi dulce Katy, siempre lo estaré para ti.

Las doncellas, ante aquella escena se retiraron en silencio. Ni siquiera Anna dijo nada al ver el amor que se procesaban el uno hacia el otro.

¿Y quién era ella para amargarles después de lo sucedido?

Nadie, ella no era nadie para alejarles de aquel amor que no sabía cuándo había comenzado, pero sí que existía. A la vista estaba, aferrándose a la descabellada idea de que quizás él conseguiría ayudarla, de la forma que fuese, ahora que sabían que podría existir la posibilidad de acabar con Edward.

La creencia firme de que Stefan Herwood podría seguir con vida, en alguna parte, le daba fuerzas para emprender una lucha a la que debía aferrarse si quería salvar a su niña porque, si realmente lo encontraran, Edward terminaría pudriéndose en cualquier mazmorra y ellas terminarían, de una buena vez, con aquella pesadilla que las había perseguido desde el día que fue en su busca para desposarla a la fuerza...

Mientras tanto, en el interior de los aposentos de la duquesa:

—Hay que hacer algo antes de que él regrese —dijo Jasón de pronto—. No podemos seguir así.

—¿De qué estás hablando?

Los pensamientos se agolpaban en la cabeza de Jasón, sabía que de no hacer algo terminaría matándola, algo que desde luego no estaba dispuesto a consentir aunque fuese una auténtica locura porque, a pesar de lo mucho que había luchado esos años atrás, todo había dejado de importar.

¡Absolutamente todo!

Y llegó a dejar, en segundo plano, cualquier tema que no estuviese relacionado con la mujer que era su vida porque estaba dispuesto a lo que hiciese falta para salvarla...

Y si para conseguirlo debía renunciar a lo que por derecho le pertenecía lo haría, vaya si lo haría si con ello conseguía salvarla.

—Ven, te lo explicaré. —Tiró con suavidad de su mano y la sentó sobre su regazo mientras ella se acurrucaba feliz entre sus brazos— verás, hay una posibilidad que debes saber y la cual te permitiría que ese malnacido no volviera a ponerte una mano encima. Pero es algo peligroso y además puede que no resulte.

La ansiedad se apoderó de Catherine ante dicha noticia. Haría lo que fuese necesario con tal de que aquello que le estaba diciendo pudiese ser cierto y se aferró a la esperanza por última vez.

—Sea lo que sea lo haré. No puedo vivir así o terminaré cometiendo la locura que se me pasa por la cabeza cada vez con más insistencia.

Jasón prefirió no indagar en aquello que sería lo que se le podría pasar por la cabeza con la certeza de que no sería nada bueno, e intuyó que solo con su ayuda podría librarse de aquella pesadilla que la envolvía continuamente.

—Debemos hacer llegar tu caso hasta sus majestades los reyes.

—¿Qué? —preguntó incorporándose un poco para mirarle— eso que acabas de decir es una completa locura.

—No, no lo es.

—Pero, ¿por qué habrían de recibirme sus majestades los reyes por un asunto así? Además, aun en el caso de que me recibieran primero tendría que salir de aquí y llegar hasta ellos. Y eso es algo imposible.

—Te equivocas —dijo con firmeza, mirándola con una esperanza que surgía de la nada ante la idea que le cruzaba por la mente y que podría ser su única salvación— yo te ayudaré a conseguirlo, nunca más te voy a dejar sola. ¡Nunca más!

—Pero...

Jasón no la dejó hablar, había mucho que hacer antes de dar la posibilidad a Edward a que regresara, ya que entonces sí que no tendrían ninguna oportunidad hasta que su verdadera identidad saliera a flote.

¡Y aquello era algo que podría no llegar a ocurrir nunca!

—Escúchame bien, debemos salir cuanto antes así que dile a tus doncellas que preparen algo de ropa. Yo mientras iré preparando el carruaje porque no podrás aguantar un viaje a caballo en tu estado. Nos reuniremos en las caballerizas en cuanto estés lista, ¿lo has entendido bien?

—Sí, es solo que... ¿y si nos atrapa?

Jasón cogió su bonita cara entre las manos y susurró:

—Si nos atrapa será el final para ambos, ese es el precio que podemos llegar a correr, —susurró rozando sus labios antes de besarla con suavidad para no lastimarla, notando la disposición hacia él antes de decir—: tú decides Catherine.

—Si hay una sola posibilidad para librarme de él lo haré —contestó con una determinación pasmosa, observando la expresión de la cara de Jasón que decía claramente lo grato que le resultaría ayudarla ante dicho cometido, por ello, infundiéndose del valor necesario para emprender aquella locura dijo—: ¡Vamos! ¡Hay que darse prisa!

—Eres increíble Katy —la ayudó a levantarse y se acercó a ella hasta que sus labios casi se tocaron—: tan increíble que a veces pienso que no estoy a tu altura.

—¿Por qué dices eso?

—Porque jamás, en toda mi vida, me he cruzado con una mujer como tú, una mujer con una valentía y un tesón que ya quisiera más de un hombre para sí. Y eso es algo que añadir a la lista de cualidades que tienes.

—¿Lista? ¿Acaso tienes una lista sobre mí?

—Por supuesto, y sigues dejándome con la boca abierta.

La cogió de la cintura y la acercó a su cuerpo, haciéndosele casi imposible tener que contenerse para no llevarla a la cama y hacerle el amor para borrar el daño de aquellas marcas y heridas...

Abrió los ojos como platos al sentirla acercarse para besarlo y la apartó a un lado, con un gran esfuerzo, antes de que fuera demasiado tarde.

—¡Para, para!

—¿Qué ocurre?

—¿Y tú me lo preguntas? ¡Oh bella mía! No puedo hacerte el amor en tu estado, te haría daño y eso es algo por lo que no estoy dispuesto a pasar. —Le dijo con la mirada atormentada, apartándose de aquel cuerpo que lo volvía loco de deseo.

—Tienes razón, pero es que cuando estoy contigo se me olvidan hasta las heridas Jasón. Eres tan importante para mí...

—Lo sé pero ahora he de irme. Te esperaré ansioso al otro lado. No tardes.

—¡Espera!

Jasón comenzaba a bajar los escalones cuando se paró.

—¿Puedo llevarme a Anna y a Natalie conmigo?

—No solo puedes, sino que debes. En cuanto llegue Edward y no te vea

es a las primeras que preguntaría, y a estas alturas ya sabemos lo que ese cobarde está dispuesto a hacer con las mujeres.

Sin añadir nada más continuó bajando y se adentró en el largo pasadizo, a la carrera, para tenerlo todo listo en el espacio de tiempo más corto posible.

Sabía lo mucho que se jugaban en ese momento si alguien de la guardia los sorprendía.

CAPÍTULO XX

El carruaje avanzaba por el sendero hecho, a lo largo de los años, gracias a la multitud de viandantes y carruajes que pasaban por allí, siguiendo las roderas para llegar hasta el destino final.

El traqueteo del carruaje, con cada nuevo bache, era continuo a la vez que avanzaba con una lentitud, a veces desesperante, conscientes de que la mujer que iba dentro no podría soportar aquel viaje en caso de ir más deprisa. Aunque de sobra sabían que el tiempo que perdían podría llevarlos a un destino final que ninguno quería.

¡La muerte!

Jasón iba en el asiento del pescante dirigiendo a los cuatro hermosos y fuertes caballos, que eligió, para aquel cometido y solamente soltaba las riendas cuando necesitaba descansar. Entonces era cuando Natalie lo reemplazaba, mostrando una habilidad asombrosa después de ofrecerse a ayudarlo. Hecho que les permitió continuar la marcha, sin casi parar, más que para satisfacer sus necesidades íntimas además de dejar descansar lo suficiente a los animales. Ya se había encargado de surtir el interior del carruajes con la finalidad de no perder ni un minuto ni para cazar. El tiempo corría en su contra y avanzaban día y noche empeñados en llegar a su destino final.

¡El castillo de sus majestades los reyes! antes de que Edward sospechase a donde se podrían haber dirigido.

Y el hecho de seguir avanzando, también en la oscuridad, gracias a la luz de la luna, podría ser primordial en caso de que ya los estuviesen buscando. El detalle de ser perseguidos por hombres a caballo obraba en su contra ante la evidencia de que no estaban en igualdad de condiciones. Imaginando la cara de sorpresa, de Edward, cuando supiera que su esposa no solo había tenido las agallas suficientes, aun a pesar de cómo la dejó para tratar de huir, sino que además, lo hubiese hecho con la ayuda de uno de los hombres que tenía a su servicio...

En ese punto Jasón deseó, como nunca antes, poder zanjar aquel asunto de hombre a hombre.

Y así seguían, avanzando poco a poco mientras Jasón se torturaba pensando en si Tom habría llegado ya a las tierras de lord Hedrik con la carta que le envió.

¡Era de vital importancia!

Sopesando la idea de que si este, no le apoyada ahora, cuando más lo necesitaba, estarían perdidos. Pero claro, él no tenía ni la menor idea de la reacción que su amigo podría llegar a tener cuando la leyera y se diera cuenta de la envergadura real de los nuevos acontecimientos.

El traqueteo del carruaje continuaba sin descanso mientras las damas que lo ocupaban comenzasen a sentir la desazón de lo que podría llegar a suceder, pero sin decirlo, debido a la lentitud de los caballos, haciéndoseles insoportables los continuos movimientos después de que aquel fuese el tercer día desde que salieran de forma despavorida del infierno en el que vivían. Mascando la tensión entre ellas sin pretenderlo por lo mucho que estaba en juego.

La única parte positiva, de todo aquello, era que después del tiempo pasado, desde la paliza infringida, las heridas de Catherine estaban casi curadas. Pero aun a pesar de insistir en ello, para que aceleraran la marcha, nadie la escuchó y permaneció a un lado, de brazos cruzados, para hacerles ver su enfado cuando Jasón hablaba con Anna con la intención de que le dijera la verdad acerca de su estado. Poniendo mohines en la cara al ser apartada de aquellas conversaciones como si estuviesen hablando de otra persona, a la vez que se empezaba a sentirse un lastre para todos ellos.

¡Algo que odiaba profundamente!

Continuaban sin descanso, sin todavía cruzarse con nadie, cuando Jasón miró hacia atrás por enésima vez, con gesto compungido al comprobar que la polvareda que los seguía estaba cada vez más cerca.

¡Sus peores presagios, entonces, se acabaron de cumplir!

Pero, ni viendo aquello, se sintió culpable por lo que había hecho. Lo volvería a hacer una y mil veces si con ello conseguía librar a su amada del destino tan macabro a la que fue sentenciada.

Estaba completamente seguro.

—Soooo... —Tiró de las riendas de los caballos abatido y logró pararlos.

¿Qué sentido tenía continuar si les pisaban los talones?

—¿Qué ocurre Jasón? —no tardó en preguntar Catherine, asomándose a la ventana del carruaje puesto no comprendía el por qué paraban— ¿Por qué paramos?

Jasón no contestó, bajó de un salto desde el pescante y se acercó hasta ella, fue entonces cuando susurró en voz baja:

—Lo siento Catherine.

El miedo se apoderó de ella e intuyó sin palabras lo que estaba ocurriendo. A continuación sacó las manos por la ventana y, sin dejar de mirarle, acarició su cara en un gesto de agradecimiento por cuanto la había demostrado.

Lo demás sobraba en aquellos momentos...

La polvareda que levantaba aquel sinfín de caballos no tardó en llegar hasta ellos y se paró a escasos metros de donde se encontraban, mientras que las damas asomadas a la ventana veían con horror que se trataba de un auténtico ejército. Perdiendo la pista de Jasón que no podía creer lo que veían sus ojos.

Lo que sucedió a continuación dejó a las tres mujeres con la boca abierta, y fue cuando vieron a Jasón acercándose hasta el que parecía el amo y señor de todos ellos para, una vez que hubo bajado de la montura, fundirse en una discusión acalorada como si se conociesen de toda la vida. Y comprendieron, tras ver las ropas de aquellos oficiales, que no se trataba de la guardia de Edward. Un detalle que por un instante las hizo respirar con tranquilidad a pesar de los gritos que se escuchaban, a lo lejos, permaneciendo dentro del carruaje para no meterse en lo que no debían.

Ya tendrían tiempo de averiguar quiénes eran aquellos hombres, y sobre todo qué es lo que querían.

Aguzó el oído y trató de escuchar la discusión entre los dos hombres que a simple vista parecía que se conocían bastante.

—¿Acaso te has vuelto loco?

Logró escuchar Catherine después de mandar callar a Anna.

—No me puedo creer lo que estás haciendo, ¿y si en lugar de mis hombres hubiese sido Edward el que te hubiese seguido? Sabía que esa maldita mujer no nos traería más que problemas y la prueba la tenemos aquí. A simple vista al haber sido capaz de correr en su busca para librarla, ¿de qué? ¡Por el amor de dios! ¿Es qué no ves que siempre será su esposa y por lo tanto la tratará como él quiera? ¿Tan difícil es de comprender?

«¿Cómo que sabía que no le traería más que problemas?», pensó una Catherine curiosa.

«¿Acaso la conocía sin ella saberlo?»

—Mira Patrick, te agradezco que te hayas ofrecido a ayudarme después

de leer la carta que te mandé enviar, pero por lo que más quieras, no trates a Catherine como si fuese cualquier mujer porque no lo es. Tú mejor que nadie sabe lo que me estoy jugando y por ello deberías saber que la locura que estoy cometiendo no es fruto de algo pasajero.

—¡Me cago en tus muertos Stefan! ¿Qué coño significa eso?

«¡Diablos!, ¿cómo lo ha llamado? Mira que he avisado a Anna para que se callara y va y habla justo cuando lo llama por otro nombre. ¿Cómo es eso posible?»

—Lo siento Patrick si finalmente me he involucrado demasiado tal y como tú creíste al principio, pero es lo que hay, y ya no voy a echarme atrás. No puedo.

—Muchacho, espero que sepas lo que estás haciendo. Desde luego que es una mujer afortunada al conseguir lo que ninguna otra consiguió.

—¿Eso significa que sigues apoyándome?

—¿Y qué otra cosa podría hacer? Además, creo que este contratiempo no será tan malo.

—¿Ah no? —bromeó sin creerse lo que estaba diciendo.

—El duque del Loira ya debe de estar en el castillo de los reyes, y si ha conseguido la audiencia con ellos no estaría mal que nos dejáramos ver todos. ¡Es ahora o nunca!

«¿De qué están hablando? Al final resulta que mi amado esconde más de un secreto» afirmaba una Catherine sorprendida tras lograr escuchar aquella conversación.

—Os escoltaremos hasta llegar a vuestro destino, una vez allí ya veremos que nos deparará el futuro.

—Gracias Patrick, no sé cómo agradecerte lo que estás haciendo por mí.

—No lo hagas, ya deberías saber que no solo lo hago por el acuerdo al que llegamos. Al final te he cogido cariño.

—¡Schsss! ¡calla! —bromeó divertido porque sabía que lo decía en serio. El aprecio era mutuo—. ¿Qué van a pensar si alguien te escucha decir algo así? Anda ven, creo que te acabas de ganar el que te presente a la que se ha convertido en la mujer más importante de mi vida.

—Ya era hora. Ardo en deseos de conocerla.

—Pero has de saber —le advirtió de pronto— que no sabe nada de lo mío.

—No te preocupes, todo a su tiempo.

«¿Y ahora por qué hablan tan bajo que no soy capaz de escucharles?»

E inmediatamente después se adentró sigilosamente en el interior del carruaje puesto se dirigían hacia allí y no quería que ninguno pudiese sospechar que había estado escuchando a hurtadillas.

La voz de Jasón a continuación se escuchó:

—Catherine, ¿podrías hacer el favor de salir? Quiero presentarte a alguien.

CAPÍTULO XXI

Las damas, allí presentes, presenciaron cómo, de la nada, se comenzó a levantar un campamento entre una sincronización increíble. Lo que provocó en Catherine el recuerdo de aquella vez cuando fue secuestrada por los forajidos, analizando la situación mientras se hacía a la idea de que, si no fuera, por las ropas que llevaban, claramente podría tratarse de ellos. Y es que la organización llevada a cabo era prácticamente igual que en aquella ocasión...

Y se olvidó de ello al creer convencida de que se trataba de una simple coincidencia.

¡Si ella supiera...!

Esa noche pudieron saborear una rica cena fuera del carruaje. A su alrededor el ambiente resultaba distendido después de saberse a salvo una vez que lord Hedrick les informó de que Edward aún no había regresado a sus dominios, lo que significaba que todavía no se había enterado de la huida de su esposa junto a uno de los hombres encargados de los caballos. Lo que supuso un respiro en el camino después de aquellos agónicos días, con sus noches incluidas, en las que no habían parado.

Y se limitó a disfrutar del hecho de poder hacerlo envueltos en la seguridad que les ofrecían las tropas de lord Hedrick.

Catherine miró un momento hacia el lugar en el que estaban sus doncellas, y rió divertida por lo bien rodeadas que estaban ya que varios hombres hacían lo imposible por llamar su atención, aquel simple gesto le ofreció poder ver a Natalie rodeada de hombres sin estar asustada, a menos es lo que indicaban sus gestos y su sonrisa encantadora. La lejanía de su torturador era la causante de que su comportamiento fuera el de una muchacha de su edad encantada con la atención de aquellos oficiales tan bien dispuestos.

¡Y a la duquesa, eso, la hacía feliz!

Volvió la atención a los hombres con los que compartía un café y lo hizo de sumo agrado. Seguidamente degustó el líquido recién preparado mientras se hacía a la idea de la paz que la rodeaba por unos mágicos momentos.

—Debo daros las gracias duquesa. De no ser por vos el indeseable de su esposo se hubiese hecho con mis tierras.

—No debe dármelas. Si en algo he contribuido para desbaratar sus planes he de decirle que estoy feliz de haberlo hecho. —Dejó la taza sobre el suelo y continuó—: pero hay algo que me intriga demasiado, no comprendo el

por qué uno de sus enemigos, y uno de los que se supone su hombre de confianza, puedan estar unidos frente a él. Creo que merezco una explicación al respecto, ¿no le parece a vos?

—¡Vaya, vaya! —exclamó entusiasmado ante lo que veía y escuchaba—. Ya veo que cuando decías en tu carta lo diferente que es, que no exagerabas un ápice.

—¿Disculpe?

—Y me alegra verlo con mis propios ojos —continuó divertido dirigiéndose a Stefan—, por un momento llegué a creer que podría ser un simple capricho pasajero. Ahora en cambio no solo te comprendo, sino que además te envidio.

Stefan se limitaba a escucharles mientras se daba cuenta de, cómo ella, se enfurecía a consecuencia de ignorarla para no responder a la pregunta que le acababa de hacer.

Y no pudo evitar divertirse por ver a ambos, en aquella tesitura, pero sin que considerada tener que intervenir. Simplemente dedicándose a observarles con atención, henchido de orgullo, tras poder ser presentada como ella se merecía.

—Lord Hedrick, ¿seríais tan amable de dejar de ignorarme y contestar a mi pregunta, por favor? —volvió a preguntar sin romper la compostura.

Patrick se quedó desconcertado primero, y absolutamente complacido después ante la pregunta tan directa.

—Patrick. Puede llamarme por mi nombre duquesa, creo que después de todo lo que sé en torno a vos es lo menos que puede hacer.

—¿Ah sí? —Contraatacó al escuchar tal necedad—. ¿Y qué le hace suponer que lo vaya a hacer cuando vos seguís empeñado en llamarme duquesa? Si es cierto lo que decís, en cuanto a todo lo que sabe acerca de mí, lo primero que haría es no llamarme así. Detesto que lo hagan.

El sonido de la carcajada que se le escapó a Stefan, no interfirió para que siguiesen mirándose como si se tratasen de dos gallos de pelea.

A cada cual más testarudo.

—Discúlpeme entonces Catherine.

—Eso está mejor... Patrick —respondió sin quedarse atrás— en cuanto a esa respuesta que estoy esperando...

—No soy el indicado de responderla querida. Ahora, si me disculpa... —seguidamente se levantó de entorno al fuego y dijo—: me retiro a mi tienda a descansar antes de que consiga sonsacarme algo que no debería decir. Sois

una mujer muy inteligente señora. ¿O tampoco le gusta que la llame así? — Terminó por decir disfrutando del juego al que ambos se habían prestado de buena gana.

—Puede llamarme como vos queráis siempre y cuando no sea duquesa. Y no le quepa la menor duda de que lo seguiré intentando Patrick.

—¿Intentar el qué, querida?

—Sonsacarle algo de información —aclaró con todo el descaro, viendo cómo su respuesta despertaba en él una gran sonrisa de complicidad—. Jasón de momento no se ha prestado a hacerlo, y he de reconocer que soy una dama curiosa.

—Hace bien, solo que tampoco yo voy a hacerlo Catherine. Hay demasiado en juego como para desbaratarlo todo, pudiendo llegar a ponerla ante un peligro aún mayor.

—¿Qué significa eso? —quiso saber, alzando la voz porque él comenzó a caminar hacia su tienda.

—Todo a su tiempo, querida.

La respuesta provocó en ella un mohín. Se había equivocado cuando creyó que podría sacarle algún tipo de respuesta a sus preguntas.

Y se ofuscó en cuanto vio la cara de Jasón, la cual dejaba en evidencia una clara muestra de entusiasmo ante lo que acababa de presenciar.

—¿Qué es lo que te resulta tan gracioso?

—Jamás hubiese creído posible que podría llegar el día en que os conocierais, y no solo ha llegado, sino que además, sois tan parecidos, que me entusiasma el hecho de haber podido hacerlo de una buena vez.

—¡Ja! —Le espetó cruzándose de brazos— ya averiguaré la manera de que me diga lo que deseo, vaya si lo voy a hacer.

Jasón volvió a sonreír lo que provocó, en la otra parte, una reacción alterada.

Ella no lograba entender la poca disposición de su amado a decirle la verdad después de lo mucho que se amaban, y que no confiase en ella le dolía extremadamente.

—No le encuentro la gracia, deberías ser tú quien me dijera lo que ocurre, y no tener que recurrir a otros para que me lo digan. ¿Es esa la confianza que dices tener en mí?

—¡Oh, no! no vayas por ahí que no te va a servir de nada.

—Está bien, como tú quieras.

Se levantó a su vez, enfurruñada, y se marchó tras los pasos de Patrick.

Seguramente las tiendas destinadas a ellas estarían juntas, así que lo dejó allí, sin la menor contemplación, mientras avanzaba hacia no sabía muy bien dónde, puesto que no se había fijado en cuál de ellas había entrado.

—¿Cuál sería la tienda destinada a su descanso?

—¡Maldición!

Y así, resoplando de rabia, tuvo que volver sobre sus pasos hasta la hoguera. Y allí tuvo que tragarse que, un Jasón divertido, le dijera a través de su mirada lo mucho que estaba disfrutando por verla regresar. Conteniéndose para no reír a carcajadas debido al semblante serio y enfadado de ella.

—¿Puedes hacerme el favor de decirme dónde está mi tienda? ¿O también eso es parte de un gran secreto? —terminó diciendo mordaz incapaz de morderse la lengua, a la vez que lo miraba con ojos de gata salvaje.

—Preciosa, ¿acaso no ves lo mucho que me estás provocando?

—¡Ja! —volvió a decir—, ¿provocarte yo? ni en sueños lo haría.

—¿Ah no?

De pronto él se levantó y se acercó mientras que ella permanecía impassible, enfurruñada todavía por la falta de confianza en ella, al mismo tiempo que notaba su cercanía peligrosamente. Acercándose cada vez más, y con una lentitud claramente provocadora, al tiempo que a través de la mirada le decía lo que deseaba hacer con ella y con su cuerpo.

—Por supuesto —logró decir en su empeño de querer seguir mostrándose enfadada a pesar de lo cerca que estaba.

Siendo consciente, para su tormento, que su cuerpo cedía a gran velocidad.

—¿Estás segura?

Tragó con dificultad y tardó en responder en el instante en que notó su cuerpo pegado al suyo. Le resultaba casi imposible contestar y se dio cuenta de lo mucho que le gustaba aquella cercanía después de los interminables días que habían pasado sin apenas tocarse.

Aun así dijo desafiante:

—Completamente.

Jasón sonrió, a continuación bajó hasta su oído y rozó la nariz contra el lóbulo de su oreja, a propósito, consiguiendo lo que buscaba.

¡Ponerla nerviosa!

Y susurró:

—Me estás mintiendo.

El simple contacto, sumado a aquel maravilloso susurro en su oído con

aliento incluido, hizo que se le erizara el pelo de la nuca.

Cerró los ojos y entreabrió los labios ante la dicha de aquella caricia, que despertó en ella la pasión contenida desde la última vez que la hizo suya, y tuvo la claridad de que acababa de perder la batalla contra él, sucumbiendo a sus encantos con un simple roce.

¡Desde luego que el poder que obraba sobre su cuerpo era realmente adictivo!

¿Para qué negarlo?

—¿Y qué te hace suponer algo así? —la voz le tembló, delatándola por completo, y es que, lo único en lo que podía pensar era en él y en lo que podría ofrecerle. Saboreando en su interior lo que vendría a continuación.

—Mírate, —volvió a susurrar mientras apartaba un mechón de pelo para colocarlo detrás de la oreja—, ha sido acariciarte y sentir cómo tu cuerpo entero cedía a mí. ¿Qué más pruebas quieres dulce mía?

No pudo responder, en cambio lo que sí hizo fue sujetarse a él en cuanto sintió su lengua adentrándose en el lóbulo de su oreja. De repente sus piernas parecían no querer sostenerla, y se le escapó un gemido de placer perdiendo la cabeza completamente. Ni siquiera podía ser consciente de que estaba rodeada por un ejército entero, haciéndole ver el tipo de poder que tenía sobre ella.

Jasón enloqueció al escucharla, y claro, inmediatamente después, comenzó a notar la dureza en la entrepierna.

—¡Schssss! ¿Acaso pretendes que todos se den cuenta de lo que estoy haciéndote? —volvió a susurrar sobre su oído.

A Catherine se le volvieron a erizar los pelos de la nuca a medida que un hormigueo recorría su cuerpo de principio a fin.

Y se olvidó de que las posibilidades de ser descubiertos fueran tan sumamente altas.

¿Qué más daba?

—No puedo evitarlo, —le contestó a modo de disculpa envuelta en un rubor que teñía sus mejillas, echando un vistazo a su alrededor— creo que lo mejor es que nos retiremos a nuestras tiendas si no queremos terminar cometiendo una locura.

—¡Ah no! ¡Nada de eso! —y ante la mirada escandalizada de ella la cogió de la cintura y la estrechó contra su cuerpo, provocando que las primeras miradas se centrasen en ellos—. ¿Acaso te crees que podré dormir teniéndote tan cerca? Ahora que sé que estás recuperada, créeme si te digo que no pienso esperar ni un minuto más para hacerte el amor.

—¿Te has vuelto loco? mira a tu alrededor... —y aunque pretendía regañarle, a pesar de querer lo mismo que él, se quedó callada al sentir su espléndida dureza, extasiándose por la presión que ejercía contra su vientre y consiguiendo que se olvidara hasta de lo que estaba diciendo, sucumbiendo—: ¡Oh Jasón! Busquemos un sitio apartado, te lo suplico.

—Ya lo tenía previsto.

La respuesta de él no se hizo esperar y el corazón de la muchacha dio un brinco en cuanto escuchó su respuesta.

Saber que sería posible yacer junto a él le nubló la razón.

—¿Cómo?

—Lo que has oído Catherine. Ven conmigo, esta noche la tenemos para nosotros dos, solos, por primera vez.

Una Catherine entusiasmada se agarró a su mano, sin hacer preguntas, y simplemente se dejó llevar hasta el final del campamento en un estado mezcla de sorpresa y de euforia, mientras dejaba de ver a los oficiales que había por allí congregados.

Una tienda a lo lejos la situó en el lugar indicado y, antes de llegar, supo que sería la que ocuparían.

¡Desde luego que había pensado en todo!

—Espero que no te moleste que haya ideado esto.

—¿Molestarme dices? —abrió la lona, que hacía de puerta, y se sorprendió gratamente al ver una cama improvisada a modo de colchón.

Catherine hizo un mohín ante la evidencia de que había jugado con ella deliberadamente.

—Aunque lo que sí debería estar es enfadada por hacerme creer que después de tus caricias al final tendría que retirarme a mi tienda sola.

A pesar de sus palabras dio un paso hacia delante con decisión y se adentró en el interior de la tienda a la vez que era seguida, a escasa distancia, por el hombre que le provocaba tan diversas sensaciones.

—¿Y dejarme como estoy? —gruñó contestando a su comentario.

A continuación soltó la lona y esta volvió a su sitio para tener la intimidad que tanto ansiaba.

A Catherine no le dio tiempo ni a volverse, antes de darse cuenta él la cogía por detrás y la estrechaba contra sí, volviendo a sentir su dureza, esta vez sobre su trasero, mientras cerraba los ojos extasiada ante el privilegio de sentir un centenar de mariposas revoloteando sobre su estómago.

—¡Katy! ¡Ven aquí! —susurró de pronto sobre su oído con la voz ronca

y sensual. La contención que tenía no duraría demasiado tiempo, eso era seguro. Delatando la prisa inusitada que le urgía mientras la apretaba un poco más contra su miembro erecto, lo que provocó en ambos un calor abrasador—. Me ha resultado eterna la espera hasta poder tocarte como deseo, y ahora ya no puedo hacerlo más. ¡Te necesito!

Dicho esto llevó las manos a la parte delantera del vestido y comenzó a desabrochárselo. Inmediatamente después este se fue abriendo, dejando los pechos bajo la fina tela.

—Todo esto sobra. —Tiró del vestido hacia abajo, y como el corsé se resistía, tiró aún más fuerte. Quedando expuesta por entero a él tal y como pretendía. Solo entonces la hizo darse la vuelta y se maravilló ante lo que veía — ¡Por Dios Catherine! Eres tan bella...

Y sin poder contenerse buscó su boca de manera casi salvaje, penetrándola con una mirada de necesidad, casi obsesiva, a la vez que comenzaba a besarla en una danza de lujuria absoluta, entrelazando sus húmedas lenguas al tiempo que sus manos se recorrían por entero. Las de él en busca de sus cálidos pechos, y las de ella en busca de su ropa para desnudarlo y así poder juntar sus cuerpos, dejando la ropa allí tirada, junto a la suya, mientras que él la llevaba hasta el colchón y la empujaba suavemente para tenerla tendida donde exactamente la quería.

Y al tenerla así se quedó quieto durante unos eternos segundos, simplemente observándola, para deleite de sus ojos, los cuales parecían ávidos de su cuerpo. Sintiendo las gloriosas palpitations de su miembro erecto antes de tenderse sobre ella.

Catherine no tardó en arquear las caderas en su busca. Un detalle que a él le arrancó una sonrisa de placer.

—¿Tienes prisa? Tenemos toda la noche por delante y quiero saborearte entera.

—Mmmm. ¡Qué bien suena eso!

Un estremecimiento recorrió por su espina dorsal justo en el momento en que se llevó uno de los pechos a su boca y lo mordisqueó juguetón, ella se agarró al colchón de forma desesperada entre jadeos suplicantes.

—¡Oh Jasón!

—¿Te gusta? —preguntó complacido antes de pasar la lengua por el pezón para terminar metiéndoselo en la boca, succionando con suavidad una y otra vez sin descanso.

—Sí... sí... —gemía con la deliciosa sensación de estar completamente

húmeda entre las piernas. Un fuego abrasador la cubría por entero implorando que la llenara con su carne.

Necesitándolo como nunca antes.

Los besos fueron bajando poco a poco hasta llegar por debajo del ombligo, y a medida que lo hacía, la arrastraba a un estado de desesperación absoluta al querer con insistencia que la hiciera suya. Actuando de forma deliberada, sin dejar de mirarlo en ningún momento, mostrando sin pudor la lujuria que acababa de despertar en ella. Y se dejó llevar, provocándole de manera valiente a medida que abría las piernas.

El gruñido de Jasón no tardó en escaparse ante dicha tentación.

—¡Por Dios Catherine! ¿Qué me estás haciendo? Vas a acabar conmigo —metió las manos por debajo de sus nalgas y la alzó hacia su boca, la cual la esperaba impaciente dispuesto a todo después de aquella provocación.

La mirada de sorpresa de ella no tardó en convertirse en estado de alerta. No podía creer lo que él estaba a punto de hacer, ya que lo que parecía era que iba a besarla justo ahí... pero aun así se sorprendió ella misma, permaneciendo inmóvil y reconociendo, en su fuero más interno, lo mucho que de pronto le apetecía sentirlo de aquella forma tan escandalosa. De hecho abrió los ojos puesto que no estaba dispuesta a perderse aquello que fuese a hacer.

Un grito estremecido salió de la garganta de Catherine al sentir la lengua por primera vez sobre su sexo, arqueando la espalda para ir en su busca de forma deliberada y desinhibida, clavando las uñas sobre el colchón a modo desesperado.

Un nuevo grito salió de su boca ante una nueva acometida que la elevó hasta el mismo cielo, lo que hizo que terminara suplicando:

—Por favor, por favor...

—Espérame Catherine —rogó con la voz rota, implorando con verdadero anhelo para que pudieran llegar al clímax juntos.

Jasón dejó de saborearla y se colocó encima de su cuerpo, se apoderó de sus labios y le ofreció, a través de ellos, su aroma.

El fuego que sentían era una auténtica tortura y por ello Jasón la buscó, se adentró con una facilidad sorprendente, gracias a lo dispuesta que estaba a él, y comenzó una danza seductora y sensual con cada nueva acometida en la que se dejaban llevar por el movimiento que marcaba, adaptándose como si fuesen uno, en busca de lo que el cuerpo les pedía a gritos.

¡La completa liberación!

—¡Catherine, Catherine! —pronunciaba entre jadeos ahogados debido a las sensaciones a flor de piel, poseyéndola en cuerpo y alma con una intensidad devastadora.

Un grito conjunto se oyó dentro de la tienda segundos después, derritiéndose uno en brazos del otro, incapaces de pensar en otra cosa que no fuera la maravillosa sensación que recorría por sus cuerpos liberados, mientras que Jasón salía de su interior y la abrazaba con fuerza.

La sensación de que le pertenecía, por primera vez, era indescriptible. Y tuvo la certeza de que no habría mujer en el mundo que pudiese comprarse con ella. Llegando a pensar en lo feliz que sería si tenía la oportunidad, algún día, de desposarla como ella se merecía.

Convirtiéndola en su esposa para siempre.

—Te amo Katy.

No tardaron en quedarse dormidos, abrazados el uno al otro, con la sensación de que nunca nadie conseguiría separarlos.

CAPÍTULO XXII

Catherine seguía dormida, plácidamente, a medida que comenzaba a amanecer...

Se encontraba en el mismo cielo, y la culpa la tenía un sueño erótico que la estaba acalorando a pasos agigantados.

No quería despertar, al contrario, necesitaba alargar todo lo que pudiera aquel sueño lleno de posibilidades, recreándose en cada beso y en cada caricia...

Su cuerpo desnudo estaba siendo explorado en cada rincón por unos labios expertos, comenzando por el hueco del cuello, donde unos besos húmedos la hacían casi estremecer. Tanto era así que en un movimiento incontrolado levantó las caderas mientras expulsaba el aire retenido en los pulmones, saboreando cada uno de los besos que Jasón le daba y que provocaban en ella pequeñas sacudidas.

Poco a poco aquellos deliciosos besos fueron bajando desde el cuello hasta sus pechos desnudos. Parecía que el sueño quería hacerse realidad y llegó incluso a percibir, en la lejanía, su propio suspiro ahogado.

¡Qué extraño!

Aquella locura consiguió que dejara de sumirse en la sensación de estar dormida para, en cambio, volver a la realidad.

Y abrió los ojos.

La dulce realidad, con la que se encontró, le cortó la respiración... Jasón estaba sentado a horcajadas encima de ella, y la manera en cómo la miraba, le daba una idea de lo que quería hacer en ese instante.

¡La estaba seduciendo con un embrujo natural!

—Buenos días, amada mía... —le dijo mostrando una sonrisa antes de volver sobre sus pechos, lamiéndolos con la lengua, con verdadera ansia, desfallecido de hambre por ella—. ¿Has dormido bien?

—Mmmm... —murmuró con un gemido ahogado.

Sentir su poderosa lengua sobre uno de los pezones, le hizo tener una reacción inmediata.

Y aquello era deseo...

—No he podido esperar a que te despertaras —ronroneó complacido, a continuación no tardó en metérselo en la boca, extasiado, escuchando otro gemido incontrolado.

¡Algo que le gustaba demasiado!

—Pensé que estaba soñando —logró decir ante su mirada pícaro.

—¿Ah sí?

—Pero ya veo que es mucho mejor que eso.

Jasón, sin perder un segundo, puesto que debían emprender la marcha cuanto antes, bajó la mano hasta el triángulo sedoso y comprobó con entusiasmo que no tenía que rogar.

Lo que provocó una gran excitación sobre su masculinidad.

—¿Estás preparada para recibirme? Te necesito.

Antes de que pudiese decir nada la tocó y se estremeció. Nuevamente estaba dispuesta a él.

Solo a él, deleitándose por lo afortunado que era.

—¡Oh Catherine! Acabas de despertarte y ya estás preparada para recibirme. —Gruñó y cerró los ojos mientras la escuchaba gemir con cada suave caricia. Estaba a punto de explotar y su deseo llegaba al límite—, me vuelves loco, no sabes el poder que tienes sobre mí.

Hundió uno de los dedos en su interior y la miró embobado. No quería perderse la reacción que pudiera tener. Una reacción que no tardó en llegar, primero abriendo los ojos, y acto seguido levantando las nalgas para ir en su busca.

¡Diciéndole claramente lo mucho que le gustaba!

Jasón entonces no pudo soportarlo. Si no la poseía se volvería loco del todo así que, fuera de sí, la cogió de las manos y las entrelazó con las suyas. Después las subió por encima de sus cabezas, con la clara idea de que supiera que era él el que mandaba, a medida que la penetraba con fuerza, de una embestida, arrancando un grito de sorpresa en la mujer de su vida.

Y la locura se cruzó en su mente, diciendo:

—Eres mía, Catherine. Solo mía.

Volvió a hundirse en ella, de forma desesperada y se entregaron con demasiada urgencia, dejándose llevar por lo que pedían sus cuerpos y saboreando los dulces momentos, que les quedaban, antes de que tuviesen que volver a partir con destino a un futuro incierto en el que todo podría ser... Una última embestida los llevó a la plenitud absoluta y se desbordó ante pequeños espasmos que los sacudían después de tener un orgasmo tan intenso.

Si alguien le otorgara un deseo, en esos momentos, lo tendría claro:

Desearía quedarse así el resto de la vida.

—¿Ha estado bien, verdad? —La besó en la boca y con una mueca de

disgusto salió de su interior, mostrando claramente lo mucho que le gustaría quedarse allí.

—Digamos que es una forma diferente de despertarse.

—¿Y eso quiere decir...?

—Que puedes hacerlo las veces que desees —confesó entre sus brazos, compartiendo aquellos dichosos momentos.

—Lo haré, mi querida Katy.

El embrujo del momento no tardó en desaparecer. El campamento estaba alejado pero se escuchaba a la perfección el jaleo que estaban montando.

La suposición entonces, de que había llegado la hora de marcharse, se convirtió en una realidad.

—¿Preparada para continuar?

—No lo sé —confesó con temor, aferrándose al momento que estaban viviendo sin más.

—Tenemos que hacerlo Catherine, es nuestra única opción antes de que él nos encuentre.

—Sí pero... —se acercó un poco más y logró acurrucarse contra él, abrazándolo presa de un miedo infinito— ¿y si sale mal?

—Entonces nos preocuparemos, no antes —contestó estrechándola entre sus brazos para protegerla— disfrutemos esto, lo demás vendrá solo queramos, o no lo queramos.

—Tienes razón, no voy a estropear lo que hemos compartido esta noche. Nos quedaremos con eso.

—Así me gusta.

La expresión en el rostro de Catherine cambió en cuanto fue apartada con suavidad.

No quería que la dejara de abrazar...

Ni de besar...

Tampoco que la dejara de acariciar...

Jasón buscó sus ropas y se empezó a vestir. Catherine, en cambio, no despegó los ojos de él.

«Lo amaba. Lo amaba tanto...»

—¿No podemos quedarnos aquí un día más? —preguntó mediante un ruego.

Lo deseaba con todas sus fuerzas, por ello luchó para persuadirle.

—No podemos arriesgarnos. —Terminó de abrocharse los pantalones y cogió la camisa del suelo—. Es crucial que lleguemos a hablar con los reyes,

esa ahora es nuestra única opción.

—Ya —contestó no muy convencida—, pero es que me gustaría tanto poder hacerlo...

Jasón dejó de abrocharse los botones de la camisa y se acercó a una Catherine melancólica y triste. El sospechoso brillo en sus ojos hablaba por ella y él, intuyéndolo, se dejó caer a su lado y acarició sus cabellos con un amor infinito. Abrió la boca y susurró:

—Conseguiremos la manera de arreglar esto.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. A menos voy a intentarlo con todas mis fuerzas, ¿y sabes por qué?

Ella negó con la cabeza.

—Porque te amo como nunca antes amé a ninguna otra mujer. Y porque quiero pasar el resto de mi vida contigo.

—¡Oh Jasón! —se incorporó con rapidez y lo abrazó. Dichosa ante las palabras que su amado le había dicho.

¿Y si realmente tenían una oportunidad?

Y no pudo evitar llorar, sobre su hombro, tras escuchar aquella declaración de amor en toda regla.

—Debemos irnos.

—Ve tú primero, yo te alcanzaré.

—No tardes.

Bajó a sus labios y la besó, dejándola allí, envuelta en una fantasía que se empezaba a abrir en su mente y que, con solo pensarlo, hacía que se sintiera completamente feliz y dichosa.

Se levantó esperanzada, cogió su ropa, y empezó a vestirse.

No les haría esperar.

Una vez que estuvo lista salió de la tienda y respiró el aire fresco que la envolvió. Alzó la mirada, en busca del campamento improvisado, cuando abrió los ojos como platos al darse cuenta de que este ya no estaba.

Había sido dismantelado como si nada y estaban listos para partir.

¡Y volvió a recordar algo que ya había vivido...!

Justo ahí, de repente, algo sucedió y dio lugar a una de las claves para averiguar el por qué lo que la rodeaba le resultaba tan conocido.

Y ocurrió de forma casual...

Ella seguía mirando, al frente, cuando de pronto reparó en un jinete a lo lejos. Un jinete con las vestiduras del color del ejército de lord Hedrick que se acercaba a gran velocidad, lo que permitió que lo observase, desde la distancia, ya que no sabía el por qué pero presentía que no le era desconocido.

¡No se equivocaba!

Y se quedó quieta sin apartar los ojos de él.

El jinete siguió avanzando y la casualidad quiso que reparara en ella, intuyendo que, muy posiblemente, ya hubiese sido informada de que aquel supuesto secuestro fue una patraña con la intención de que Stefan volviese a estar entre los hombres de confianza del hijo de perra de Edward...

¿Y qué mejor forma de hacerlo que rescatando a la que se suponía, su amante, de una banda de forajidos desalmados dispuestos a todo con ella?

Ni lo pensó, desvió el rumbo y se acercó a la dama con la decisión reflejada en su rostro. Una vez junto a ella paró su caballo y le pidió unas disculpas que él pensó que le debía.

Se llevó la mano hasta el sombrero y se lo quitó antes de decir:

—Buenos días, Catherine. Me alegro de poder saludarte como mereces.

Catherine se quedó sin habla y se limitó a mirar a aquel hombre que llevaba aquellas ropas y que se atrevía a tutearla como si en verdad la conociera.

¡¡Un momento!!

No tardó en quedarse helada. Lo acababa de reconocer...

Y es que allí, delante de sus narices se encontraba Frederick. El muchacho al que ofendió, y que estuvo dispuesto a zurrarla, con el cinturón, antes de que Jasón intercediera por ella el día en la que la secuestraron.

Poniendo patas arriba todo cuanto había creído vivir, en manos de aquellos desalmados...

¡Irremediablemente, después, se dio cuenta de la envergadura de los acontecimientos!

Entonces dio un paso hacia atrás, involuntariamente, a consecuencia de saber toda la farsa que había urdido en torno a ella, y la cual no se había dignado a decir.

El engaño a la que la había sometido era tan cruel que le partió el corazón. No entendía los motivos de tan burda mentira, e incluso se le pasó por la cabeza una espantosa idea. Dando forma a ese pensamiento, a medida que se sujetaba a la tienda para no caerse sobre el suelo. Le temblaban las piernas y el estómago se le había revuelto.

La tortura se había alojado en su interior debido a una pregunta que se hacía cada vez más y más insistente:

¿Acaso el romance que habían comenzado también era una farsa?

—Catherine, ¿estás bien? —preguntó Frederick a la vez que se bajaba del caballo de un salto para ayudarla.

La palidez en su rostro la delataba.

—¡No me toques! —Alzó la voz consiguiendo sacar fuerzas de donde no las tenía para enfrentarlo— ¡ni se te ocurra hacerlo!

Frederick obedeció y se quedó parado sin ser consciente de la verdadera turbación que había levantado en ella.

—Pero yo...

En el lado opuesto, un Stefan ajeno a lo que estaba ocurriendo, bebía el café que le había ofrecido Patrick entre muestras de risas y bromas porque, este último, insistía en preguntarle acerca de lo sucedido en la intimidad de aquella tienda apartada. Mostrándose relajados antes de que emprendieran la marcha nuevamente.

El azar entonces quiso que uno de los oficiales tropezase con Jasón, no lo vio por la cantidad de aparejos que llevaba en los brazos, y derramó el café hirviendo sobre la camisa de Stefan.

Una vez más, y de forma casual, el azar quiso que justo en ese momento Natalie pasara por allí, viendo cómo se quitaba la camisa, manchada de café, ofreciéndose a cogerla para lavarla... lo que terminó provocando una reacción totalmente inesperada además de desproporcionada de la joven doncella. Tanto que dejó a Stefan y a Patrick con la boca abierta, desconcertados, puesto no llegaban a comprender qué le podría suceder.

Y es que, en cuanto vio su torso desnudo, la palidez se adueñó de la muda muchacha, la cual era incapaz de apartar la mirada de la parte de su anatomía que acababa de quedar al descubierto, abriendo los ojos llena de una incredulidad inmensa, mientras se llevaba las manos a su garganta en un intento desesperado por hablar.

Se escucharon unos sonidos horribles.

—¿Qué te ocurre muchacha? —preguntó Patrick alarmado.

—No puede hablar, es muda —aclaró un Jasón igual de alarmado.

¿Qué le sucedía?

—Vaya, vaya. Jamás hubiese creído que pudieses llegar a tener tanto

poder sobre las hembras ante el solo hecho de sacarte la camisa, amigo.

—Déjate de bromas —añadió con voz seria dándose cuenta de que había algo, en todo aquello, que se les estaba escapando de las manos—, Natalie, ¿qué es lo que te ocurre? ¿Hay alguna forma para que puedas decírnoslo?

Lo que hizo la muchacha a continuación los dejó perplejos, ya que después de cogerse el bajo del vestido, para no caer, salió despavorida como si hubiese visto un fantasma.

Ambos no daban crédito a lo que allí acababa de suceder.

—Encárgate tú, Patrick —dijo de pronto y sin tiempo que perder—, iré tras ella para averiguar qué es lo que la ha trastornado tanto.

—Como quieras.

Y comenzó a caminar, siguiéndola a la vez que gritaba:

—Natalie...

Pero Natalie cada vez corría más y más rápido, parecía como si de pronto se hubiese vuelto loca.

—Natalie, espera —volvió a gritar.

Nada.

Y salió corriendo a su vez, detrás de ella, viéndola dirigirse hacia el lugar en el que se encontraba la tienda en la que se habían amado Catherine y él.

La única que seguía en pie.

Y si aquello parecía no ser suficiente Jasón no tardó en percatarse, con verdadero horror, de la situación tan irreal que se estaba produciendo, a su vez, unos metros más adelante. Dándose cuenta de cómo Catherine miraba a Frederick horrorizada.

Lo había reconocido...

«¡Por Dios! Esto es lo que menos necesitamos ahora», pensó un Stefan desconcertado.

Y claro, fue entonces cuando no le quedó ninguna duda...

¡¡¡Estaba metido en un problema bien gordo!!!

CAPÍTULO XXIII

La escena entonces fue la siguiente:

Natalie corrió extenuada hasta encontrarse con su ama. La cogió de los brazos, de un modo desesperado, y la comenzó a sacudir una y otra vez ante la mirada sorprendida de ella.

¿Qué habría podido ocurrir para que actuase así?

Y a medida que la zarandeaba se percató de que Jasón también se acercaba a la carrera, lo que hizo que se olvidara de Natalie para increpar, con una ira descontrolada, a la persona que por lo visto no conocía tan bien.

—¿Qué le sucede a tu doncella, Catherine? —preguntó fulminando a Frederick con la mirada.

¡Qué inoportuno!

—Eso es lo que yo quiero saber, Jasón, pero antes...

—¿Jasón? —preguntó de pronto Frederick sin poder permanecer callado, mirando a uno y a otro. No entendía la situación, y no lo hacía porque para él ella seguía siendo la ramera de Edward... pero entonces, ¿qué hacía Stefan con ella?—. ¿Por qué lo llamas Jasón?

Catherine frunció el ceño ante aquella pregunta, ¿cómo que por qué lo llamaba Jasón?, ¿acaso ese hombre era lerdo?

Y mientras eso ocurría, Natalie continuaba en su afán de llamar la atención de Catherine, queriéndole decir algo que por lo visto era de vital importancia. Y al no disponer ni de pluma, ni de papel, desvió la mirada hacia aquel hombre que la había alterado tanto de repente, a medida que Catherine prestaba atención a ese oficial, siguiéndole la corriente puesto que quería averiguar algo que parecía escapársele de su comprensión.

Ya hablaría después con su doncella...

—¿Y cómo habría de llamarle? —preguntó de pronto curiosa.

—¡Cállate! —exclamó Stefan con un grito que llegó bien lejos, procurando que no dijese lo que no debía porque su empeño pasaba por protegerla a toda costa.

¡Lo único que verdaderamente le importaba!

Catherine lo miró y lo fulminó con la mirada...

Y mientras, Natalie, optó por marcharse de allí en busca de lo que

necesitaba para decirle a su ama la sorprendente revelación que había visto con sus propios ojos y, gracias a la cual, debido a la importancia que tenía, podría cambiar el rumbo de los acontecimientos vividos hasta ahora... así que aceleró el paso, presa de un ataque de nervios, y dejó allí a los tres, aunque la verdadera guerra era entre Jasón y Catherine puesto que no les iba a resultar, nada fácil, aclarar aquella situación tan dantesca...

Por supuesto que Catherine no tardó en volver a la carga, con insistencia, puesto que no se quedaría callada.

¡Vaya que no!

—¿Por qué ha de callarse? —se enfrentó malhumorada con una voz y con unos gestos enfurecidos—. ¿Quizás piensas que soy tan necia como para no llegar a reconocerle?

Frederick volvió a mirar a uno y a otro antes de hablar. La urgencia de comunicarles lo que había venido a decirles resultaba de vital importancia, pero se quedó callado ante la advertencia de ambos, que claramente le decían que no se metiese en lo que no debía.

Bastante había hecho ya.

—Catherine déjame que te explique...

—¿Explicar dices? —dijo apartándose de él porque no quería ni que la tocase—, creo que es demasiado tarde después de lo que acabo de descubrir. Ahora entiendo muchas cosas. ¿Cómo has podido ser capaz de engañarme de esta forma tan miserable?

La cara de decepción hablaba por sí sola, transmitiéndole, a la otra parte, una mirada triste a raíz de la traición proveniente de la persona que más amaba y en la que había confiado con los ojos cerrados.

Y echó la vista atrás y recordó, esta vez, lo que le dijo acerca de que nada era lo que parecía el día que se separaron por primera vez.

¡Y tanto que no lo era!

—¡Todo era una mentira! ¡Una mentira que me has estado ocultando después de lo que hemos compartido! ¿O quizás lo que hemos vivido es una burda mentira también?, ¿esta es la forma de vengarte de él?, ¿acostarte con su esposa para satisfacer tu ego personal?

—¡No! —gritó incrédulo al escucharla—. ¡Por supuesto que no! Te amo Catherine.

—Ya no sé si creerte Jasón. Metisteis el miedo en mi cuerpo al decirme que me venderíais a un burdel, y resulta que lo único que pretendíais era que me fuera contigo, sin levantar ninguna sospecha, para tener la oportunidad y

devolverme a mi esposo sana y salva, pero... ¿por qué?

—Debía de ganarme su confianza Catherine, y pensamos que aquella era una buena oportunidad de hacerlo. Creíamos que eras su amante.

—Pero, ¿para qué querías ganarte su confianza si lo odias tanto? No comprendo nada Jasón, de veras que no lo hago, y lo deseo con todas mis fuerzas para ponerme en tu lugar y no pensar en la terrible decepción que me acabo de llevar.

—No puedo decirte mucho más, es peligroso.

—Así que sigues sin confiar en mí. Es eso, ¿no?

Jasón la miró con gesto compungido y pensó en la manera de aclararlo sin llegar a revelar su verdadera identidad.

¡¡No podía hacerlo!!

—Claro que confío en ti, bella mía.

—Entonces demuéstremelo.

—No puedo. —Volvió a decir con angustia.

Frederick entonces decidió intervenir sin medir las posibles consecuencias, y es que debía de informarles de lo que estaba sucediendo para alertarles antes de que fuese demasiado tarde.

Por ello, y antes de pensar siquiera en lo que iba a decir, soltó de repente:

—Stefan —dijo como si nada—. Siento entrometerme pero, has de saber que las tropas de Edward se dirigen hacia aquí, y creo que no podemos permitirnos seguir parados perdiendo un tiempo crucial como si nada.

Catherine escuchó cómo lo había llamado y giró la cabeza hacia la persona que lo había dicho extrañada, y justo ahí recordó el momento en el que habló con lord Hedrick, la noche anterior, sabiendo que lo había llamado con otro nombre.

¿Quizás Stefan?

El aturdimiento en ella fue evidente.

—¡Diablos! ¿No te había dicho que te callaras?

—Yo...

—Haz el favor de perderte de vista, antes de que me arrepienta.

Frederick no se lo pensó y huyó de allí al comprender la metedura de pata que acababa de tener, mezclándose entre sus hombres para informarles de la nueva situación.

—¿Por qué te ha llamado Stefan?

Nada más pronunciar ese nombre se acordó de la conversación que

mantuvo con Natalie acerca de la historia del castillo, y también recordó, de pronto, todo cuanto le había contado sin llegar a creerse que aquello fuese posible.

¿Stefan?

¿Podría existir una remota posibilidad de que él fuese...?

¡No, aquello era imposible!

—Debemos marcharnos —fue capaz de decir al no saber qué hacer—. Edward está en camino y debemos hablar con los reyes antes de que lo haga él, si no estamos perdidos.

—No has contestado a mi pregunta, Jasón —volvió a insistir.

Y se percató de que Natalie se acercaba con una hoja en la mano.

—¿Jasón?

—¡He dicho que no puedo decírtelo! —gritó perdiendo los nervios—, no lo voy a hacer si eso significa ponerte en peligro en algún momento. Y hasta que no tenga alguna prueba firme no lo haré.

—¿De qué peligro hablas? Si he de volver con él me matará después de hacer lo que he hecho, y tú lo sabes. ¿Por qué entonces no me dices, de una vez, el secreto que guardas tan bien?

La oportunidad de contárselo, de haberlo querido, la perdió, quedándose callado mientras que Natalie llegaba hasta ellos. Seguidamente les tendió una hoja que llevaba agarrada a la mano con fuerza.

—Ahora no, Natalie.

Pero ella insistió y permaneció firme hasta que Catherine cogió la hoja, comenzando a leerla, con dificultad, ya que no lograba entender la letra debido a la rapidez con la que había escrito.

¿Te acuerdas cuando te hablé acerca de la historia del hijo de los verdaderos duques?

Hubo algo que no te dije y que ahora tiene una gran importancia.

Dejó de leer y miró a su doncella por encima, descubriendo la ansiedad que tenía porque continuase con el relato.

—¿Qué es eso? —preguntó Jasón con curiosidad.

—Una carta que ha escrito Natalie —le informó a pesar de lo enfadada que seguía estando.

—Pero, ¿es que sabe escribir?

—Yo la enseñé. Detrás de lo que ves hay una historia trágica llena de dolor y sufrimiento. Algo que no hubiese sabido de no haberla enseñado.

—¿Una historia trágica? —preguntó como si nada, sin ser consecuentes de la revelación que iba a suponer para ambos lo que iban a terminar descubriendo.

—Sí, acerca de los anteriores duques. Resulta que sus padres estuvieron a su servicio.

—¿Cómo?!

La incredulidad, en su voz, hizo que Catherine lo mirara desde un punto de vista diferente, intuyendo que su preocupación se debía a algo que él pudiese saber, a su vez, acerca de aquella historia pero sin pensar en ningún momento en que la persona protagonista, precisamente, fuese él.

—Por lo visto ella misma jugaba en los jardines con el pequeño...

No logró pronunciar aquel nombre, en cambio, abrió los ojos como platos y empezó a sopesar que podría haber una coincidencia, al tiempo que se hacía eco del por qué quería ganarse la confianza de Edward si lo que pretendía era permanecer cerca y así poder seguir todos sus pasos.

Y qué mejor manera de hacerlo que el plan que habían urdido para...

«¡Un momento!, ¿Stefan? ¿Podría ser que el jinete misterioso, que acabó robando su corazón, fuese en realidad Stefan Herwood? No, aquello era imposible».

—¡Déjame leer esa carta! ¡Puede ser un asunto de vida o muerte!

Ella no se movió de donde estaba pero no puso impedimentos a que no lo hiciera.

Le dejó que se pusiera a su lado y siguieron leyendo:

Cuando Stefan tenía cuatro años, en una ocasión que jugábamos en los jardines, pasó algo que lo marcaría de por vida. Se le clavó un hierro cerca del pecho, a la altura del hombro, que hizo peligrar su vida al infectarse la herida. Por suerte las fiebres cesaron pero la marca se quedaría allí para siempre. Una marca un tanto especial con la que siempre se bromeaba por lo que se parecía a una luna. Justo lo que acabo de ver en el hombro de Jasón.

Stefan de pronto tuvo que sostener a Catherine al ver cómo palidecía ante tal revelación, agarrándola de la cintura a la vez que él mismo intentaba digerir lo que acababa de leer...

¡Llegando a hacerse a la idea de lo que aquello podría llegar a significar!

Pasados unos segundos las dos mujeres se giraron y mirando hacia su pecho, que estaba cubierto por una camisa limpia, después de que la anterior se hubiese manchado de café. Stefan entonces no las hizo esperar, dejó de sujetarla, se desabrochó los botones y, una vez terminado, la abrió dejando al descubierto la marca en forma de luna. Una marca difícil de imitar y la que podría ser la prueba que necesitase si el rey permitía a Natalie ejercer de testigo, abriendo las posibilidades para que todo pudiese arreglarse de una vez.

¡Aferrándose con verdadera desesperación a la idea de probar quién era en realidad!

—¿Stefan? ¿En verdad eres el duque legítimo de Herwood? Pero si es así... —pensaba a toda velocidad sin poder apartar la mirada de aquella marca— ¿qué hacías en las caballerizas?

—Ya te lo he dicho —decía intentando acercarse, resultándole imposible por su rechazo—, mi propósito era ganarme su confianza para saber sus planes.

—Pero... —estaba tan aturdida que no lograba encontrar el sentido a lo que acababan de descubrir, y no lograba hacerlo porque no era capaz de recordar lo que Natalie le dijo no hace mucho.

Aunque no hizo falta porque la doncella volvió a escribir algo en el papel y se lo tendió.

En el papel había escrito una única palabra.

Anthony

Y aunque Catherine permanecía en estado de shock, fue ver ese nombre y recordar lo que debía, con lo que implicaba...

¡Dios bendito!

La claridad se hizo evidente y, a pesar de no haber confiado en ella, era consciente de que debía informarle de lo que sabía. La urgencia que requería

aquel asunto era demasiado importante como para centrarse en lo dolida que estaba. No era momento de lamentaciones, aunque después no quisiera volver a saber de él. Le resultaba demasiado difícil poder perdonarle las mentiras, y sobre todo la falta de confianza.

—Creo que hay algo más que debes saber Jasón... digo Stefan — corrigió, ya no había marcha atrás y deseaba acabar con la situación, lo antes posible, para retirarse hasta el carruaje. No quería verlo. Así que tomó aire por la boca, y dijo de forma rápida—: Natalie también me contó, hace poco, que hubo una persona encargada de ayudar a su padre a poner a salvo a... ¡a ti! Esa persona es la misma que se suponía tenía que acabar con tu vida una vez te encontraron en una pequeña pedanía. Y esa persona has de saber que se trata de Anthony. Al menos eso fue lo que le confesó a Natalie un día que se lo encontró borracho, confesando el remordimiento que debía de tener por lo que hizo.

De pronto todo tuvo sentido. Y echó la vista atrás...

Recordó que, cuando era solo un niño, la familia pobre con la que se crió, y cuando apretaba el hambre, se encontraba con la sorpresa de que alguien les dejaba alimentos, animales o monedas. Y tuvo la certeza de que Anthony estuvo detrás de aquellos necesarios regalos para seguir sobreviviendo.

—Ahora, si me disculpas, tengo cosas que hacer —le dijo Catherine, interrumpiendo sus pensamientos.

—¡Espera! —exclamó alargando la mano para que no se fuera, agarrándola del brazo— por favor Catherine, escúchame.

—No tengo nada que escuchar, Stefan. —Lo miró y preguntó con sorna —: es así como quieres que te llame a partir de ahora, ¿verdad?

Tiró con brusquedad del brazo y sin más se marchó dejando a Stefan con una pena infinita.

De sobra sabía que no le iba a resultar nada fácil lograr aclararle el por qué no quiso revelar su verdadera identidad.

Y se maldijo, en su interior, porque de momento tendría que dejarlo pasar.

Aceleró el paso y se dirigió hacia los hombres, tenía que hablar con Patrick.

La noticia de que Edward los seguía corrió como la pólvora de boca en

boca, actuando con gran rapidez a medida que comenzaban de nuevo el viaje por el camino que les conduciría hasta el castillo de los reyes, solo que esta vez apretando el paso ya que el carruaje lo único que hacía era robarles un tiempo demasiado valioso.

En todo ese tiempo Stefan quiso, una y otra vez, lograr un pequeño acercamiento con ella.

¡Pero no le sirvió de nada!

Catherine, en cuanto lo veía aparecer a través de la ventana, corría las cortinas con gesto serio y sin mirarle siquiera, permaneciendo con la espalda erguida, y la pose firme, con la intención de que ninguna de sus doncellas interviniese en lo que para ellas era un disparate, mientras que los innumerables esfuerzos, a los que Stefan se prestó con tal de verla, se esfumaron a gran velocidad a pesar de que lo intentó una y otra vez sin conseguirlo.

Y Stefan tuvo claro que, la batalla interna, que debería tener con ella, sería la más difícil de afrontar en lo que llevaba de vida.

¡Así estaban las cosas...!

Esa misma tarde, cuando empezaba a oscurecer, llegaron a su destino. Se adentraron en el castillo, ante la atenta mirada de los súbditos, allí congregados, que veían pasar a aquél ejército junto al carruaje con el escudo del ducado de Herwood. Un detalle que les hizo sentir una gran curiosidad, puesto que de todos era sabida la rivalidad entre este último y lord Hedrick.

¿Quién ocuparía el carruaje?

La cara de sorpresa, de los presentes, fue todavía mayor al ver bajar, del carruaje, a la que debía ser la nueva duquesa en compañía de sus doncellas completamente sola. Sin su esposo.

¡Provocó un murmullo general!

Un lacayo los condujo hasta el interior del castillo y les fueron asignadas, a cada cual, una alcoba puesto que el rey, una vez informado de la visita, no les recibiría hasta el día siguiente.

Algo que los envolvió en un gran pesimismo, ya que, con toda probabilidad, Edward llegaría antes de la audiencia. Y era primordial que ellos hablaran primero o correrían el riesgo de que le convenciera con sus argumentos basados en mentiras, sin darles la oportunidad a exponer cuanto tenían que decir referente a la crueldad, maldad, y tiranía de un duque

dispuesto a todo con tal de conseguir sus ambiciones más retorcidas.

Cenaron por separado ante el deseo expreso de Catherine, argumentando lo cansada que estaba, después del largo viaje, para poder cenar en la tranquila alcoba destinada a ella y a sus doncellas. Sin dar ninguna posibilidad a que Stefan pudiese urdir algún plan para verla, haciéndoselo por completo imposible ya que de momento, lo único que podía hacer, era poner tierra de por medio para así ordenar un poco su cabeza. Ni siquiera lo que le dijo Anna, acerca de que intentara comprenderlo, le hizo cambiar un ápice de lo que seguía pensando. Mostrándose testaruda, a más no poder, puesto que no comprendía, que de pronto, todos se pusieran a favor de Stefan y no de ella.

¿Es que a nadie le importaba que la hubiese engañado como lo había hecho?

¡¡Pues parecía que no!!

CAPÍTULO XXIV

A la mañana siguiente, antes de que su majestad los recibiera, decidió salir a dar un paseo por los maravillosos jardines que se veían desde su alcoba con un único propósito.

Seguir poniendo un poco de orden sobre su cabeza, y es que, después de pasar casi toda la noche en vela, seguía pensando exactamente igual que al principio.

¡Desde que conoció la verdadera identidad del que suponía su amado! Y era consecuente de lo que significaba que no la hubiese hecho partícipe de su terrible historia una vez se conocieron en la intimidad.

¡No confiaba en su persona! Dañándose a sí misma ante la creencia de que la había convertido en su amante con el único propósito de vengarse de su enemigo, engañándola, una vez más, y arrastrándola hasta su perdición puesto que ella lo amaba más que a nada... No tardó en derrumbarse envuelta en un llanto desgarrado, mientras se dejaba caer sobre un banco de piedra sin darse cuenta de que alguien la observaba detenidamente.

Alguien que estaba agachada, cortando unas rosas para decorar su alcoba y que, una vez que escuchó aquellos sollozos, fue incapaz de seguir con su tarea, así que dejó las tijeras en el suelo y se acercó a la joven que parecía tan afligida.

—Buenos días.

Catherine apartó las manos de la cara y miró a la mujer de edad avanzada que pareció salir de la nada, después se limpió las lágrimas con rapidez puesto que se sintió de pronto fuera de lugar.

—¿Puedo sentarme? —pidió permiso educadamente, quería saber lo que le podría suceder a aquella muchacha.

—Buenos días —respondió mirándola con atención, y observó que debía de ser una de las doncellas del palacio al ver el vestido tan sencillo que llevaba—. No sé si seré una buena compañía, pero si quiere acompañarme...

—Por supuesto, querida —contestó sentándose a su lado, mirándola con una gran curiosidad—. Vos sois la duquesa de Herwood, ¿no es así?

Ella se limitó a asentir.

—Ayer se organizó un gran revuelo cuando os vimos escoltada por las tropas de lord Hedrick, ¿acaso la han traído aquí a la fuerza?

—¡Oh no, nada de eso! —se apresuró a contestar con rotundidad.

—Por un momento pensé que las lágrimas se debían a un secuestro forzado. Me alegra ver que no es el caso.

Catherine la miró más en profundidad, y aunque en un principio pensó, que aquella mujer lo que quería era sonsacarle información, creyó ver en su cara y en su mirada, que realmente decía la verdad. Y se relajó de tal manera que sin saber cómo, ni de qué manera, terminaron charlando distendidamente acerca del asunto que les había conducido hasta allí, desentrañando los pormenores ante una mujer que la escuchaba atentamente, sin querer revelar quién era realmente, lo que hubiese supuesto, sin ninguna duda, que aquella muchacha hubiese permanecido callada en todo momento.

La charla se alargó hasta casi la hora en la que tenían la audiencia, y es que estaba tan a gusto, con aquella entrañable mujer que la escuchaba sin peros, ni condiciones, que le resultó un auténtico alivio poder soltar lo que tenía dentro. Desahogándose como realmente necesitaba, sin omitir nada de lo que todo aquello significaba.

—Lo siento debo irme —dijo de pronto Catherine disculpándose—, espero que pase lo que pase pueda volver a verla.

—Lo harás querida, tenlo por seguro.

Catherine se quedó sorprendida ante aquella respuesta, tuteándola de pronto con una familiaridad inusual.

Y así, sin darle más importancia, se marchó y dejó a la buena mujer allí, creyendo que volvería a la tarea de cortar las rosas para decorar alguna de las alcobas de aquel opulento castillo.

¿Quién sabe? Puede que aquellas flores fuesen destinadas para los aposentos de la reina.

Pero nada más lejos de la realidad, puesto que la mujer, sin recoger ni las tijeras, también emprendió la vuelta hasta el castillo con una idea en mente.

Ella bien sabía lo que tendría que hacer a continuación...

Los peores presagios se hicieron realidad cuando las tropas de Edward, con él a la cabeza, se adentraron en el castillo con la certeza de que era allí donde se encontraba su esposa... mientras la gente los recibía con miradas de auténtica sorpresa.

Y tuvo claro que esa mujer iba a pagar caro su atrevimiento por haberlo abandonado.

¡Desde luego que no sabía hasta dónde era capaz de llegar! Suplicaría

por que la matara una vez que regresaran a sus dominios y empezara su verdadero martirio...

Desmontó de la silla, con ese pensamiento en mente, y fue recibido por un lacayo que cogió las riendas del caballo para ocuparse del animal. Después le dijo de forma apresurada:

—Excelencia, he de informarle que en estos momentos su majestad el rey está recibiendo a su esposa y a lord Hedrick. En cuanto se ha enterado de que vos habíais llegado me ha mandado en su busca para así escucharles a todos.

Edward sonrió de forma maliciosa, en cuanto hablara saldría victorioso y es que, el hecho de hacer con ella todo lo que le viniese en gana, nunca sería motivo suficiente para anular ese matrimonio.

Él mejor que nadie sabía que en temas maritales su majestad no intervenía.

¡Nunca!

—Entonces lléveme hasta ellos —dijo con la mirada encolerizada en cuanto supo que ese malnacido también estaba allí.

¿Qué pretendía inmiscuyéndose en aquel asunto que ni le iba ni le venía?

—Anthony, acompáñame.

—Sí, Edward.

Ambos acompañaron al lacayo a lo largo de un impresionante pasillo en el que la guarda personal del rey custodiaba cada rincón.

No tardaron en llegar a una puerta que permanecía cerrada y con dos hombres con armadura cortando el paso.

¡La sala de las audiencias!

Esta, al ser abierta, descubrió a las personas que estaban dentro, observando, con gran satisfacción, la cara de horror de su esposa y la de lord Hedrick, pero quedó estupefacto ante la sorpresa que tenía delante, puesto que también estaba el duque del Loira allí.

«¿Acaso se habían confabulado todos en su contra? Pues iban a ver de lo que era capaz».

—Buenos días caballeros, por lo que parece he llegado a tiempo.

El rey le ordenó que pasara, obedeciéndolo con rapidez a la vez que avanzaba, situándose junto a su esposa.

—Hola gatita —dijo en voz baja para que solo ella pudiese escucharlo —: pagarás por esto, y estaré dispuesto a demostrártelo. Para cuando haya acabado contigo desearás estar muerta.

Catherine dio un paso involuntario hacia atrás y cayó sobre una silla, perdiendo el color de su cara, a medida que comprendía, que si aquello salía mal, la peor parada sin ninguna duda sería precisamente ella.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el rey ante su indisposición.

—Sí, majestad —mintió poniéndose de pie con gran esfuerzo, notando que temblaba de miedo.

—Bien, entonces empecemos. ¿Qué es lo que habéis venido a exponer?

—Si me permite majestad empezaré yo... —dijo Patrick antes de verse interrumpido sin ningún miramiento por Edward.

—No, aquí el único que debe decir algo soy yo majestad, puesto que soy al que han intentado mancillar el honor. —Avanzó hasta el trono, donde estaba sentado, y continuó—: Si me da la palabra le expondré el verdadero motivo de que estos dos hombres estén aquí, junto con mi esposa.

El rey miró a los allí presentes.

—Continua.

—El motivo es tan sencillo como querer desacreditarme delante de vos para hacerse con mis tierras majestad, porque sino ¿alguien puede explicarme qué hacen aquí, escoltando a la que es mi esposa lejos de mí?

El rey asintió.

—Majestad —intervino el duque del Loira— no es como...

—¡Calla! —ordenó el rey con voz firme ante el atrevimiento a interrumpirle sin haberle dado la palabra. Después continuó como si nada—: ...y deja hablar al que ha sido abandonado sin ningún tipo de escrúpulo por la duquesa de Herwood.

Un jarrón de agua fría les cayó encima y comprendieron la envergadura de la situación.

El rey intercedía por él, y tuvieron que tragarse la mueca que Edward les echó, sin que ellos pudieran hacer absolutamente nada.

—¿Algo que añadir?

—Sí majestad. Hay una cosa más que quiero decir, algo que no debería salir de mi boca pero que, debido a la envergadura de lo que veo a mi alrededor, debo hacer.

—Habla.

—Solamente decir que desde el primer día en que firmé el acuerdo en el que me comprometía a desposarla, ¡esa mujer! —dijo con voz firme, señalándola con el dedo acusándola sin miramientos, aprovechando la situación a su favor— se ha mostrado como un auténtico demonio conmigo. Ni

siquiera el hecho de pagar una dote escandalosa por ella, para salvar a su familia de la ruina, ha hecho que se mostrase agradecida hacia mí, su esposo, de ninguna de las maneras. Tanto es así que ha convertido la vida cotidiana en una auténtica tortura y, ¿cómo me lo ha terminado pagando? Ya lo ve su majestad, me lo ha pagado con la humillación más cruel que un hombre puede soportar. ¡El abandono!

El rey echó un vistazo a la mujer que parecía estar cada vez más indispuesta, ayudándole a corroborar la versión de aquel pobre hombre que había sido castigado con el abandono, después de haber arreglado el casamiento con una cantidad de dinero indecente como había dicho.

Y valoró su testimonio...

Debía de estar costándole lo indecible preservar la calma ante el descaro de los allí presentes, a los cuales, por cierto, aquella maniobra rastrera no les iba a servir de nada.

¡Ni siquiera se molestaría en darles la palabra!

Para él aquella situación estaba sentenciada...

—Bien —dijo levantándose del trono para abandonar la estancia. Aquella audiencia solamente había servido para perder el tiempo, enfureciéndose por ello y dictando su veredicto—. Edward, puedes llevarte a tu esposa de vuelta a donde quieras y castigarla como tú creas después de la humillación tan grande por la que has tenido que pasar. En cuanto a vosotros... —desvió la mirada hacia los dos hombres que permanecían con el gesto contrariado por lo que estaba ocurriendo, resolviendo el tema con las siguientes palabras—: regresaréis a vuestras tierras, y espero por vuestro bien que no volváis a confabularos en contra de Edward por el afán de haceros con sus propiedades. Aquí se acaba esta absurda audiencia.

No había nada que añadir así que, escoltado por cuatro guardias, avanzó con paso decidido y se dirigió a la puerta con el propósito de olvidarse de lo que allí había sucedido ante lo absurdo de la cuestión, mientras que no fue consciente de la cara de satisfacción del hombre al que acababa de otorgar el poder de hacer cuanto quisiera con su esposa, aunque llegase a ser inhumano.

Recreándose por haberlos vencido a todos...

Antes de que el rey llegara a la puerta vio cómo, de pronto, esta se abría de repente y mostró a la mujer que se encontraba al otro lado con una de sus doncellas.

Y se paró en el momento sorprendido.

—Querida, ¿qué haces aquí? —preguntó un tanto desconcertado—, te

dije que no hacía falta que estuvieras en esta audiencia.

—Lo sé, pero hay algo que quiero decir.

Los que estaban dentro miraron con curiosidad la situación, todos menos Catherine, que seguía ajena a lo que ocurría a su alrededor sintiendo que las fuerzas empezaban a flojear y que por lo tanto no tardaría en caer, desmayada, después de saber a lo que se tendría que enfrentar a partir de ahora... permaneciendo de espaldas en todo momento.

—Ya es tarde. Ese pobre hombre ha sido abandonado por su esposa, y él ahora decidirá cómo castigarla.

—¿Ese pobre hombre? —preguntó con sarcasmo— ¡Ja!

Y sin decir nada más avanzó hasta el trono contiguo y se sentó con aquel sencillo vestido. No le había dado tiempo a cambiarse.

Prestó atención y analizó las caras de los presentes, viendo, con total impunidad, la frialdad que envolvía al hombre que tan bien había engañado a su esposo.

¡Y dio las gracias por haber tenido la oportunidad de escucharla!

—Catherine, ¿estás bien?

La muchacha salió del trance en cuanto escuchó su nombre, alzó la cabeza y se quedó con la boca abierta.

Pero ¿qué...?

Y es que frente a ella, incompresiblemente, estaba la mujer que en un principio creyó una doncella... y estaba sentada EN EL TRONO.

Seguidamente se ruborizó sin remedio, comprendiendo lo equivocada que estuvo, mientras que se arrodillaba ante ella en un gesto de respeto absoluto.

La reina actuó con una naturalidad que sorprendió a todos. Se levantó, se acercó, le tendió la mano, y la ayudó a levantarse.

—Levántate querida.

—Su majestad —dijo avergonzada—, debo pedirle disculpas por mi atrevimiento hace un rato. De haber sabido quién eráis vos...

—De haberlo sabido no me habrías contado lo que me contaste, ahora eso es lo único que importa.

Se dejó ayudar y se levantó del suelo a medida que la miraba con verdadera fascinación. La imagen de ella cortando rosas, como si fuese una simple criada, le despertó una ternura infinita.

—Pero su majestad, el rey ya ha hablado y...

—Tranquila —la cogió de la mano y la apretó en un gesto tranquilizador

para infundirla fuerza, después la miró con cara confiada y la hizo saber que no todo estaba dicho, y por eso ella estaba allí.

Edward, al ver aquel gesto de complicidad, torció el gesto y desvió su atención hacia el rey. Esperaba que la pusiese en su sitio por entrometerse en asuntos de hombres.

¿Quién era ella para hacerlo?

—Vuelve a sentarte, querido —dijo en voz alta puesto que su esposo no la había seguido, dejando a los presentes estupefactos—, si por un momento has creído que esta audiencia ha terminado, no es así.

Edward se quedó totalmente petrificado en cuanto vio, cómo el Rey obedecía y caminaba detrás de su esposa sin avergonzarse.

No tardó en perderle el respeto en cuanto presenció que la seguía como si fuese un perro faldero y entonces, la confianza en sí mismo para salir airoso se tambaleó un instante, afanado en permanecer impasible aun a pesar del nerviosismo tras comprobar el tesón y la determinación en la cara de ella, a la vez que imploraba poder llevársela, junto con su esposa, y tener así la oportunidad de darle lo que se merecía por creerse con derecho a interceder de aquella forma tan rotunda.

—No sé qué es lo que está pasando, pero el hecho de que mi esposa haya decidido interrumpir, de esta manera, solo puede significar que tiene algo relevante que contarnos, ¿no es así?

—Así es.

—Adelante pues. Oigamos lo que sea que tengas que decirnos.

—Muy bien.

Con un gesto a su doncella la hizo retirarse.

No tardó en volver acompañada.

—¿Qué significa esto? —no pudo evitar preguntar Edward en cuanto vio a la bastarda muda.

En ese preciso instante supo que no se había equivocado cuando ordenó que le cortaran la lengua.

—Ahora lo sabrá... Edward —dijo pronunciando su nombre con desdén.

Algo que molestó a su esposo.

—No te olvides que es un duque, querida —la regañó con una mirada fría de advertencia.

—Y tú no te olvides de los rumores que llegaron acerca de él, cuando se dijo que mandó matar a Stefan de niño.

—¡Catalina! —exclamó horrorizado ante el descarado empleado.

Y se arrepintió de haberla dejado participar en aquella audiencia que era tan clara.

—Deberás pedir disculpas al duque de Herwood inmediatamente.

—Lo haré cuando lo tenga delante —soltó tan tranquila, enfrentándose a la mirada de su esposo como si nada—. Has de saber que el verdadero duque, Stefan, no está muerto.

—¿Qué?! —gritó Edward volviéndose hacia Anthony, enrojecido de ira como un loco.

¡No, no podía ser!

—¿Qué significa que no está muerto? —añadió como un loco.

Anthony se vio entre la espada y la pared... y supo, con una claridad sorprendente, que el día de las revelaciones había llegado.

Y de pronto se alegró.

La tiranía demostrada por Edward, el hombre sin corazón, durante años, podría llegar su fin.

Entonces no lo dudó. No podría hacerlo después de las incontables barbaridades a las que le había obligado...

Y, aunque fuese demasiado tarde, actuó como un caballero de honor, dejándose llevar por la verdad y también por el corazón.

Dio un paso adelante, con la decisión dibujada en su cara, y dijo:

—Quiero hacer una declaración, su majestad.

Todo sucedió demasiado rápido, tanto que, cuando la guardia se quiso percatar de lo que iba a suceder, ya era tarde porque un Edward enloquecido desenvainó la espada y la clavó en la persona en la que más había confiado.

Odiándolo por su traición.

El caos y el horror se apoderaron de la sala mientras que Edward comenzó a retirarse en busca de una salida.

—¡Detenedlo! —ordenó la reina en cuanto se percató de que el malhechor trataba de huir, seguidamente corrió hacia el hombre herido—. Aprisa, avisad al médico, no hay tiempo que perder.

Gracias al efecto sorpresa Edward consiguió llegar a la puerta, pero no la tuvo que abrir, justo, en ese instante, el criador de caballos le obstaculizaba el paso. Desconcertándose puesto que parecía que todos se habían vuelto locos.

—¿Qué haces tú aquí? Quitá de una maldita vez o haré que te arrepientas.

—No sabes las ganas que tenía de verte como ahora, maldito malnacido. La seguridad en cada palabra, y la forma de hablarle, hizo que se tambaleara mirándolo con temor al sentir una navaja afilada en torno a su pecho.

Edward se quedó inmóvil sin pestañear siquiera.

—¡No, Stefan! —se escuchó de fondo—, si lo haces él se saldrá con la suya.

—¿Stefan? —la revelación de Patrick fue la consecuente de que se diera cuenta de lo que aquello significaba realmente.

¿Cómo había estado tan ciego? Saber lo cerca que había estado, siempre, lo engulló en un odio absoluto. Y comprendió que lo acababa de perder todo.

¡Absolutamente todo!

La voz del rey a continuación los sacó del estupor, y es que parecía que era el único que no entendía nada de lo que estaba pasando.

—¿Me va a explicar alguien que es lo que sucede aquí?

CAPÍTULO XXV

Anthony fue llevado con urgencia a la sala de curas, donde los mejores médicos de la corte, hacían lo posible para detener la hemorragia que tenía, salvándole la vida.

Todos los demás se quedaron en la sala de audiencias ante el deseo expreso de su majestad el rey, el cual seguía sin comprender lo que acababa de presenciar, delante de sus narices, ya que era incapaz de comprender nada...

Una vez que el hombre que acababa de aparecer, fuese convencido por los otros dos para que bajase el cuchillo, el rey ordenó a su guardia personal que ataran a Edward ante su estado.

En cuanto escuchó el nombre de Stefan había enloquecido de rabia, y no había que ser muy espabilado para saber que intentaría cualquier patraña para deshacerse de él.

Solamente cuando la situación estuvo controlada, volvió a tomar la palabra:

—Por lo visto nada es lo que parece, ¿no es así? —Y miró a su esposa con aprobación. De no ser por ella el desenlace, en este caso, hubiese resultado nefasto. Alegrándose nuevamente por contar con su ayuda. Pocas veces se confundía, y volvió a mirar a los que todavía no le había dado la palabra antes de preguntar—: ¿quién de vosotros quiere hablar?

El duque del Loira dio un paso al frente mientras Stefan se situaba al lado de Catherine. Infundiéndole un poco de ánimo, que parecía necesitar, ante la indefensión en la que llegó a encontrarse.

—Su majestad, yo lo haré.

—Bien, empieza.

—Ha de saber que si lord Hedrick y yo nos hemos aliado en contra de ese impostor, es únicamente porque era él el que deseaba nuestras tierras con una avaricia infinita. Es más, de no ser por el testimonio crucial de una persona lo habría logrado con Patrick señor, puesto que estaba dispuesto a atacarlo por sorpresa.

—¡Miente! —gritó peleando con los guardias que lo sujetaban ante la evidencia de lo mucho que tenía que perder.

—¿El testimonio de esa persona resulta creíble en caso de juzgar el caso? —Quiso saber antes de que siguiera.

—Por supuesto.

—¿De quién se trata?

—Nada más y nada menos que de su esposa. La duquesa de Herwood.

Edward la miró y la atravesó con un odio infinito, provocando que retrocediera asustada. Y se quedó de piedra en cuanto vio que, el que suponía su criador de caballos, daba un paso en un intento de protegerla.

El rey miró a aquella mujer con frialdad. No solo se había atrevido a abandonarle, sino que además había contribuido para desbaratar sus planes.

¿Qué clase de esposa era?

—Pero además de por eso hay una razón de peso que nos hizo aliarnos. ¡Stefan Herwood!

—¿Cómo supisteis de él? Porque debéis saber que puede ser una patraña con la intención de engañaros.

—Alguien nos hizo llegar una carta en la que nos decía dónde se encontraba, sirviéndonos en bandeja el poder acabar con el impostor que acabó usurpando su puesto.

—¿Cuánto hace de eso?

—Cuatro años señor, él ni siquiera sabía quién era.

El rey miró hacia el que se suponía el verdadero duque y se dio cuenta de la pose que tenía hacia la mujer.

Le resultó escandaloso que pudiese haber algo entre ellos. ¿Es que esa dama no tenía vergüenza?

—¡No aceptaré esta historia! —dijo de pronto con autoridad al intuir que todo aquello podría haber sido planeado por ambos, resultaba demasiado fácil creerlo ante lo inverosímil de la situación—. El hecho de que el duque haya actuado así, con su hombre de confianza, es lo único que se juzgará en este lugar. Lo demás puede resultar una burda mentira que os beneficiaría a todos vosotros. ¡Y no me creo nada!

El desánimo se apoderó de los allí congregados, de todos menos de uno, que veía una posibilidad de salir inmune. Si decía que Anthony también pertenecía a los impostores sería suficiente. El rey le creería a él, y solo él, como soberano, tenía la última palabra.

¡O eso es lo que él creía!

—Te estás precipitando, querido.

—No, la que te has precipitado has sido tú al venir hasta aquí con semejante argumento, ¿acaso no te has parado a pensar que es un auténtico disparate lo que están diciendo?

Y enfadado con su esposa, por querer seguir con lo que era tan obvio, se levantó con la intención de irse cuanto antes.

—¡Espera!

—¡Por Dios Catalina! —exclamó viéndose desacreditado por ella—. ¡He dicho que se acabó!

—¡Y yo he dicho que te estás precipitando! —alzó la voz aun a sabiendas de que no debía hacerlo, levantándose del trono para ir en su busca.

La escena entre los reyes estaba resultando una verdadera sorpresa que les dejó a todos pegados sobre el suelo ante la expectación de saber quién resultaría vencedor... a medida que ninguno de ellos creía posible el poder tan sumamente grande que tenía la reina sobre él.

—Confía en mí —le dijo en voz baja— te estás equivocando y no voy a parar hasta que escuches cuanto tienen que decir.

—¿Acaso no ves lo que estás haciendo, mujer? Me estás desacreditando delante de ellos.

—Entonces hazme caso y dejaré de hacerlo. Sabes que no soporto las injusticias, y esta es una de las más grandes que he escuchado. Haré lo que haga falta por ayudarlos y ya deberías saber que cumplo mis palabras.

—Catalina... a veces haces que me arrepienta del poder que te he dado, y es en casos como este cuando deberías permanecer callada.

—¿Callada, yo? Si es lo que pretendes lo haré. Pero te advierto que las consecuencias serán duras para ti, querido.

—¿Me estás amenazando? —rió divertido, de sobra sabía que haría todo cuanto ella quisiera.

La amaba tanto que siempre había sido así.

—Sí —afirmó con descaro aunque resultara una auténtica provocación. Se dio la vuelta y volvió a sentarse sobre el trono.

Esperaba no equivocarse esta vez.

Un alivio infinito invadió a la reina en cuanto le vio volver sobre sus pasos y sentarse a su lado. Y claro, recordó, una vez más, el por qué amaba tanto a ese hombre.

—Como hago siempre haré caso a mi esposa, es cierto que nunca se equivoca, y de no ser por ella, lo hubiese hecho en más de una ocasión.

Los allí presentes no daban crédito a lo que acababa de decir, dando plena autoridad a la reina ante los muy sorprendidos hombres.

—Seguiré escuchando lo que tengáis que decir, continuad.

—Gracias su majestad. En resumidas cuentas debe saber que fue

Anthony el encargado de que matase a Stefan, solo que al final no fue capaz de hacerlo, dejándolo con una familia humilde mientras que él les ofrecía ayuda, desde el anonimato, enviando regalos para que pudieran subsistir. En el caso de que fallezca tenemos un testigo al que se lo confesó.

—¿Y de quién se trata? —preguntó de pronto con una gran curiosidad.

—De una de sus criadas. —Se giró para mirarla y dijo—: Natalie por favor, acércate.

La sonora carcajada de Edward se escuchó entonces por toda la sala e hizo que lo mirasen con asco.

—¿Os habéis vuelto locos? —preguntó con sorna disfrutando de la situación—. Su majestad ha de saber que esa bastarda es muda. ¿Hasta cuándo está dispuesto a escucharles para seguir desacreditándolo?

La furia del rey lo aniquiló.

—Gracias a lo que acabas de decir tengo la certeza de que esto no es ninguna farsa, y para que sepas hasta dónde estoy dispuesto a llegar, contigo, haré que pagues caro el permitirte interrumpir esta audiencia —dicho esto, y como si nada, miró hacia la doncella, la cual sostenía sobre las manos una pluma, un tintero y un trozo de papel. Lo que despertó aún más su curiosidad —, ven muchacha, ¡acércate!

Natalie lo hizo, con reverencia incluida, y se quedó frente a ellos.

—¿Y bien? ¿Es cierto que eres muda?

Ella asintió y ante la cara estupefacta de Edward vio cómo escribía algo en el papel.

Él ordenó que me cortasen la lengua, su majestad

El rey comprendió el tipo de hombre que era, hirviéndole la sangre con solo pensar en el sufrimiento de aquella pobre muchacha.

—¿Es cierto que Anthony te confesó que Stefan Herwood estaba vivo?

Sí, su majestad, y hay unos documentos que corroboran que el verdadero duque de Herwood es quién dice ser. En ellos se habla de una marca que se hizo con cuatro años en forma de luna y que acredita que es él. Y yo he visto esa marca en el pecho de ese hombre, milord.

—¿Te estabas precipitando o no, querido? —dijo la reina con la satisfacción de saber que había hecho lo correcto, aunque para ello hubiese tenido que desacreditarle en contra de sus principios.

—¡Oh querida! De no ser por ti ese malnacido habría quedado impune de lo que aquí se le acusa, y la gravedad de sus actos y de su avaricia hubiese hecho sentirme culpable con solo imaginarme de lo que es capaz de hacer con ellos. ¿Qué haría sin ti?

—Aun no lo has escuchado todo.

—Pero, ¿hay más? —preguntó horrorizado.

—Sí, pero no haré pasar a esa pobre muchacha por el martirio de tener que recordar lo que ha hecho con ella. Te lo contaré en la intimidad.

—¿Hablas de la doncella?

—¡No! ¡Claro que no!

—¿Entonces?

—Hablo de Catherine.

Fue entonces cuando supo que las apariencias engañaban y miró con otros ojos a la que era la duquesa, comprobando lo muy asustada que estaba con la posible resolución de aquel caso.

Y comprendió, al fin, que la primera gran perjudicada había sido ella.

—Lady Catherine... —habló sosegado por juzgarla antes de tiempo, viendo a través de aquellos ojos asustadizos lo mucho que temía a su esposo — has de saber que después de lo escuchado deberé quitarte el título que ostentas.

Catherine lo miró tan tranquila, lo que le hizo ver que ese era el menor de sus problemas.

—Pero también has de saber que después de pensar equivocadamente que eras una mujer demasiado ambiciosa, y sin escrúpulos, reconozco que me he equivocado y es gracias a mi esposa. De no ser por ella te habría condenado sin saberlo a una auténtica tortura en manos de ese malvado, por ello te compensaré de la única forma que se me ocurre, y estoy convencido que es la única que te hará feliz.

Los allí presentes esperaban ansiosos a lo que fuese que tuviese que decirle, porque solo podría ser algo bueno que aquella pobre muchacha se merecía por encima de todo después de verse obligada a convivir con su verdugo.

Pero lo que nadie creyó posible fue el desencadenante de que lograrse lo que tanto deseaba...

¡La ansiada libertad!

—A partir de hoy mismo anulo este matrimonio.

Catherine, al escuchar tan magnífica noticia, no pudo controlarse. Y así, entre lágrimas de alegría, ante lo que significaba lo que acababa de decir, avanzó hasta su majestad y se arrodilló besando sus manos una y otra vez en un acto de agradecimiento absoluto. Limitándose a llorar sin parar al verse librada de la persona más ruin y miserable que había conocido.

Mientras, Edward era incapaz de protestar siquiera después de ver lo que sucedía, tardando en reaccionar y arrepintiéndose de no haberla matado en la última paliza propinada, a la vez que era arrastrado fuera de allí entre gritos a los que nadie prestaba atención. Camino de las mazmorras del castillo donde, a partir de ahora, pasaría el resto de su mísera vida. Ese sería su castigo, pagando con creces el mal hecho a tantas y tantas personas.

¡La justicia sí que existía!

No volvió a ver a Stefan en todo el día, aunque a sus oídos llegaron las noticias de su partida.

Su querida Anna le informó de que las tropas de los tres aliados se estaban preparando para partir a primera hora de la tarde. Lo que le hizo decidir que lo mejor sería quedarse encerrada en su alcoba para no toparse con él, puesto que ahora que ya había recuperado lo que por derecho le pertenecía, ya no era necesario que siguiese con la farsa de querer embaucarla.

Y a pesar de que una pena infinita recorría cada poro de su piel, ante la necesidad desesperada que tenía hacia él, no hizo nada para tratar de verle, y es que después de lo sucedido, y de su falta de confianza, supo que lo mejor era olvidarse de que una vez existió. Aunque claro, lo más difícil iba a ser olvidarse de lo que sintió entre sus brazos.

Por mucho que pasara el tiempo nunca sería capaz de hacerlo.

Cuando llegó la hora de la partida Stefan comprendió que no quería saber nada de él. Se había pasado horas intentando que lo recibiera y tan solo se encontró con una negativa tras otra, lamentando en su interior no haberla

hecho partícipe de la situación cuando creyó que hubiese sido peor para ella. Pero lo cierto es que ya no había marcha atrás y las cosas estaban como estaban.

Miró una última vez hacia atrás, antes de marchar, y lo hizo en un intento desesperado de buscarla... pero nada. Su amada Katy seguía sin aparecer empeñada en borrarlo de su existencia, lo que provocó que una desazón desconocida lo terminara envolviendo. Sabía lo que aquello significaba.

¡No lo había perdonado, lo que significaba que no le importaba que se fuera!

Con un gesto de pesar se terminó de poner el sombrero y partió detrás de sus hombres, y mientras se unía a ellos, iba pensando en si en realidad había merecido la pena tanto sufrimiento por conseguir un ducado que le correspondía por derecho, pero que de pronto se le antojaba demasiado grande si para conseguirlo debía renunciar a ella.

Tal y como había terminado sucediendo, la terquedad de ella no le dejaba comprender que, el hecho de no confiar en ella fue, precisamente, por quererla demasiado. Manteniéndola al margen con el fin de protegerla.

¡Nada más!

—¿Es que no vas a hacer nada? —preguntaba su doncella con un timbre de alarma en la voz al ver cómo las tropas se perdían en la lejanía.

—¿Y qué quieres que haga Anna?

—Estás dejando escapar al hombre de tu vida. —La advirtió con una mirada penetrante para que recobrara el sentido común.

—Anna, si en verdad fuese el hombre de mi vida no me hubiese mentido como lo hizo.

—¡Estás ciega si es eso lo que ves! —Le dijo su doncella.

Catherine se estiró sobre la cama, en un gesto de derrota, y comprobó que el vacío que tenía dentro se agrandaba, costándole respirar.

—Déjame sola, por favor.

—No, no lo voy a hacer hasta que consiga que entres en razón Kate.

Esta, al escucharla, se tapó la cabeza con uno de los almohadones para que la dejara en paz.

—Todavía estás a tiempo de encontrarte con él —volvió a la carga.

—¡Uffff! ¿Es que nunca te vas a dar por vencida? Si tú estuvieses en mi lugar ten seguro que...

—Cogería un caballo y correría veloz como un rayo hasta encontrarme con él —afirmó convencida.

Semejante barbaridad le bastó para mirarla, comprendiendo que hablaba muy en serio.

—¿Realmente dices lo que estás pensando?

—Realmente digo lo que he visto, y lo que yo he visto es que ese hombre te ama por encima de todo.

—Pero...

—¡Pero nada! —exclamó sin contenerse por más tiempo, y alzó la voz para hacerse escuchar—. ¿Acaso te has parado a pensar que si no vas tras él, aunque sea para pedirle una explicación, te vas a arrepentir el resto de tu vida niña mía? El destino ha querido darte una nueva oportunidad después de lo mucho que has sufrido con tan poca edad, y vas tú y lo echas todo a perder. ¿Por qué? ¿Porque dices que no ha confiado en ti cuando sabes que lo ha hecho para protegerte? Si de verdad no significaras nada para él no se hubiese dedicado todo el eterno día en hacer lo imposible para verte, ¿no crees?

—Visto así...

—Ni tampoco hubiese mirado mil veces atrás antes de partir tras sus hombres.

—¿Eso es lo que ha hecho?

—Ni siquiera te has molestado en averiguarlo, y es algo de lo que habla toda la corte cuando han visto su cara de tristeza.

Las dudas que aun sentía comenzaron a disiparse después de lo que su doncella le estaba diciendo, y empezó a sentir una ilusión renovada, consiguiendo que respirara mejor e incluso llegando a desatarle el nudo que parecía llevar dentro de sí.

—¡Anna! —La llamó de pronto con la voz eufórica— puede que tengas razón.

—Por supuesto que la tengo, y sigues desperdiciando un tiempo demasiado valioso cuando deberías estar en camino tras el hombre que tanto te importa. Pronto anochecerá y puede convertirse en peligroso.

—¿Sabes qué? —dijo de pronto levantándose de la cama de un salto— tienes razón, iré por él y le exigiré que me diga qué es lo que siente hacia mí.

—Entonces apresúrate niña mía. No hay tiempo que perder —contestó con una gran sonrisa disponiendo del traje de montar para que se lo pusiera.

Y mientras comenzaba a desnudarse, a gran velocidad, pudo ver el último rayo de sol iluminando la alcoba, contribuyendo a que el estado de

ánimo la envolviera en una paz y armonía cautivadora.

Una vez que el traje de montar estuvo puesto, corrió a los establos en busca de un buen caballo que galopara como el viento. Allí, un hombre de edad avanzada, le ensilló el que era perfecto para lo que ella quería, ofreciéndose a acompañarla en caso de que sucediese algo.

Pero Catherine se negó, ella solita debía salir del atolladero en el que se había metido y haría lo que fuese para llegar hasta él. Se subió al magnífico caballo, con gran destreza ante la atenta mirada de aquel hombre mientras que lo espoleaba sin perder tiempo antes de que la noche se le echara encima.

CAPÍTULO XXVI

Cada paso que daba se le antojaba más y más duro. Sabía que con cada uno de ellos se alejaba de la dama a la que amaba por encima de todo, mostrándose ante sus hombres taciturno y poco comunicativo.

Parecía que le daba igual el desenlace, obteniendo lo que le pertenecía por derecho.

En fin, la última palabra ya había sido dicha, haciéndole ver que estaba dispuesta a empezar una nueva vida (ahora que era libre), lejos de él.

Y así, entre claras muestras de no querer hablar con nadie, y reconcomiéndose por dentro, llegaron al lugar donde acamparían para pasar la noche.

Desmontó del pura sangre y miró a su alrededor, necesitaba ocuparse de lo que fuese con tal de conseguir no pensar en Catherine, y todo lo que estuviese relacionado con ella, divisando a los lejos el río.

Una mueca salió de su boca, se volvió hasta el caballo, y de las alforjas sacó ropa limpia. La cogió y sin más emprendió la marcha hacia el cauce del río, deseando adentrarse en él para nadar y desentumecer los músculos agarrotados. Sabía que solo así sería capaz de conseguir relajarse algo.

Avanzó hasta la orilla y, una vez allí, se sentó sobre el suelo para quitarse las botas. Una vez que estas estuvieron fuera comenzó a desnudarse y dejó la ropa sucia, allí tirada mientras comenzaba a sentir sobre el cuerpo desnudo el frío agua que le iba cubriendo poco a poco. Entonces se sumergió del todo y disfrutó de la temperatura helada del agua, consiguiendo despejarle la mente.

Cuando no pudo retener más la respiración sacó la cabeza y recibió con placer una bocanada de oxígeno, llenándole los pulmones mientras que comenzaba a bracear hacia dentro con el único propósito de hacer un poco de ejercicio para cansarse. Así podría dormir algo puesto que iba a ser una noche muy larga.

Y se perdió en la casi oscuridad de la noche sin importarle nada.

—Señor, un jinete se acerca.

Lord Hedrick se levantó del fuego, en el que degustaba un café recién hecho, y miró hacia el lugar que le indicaban.

Se quedó perplejo además de sorprendido al ver de quien se trataba. Maravillándose ante la visión que tenía con sus propios ojos.

Dejó la taza sobre el suelo y se acercó a la mujer que acababa de llegar, completamente sola, y de noche, a lomos de un magnífico animal.

Y sonrió con cara complaciente puesto se hizo a la idea del por qué estaba allí.

Esperaba no equivocarse...

—Buenas noches Catherine, me alegra ver que finalmente parece que ha entrado en razón.

—¿Y eso que le importa a vos? —contraatacó desafiándolo con la mirada.

Patrick omitió su respuesta y se acercó, le tendió la mano y sonrió. Ella aceptó su ayuda y bajó.

—Mucho querida, me importa mucho.

—¿Ah sí?

Patrick la miró en profundidad antes de dejarla en el suelo, una vez que lo hizo se atrevió a decir:

—Si supieras lo mucho que te ama, nunca hubieses permitido dejarle marchar sin ti —afirmó tuteándola por vez primera.

Catherine sopesó las palabras que acababa de escuchar, por boca de uno de los aliados del nuevo duque de Herwood, y se aferró a ellas.

—¿Dónde está? —fue lo que dijo, mirando a su alrededor.

—En el río. Ni siquiera la compañía de sus hombres, o la mía, ha conseguido calmarlo desde que partimos esta tarde. Has de saber que parece otro hombre cuando debería estar feliz por lo que ha conseguido después de tantos años, y sobre todo después de tanto sufrimiento.

Catherine dudó un momento y trató de saber si realmente lord Hedrick estaba hablando con el corazón.

—Pero he de advertirte algo, Catherine —continuó tras ver la duda sobre su cara—. Si has venido para quedarte, ve en su busca, pero...

—¿Cómo que si he venido para quedarme? —preguntó cortándole molesta, cruzándose de brazos ante él un tanto enfurruñada.

—Lo que has oído muchacha —repitió antes de continuar—: pero si has venido con otra intención coge ese caballo con el que has venido y márchate de aquí ahora mismo. Antes de que te vea.

—¿Qué?

—Has de saber que nunca jamás lo había visto así, ¡nunca!

—¿A qué te refieres? —preguntó en un susurro tuteándolo también.

—A que nunca antes había estado así de enamorado como lo está ahora de ti.

—¿Te lo ha dicho él?

—No. No ha hecho falta que lo hiciera, lo conozco demasiado bien.

—Espero que no te confundas o terminaré haciendo el ridículo más grande del mundo —confesó con una sonrisa tímida, viendo cómo Patrick se alegraba de que hubiese dado el paso de ir hasta allí.

—No lo harás, te lo aseguro.

—Gracias Patrick.

Y así, con la esperanza de las palabras de Patrick, en su interior, avanzó hasta el río sin mirar atrás. Convencida de hablar con él para que le dijera si en verdad la amaba tanto como ella a él, deseando acabar con los agónicos pensamientos acerca de que estuvo con ella solamente para vengarse de Edward.

Y se aferró con fuerza a la idea de que sí que podrían tener un futuro juntos, tal y como ella había deseado infinidad de veces.

Miró a lo lejos y lo divisó gracias a la luz de la luna. Nadaba hacia la orilla pero todavía no la había visto.

Entonces, sin perder ni un solo minuto, comenzó a desnudarse con gran rapidez. Deseaba encontrarse con él en el agua a pesar de saber que podría correr el riesgo de ser rechazada después de mostrarse tan testaruda con él. Arrepintiéndose aunque continuara teniendo sus razones...

Ni siquiera se percató de lo helada que estaba, era tanto el nerviosismo que la invadía, por dentro, que era incapaz de pensar en otra cosa que en ir en su busca, viendo cómo él, al hacer pie, hacía el camino de regreso andando llegándole el agua hasta el pecho con la mirada baja en todo momento, lo que hizo que continuase sin verla.

Solamente cuando ya casi podían tocarse levantó la mirada y descubrió la imagen que tenía frente a sí, lo que le produjo un desconcierto total.

¿Era cierto lo que estaba viendo?

Y se quedó quieto en un desesperado intento porque la imagen no se borrara de su mente. Porque creía que era un sueño.

Cerró los ojos con amargura y los volvió a abrir. Seguro que el espejismo se desvanecía... pero en cambio allí estaba. Quedándose de piedra al ver la imagen de ella sumergida en el agua, hasta la cintura, dejando sus pechos al descubierto como si fuese una diosa.

—¿De verdad eres real, mi amada Katy?

Stefan alargó la mano y soltó el aire que retenía en los pulmones. La tocó con temor y solo entonces supo que no estaba soñando.

—¡Oh Stefan! Yo pensé... —trató de decir arrepentida al escuchar cómo la llamaba, y se odió por el sufrimiento que le había infligido a causa de su testarudez.

En ese mismo momento todas las penurias se borraron de un plumazo, él la amaba con locura, descubriéndose de pronto entre sus brazos que la estrechaban con fuerza. Sintióse dichosa por ser amada por el caballero que lo era todo para ella, mientras sentía cómo sus labios ansiosos buscaban los suyos en un intento desesperado por retenerla junto a él de la forma que fuese, comenzando a besarla sin descanso, una y otra vez, haciéndose a la idea de que en realidad estaba allí, lo que solo podía significar que lo había perdonado.

—¡Katy! —susurraba sobre sus labios sin poder dejar de besarla— ¡Mi dulce Katy! Te amo tanto que la sola idea de permanecer alejado de ti se me hacía insoportable...

—Lo siento. Siento no haberme dado cuenta antes de que lo único que intentabas era protegerme.

—Ahora no importa. Lo único que importa es que has venido y estás aquí.

La apartó para mirarla, ahora que sabía que estaba allí, no volvería a sentir el miedo que sintió cuando creyó que no le importaba... Y la volvió a estrechar contra su cuerpo, deleitándose de su desnudez y olvidándose de lo que les rodeaba para centrarse en la maravillosa sensación de los cuerpos pegados debajo del agua, buscándose entre sí con desesperación y anhelo.

Sin ninguna duda se entregaron el uno al otro en cuerpo y alma para siempre.

EPÍLOGO

El recibimiento en el ducado de Herwood, una vez que sus habitantes fueron informados de lo sucedido no se hizo esperar, y así, por primera vez desde hacía muchos años, la plaza interior del castillo fue llenándose de todo tipo de gentes envueltos entre un gran entusiasmo, y una gran alegría, al saber la magnitud de los hechos y sobre todo al darse cuenta de que el hijo legítimo de los verdaderos duques no podría ser tan mezquino como Edward.

Algo que inmediatamente comprobaron puesto que no tardó en mezclarse entre ellos, como si fuese uno más, y como si continuase siendo un simple cuidador de caballos, dejando a los presentes atónitos por ser la primera vez que alguien con su poder actuaba así, a la vez que se percataban, con verdadera sorpresa, de la mujer que iba detrás de él. Algo que los inquietó, profiriendo comentarios entre ellos ya que no entendían qué era lo que hacía ella allí, mientras que les iban haciendo un pasillo para dejarles pasar.

Un silencio absoluto se apoderó de la plaza, y fue debido a que Stefan cogió de la mano a Catherine y la llevó hasta el patíbulo. El lugar en el que, hasta el día de hoy, se castigaba al que no pagaba sus impuestos, aunque eso significara que era porque no tenía ni para comer.

Subieron los escalones y no la soltó en ningún momento.

Una vez que estuvieron donde quería, miró a la multitud y vio, en uno de los balcones a Mary junto con el capitán que los miraba con un odio infernal.

Stefan, que ya se encargaría de desterrarlos, o de buscarles un destino acorde a ellos, volvió a centrarse en lo que verdaderamente le hacía feliz, y así, henchido de orgullo por lo que estaba empezando a vivir dijo a voz en grito para que se dieran cuenta de la realidad de la situación:

—Me alegra estar hoy aquí con noticias prometedoras —comenzó a medida que apretaba la mano de ella para infundirse a sí mismo de valor. Los nervios lo tenían atenazado—. Como ya sabréis mi nombre no es Jasón, sino Stefan. Stefan Herwood. Me ha costado mucho llegar hasta aquí pero al fin lo he conseguido y lo primero que quiero que sepáis es que las cosas a partir de ahora van a cambiar bastante, gracias a la completa integración con vosotros me he dado cuenta de las muchas injusticias a las que habéis sido sometidos todos estos años, y puedo prometeros, como el duque por derecho que soy, que terminaré con todas y cada una de ellas. Ese será mi principal empeño y quería decíroslo personalmente.

Las miradas de esperanza se arremolinaban en torno a su figura, haciéndole feliz ante el poder de hacer justicia con aquellas personas reventadas a trabajar, sin tener la garantía de que pudiesen dar de alimentar a sus hijos como era debido. Por ello miró atentamente a las personas allí congregadas antes de continuar:

—Seguiréis trabajando duro, pero no solo para enriquecer las arcas del ducado, ¡eso se acabó!

Un grito de júbilo general inundó la plaza.

—A partir de mañana sabréis las nuevas novedades, pero ahora debo hacerme cargo de otras cuestiones.

Catherine entonces aprovechó la ocasión para acercarse hasta su oído con la intención de hacerle partícipe de un suceso repugnante, y el cual no la había dejado dormir tranquilamente desde que lo vio. Susurrádoselo al oído ante los sorprendidos hombres y mujeres que veían la escena con un poco de temor.

Seguían sin entender qué hacía ella allí y encima dejándose mostrar con esa proximidad descarada. Desconfiaban de su persona ante el convencimiento de que sería como Edward.

No tardaron en averiguar lo realmente equivocados que estaban al juzgarla sin apenas conocerla...

—Hay algo que sí que os diré ahora —continuó una vez que terminó de escucharla, sabiendo la gran persona que era preocupándose del bienestar de los demás—. Algo que Catherine quiere que haga desde hoy mismo.

Miró la primera fila, en la que se encontraban los muchachos que eran formados para la guerra, y con gran alegría dijo:

—Los muchachos con menos de 19 años volverán al hogar con sus padres. Nunca más seréis el blanco fácil de las flechas de nadie. ¡Os lo garantizo!

Todas las miradas se desviaron hacia la persona que acababa de conseguir que niños, con la temprana edad de diez años, fueran conducidos a la fuerza hasta un destino trágico y desolador.

Y comprendieron la bondad de aquella buena mujer a la vez que se aliaban con ella, dándose cuenta de lo que tuvo que pasar en manos del despreciable anterior duque. Alegrándose de las noticias llegadas acerca de la nulidad de aquel matrimonio por el mismísimo rey.

—Ahora, si nos disculpáis, he de hacer algo que he querido desde casi que conocí a esta dama que tengo a mi lado, y quiero hacerlo en este lugar que

dejará de ser lo que es también a partir de ahora.

Se giró ante la sorpresa de los allí presentes y miró a la mujer que tenía a su lado. Una mujer que lo era todo para él y sin la cual no podría vivir. Entonces, ante la atenta mirada de los que estaban en la plaza, que no querían perderse lo que tuviese en mente su nuevo amo, vieron como este se arrodillaba ante ella y dejaba a Catherine con la boca abierta.

¿Qué es lo que estaba haciendo?

—Catherine —dijo bien fuerte para que se le oyera en toda la plaza—. Nunca más en mis dominios habrá contratos acerca de casamientos a la fuerza, es por ello que te haré una pregunta, ¿tendrías el honor de aceptar mi petición de casarte conmigo?

Catherine en un primer momento se quedó muda, incapaz de reaccionar ante la escena tan sorprendente que se acababa de producir, a medida que se daba cuenta del silencio que los envolvía.

Parecía que estaban esperando a que ella contestase a tan inusual petición de mano.

Y no tuvo que pensarlo mucho...

Se arrodilló junto a él, envuelta en lágrimas de felicidad, y se abrazó a su cuello mientras susurraba:

—Sí, sí quiero.

Y así fue cómo, la joven muchacha privada de su libertad, volvió a ser la que era y disfrutó de lo que para ella fue la boda de sus sueños. Olvidándose de todo lo que quedaba atrás, siendo amparados por sus majestades los reyes, los cuales no dudaron en asistir a la boda entre los nuevos duques de Herwood.

El cariño que les tenían era especial, cumpliendo así con el deber de callar cualquier boca que quisiera amargar aquel día tan bello ante las prisas de ambos por desposarse.

Ese día, y el resto de la vida que estuvieron juntos, nunca se borraría de sus miradas lo que sentían. Algo tan simple como el amor infinito que se procesaban... PARA SIEMPRE.

FIN

OTROS TÍTULOS

La apuesta

Bilología

Te quiero en mi vida

Te quiero en mi vida ayer, hoy y siempre

Bilología

El pasado siempre vuelve

La venganza, el regreso de Karen